

ENSAYO
DE LA
HISTORIA CIVIL
DEL

PARAGUAY, BUENOS-AYRES Y TUCUMAN

ESCRITA POR EL DOCTOR D. GREGORIO FUNES,
DEAN DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CORDOVA,

—*—
TOMO PRIMERO.
—*—

BUENOS - AYRES:

IMPRESA DE M. J. GANDARILLAS Y SOCIOS,

(1816)

ENSAJO
DE LA
HISTORIA CIVIL
DEL

PARAGUAY, BUENOS-AIRES Y TUCUMAN

REVISADO POR EL DOCTOR D. GREGORIO FERRIS
DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE BUENOS-AIRES

F 5841
F 98
V. 1

—*—
TOMO PRIMERO.
—*—

BUENOS-AIRES:

IMPRESA DE M. J. CANDARIAS Y SOCIA

(1816)

PROLOGO

No es seguramente porque yo carez-
 contrase en mi pequeña capacidad talentos
 suficientes para la historia, que me deter-
 mine al ensayo que hoy publico. Sé muy
 bien que es preciso nacer historiador, co-
 mo se nace poeta y orador. Ha absoluta-
 falta de un libro que pudiese satisfacer la
 curiosidad de los que fueron nuestros padres,
 y de las revoluciones que han precedido á
 nuestro estado actual, fué lo que dió un
 impulso á mi justa timidez.

Qualquiera que se halla versado en los
 monumentos históricos de estas provincias
 no puede ignorar que así Herrera, fray
 Diego de Córdova, fray Antonio Calancha, y
 fray Juan Meléndez; fray Alonso de Za-
 mora, los padres Alonso de Ulloa, Efraim
 Solís, Simón Vázquez, y Manuel
 Roldán, como dos historiadores que jun-
 tá Barcia en su catálogo, son referidos un-

de sus cultores; un pueblo presen-
so corra en auxilio de sus nece-
sidades; en fin el hombre de le-
tras propague las luces de la
verdad, y tenga valor para de-
clararla á los que con fía en el go-
bierno fecten aquella que pro-
gama la FALSA la sagrada
demanda que contribuya desde la
cama de Pon lo que ámbos toca y
lo dedican el fruto insípido de
este ensayo histórico. Quando me-
nos tiene la ventaja de llamar á
juicio á sus verdugos y poner
á los presbiteros en estado de pro-
nunciar con imparcialidad. Os
FALSA amada y encubierta (con
acentos de una voz que no se es-
debonocidad) y aceptación agran-
do los últimos esfuerzos de una
vida que se escapaba negligente si
algún día y, una vez hecha una

PROLOGO

NO es seguramente porque yo carezco en mi pequeña capacidad, talentos suficientes para la historia, que me determiné al ensayo que doy al público. Sé muy bien que es preciso nacer historiador, como se nace poeta y orador. Ha absolutamente falta de un libro que pudiese satisfacer la curiosidad de los que fueron nuestros padres, y de las revoluciones que han precedido á nuestro estado actual, fué lo que dió un impulso á mi justa timidez.

Qualquiera que se halla versado en los monumentos históricos de estas provincias, no puede ignorar que así Herrera, fray Diego de Córdova, fray Antonio Calancha, fray Juan Melendez, fray Alonso de Zamora, los padres Alonso de Ullera, Francisco Solís, Simón Váscoscelos, y Manuel Rodríguez, como los historiadores que juntó Barrios en su colección, á ninguno de ellos

II.

muy en globo algunas cosas de estas provincias, ó se limitan otros á solos los sucesos de la conquista. La Argentina manuscrita de Ruiz Diaz tampoco sale de esta época. Despues de estos emprendieron con mas dedicacion la historia de estas provincias los jesuitas Juan Pastor, Nicolas Techo, Pedro Cano, Pedro Lesana, Pedro Lozano, Guevara, Sanchez Labrador y Charlevoix. La obra de este último y la de Techo, aunque corren impresas, á mas de estar aquella en idioma frances, ésta en latin y tocar como accesorios los acontecimientos civiles enlazados con la historia de sus establecimientos de Misiones, tampoco pudieron adelantarse hasta nuestros dias. Los demas dexaron sus obras inéditas las que, ó no se encuentran, ó andan en manos de muy pocos.

No han dexado de tocar otras obras con erudita curiosidad asuntos relativos á estos mismos lugares, cuya historia doy á luz Tales son las cartas edificantes, la coleccion de documentos sobre las emociónes

III.

del Paraguay y señaladamente en la persecucion de Antequera, otra por lo perteneciente al obispo D. Bernardino de Cárdenas, la relacion de los insignes progresos de la religion cristiana en el Paraguay por Duran, el reyno jesuitico por Ibañez, cristianismo feliz en las misiones jesuíticas del Paraguay por Muratori, de *Abiponibus* por Dobrechoffer, el ensayo sobre la historia natural de la provincia del gran Chaco por Solis, el viagero universal en los últimos volúmenes, la relacion de los viages al rio de la Plata y de allí al Perú por Acarete, la descripcion del gran Chaco por Lozano, la historia de la compañía de Jesus en la provincia del Paraguay por el mismo, el viage de Urua, Mariel en sus fastos y en la continuacion y notas de Charlevoix, Antonio Leon Pinedo, la historia filosófica de los establecimientos europeos en las dos Indias, las memorias de D. Cosme Bueno, y novísimamente los viages en la América Meridional por D. Felix Azara; pero contraidos estos

IV.

autores al argumento que eligieron, sólo sir-
diéron tocar como notas de paso algunas he-
chos de la historia civil.

D. Felix Azara en sus viages, cuyo cam-
po es en especial la descripción geográfica, po-
lítica y la historia natural de varias pro-
vincias, consagró en su segundo tomo algu-
nas páginas á los acontecimientos de la con-
quista. Pero, á mas de pasar en silencio
muchos hechos capitales, no será fácil que
contente á los amantes de la imparcialidad.
La gloria de pasar por crítico y original ha-
ce que profiera algunas veces sus conjetu-
ras á los sucesos mas bien averiguados. No
sin injuria al mérito del padre Leonora es
que caracteriza su historia civil manuscrita
de infiel y de mordaz contra los españo-
les. Despues que ya no se teme profesar la
verdad, se ventrará todo el mundo, que se
crítica mas amarga contra estos aventu-
res no sale de los límites que señala el ju-
cio y la equidad. Esto es lo que el Sr.
Azara llama mordacidad, y lo que en ver-
der sentido debe mirarse como la divisa de

V.

un escritor , que no supo prestar su pluma á la adulacion , aun quando el miedo hacia temblar : es pues la misma censura el mejor título que lo acredita. Por lo demas , á Lozano en su estilo redundante y pesado se le respeta por el escritor mas diligente ; mas exacto y mas sincero á excepcion de aquello en que el espíritu de cuerpo lo hace caer en ilusion. Una afectacion sin excusa seria suponerse el S. Azara mas rico de documentos históricos ; que el padre Lozano. Entre nosotros nadie ignora que la preponderancia de los jesuitas en todas estas partes les facilitó una copiosa coleccion de monumentos , aun con perjuicio de los archivos públicos ; como ni tampoco , que su expulsion hizo sufrir á estos el mismo fin desastrado que tocó á sus temporalidades. El S. Azara vino á la retaguardia y sólo adivinando pudo descubrir los hechos históricos que no estuvieron á sus alcántares.

Esta misma observacion pone de parte de Lozano el juicio que forma acerca del

VI.

virtuoso Alvar Nuñez, y del primer obispo, á quienes trata el S. Azara como los hombres mas ineptos y perversos que pusieron el pie en estos paises. Aquí no se encuentra ninguno de esos motivos seductores que suelen hacer perder de vista la verdad. A mas de los documentos que le fué mas fácil encontrar en apoyo de la virtud de Alvar Nuñez, va conforme en opinion con Herrera, Barco y Ruiz Diaz en su Argentina manuscrita, testimonios de mucho mayor peso que el del soldado Hulderico Schimidel, cuyos errores son capitales, diga lo que quiera en su abono el S. Azara.

Por lo que á mí toca me he propuesto seguirlos como á otros que han llegado á mis manos y principalmente á Lozano, no con aquella servil sujecion de un copiante, sino con aquel discernimiento que dexa entera su accion al juicio, ayudado de la critica y una indagacion severa. Sigo estas huellas en los dos primeros tomos de mi *Ensayo*, donde al fin faltándome guias tan seguras me ha sido pre-

VII.

ciso abandonarme á los archivos públicos , que como de tiempos mas baxos se hallan bien provistos de materiales.

En la coleccion de estos documentos, que sin disputa ha exigido una de las tareas mas ingratas y afanosas , yo defraudaria el mérito de personas recomendables , si pasase sus nombres en silencio. Debo poner á la frente al sin segundo Dr. D. Saturnino Segurola. Nada iguala al deseo de este erudito eclesiástico , por enriquecer su espíritu de conocimientos útiles , sino su exquisita diligencia en adquirirlos. Sin perdonar gastos ni trabajos se ha formado una biblioteca de manuscritos escogidos , que aumenta de dia en dia. Asociadas nuestras tareas en la revision de los archivos públicos , y auxiliado de sus papeles fué que pude ponerme en estado de continuar mi obra. Debo tambien no pequeños servicios á D. José Joaquín de Araujo, ministro general de las cajas de Buenos-Ayres , cuyo gusto por las antigüedades de estas provincias y sus noticias históricas no es desconocido entre nos-

VIII.

otros, despues que le debemos la guía de forasteros correspondiente al año de 1813 y algunas otras producciones suyas. El presbítero D. Bartolomé Muños, á quien no puede negársele una alma cultivada, ha tenido tambien la generosidad de suministrarme algunos documentos, y levantarme las cartas geográficas, que se darán á su tiempo en atlas separados. Por último, merece mi memoria D. Gregorio Tadeo de la Cerda. Debo á sus luces mi respeto, y á su interes por el buen éxito de este *Ensayo* algunas noticias.

Tenia ya muy avanzado mi trabajo quando leí en Hervas y Panduro, que el S. abate D. Francisco Xavier de Iturrí habia concluido su historia de esta parte de América. Esta noticia me hizo caer la pluma de la mano, y estuve á punto de renunciar mi empresa, viendo empeñado en el mismo asunto un literato tan acreditado; pero ya no era tiempo de volver atras. Tambien reflexioné que no sabemos de positivo si su autor la dió á la luz pública;

IX.

lo que no pocos accidentes podian estorbárselo ; principalmente para con un sabio tan nimiamente desconfiado de sus producciones.

El plan que me he propuesto seguir llega hasta la gloriosa época de nuestra revolucion de que sólo daré un sucinto bosquejo. No entra en este plan amontonar hechos de ninguna utilidad , sino aquellos que nos hagan conocer las costumbres , el carácter del gobierno , los derechos imprescriptibles del hombre , el genio nacional y todo aquello que nos enseña á ser mejores. Este es el camino de descubrir las verdaderas causas de los acontecimientos que por lo comun se atribuyen á una ciega casualidad.

No disimularé , con todo , á imitacion de Tácito , que no admiten cotejo las materias de este *Ensayo* con aquellas que sirviéron de asunto á historiadores de naciones grandes. Estas tratan siempre de guerras ruidosas , hazañas memorables , imperios destruidos ó fundados , reyes muertos ó fugitivos y proyectos profundos de política ó de moral , que por naturaleza entretienen y

X.

récrean el ánimo. Mi trabajo es mucho mas limitado y estéril. Guerras bárbaras casi de un mismo éxito , crueldades que hacen gemir la humanidad , efectos tristes de un gobierno opresor , este es mi campo. El poco deleite en recorrerlo lo recompensará la utilidad. Siempre en accion la tiranía y los vicios de los que nos han gobernado , nos servirán de documentos para discernir el bien del mal y elegir lo mejor.

Nunca sino al presente se ha podido seguir este rumbo. Los reyes de España baxo cuyo cetro de acero hemos vivido temian la verdad: el que se hubiese atrevido á proferirla hubiera sido tenido por un mal ciudadano , por un traidor. Ya pasó esa época tenebrosa ; y la verdad recobró sus derechos. No puede ser , pues, excusable la ignorancia de estos sucesos. Ignorar lo que precedió á nuestro nacimiento , dice Ciceron , es vivir siempre en la niñez : *nescire quid anteā quam natus sit accidere , id est semper esse puerum.*

Va dividido este *Ensayo* en seis libros,

XI.

que serán comprendidos de dos en dos en los tres tomos que abraza. La importancia que las cosas de América han tomado en la presente época excita el deseo de saberlas. No me descuidaré , si me fuese posible , enriquecer esta obra con los planos topográficos y estadísticos de que sea susceptible.

Sea yo útil á la patria y aunque pase por insípido escritor. La desgracia de no tener hasta el presente un historiador digno de sus fastos moverá otras plumas adornadas de ese temple vivo , enérgico , ameno y agradable de los Salustios y los Tácitos.

ENSAYO

DE LA

HISTORIA CIVIL

DEL

PARAGUAY, BUENOS-AYRES, Y TUCUMAN.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

Descubre Solís el Río de la Plata; su muerte; viaje de Diego García: entrada de Gaboto: levanta éste varios fuertes: vence á los Agües: introduce el nombre del Río de la Plata: llega Diego García: continúa Gaboto en el mando.

Treinta y cinco años habían corrido desde el descubrimiento de la América, quando el anhelo apartado por nuevas empresas crecía en proporción de las ya pensadas. Como si fuese poco haber hallado un nuevo mundo, que representaba la edad misma, se pretendía atravesar por uno de sus estrechos, y abrirse paso al mar del Sud en busca de las Molucas. A este pensamiento atrevido daban fomento intereses de nación, en que tenía una buena parte un sentimiento de gloria digno

no de aquellos tiempos.

El temor de que Portugal previniese este útil hallazgo aceleró las disposiciones de la corte. Fué una de ellas confiar á la pericia de Juan Diaz de Solis, natural de Lebrija, piloto el más acreditado de su edad, todo el éxito de esta brillante expedicion. No pudo ser más acertado este nombramiento. Navegando este insigne náutico por los años de 1508 con Vicente Nañez Pinzon habia sido el primero que extendió velas europeas en el famoso rio llamado entonces Paranaguazu. Con dos navios de su mando zarpó del puerto de Lepe el 8 de octubre de 1515, y tomando la costa del Brasil, sobre sus propias huellas, suplió esta vez el reconocimiento, que por un efecto de inadvertencia pudo escaparse antes á su penetracion. Este suceso le pareció bastante lisonjero y digno de que eternizase su memoria: mudado el nombre nacional del rio, llamóse en adelante de Solis. Era forzoso reconocerlo, y advertir todas las ventajas que ofrecia su situacion local: embarrado en una catábata, costó lo largo de su rívera septentrional, y vino á ser en breve un objeto de sorpresa para la admiracion de muchos bárbaros, que ocupaban aquella playa. No halagaba tanto á Solis su vista, quanto las señales que le daban de una acogida favorable. Como si quisiesen aplaudir su llegada, le alargaron las manos cargadas de presentes; y para afianzar más su confianza tomaron el expediente de dexarlos y retirarse. Todo esto sin embargo que un curioso

CAPITULO I.

eficio de la traición mas execrable. Solís se entregó sin precaucion en los brazos de esta amistad aun no probada, y dió á costa de su vida una leccion, con que deben escarmentar los temerarios. Con pocos compañeros, y todos desarmados, saltó en tierra, mas bien como si fuese á insultar la fortuna, que á reconocer el terreno. Se hallaba ya fixado el periodo de sus dias. Salieron entonces los Charrúas de una emboscada, que tenian puesta á las orillas de un arroyo entre Maldonado y Montevideo, que por este acontecimiento se llama de Solís; los mataron, y enviándolos á vista de la carabela, gustaron todo el fruto de su perfidia. La prudencia condenará siempre este hecho de Solís como una transgresion palpable de sus leyes; pero la historia publicará la elevacion de su genio, el mérito de sus descubrimientos, la intrepidez de su valor; y no dudando que la España debe en mucha parte á sus fatigas haber puesto baxo sus leyes este hemisferio, hará se reconozca en su persona al digno emulador del gran Colón. Los de la carabela, con un hermano de Solís y su cuñado Francisco Torres, retrocedieron sin dilacion en busca de la capitana. Todos juntos conocieron entonces, que era preciso obedecer á este funesto acontecimiento, y sin mas deliberaciones tomaron su partida para España. Reputando el Sr. Azara, en el capitulo 1 como 2 de su viage, por fabulosa la costumbre entre estos bárbaros de alimentarse de carne humana, omito esta circunstancia en la muerte de

Solis. Teniendo ocasión de hacer ver, que las mas conforme la opinion de esta descombre á los hechos constantes de esta historia.

Al paso que la corona de Portugal se manifestaba solista en dilatar sus conquistas por este lado del globo, España parecia haber renunciado sus pretensiones al rio de Solis. Casi diez años sucedieron en que se vió desatendido este importante objeto. Todo era consecuencia de su peligrosa situación. Los innumeros caudales que rodeaban el trono muy de verca, eran suficientes por si solos para ocupar los senos mas vastos de un monarca. La España, los estados de la casa de Borgoña, el imperio de Alemania, lo descubierta de la América &c, todas estas posesiones puestas en manos de un solo hombre, formaban una máquina de resortes muy complicados, y expuestos á romperse al primer choque, si el genio, el esfuerzo y la política no concurrían á dirigirlos con inteligencia y actividad. Tanto mas, que á las disensiones intestinas se unía una enconada rivalidad de poder, siempre funesta á los estados, empeñada en disolverlos. Hubiera sido pues poca cordura por entonces echar á los extremos unas fuerzas, que debían obrar en el centro. Las cosas de esta parte de América tomaron otro aspecto luego que el emperador Carlos V se vió establecido sobre el trono de sus padres. Sin perdonar diligencia juzgó que era preciso oponer una barrera al proyecto de engrandecimiento que iba realizando Portugal en el Brasil. De resultas de una

espedición entre la corte y el conde D. Fernando de Acuña con otros ricos-hombres ; Diego García , vecino de Moguer , acompañado del piloto Rodrigo de Arca , tuvieron orden de continuar los descubrimientos del desgraciado Solís. La armada , compuesta de un navio y dos embarcaciones menores , se hizo á la vela el 15 de agosto de año del puerto de la Coruña.

No fué tanta la diligencia que evitase la preferencia de Sebastian Gaboto. Era este veneciano uno de los mas célebres astrónomos de su tiempo , y se habia propuesto labrarse una brillante fortuna sobre el cimiento de sus servicios. Los hechos á la corona de Inglaterra en el descubrimiento de Terranova le parecieron muy sobrados para justificar sus esperanzas ; pero las ingratitudes de esta corte mortificaron en amor propio , y le obligaron á mudar de dueño. Refugiado á la España halló en ella la carrera abierta á la dicha. El título de piloto mayor del reyno , con que le favoreció el emperador , condecoró debidamente su persona ; pero él quiso hacer ver que lo merecía. Despues que la nave Victoria concluyó su vuelta al globo , las riquezas de las islas Molucas unidas á las de Tercis , Océ y el Catayo oriental , aunque solo ganadas con azar , realimentaban en los espíritus todo el placer de la avaricia. Gaboto no hizo mas , que imitar esta pasión guiada por el mismo hácia este lado muchas veces fallado. Contemporáneo con algunos comerciantes de Sevilla para una expedición por el estrecho de

Magallanes, que debia tener por resultado la adquisicion de estos preciosos frutos. El rey aprobó este ajuste y añadiendo el sello de la autoridad pública, ayudó en parte á los gastos, y quedó Gaboto habilitado para este viage. Aunque no con pequeñas dificultades que le suscitó la emulacion, salió en fin de Sevilla en abril de 1526, llevando quatro navios de su mando con 600 hombres. La experiencia acreditó en breve, que no poseia aquella ciencia, que, calculando los medios con los obstaculos, sabe burlarse de la fortuna. En un viage dilatado mas allá de su intencion, se halló faltar de viveres, con una gente disgustada, que no sabiendo manejarla, ostentaba sin temor la altiva libertad de sus antiguas costumbres. Su situacion lo obligó á tomar el puerto de Patos á la altura de 27 grados de latitud. Llegaban hasta aquí los términos de la nacion Guarani, señora de casi toda la rivera marítima. El fiero natural de estos barbaros no fué obstaculo para que observasen con el la buena fé de la hospitalidad: los españoles disfrutaron con franqueza de sus viveres; y aun pudieron conocer que eran capaces de leyes justas, y de un culto agradable al Dios del universo. Pero otros intereses ocupaban por entónces su atencion. Quitando el mismo Gaboto quatro hijos de los señores mas principales, apresuró la aversion, que habian de profesar mas adelante. Sin aprestos suficientes, y teniendo enagenadas las voluntades, no se atrevió

este general á arrojárse al estrecho; antes bien, despues de haberse desprendido en una isla desierta de tres hombres de calidad, desistió de su primer proyecto, y se abandonó al derrotero, que le abria su destino en la boca del rio de Solis.

Las empresas quanto mas atrevidas parece que eran mas analogas al espíritu caballeresco de aquellos tiempos. Conquistas, descubrimientos, hazñas, grandes fortunas, en fin todo lo que llevaba el sello de lo maravilloso tenia una fuerza irresistible en la comun estimacion. Por uno de esos empeños, en que al parecer entra mas de corage que de sano juicio, se arrojó Gaboto al rio de Solis, y vino á echar el ancla en la isla de san Gabriel. No pareciendole seguro este puesto se trasladó á la embocadura del rio de san Juan, donde se le unió Francisco Puerto, el único que de los compañeros de Solis salvó la vida. Habiendo levantado aqui una pequeña fortaleza, despachó en un bergantin al capitan Juan Alvarez Ramon, para que navegando por el gran rio Uruguay hiciese algun descubrimiento. Executólo así; pero con mala suerte. Encallada su embarcacion en un banco, saltó en tierra con parte de la gente encaminandose á san Juan; unos en el bote y otros por la rivera. Los de tierra fueron acometidos por los Yaros y Charuás, quienes lograron dar muerte á Juan Alvarez y á otros mas: los otros se incorporaron á los del bote y pudieron salvarse.

Despues de este trágico suceso subió Gaboto

hasta la embocadura del río Caracará a los 300
 m. de altura donde levantó una fortaleza a la
 que llamó de San-Espíritu. Cuatro aventureros
 de esta impetuosa valdadesca con un tal Caceres
 su cabecera, cuyo designio parece que era el de multi-
 plicar los peligros, atravesaron desde aquí al río
 Putumayo, hasta unirse con los conquistadores
 del Perú. Empresa digna de mucho aplauso, si
 fuere lícito confundir el valor con la temeridad.
 El mismo Gaboto, después de haber construido un
 bergantín, y proveído a la seguridad de la flota,
 estableciendo amistad con dos Caracaras, y
 con otros dos, con dos Timbales, subió por
 el río con 100 hombres en dos vasos bien frágiles,
 buscando nuevas aventuras. Para dar estos
 primeros pasos por entre tantos riesgos, necesitaba
 este almirante sobre la intrepidez de unos solda-
 dos, como los más bravos de su siglo, sobre la
 superioridad de sus armas y su disciplina, sobre
 los efectos de una novedad, que, en el concepto
 común, aumentaba su poder, sin aumentar su
 valor real; en fin, sobre la constitución de unos
 indios, que separados en pequeñas tribus, ri-
 vales unas de otras, formaban un campo de
 batalla sin consistencia, ni armada. En esta Gaboto
 en la confluencia de los dos ríos Putumayo y
 Bermejo, siguió por agua, al río hasta cerca del
 nacimiento del agua, desde donde regresó para caer al
 primero, como lo hizo en 1547.

No era tanta la indolencia de los indios, como
 suponían de ellos los europeos, por ser de un carácter

ragos de poder absoluto, y que no considerasen amenazada su libertad desde los fuertes levantados. Habiendo Gaboto navegado hasta la angostura, los Agüches nación guerrera, que por el derecho del mas fuerte señoreaban el río Paraguay, se atrincieron por su parte á arriesgar una acción decisiva de que esperaban la quieta posesión del su dominio. Con trescientas canoas puestas en orden de batalla se presentaron ante los buques de Gaboto. El peligro era grande; pero sabia este general, que lá fama deinde muchas veces de los sucesos, y que nada le convenia más, para lo sucesivo, como introducir un espanto, que valiese victorias. Poseído de estas ideas sostuvo el crédito de sus armas con un valor superior al ataque; y aunque con pérdida de tres españoles prisioneros, de los que Juan Fuster y Hector de Acaña fueron despues rescatados, ganó de su enemigo una victoria que debió escarmentarle. Poco tardó para que recogiese otro fruto mas sazonado de el buen éxito de sus previsiones. La victoria contra los Agüches fué como un grito que en todas aquellas vecindades resonó para bien de los españoles. Fuese por temor, fuese por reconocimiento, todos aplaudieron un suceso que trala la humillación del comun enemigo. Habiendo pasado Gaboto hasta la frontera de los Guaranies, poco mas arriba de la Asunción, con cierta competencia, vinieron estos indios á brindarse al vencedor. Esto ya era en cierto modo ofrecer su cerviz al yugo; pero quizá esperaba sacudirlo. Gaboto termi-

no esté acacimientó trabando pacés y alianzas que le fuéron muy ventajosas.

Entre las parcialidades que mas distingtieron su inclinacion fué una de ellas la de los Guaranies. Venian éstos casi desnudos: varios plumajes de lucidos colores aumentaban las gracias de la sencilla naturaleza. De aquellos pendian algunas piezas de plata, que seguramente habian de ser el punto de vista mas agradable para sus huéspedes. En efecto, jamas indios de mejor aspecto se presentáron á estos españoles. Desde aquí fué su primer cuidado hacerse propietarios de este metal, que era el objeto suspirado de sus afanes. Muy en breve viéron pasar á sus manos esas piezas de plata y otras mas en cambio de las drogas mas despreciables: pero tan á satisfaccion de los primeros dueños, que para evitar el peligro de una rescicion á título de engaño tomaban prontamente la fuga. Los que disputan sobre el valor venal de las cosas, deben reconocer en solo este hecho la parte que tiene la opinion. La historia no tiene datos fixos para asegurar con certidumbre la suma total de este rescate: debe conjeturarse que no fué tan escasa, supuesto que bastó á un donativo digno del trono. Herrera dice, que esta es la primera plata que de las Indias pasó á España; pero está en contradiccion consigo mismo, habiendonos referido en la decada segunda relativa al año de 1519 la que remitió el conquistador Hernando de Cortés. Sea de esto lo que fuere, una dulce ilusion hacia mas estimable por

que Gaboto aquel precioso hallazgo y agrandaba la esfera de su felicidad. El se avanzó á creer que la plata encontrada no era mas que una muestra de las riquezas patrias, y que estos suelos la producian como fruto espontaneo. A este principio engañoso debe la derivacion de su brillante nombre, el rio de la Plata; con el que lo decoró Gaboto, quedando abolido el de Solis. Una indagacion mas exácta lo hubiera puesto en estado de conocer, que si bien la naturaleza trató en otros generos liberalmente estos terrenos, anduvo menos generosa en órden al mineral, y que esas señales equivoacas de opulencia no eran mas que de una alevosia. En efecto, hacia poco que el portugues Alexo Garcia, auxiliado de los Tupis y Guaraniés, se habia internado hasta los confines del Perú con intento de abrir paso por esta parte á las conquistas de su nacion. Creia haber recompensado sus fatigas un acopio interesante de despojos al punto mismo que sus amigos Guaraniés los destinaban en silencio para celebrar sus funerales. Estos fueron los que, verificado el asesinato, alumbraron la fantasia de Gaboto. Observamos que con premeditado estudio omite este hecho el Sr. Azara en su historia de la conquista, teniendole sin duda por fabuloso, á pesar de las reflexiones con que el erudito Dr. D. Julian Lejba, en su dictamen sobre la obra, le hizo ver la debilidad de sus conjeturas; pero viendose en la necesidad de buscar la derivacion del nombre RIO DE LA PLATA, la encuentra en las pequeñas planchas de

este metal, que llevaban en las orejas los indios de santa Ana, y que rescataron los españoles luego que hubieron montado el salto del Paraná. Si no nos engañamos, esta es una aserción no meramente arbitraria. La mayor parte de los historiadores están conformes en que ni fueron los indios de santa Ana, sino los Guaraníes del río Paraguay de quienes se hizo aquel rescate; ni fuese tan pequeño que pudiese pender de las orejas. Persuádelo a mas de esto la razón, porque se opone a los primeros principios de la credibilidad, quisiese a un mismo tiempo el sagaz Gaboto dar al río de Solis un nombre tan campanudo, y acreditar ante el monarca la importancia de la conquista sobre tan ridiculo y vergonzoso fundamento. Pero volvamos a la historia.

Entretanto que Gaboto se hallaba entretenido en sus luctuosas adquisiciones, arribo al río de la Plata la retardada expedición de Diego García. En virtud de sus despachos éste era el quien tocaba la conquista. Pero ¿que puede la justicia lejos del trono? Tendremos ocasion de observar mas de una vez, que en la distancia las leyes pierden su apoyo, y la autoridad su fuerza. Gaboto era de caracter que unia a grandes talentos todos los vicios de un ambicioso. Vea por una parte que los fuertes y los soldados velaban en su defensa, y se persuadía por otra, que la importancia de sus descubrimientos suplirian lo lícito de su causa. Con disposiciones tan favorables a su intento no quiso largar el mando, y García tuvo la pru-

dencia de ceder, retirándose después à España. Con todo, mal satisfecho de su posesion desca-
ba un título de perpetuarse sin los remordimien-
tos inseparables de todo crimen. Dos agentes su-
jos, instruidos en el arte de negociar con ven-
taja, partieron à la corte llevando la relacion bien
ponderada de sus proesas. No se descuidó en ha-
cer uso de los medios mas eficaces, que en su
juntó prepararian la persuasion. Finos tejidos,
piezas de plata de exquisito arte à invencion y
gusto peruano, indios rendidos con toda la su-
mision del vasallage, vease aqui el nervio del ra-
cismo sobre que se prometia la victoria y la sin-
tazon mas dogmática de la América. El empera-
dor esculló con magestoso agrado à los agentes
de Gaboto: se informó de todo con el interés
que exigia la novedad, y conociendo acaso que
en rigor de principios podia ser obstáculo al pro-
greso de la conquista, le prometió auxilios en ade-
lante. Hay casos en que el poder soberano se ve
obligado à recibir la ley del momento; pero,
como dice un historiador filosofo, siempre arries-
ga mucho la autoridad en favorecer à un des-
linquente. Se le nombró al momento un capitán
para que se dirigiera al Perú, y se le dio un
título de adelantado. Nombró tambien a otro para
que se dirigiera al Brasil, y se le dio un título de
adelantado. Y así sucesivamente se nombró a otros
para que se dirigieran a otros países, y se les dio
títulos de adelantados. Y así sucesivamente se
nombró a otros para que se dirigieran a otros
países, y se les dio títulos de adelantados.

CAPITULO II.

Vuelve Gaboto à su fuerte de Santi-Espiritu : destruyen los Charrúas el de san Juan : parte Gaboto à España : suceso trágico de Lucia Miranda : desamparan los españoles à Santi-Espiritu : se establecen en la costa del Brasil : vencen à los portugueses.

DESPUES que concluyó Gaboto su campaña en tierra de Guaraníes, regresó à su fuerte de Santi-Espiritu, situado en la boca del Carcarañal al poniente del Paraná. Los indios vecinos à esta fortaleza eran los Timbúes, gente mansa, docil y sensible al dulce placer de la amistad. A beneficio de estas prendas sociales y del buen trato de los españoles, se mantenía este puesto en perfecta tranquilidad. Los prevenientes comedimientos de Gaboto acabaron de solidarla con señales reciprocas de una alianza verdadera. Entretanto, otra suerte muy contraria corría el de san Juan. Las gentes de Diego Garcia se habían hecho insopordables para los Charrúas sus vecinos; la guerra siempre entre ellos estaba abierta, y con atenta indiferencia espíaban éstos sus descuidos para liberarse de su opresion. Lograron su designio una madrugada en que los españoles se hallaban entregados al sueño: mataron muchos de sorpresa: pocos escaparon à las naves: ninguno quedó en su antiguo puesto. El silencio de tres años desde la partida de los agentes, que despachó Gaboto, causaba en su ánimo mortales inquietudes. Ya los encontraba sospechosos de complicidad con

os émulo, que le grangeò la jornada à las Molucas; yà se persuadia, que los apasionados à Diego Garcia habian hecho revivir sus derechos con toda la fuerza que pudo añadirles la violencia. Lleno de estos rezelos dexò sin venganza la accion de los Charrúas por pasar prontamente à España en 1530, donde lo llamaban sus pretensiones. El suceso parecia haber acreditado la prudencia de su resolucion. La capitania general del rio de la plata le fuè conferida en titulo. Pero esto no era mas que una caricia, de la fortuna para que le fuese menos amarga su desventura. Al mismo tiempo tuvo orden de no volver à este destino. Influyeron sin duda en esta resolucion la quejas expresadas con toda la vehemencia del sentimiento de aquellos tres desdichados que segregò Gaboto del trato de los hombres. Dos años habian pasado despues de la partida de Gaboto, y la fortaleza de Santi-Espiritu conservaba su paz inalterable. Gobernaba este fuerte un hombre de distinguido mérito. El talento, el valor, la rectitud y la prudencia formaban el carácter de Nuño de Lara. Una severa disciplina, sostenida por el exemplo, quitaba à los suyos toda ocasion de desmandarse; pero esto todavia no le ponía à cubierto de un desastre, correspondiendo acaso una nacion enemiga à cada uno de sus soldados. Su propia seguridad le dictò cultivar cada vez mas la amistad de los Timbues. Por medio de una afabilidad respetuosa ganò sobre ellos un imperio, à que no alcanza la fuerza

mas armada. La buena inteligencia y los oficios de la cordialidad mas expresiva apretaban de dia en dia los nudos de esta útil alianza. Cofundido en el seno de esta amistad iba naciendo una pasion, que habia de ser tan funesta, como el odio mas sanguinario. Mangora, caudique de los Timbues, à pesar de ser un bárbaro, no pudo resistir los tiros inflamados del amor. Habia entre los españoles una dama llamada Lucia Miranda, muger del valeroso Sebastian Hurtado, y esta era la que à los principios con su agasajo inocentemente abria en el bárbaro una herida, que jamas habia de curar. No fueron despues tan secretas la inquietudes del cacique, que no las advirtiese la Miranda. Con suma discrecion procuraba ocultarse de sus codiciosas miradas y escónder unos ojos cuyas chispas habian producido tanto incendio. Aunque en el fervor de su pasion daba Mangora à sus deseos cierta posibilidad que no tenian, no dexaba de advertir, que no valdrian remedios ordinarios à un mal casi desesperado. Entre aquel torbellino de deseos llamó à consejo à su hermano Siripo, no con la indiferencia del que duda, sino con el empeño del que busca un compañero de su delito. Despues de una porfiada disputa, en que Siripo manifestó el despejo de su razon, por último, à fin de borrar la nota de cobarde, la pérdida de los españoles, ménos de Lucia, quedó entre ambos decretada. La fuerza abierta era inútil contra una sangre tan fecunda de heroes. Una traicion era lo único à

que podia apelar; porque un traidor era solo lo que en estos tiempos temia en español.

Sabia Mangora, que el capitan Rodriguez Mosquera, o como dice Ruiz Diaz, el capitan Garcia, con cincuenta de los suyos, entre ellos Hurtado, se hallaba ausente en comision de buscar viveres para la guarnicion extremosamente debilitada. Con toda diligencia pasó sobre las armas quatro mil hombres, y los dexó en emboscada cerca del fuerte, quedando prevenidos de adelantarse al albrigo de la noche. El encuentro, segun de treinta soldados recogidos y cargados de subsistencias, llego hasta las puertas del fuerte: desde aqui, con expresiones blandas de la simulacion mas estudiada, ofreció a Lara aquel pequeño gage de su soliciion buen afecto. Los nobles sentimientos del general eran incompatibles con una tímida desconfianza, y por otra parte hubiese creído hacerse responsable a su nacion, empujando con ella un hecho aliado. Recibió este donativo con las demostraciones del reconocimiento mas ingenuo. Pero algo mas se prometia el perverso Mangora. La proximidad de la noche y la distancia de su habitacion le daban derecho a esperar para si y los suyos una hospitalidad proporcionada al mérito convalidado. No consiguiendo un deseo, que era un propio a la nobleza de Lara. Con suma generosidad los habia acogido: tanto como internos techos, y mezcladas unas gentes con otras, cenaron y brindaron muy contentos, como si ofreciesen sus habitaciones al Dios de la amistad. Cansados del festin

se retiraron. El sueño oprimió á los españoles y los dexó á discrecion del asesino. Mangora entonces, comunicadas las señas y contrasñas, hizo prender fuego á la sala de armas; abrió á su tropa las puertas de la fortaleza, y todos juntos, cargaron sobre los dormidos, haciendo una espantosa carniceria. Los pocos que de los españoles, como Perez de Vargas y Oviedo, pudieron lograr sus armas, vendieron muy caras sus vidas. Lara con un valor increíble repartia en cada golpe muchas muertes; pero en su concepto nada era, mientras quedaba vivo el autor de esta tragedia: respirando estragos y tengansa buscaba diligentemente con los ojos á Mangora; al punto mismo que lo vió, se abrió campo con su espada por entre una espesa multitud, y aunque con una flecha en el costado, no paró hasta que la hubo enterrado toda entera en su persona. Ambos cayeron muertos; pero Lara con la satisfaccion de dar su último suspiro sobre el bárbaro; y saber que en adelante no gustaria el fruto preparado por la mas vil de las traiciones.

Ninguno escapó la vida en esta borrasca, á excepcion de algunos niños y mugeres entre ellas Lucia Miranda, victima desgraciada de su propia hermosura. Todos fueron llevados á presencia de Siripo, sucesor del detestable Mangora. Una centella escapada de sus cenizas prendió en el alma del nuevo cacique en el momento mismo que vió á Lucia: él consintió de pronto que aquella cautiva haria el dulce destino de su vida. Se arrojó

á sus pies, y con todas las protestas, de que es capaz un corazón que hervia, le aseguró que era libre; siempre que condescendiese en hacer felices sus dias con su mano. Pero Lucia estimaba en poco, no digo su libertad, mas aun su vida, para que quisiese salvarla á expensas de la fé conyugal prometida á un esposo que adoraba. Con un ayre severo y desdenoso rechazó su proposicion y prefirió una esclavitud, que le dexaba enteramente su decoro.

Siripo encomendó al tiempo el empeño de vencer su resistencia; lisonjeandose de que la misma fortuna era su cómplice. Al siguiente dia de la catástrofe volvió al fuerte Sebastian Hurtado. Su dolor fué igual á su sorpresa, quando después de encontrar ruinas en lugar de fortaleza, buscaba á su consorte, y solo tropezaba con los destrozos de la muerte. En él no se habia verificado, que el primer momento de la posesion era una crisis del amor: el tiempo mismo lo afirmaba, y le hacia necesario á su existencia. Luego que supo que Lucia se hallaba entre los Timbúes, no dudó un punto entre los extremos de morir, ó rescatarla. Precipitadamente se escapó de los suyos, y llegó hasta la presencia de Siripo. Jamás una alma sintió con más disgusto la acedia de los celos, como la de este bárbaro á la vista de un concurrente tan odioso. Su muerte fué decretada inmediatamente. Bien podia Lucia tener preparada su constancia para otros infortunios: todas las fuerzas de su alma la abandonaron en el peligro.

de una vida, que estimaba mas que la suya, renunciando por esta vez el tono activo, que inspira el heroísmo, tomó á los pies de Siripo el del la súplica y el ruego á favor de su marido. Ella consiguió la revocacion de la sentencia; pero bajo la dura condicion de que eligiese Huftado entre ringer entre las doncellas Timbúes, y que entóndante no se tratase con las licencias de la union conyugal. Acaso por ganar partido en el corazon de Lucia, tuvo Siripo, como algunos afirman, la humana condescendencia de permitirles que se hablasen tal qual vez. Pudo ser tambien, que en esta union se viese mucha parte el artificio y que fuesen sus intenciones puestas afechanzas, sabiendo quantos ierita á las pasiones una injusta prohibicion. Lo cierto es, que habiendolos sorprendido en uno de aquellos momentos deliciosos, en que recibian sus besos las lagrimas de un amor inocente y persiguido, y en que consolándose mutuamente, hablaban la recompensa de sus penas, mandó que Lucia fuese arrojada á una hoguera, y que puestas Huftado á un arbol muriese asado. Uno y otro se efectuó en 1532.

Una ruptura de amistad tan por entero entre Timbúes y ringer, causó en odio implacable la piedad humana, y no les dando á estar otro partido, que el de abandonar el fuerte de San-Espirit. El capitán Mastuera, jefe de estas tristes reliquias, pudo salvarlas navegando de esta á costa hasta el puerto llamado Igua, distante veinte y quatro leguas de San Victor, así

establecimiento portugués. Con esta retirada quedó del todo evacuado el río de la Plata; término fatal de tres expediciones, que deberían desahuciar al espíritu de conquista, faltando aquí el motivo de enorgullecerle con sus conquistas mismas. Es muy de presumir, que si la causa de la humanidad hubiese entrado directamente en el proyecto de estas empresas, hubieran sido meras desgracias. No hay nación por bárbara que sea, que no se rinda al imperio del beneficio. Hicieron conocer á estos salvajes el plan de sociedad por todos sus arcanos, trazado por la naturaleza, y de que estaban tan distantes; aficionáronlos al yugo suave de la ley, para que detestando sus antiguas abominaciones concibiesen amor al orden; ponerles en las manos los instrumentos de esas artes consoladoras, cuya falta no les dexaba recursos contra las calamidades de la vida; en fin comunicáronles todo el bien posible, economizar la sangre humana, manifestarse siempre benévolos y mantener un constante respeto á la libertad: vease aquí el camino que para dominar hubiesen tomado con luces antes españoles, si la experiencia y la razón nos ilustrando de nuestros tiempos hubiese podido aconsejarnos. En su falta, jugaron estos indios que debían servir á su seguridad unos hombres, otros pasos llevaban delante por lo común el terror y la codicia.

Y bien reunidos los españoles con los naturales del país formáron su establecimiento, contando por

mucha dicha verse, hacia dos años, distantes de enemigos? Pero quando se halla lo bastante eb que tiene por vecino á un envidioso? Maria Alfonso de Sosa, gobernador de san Vicente, los observaba con todo el disgusto, que infunde el odio nacional, y buscaba un pretexto de incomodarlos. Facilmente lo encontró en la acogida que habian dado á un hidalgo portuguez desterrado por su corte. Por medio de requerimientos mezclados de amenazas les hizo notificar, que dentro de tercero dia, jurasen obediencia al rey de Portugal, ó desamparasen una tierra comprehendida entre sus límites. Este golpe de autoridad ofendió enormemente la vanidad española, y excitó su valor hasta la desesperacion. Aunque sin mas defensa, que sus espadas y sus brazos, se prometian una victoria, que no podia esperarse sin temeridad. Pero parece que la fortuna se complace por lo comun en ponerse de parte de los osados. En esta ocasion fué muy oportuno su influxo, trayéndoles á sus manos una presa, cuyo auxilio coronó despues su valor y acreditó sus esperanzas. Un corsario francoes se hallaba anclado cerca del puerto, del que algunos marmeros habian salido á tierra en busca de refrescos. Simulando los españoles ser los mismos, lo tomaron una noche de abordage, y adquirieron abundantes armas y municiones, con que sostener el ataque á que se hallaban sentenciados. El general portuguez con ochenta soldados bien armados y un gran número de auxiliares vino por mar á

tierra, à cumplir la palabra en que estaba comprometido. No le salió feliz su animosidad; porque, acercandose à la trinchera lo saludò con una descarga de quatro piezas de artilleria, que desconcertò todas sus medidas, y puso en huida su amedrentado exèrcito hasta un bosque inmediato. Aqui lo aguardaba una emboscada de veinte españoles y quatrocientos cincuenta indios amigos, quienes, cargando à un tiempo con los del fuerte, los destrozaron. Los españoles, llenos de denuedo, prosiguieron la victoria, entraron à la villa de san Vicente, la entregaron al saco, y cargados de despojos se retiraron à su baluarte. Acaeció este suceso el año de 1534. El deseo de evitar sangrientas disensiones los obligò à desalojar este puesto, y tomar la isla de santa Catalina, que sin disputa perenecia à la corona de Castilla: aqui perseveraron hasta el arribo del capitan Gonzalo de Mendoza.

CAPITULO III.

Nombrase á Don Pedro Mendoza por Adelantado del rio de la Plata: partida de la armada millera de Don Juan Ocorio: fundacion de Buenos Ayres: batalla de los Querandies.

AL mismo tiempo, que el rio de la Plata presentaba por estas partes un teatro lúgubre de oscuras tristes, se levantaban en España, sobre esta conquista, los planes mas risueños de una felicidad facticia á que daban esplendor los engaños favorecidos de la distancia. El nombre de RIO DE LA PLATA era una tentacion muy peligrosa al natural deseo de adquirirla. No es la primera vez que los nombres se sostienen á las cosas, y hacen concebir una idea opuesta á la verdad. Por alas que fuese este concepto, su conquista habia llegado á ser un objeto de zelos y de envidias á la ambicion mas interesada. Este entusiasmo permanente de gloria y de riquezas hacia el capital y la fuerza de la nacion, en un tiempo en que las guerras extrangeras tenian agotados los fondos publicos. De aqui nació, que concurriendo en D. Pedro de Mendoza, natural de Guadix, gentil hombre de cámara, la reputacion de buen soldado, el crédito de sus riquezas adquiridas en el saco de Roma y el favor de los áulicos, fué preferido, para que, sin dispendio de los haberes reales, se pudiese á la frente de esta codiciada expedicion con el titulo de

adelantado de estas provincias y la promesa de fundar un marquesado luego que se hallasen pobladas. Un tratado público celebrado en 1534. asoció los derechos y las prerogativas entre el vasallo y el soberano. Sus principales artículos se reducen á que Mendoza procuraria abrirse por tierra una comunicacion con la mar del Sud, embarcando á sus expensas la gente y aprestos necesarios, como tambien cien caballos y cien yeguas, cuya propagacion facilitase los bienes de esta empresa; que recorriese todas las islas del rio de la Plata, sin traspasar los limites de la demarcacion; que llevase ocho religiosos, con cuyo auxilio se estableciese el cristianismo; y estuviese siempre expuesto al buen tratamiento de los indios: que por indemnizacion de estos gastos se le concedia derecho para fundar un gobierno en todas las provincias que baña el rio, y en doscientas leguas hacia el estrecho de Magallanes; con obligacion de levantar tres fortalezas en su defensa y para percibir dos mil ducados de renta anual por toda su vida, y otros dos mil de ayuda de costa sobre la hacienda real que produxese el pais; que gozaria por juro de heredad la tenencia de alcalde perpetuo de una de dichas fortalezas á su arbitrio, y la vara de alguacil mayor en la que residiese, siempre que en el espacio de tres años no abandonase la conquista. Inmunidades, privilegios y todo quanto puede engendrar esa especie de fanatismo, que hace á las pasiones tan osadas, se derramó á manos llenas á favor de

los que quisiesen tener parte en esta empresa. Sin duda no preveía España, que las conquistas á que las destinaba, como otras de esta clase, habian de aniquilarla algun dia bajo el peso de su propia grandeza. Lo cierto es, que estas conquistas han de desarraigar con el tiempo el germen de la industria, y despertando en los extranjeros la actividad pondrán á España bajo su tutela. El deseo de gloria y de riquezas no habia causado desde el descubrimiento de la América una fermentacion tan rápida y universal, como la que produjo en la publicacion de esta jornada. Muy indiferente sobre su suerte se creía el que desperdiciaba una fortuna, que á todos se brindaba. El empeño por alistarse bajo los estandartes de Mendosa igualó á nobles y plebeyos. Fue tan grande la concurrencia, que para evitar pretensiones en que debian salir muchos quejidos, se aceleró la partida. Dos mil y quinientos españoles, ciento cincuenta alemanes (a) entre quienes se contaban treinta y dos mayoreros, algunos comendadores de san Juan y de Santiago, un hermano de santa Teresa, y otras muchas personas de calidad con sus mugeres y familias componian el grueso de esta lucida comitiva. Estas provincias pudieron lisonjearse de tener tan nobles progenitores, si no fuera cierto que la verdadera no-

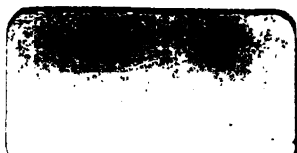
(a) Seguimos á Ulrico en el cap. primero de su historia y descubrimiento del río de la Plata.

libra empieza donde empieza el verdadero mérito: al lo menos no se dirá de ellas, como de otras, que sus primeros pobladores sacaron la escoria de la nación, y sus depravadas costumbres, todas á un cargo determinado y á un orgullo mezclado de hazaña; los hacía vapores de hazañas grandes y de grandes maldades. Aprestadas todas las bestias, y embarrada la gente con sesenta y dos caballos en tantos navios, salió de Sevilla esta armada; sin contradicción la mas brillante, que había surcado los mares para la conquista de las Indias; salió de San Bartolomé del año de 1552. Su quiral de padre de San Lucas de Torres la navegó hasta el primero de setiembre.

Una famosa bochica; después de pequeños contratiempos, y despachó toda la armada y obligó al Adelantado á tomar puerto en el Janeiro; con la principal de los barcos, entregando á su hermano el almirante Dr. Diego con el resto de la armada, la rada de San Gabriel. Observando las leyes de la historia habiéndose aquí la violencia de referir el crimen mas odioso; sobre el qual quisieramos escribir un vélo en honor de la Humanidad. Las graves enfermedades de que se sentía atorado el general le impedieron en el estrecho de dividir sus ciudades con un hombre digno de su confianza. El buque menor de Juan de Ossorio, aunque extranjero, llegó á su favor, y le ganó la preferencia. Nombrado luego capitán del Adelantado, descubrió el fondo de su escogida elección; por aquella modestia, aquella reciedad

los que quisiesen tener parte en esta empresa. Sin duda no prevalecía España, que las conquistas á que las destinaba, como otras de esta clase, habrían de aniquilarla algún día bajo el peso de su propia grandeza. Lo cierto es, que estas conquistas han de desarraigar con el tiempo el germen de la industria, y despertando en los extranjeros la actividad pondrán á España bajo su tutela. El deseo de gloria y de riquezas no había causado desde el descubrimiento de la América una fermentación tan rápida y universal, como la que produjo en la publicación de esta jornada. Muy indiferente sobre su suerte se creía el que dependía de una fortuna, que á todos se brindaba. El empeño por alistarse bajo los estandartes de Mendoza igualó á nobles y plebeyos. Fue tan grande la concurrencia, que para evitar pretensiones en que debían salir muchos quejidos, se aceleró la partida. Dos mil y quinientos españoles, ciento cincuenta alemanes (a) entre quienes se contaban treinta y dos mayorales, algunos comendadores de san Juan y de Santiago, un hermano de santa Teresa, y otras muchas personas de calidad con sus mugeres y familias componían el grueso de esta lucida comitiva. Estas provincias podían lisonjearse de tener tan nobles protagonistas, si no fuera cierto que la verdadera no-

(a) Seguimos á Ulrico en el cap. primero de su historia y descubrimiento del río de la Plata.



liza empieza donde empieza el verdadero mérito: al lo menos no se dirá de ellas, como de otras, que sus primeros pobladores fueron la escoria de la nación, cuyos depravadas costumbres, dadas á un desago determinado y á un orgullo mezclado de hazaña, los hacía capaces de hazañas grandes y de grandes maldades. Aprestadas todas las bestias, y embarrada la goma con sarsa y dos caballos en cada uno navio, salió de Sevilla esta armada; sin contradicción la mar brillante, que helia surcando los mares para la conquista de las Indias, talib de Juan Bartholomé de panto de 1552. Su quinquenal pasaba de san. Luis de panto la nave de panto hasta el primero de diciembre.

Una furiosa borrasca, después de pequeños contratiempos, despartió toda la armada y coligió al Adelantado á tomar oportuno en el Janeiro, con la principal de los barcos y enrequecidos, por el hermano el almirante D. Diego con el resto de los el año: en la rada de san. Gabriel. Observando las leyes de la historia habiendo aquí la violencia de referir el crimen más odioso, solo el que es digno de ser referido: el crimen más odioso de la humanidad. Las graves enfermedades de que se sentía atacado el general le pusieron en el estrecho de dividir sus cuidados con un hombre digno de su confianza. El buen nombre de Juan de Oso, aunque extranjero, llegó á su favor, y le ganó la preferencia. Nombrado luego conde del Adelantado, descubrió el fondo de su escogida ambición, por aquella modestia, aquella recatada

los que quisiesen tomar parte en esta empresa. Sin duda no prevalecía España; pero las conquistas á que la destinaba, como otras de esta clase, habían do aniquilarla algún día bajo el peso de su propia grandeza. Lo cierto es, que estas conquistas han de desarraigar con el tiempo el germen de la industria, y despertando en los extranjeros la actividad pondrán á España bajo su tutela. El deseo de gloria y de riquezas no había causado desde el descubrimiento de la América una fermentación tan rápida y universal, como la que produjo en la publicación de esta jornada. Muy indiferente sobre su suerte se creía el que dependía de una fortuna, que á todos se brindaba. El empeño por alistarse bajo los estandartes de Mendoza igualó á nobles y plebeyos. Fue tan grande la concurrencia, que para evitar pretensiones en que debían salir muchos quejidos, se aceleró la partida. Dos mil y quinientos españoles, ciento cincuenta alemanes (a) entre quienes se contaban treinta y dos mayorales, algunos comendadores de san Juan y de Santiago, un hermano de santa Teresa, y otras muchas personas de calidad con sus mugeres y familias correspondían al grueso de esta lucida comitiva. Estas provincias pudieron lisonjearse de tener tan nobles protectores, si no fuera cierto que la verdadera no-

(a) Seguimos á Ulrico en el cap. primero de su historia y descubrimiento del río de la Plata.

libra empieza donde empieza el verdadero mérito: á lo menos no se dirá de ellas, como de otras, que sus primeros pobladores fueron la escoria de la nación, muy depravadas costumbres, unidas á un orgullo determinado y á un orgullo mezclado de hazaña; los hacía vapores de hazañas grandes y de grandes maldades. Aprestadas todas las bestias, y embarcada la gente con setenta y dos caballos en sesenta y seis, salió de Sevilla esta armada; sin contradicción la más brillante, que había surcado los mares para la conquista de las Indias, idió de san Bartolomé del año de 1554. El tribunal de guerra de san Lúcar de barra la nueva jornada hasta el primer de setiembre.

Una furiosa borrasca, después de pequeños contratiempos, y despartido toda la armada y obligó al Adelantado á tomar oportuno en el Janeiro, con la principal de los barcos y enrequeciendo al hermano el almirante D. Diego con el resto de la armada en la rada de san Gabriel. Observando los leyes de la historia habiéndose aquí la violencia de referir el crimen más odioso; sobre el que se disputaron los señores de la armada, y sobre el honor de la humanidad. Las graves enfermedades de que se sentía atorado el general le pusieron en el estrecho de dividir sus cuidados con un hombre digno de su confianza. El buen nombre de Juan de Ossorio, aunque extranjero, llegó á su favor, y le ganó la preferencia. Nombrado lugarteniente del Adelantado, descubrió el fondo de su escogida subordinación, por aquella modestia, aquella rectitud

y aquella asfubilidad que caracteriza á los grandes hombres. Todos creían hacérle homenaje á la virtud misma, y declarábase por Osorio, á lo que debían afianzarlo en la estimacion de Mendoza, fué precisamente lo que excitó toda la actividad de sus odios. En uno de esos momentos de enajenacion, en que apartaba que el hombre mismo, dueño de sí mismo, mandaba fusilar apuñalados, sin otra forma legal, que su voluntad y su desvidia. Cuatro confidentes suyos ejecutaron este infame asesinato, dexándonos cada vez mas atrevidos, en que la real autoridad, á diu y á un unas manos violentas, es un depósito muy peligroso á la suerte del vasallo y á la fidelidad del depositario. Este rasgo de envidia envenenada llevó á tal punto la aversion de la tropa suprema, que imprudente adelantado, que estuvo en suspiros de declararse por una comocion popular, mandó la previno embarrando la gente y á excepción de algunos que quedaron en el Brasil, y encaminándose al río de la Plata, donde llegó felizmente el año de 1536. En este tiempo se hallaba á la sazón el almirante D. Diego de Mendoza en la banda septentrional del río. La noticia de lo acaecido en el Janeiro le arrancó estas expresiones á Dios que le ruina de todos y no está en un pago de la muerte de Osorio. "No nos desdairémos en hacer ver que el almirante no se engañó mucho en su pronóstico, no es el caso de la vida, y la muerte." El mismo año, después de haber calculado las

ventajas territoriales; se echaron por fin los fundamentos de una ciudad; y la que dieron el nombre de la santísima Trinidad; y á su puerto el de santa María de Buenos Ayres por la banda austral del río de la Plata en un sitio ameno, espacioso, llano y dominante, á los 34° 36' 29" de latitud Sud, 58° 25' 34" de longitud occidental de Greenwich. Tenia aquí su asiento un pueblo de tres mil Querandies, sin contar sus mugeres y sus hijos, nación inquieta, belicosa y esforzada; que por la costa se extendia hasta el cabo Blanco; y por lo interior hasta la cordillera de Chile; sin tener mas estabilidad, que la que engia una subsistencia precaria, corrían siempre peregrinos; y siempre en medio de su patria. Si se reflexiona sobre los hechos que presenta la historia, no dirémos que los bárbaros de estas regiones imitasen por lo comun á los españoles con aquella especie de culto; que en otras partes aprisionaba su valor. Los Querandies dieron desde los principios una prueba decidida de no tocarles esta vulgar supersticion. Aunque por el cabo del rescate manifestaron algunos dias una oficiosidad comedida; en breve hicieron ver, que no nacía de una servil condescendencia, y de que no podían arrepentirse. Sin mas motivo, que su espontánea deliberacion, retiraron las subsistencias de que se sostenia la ciudad, y pusieron su asiento á quatro leguas de distancia. Con palabras de paz y de amistad mandó el Adelantado, se les requiriese continuasen un servicio, que podía en

obligación su reconocimiento. Los executores de esta orden, creyendo que era mas decoroso mandar que suplicar, tomaron el imperioso tono de una absoluta autoridad. Pero estos indios no pudieron tolerar un lenguaje á que no estaban acostumbrados: maltratando á los comisionados y asaltando la ciudad, no dieron lugar á que se diera la disposicion, que tendrían, de obedecer. Un fuego vivo y sostenido los hizo retroceder á una riachuelo distante media legua, llevando siempre la venganza en el corazón. Desde aquí continuaron sus rápidas hostilidades, hasta llegar al caso de dar muerte á diez soldados españoles de los que salían en busca de forrages.

Cansada la paciencia del Adelantado, se creyó en necesidad de vengar tantos insultos, poniendo un freno á la osadía de estos bárbaros. El almirante D. Diego, con otros valerosos capitanes, y trescientos hombres de infantería y doce de á caballo, marcharon en busca del enemigo, que en número de tres mil combatientes se hallan han atampados á las margenes de una laguna, distante como tres leguas de la ciudad. No se intimidaron los indios á la vista de un cuerpo tan respetable; antes bien, aparejados de un militar apresto, rechazaron las proposiciones de paz, y dieron á conocer estaban muy resueltos á sostener el interes público y los derechos de la libertad. Con un genio de osiego, que imitaba mil veces al diablo, veian estos bárbaros empeñarse los españoles en el difícil transito de una

arroyo, que dividia los dos campos. No pocos de nuestra infanteria lo habian conseguido, quando sin tener tiempo de formarse, se hallaron atacados con impetu y ferocidad. Aunque desordenada la infanteria, y muertos los bravos D. Bartolomé de Bracamonte, y Peralan de Rivera, se sostuvo la vanguardia hasta el arribo de la caballeria. A este tiempo, envueltos ya los españoles por todas partes é interpolados con los indios, la carniceria era reciproca. Por un ultimo esfuerzo de valor, mezclado de desesperacion, el capitán D. Juan Manrique, como si desafiase á la muerte, se arrojó con espada en mano á lo mas denegado del enemigo: mató muchos, pero fue derribado del caballo. Con no menos denuevo D. Diego de Mendoza vino prontamente en su auxilio, pero no tanto, que impidiese el que un lance largo sagase aquella illustre cabeza. Un furioso bote de lanza tirado por D. Diego lo hizo pagar con la vida su arrojada temeridad. Con todo, no pudo lisonjarse mucho tiempo de este golpe tan esforzado: herido el pecho con un funesto tiro de piedra se vió repetida en su persona la triste escena de Manrique.

A la suerte del almirante acompañó la de otros valientes capitanes y soldados, entre ellos la de Diego Luxan, que arrastrado del caballo, según los historiadores, murió á las orillas de un rio, el que hasta hoy conserva con su nombre la memoria amarga de estas desgracias. No estamos con ellos enteramente de acuerdo en orden á este ú-

ultimo suceso. Conviniendo que la muerte de Laxan diese su nombre al lugar de que se trata, pero siguiendo las leyes de la critica, se nos hace muy dudoso, que por catorce leguas, desde el punto en que se supone la accion hasta la villa de Laxan, pudiese ser arrastrado de su caballo el cuerpo de aquel hombre desgraciado. Sea de esto lo que fuere; de parte de los indios fué mucho mayor el estrago. La proximidad de la noche hizo que abandonasen el campo; y se retirasen con fuga precipitada, dexando muy problemático el honor de la victoria. A la verdad, segun la mayor parte de los historiadores, ella fué tal, que puede numerarse entre las que el inmortal Carlos V pedia diese el cielo á sus mas crueles enemigos. (a) El desprecio de los buenos consejos conduce ordinariamente al precipicio. El almirante desatendió en esta ocasion el que se le habia dado de no atravesar el arroyo, sino, esperar á pie firme al enemigo. Acaso per-

(a) *Itin. Diaz en su Argentina manuscrita*; dice: que la victoria quedó por los indios. El P. Techo libro primero capítulo siete afirma, que de los españoles perecieron en la batalla y la retirada doscientos veinte y cinco. El P. Pedro Cano, en sus fragmentos, asegura que quedaron vivos ciento quarenta. Hulderico Schimel, que se halló presente cap. ocho, y Herrera refieren la accion muy en ventaja de los españoles. Nosotros seguimos al P. Lozano, libro primero cap. tercero; quien no dexa de conponer el peso de la autoridad de estos últimos.

tantó Dios se obstinase para empezar á purgar la tierra con la sangre de algunos cómplices en la muerte de Osorio. El fin desastrado de los malvados, dice un sabio, es una lección muy importante sobre la qual la historia debe siempre inculcar. Ciertó es que no pocas veces se cae en superstición, queriendo interpretar la voluntad del cielo por los sucesos que deben su existencia á causas naturales; pero la muerte de Osorio nos dá derecho para creer, que tomó de su cuenta la venganza de esta sangre inocente.

CAPITULO IV.

Lastimosa situación de los españoles en Buenos-Ayres: sitio de los Querándiles: partida del Adelantado á la fortaleza de Corpus-Cristi y su vuelta á España: crueldades de Galán: sucesos de la Maldonado.

LA deplorable situación de estos españoles hacia en este tiempo un contraste horroroso con la felicidad prometida. Las manos que á su partida sentían ya el peso del oro y de la plata, caían desfallecidas por su propia miseria: los escuderos que despreciaban como imbeciles se habían ya familiarizado con la sangre española, y aprendían de sus propios contrarios el arte de vencer: los ménos temibles de los bárbaros eran los que huían á los montes, y que dexándoles un suelo cubierto de los ponían muy vecinos á los extremos de la necesidad: el hambre era tan execrable y clamorosa, que quise de sobre los objetos mas chocantes al

velo de repugnancia, que habian hecho contraer la naturaleza y la costumbre: y aun así no pudieron muchos preservarse de morir à sus filos; pero con todo, el descontento entre ellos mismos soplaba el fuego de las facciones, y debilitaba su poder, de que fuè buena prueba la muerte del capitan Medrano, cosido à puntaladas en su cama. El general, que debía con su firmeza inspirar el aliento, se hallaba à punto de espirar por la memoria de tantos infortunios, que emponzoñaban todos sus dias. Era preciso que todas estas cosas les convenciesen, que donde habian buscado conquistas, hallaban su sepulcro. Para remedio de tantos males despachò el Adelantado al capitan Gonzalo de Mendoza en busca de viveres, y à Juan de Ayolas para que hiciese algun útil descubrimiento. Ambos partieron, à su destino, llevando orden de avisar entre quarenta dias sin resultado. Pasados éstos, poco faltò para que à lo menos el Adelantado con la mitad de la gente que tenia, llevase à execucion su propósito de abandonar esta empresa, y retirarse à Castilla.

Aparejadas todas las cosas para la marcha, desistió de ella por ahora con la llegada de Ayolas, las buenas noticias de su amistad con los Timbùes, y los viveres que conduxo del puerto de Corpus-Cristi, donde dexò al capitan Alvarado con cien soldados. Bien fuè necesario todo este auxilio, para no llegar à perecer en el mas peligroso de los conflictos, à que pudieron reducirlos las fug

rias desatadas de los Querandies. Animados con sus pérdidas mismas, solo la ruina de sus autores era en su juicio capaz de repararlas.

Un crecido número, que los historiadores primitivos hacen subir hasta veinte y tres mil hombres entre los suyos y los aliados, à quienes habían acalorado con la historia lastimera de sus desgracias, se presentaron ante la ciudad con ánimo resuelto de vencer, ò no sobrevivir à su aflicción. Fuè su primera diligencia poner cerco à la ciudad. Los mas osados la asaltaron por varias partes, pero fueron rechazados por los sitiados, cuyo valor crecía à vista del peligro. El destrozo que hacia en ellos la artilleria les hizo recurrir à un arbitrio muy superior à su disciplina, y que no desdeñaria el mas ingenioso arte de pelear. Con un diluvio de flechas, que por uno de sus extremos llevaban materias combustibles, consiguieron muy en breve reducir à pavesas la ciudad, cuyos techos eran de paja. Al mismo tiempo destacaron por mar un grueso cuerpo à incendiar toda la armada. Quatro embarcaciones mayores, menos su gente que se trasbordó à otras cercanas, no escaparon la combustion. Las otras que se hallaban provistas de bombardas previnieron igual fracaso, arrojando sobre los indios tantas balsas, que los obligaron à buscar su seguridad en la fuga. El sitio fue levantado con gloria de los españoles, quienes solo perdieron treinta soldados y un alférez, quedando de los enemigos cuarenta el campo de batalla. Sucedió este ataque

quinto al año de 1535.

.. Por muy honrosa que fuese esta victoria para los españoles, no podía dexarles mucha materia de que regocijarse. Si habian salvado sus vidas, era para reservarlas à otros peligros, que por todas partes amenazaban. De los mismos vencidos. Querandies eran de quienes mas dependian los vencedores. En esta coyuntura tan difícil hizo el Adelantado, reseña de su gente, y solo encontró quinientos sesenta españoles, fuera de los pocos que Juan de Ayolas habia dexado en destacamento para guarda del presidio que levantò en Corpus-Cristi. La mayor parte de los que faltaban perecieron en brazos del hambre. Esta se dexaba sentir de nuevo; y era forzoso prevenir sus efectos apelando prontamente al remedio. Despues de haber el Adelantado embarcado quatrocientos hombres, y conferido la tenencia del mando al capitán Ayolas, marchò rio arriba en su compañía buscando una fortuna menos ingrata. Pero ésta era un bien fugitivo, que solo de lejos lo halagaba. En el viage se le murieron muchos, y la mitad de la guarnicion de Corpus-Cristi habia corrido la misma suerte. A pesar de la buena acogida que le hicieron los Timbues, su ánimo se cubria cada vez mas de sombras melancolicas, quando advertia el estado de esta expedicion à que diò principio una confianza orgullosa: continuò la dificultad de retroceder; y estaba en la vigilia de apiñarse por un orden inesperado de sucesos infaustos. Todo ocupado de su tristeza, oyó

en un desfallecimiento mortal, que desmentia con-
tinua mētra su antigua reputacion. Habiendo
despachado à su teniente llevando consigo trescientos
soldados con el objeto de hacer descubrimien-
tos por el rio, y esperado inutilmente sus resul-
tas, volvió à revivirse con mas fuerza la resolu-
cion de regresar à España. Púsole por obra ha-
ciendo primero escala en Buenos-Ayres. Adonde
quiera que volvía los ojos le salia al encuen-
tro el dolor. Aquí vió tambien con amargura dis-
minuida en la mitad la poblacion à los rigores
del hambre, y próxima à sucumbir la otra mi-
dad. Aunque la llegada del capitán Gonzalo de
Mendoza, que conducía bastimentos del Brasil,
y en dos embarcaciones la gente del capitán Mos-
quera, dió algun ensanche al pesar, su partido
estaba ya tomado: el se hizo à la vela para Es-
paña. La desgracia le seguía muy de cerca: tu-
vo la última acabando sus dias en el viage sobre
un lecho de angustias y miserias el año de 1537.
Parece que el antiguo crédito de D. Pedro de
Mendoza, fué mas bien obra de la fortuna, que
de la naturaleza. Quando aquella lo abandonó,
desapareció su heroismo, y solo quedaron sus fla-
quezas. Sin genio, sin talento, sin valor, y lo
que es mas, sujeto à las pequeneces de las pa-
siones, que envilecen al último del pueblo, no
había nacido para grandes designios. Sin duda el
mismo ayudaba la mala suerte à labrar sus in-
fortunios. El primer eslabon de esta cadena fué
la muerte de Osorio; razon era que el último

fuese la suya.

Volvamos un poco mas atrás. El Adelantado á su partida para el fuerte de Corpus-Cristi, encomendò el mando de Buenos-Ayres al teniente Francisco Ruiz de Galan. A este hombre, á quien pintan los historiadores con los colores mas odiosos, le habia tocado en suerte una alma dura, montada sobre la atrocidad, para que fuese el suplicio de los de su especie. Mandando ahorcar tres soldados, que en los últimos apuros del hambre hurtaron un caballo y lo comieron; y obligando en rigor de justicia á una muger á que se prostituyese á un marinero, ó le restituyese el pez, que baxo este pacto le habia dado; debemos reconocer en su persona un malvado, que violando todas las leyes se atraia la execración del universo. ¿Que principios! ¿Que hombres para enseñar equidad á los salvajes! Estos hechos no debieran manchar la historia, si no ensenasen hasta que punto el abuso del poder puede degradar la dignidad del hombre. A mas de esto, ellos preparan el ascenso á otro mucho mas inhumano; si no en todas sus circunstancias como lo han concebido los historiadores copiandose unos á otros, á lo menos en lo que tiene relacion al carácter de esta fiera.

Se cuenta comúnmente, que una muger llamada Maldonado, á quien los crúeles rigores del hambre le parecieron menos soportables, que el tratamiento de los bárbaros, burló la vigilancia de las centinelas, y se levadó clandestinamente

de la ciudad. Buscando albergue la noche misma de su fuga, entró desprevénida en una cueva que la depa-
ró su destino. No hubo dado el primer paso, quando descubrió una leona formida-
ble. El pavor y la admiracion se disputaron la posesion de su alma: aquel infundido de un miedo natural; ésta de sus halagos inesperados. Sufria la bestia los dolores de un trabajoso parto: el sentimiento que la ocupaba le hizo olvidar por este instante los de su fiera condicion: toda temblando en adaman de pedir socorro, se acercò á la muger, y despidió en su idioma unos gemidos capaces de enternecerla. La Maldonado ayudò á la naturaleza en esos momentos dolorosos, en que no parece, sino que á pesar suyo echa á luz un ser, á quien generosamente dió la vida. Llena la leona de reconocimiento, se tomó el cuidado de conservar sus dias, trayendo á la cueva mucha presa, que dividia entre sus hijos y su benefactora. Durò este cuidado lo que tardò la naturaleza en dar á los cachorros la fuerza necesaria para buscarse por si mismos el sustento. Viéndose la Maldonado sin apoyo, salió de su retiro y siguió el curso de su fortuna; pero no tardó mucho tiempo en ser cautiva de los indios. Uno de ellos se aficionó de su trato y la tomó por muger propia. Corriendo el tiempo la rescataron los españoles y la llevaron á Buenos-Ayres. Gobernaba todavia el tirano Galan; cuya sevizia no cesaba por satisfecha mientras no hollaba las leyes de la naturaleza, que respetaron los bárbaros.

y las fieras. Como si no estuviere bien purgado el delito de la fuga con tantos sustos y aflicciones, la condenó á que ligada á un árbol fuera de la ciudad muriese á los rigores del hambre, ó fuese pasto de animales devoradores. A los dos dias siguientes fueron varios españoles á reconocer el destino de esta víctima. ¡ Qual fué su sorpresa, quando encontraron á sus pies una leona y dos leonzuelos, que velaban en guarda de su vida! Eran estos esa familia deudora de sus beneficios, y con quien habia pasado en tan grata compañía. Retirada la leona á una distancia, dió bien á conocer en su ayre de mansedumbre la seguridad con que podian los españoles acercarse á desatlarla. Asi lo hicieron, llevandose á la Malinonado, y una leccion con que los brutos enseñaban á los hombres á ser clementes. La leona, y sus leoncillos siguieron algunos pasos la comitiva, dando aquellas estafas de ternura, que sabe sacar del pecho la amistad. Los soldados refirieron fielmente al comandante todo lo sucedido. Avergonzado acaso este de ser inferior á las bestias, dexó comitiva á una muger á quien el cielo tan visiblemente protegía.

La fuga de esta muger, su buena acogida entre los salvages y la terrible sentencia que sufrió, todo es muy análogo y conforme á la situacion de la plaza, á las costumbres de estos indios y al genio desapiadado de Galán. Por lo demas tiene esta historia todos los caracteres de un romance, ideado á gusto de un siglo en que el

sello de lo maravilloso, concedia á los hechos mas increíbles inmunidad de todo exámen.(a)

CAPITULO V.

El teniente Ayolas llega á la tierra de Guaraníes á victoria que alcanza de ellos, sorprende á los Agáces: continúa su viage hasta el puerto de la Candelaria: desata entre los Payagués á Irala, y sigue por tierra el descubrimiento: fúndase la Asunción: mata Galan muchos Caracarás á traición: se vengán éstos por el mismo medio.

DIXIMOS mas arriba, que antes de regresar del Corpus-Cristi el Adelantado; su teniente Ayolas con trescientos soldados, inclusa una oficialidad de mérito reconocido, se habia embarcado muy resuelto á llevar adelante estos descubrimientos. Se conciliaban en este general un valor atrevido, con el talento de la insinuacion, y la prudencia de los consejos con la prontitud de ejecutarlos. Juan de Ayolas siguió los pasos de Gabono. Llegado que fué á una angostura en el rio Paraguay, fué atacado vigorosamente de los Agáces, quereñes, aunque le mataron quince españoles, al fin fueron vencidos. Despues de un largo viage en

(a) El autor de la Argentina dice, que la supo de boca de la misma Millonada. El P. Ticho asegura, que á su tiempo corria como hecho indubitable; pero la verdad es, que es de mas peso que se las atribuya á las manos en materias de esta clase.

que extendió hasta muy lejos el terror de sus armas contra el que quisiese experimentarlas, y la dulzura de su trato con los que se hacían dignos de ella llegó hasta el asiento principal de los Guaraníes, en sitio muy cercano al que hoy ocupa la ciudad de la Asunción. Dominaban aquí dos régulos, o caciques, afamados, Lambaré y Yandua-zubi Rubichá, tan propicios en sangre, como zelosos de su vasto poder. A pesar de lo que publicaba la fama, ambos juzgaron que era agraviar su valor dar libre tránsito á estos extrangeros. Con un ejército numeroso se acercaron á los españoles, profiriendo muchas amenazas con que se daban un ayre de seguridad. Tenían colocada su confianza en quarenta mil brazos, que podían poner en movimiento en caso de perder esta primera acción, y en dos ciudades fortificadas con murellas de gruesos troncos, fósos, contrafósos, estacadas, cebras de agudas piques, y todo quanto podía elegir una arquitectura militar proporcionada á sus armas y conocimientos. Ayello deseaba evitar este encuentro, mas para proporcionar unas vidas dignas de compasión, que por temor de aventurar la suya. Hizo decir á estos indios, que sus intenciones eran de paz, y que era bien consultar la resolución que tomaban con su propia seguridad. Su respuesta fué provocar-lo con un diluvio de flechas, que condensaron el ayre; pero á la primera descarga de los españoles el espanto tomó la plaza que habia ocupado, una vana confianza: todos desordenados se refu-

pasaron precipitadamente á la fortaleza de Lath-baré. Los vencedores la sitiaron: esta capituló al tercero día y se rindió, no pudiendo sostenerse contra el esfuerzo de unos soldados bien aguerridos y disciplinados. Los artículos de la capitulación los trazo Ayolas ajustados al plan de sus empresas. Concediendo quanto le convenia tener fortificado un sitio, que á mas de ser un freno para los vencidos, pudiese servirle de asilo en algun accidente desastroso; fue el primero, que los Guaraníes levantarian esta fortaleza en el lugar que habian desamplificado los españoles. El segundo tenia por objeto una firme alianza entre ambas naciones, por la que serian comunes sus injurias, y comunes tambien sus fuerzas para vengirlas. Este ajuste se hizo el 15 de agosto de 1536, sirviendo de fundamento para que tomase el nombre de Asuncion la ciudad á que poco despues se dió principio.

Son á veces mas poderosos los resortes de la politica, que los de la fuerza mas acreditada. No convenia á los españoles desobligar mas á los Agacés tantas veces humillados, ni malograr unos instantes, que exigia el principal objeto de su sistema. Con todo, afirmarse en la amistad de los Guaraníes, era por ahora el interés preferente, que habia el paso á lo demas. El general español concedia bien el corazón del hombre y sabia, que nada gana tanto su confianza, como ponerse de parte de sus resentimientos. Los Guaraníes obligaban contra los Agacés unos odios envejecidos.

dos. Jamás el despojo de la venganza obró con mas actividad en estos bárbaros, que quando vieron tan bien protegida su pasión. Ocho mil Guaraníes iban delante de los españoles acusando su tardanza. Asegurados por sus exploradores de la desprevencción con que dormía un pueblo de Agáces, los sorprendió todo el ejército, y executó tan sangrienta carnicería, que un solo varón no salvó la vida. Los Guaraníes quedaron muy ufanos, y no ménos los españoles con una complacencia tan favorable á su política. Aun consiguieron éstos mas de lo que deseaban. Los mismos Agáces vinieron rendidos á suplicar un acomodamiento que á escusa de la delidad de sus armas dexaba intacto su amor propio. Fúele concedida la paz, y ellos la guardaron con fidelidad. Resulta de estos hechos, que pueblos divididos por zelos mutuos no podian resistir á una fuerza superior y siempre unida.

Yá era tiempo que Ayolas continuase su expedición. El término invariable á que se encaminaba era el país de las riquezas: en todo lo demas el y sus compañeros se consideraban peregrinos. La brújula mas exácta era el deseo de adquirirlas por el camino mas breve, que rara vez es el mas justo. Segun las noticias que le dieron los Guaraníes, hacia el occidente habian provincias que rechosaban en oro y plata, y era forzoso atravesar por entre naciones poderosas y guerreras. Esta preocupacion sostenia la constancia de los españoles, quienes descaban acreditar la

grandeza de su alma, y la energía de su valor. Sin que quedase ninguno en la fortaleza, cuya guarda se encomendó á los Guarantes, pasaron adelante hasta un puerto que intitularon la Candelaria. Pertenecía este sitio á la nación Payaguá, muy memorable en la historia por sus engaños. Continuo se dice, y lo apoya la experiencia, que la atrocidad y buena fe caracterizan al mundo bárbaro, como la humanidad y la perfidia al mundo civilizado. Por lo mismo las costumbres rústicas y salvajes de los citados Payaguáes unidas á las sutiles asechanzas del artificio y la mentira, serian siempre un fenómeno moral, que debería examinar la filosofía. Los españoles no experimentaron mas en ellos, que el abuso de su confianza baxo las garantías de amistad. Con un exterior de dulzura y de afectuosidad, que parecian confirmar sus mismos obsequios, se acercaron á los españoles. Estos con ánimo mas generoso no omitieron expresión de benevolencia, que pudiese conducir á ganarlos. Los dones reciprocos y la franqueza de trato hicieron conocer á Ayolas, que los Payaguáes entre sus manos serian instrumentos muy útiles á sus designios. Esto le determinó á dexar entre ellos con cien soldados al capitán Domingo Martínez de Irala, y conducirse por tierra acompañado de trescientos paysanos, que le facilitó el cacique, en busca de esas regiones opulentas, que eran el atractivo de sus chidados. Irala solo debia esperarlo seis meses en virtud de su instruccion.

Mientras Ayolas ejercía con flecoero estos posibles oficios de aventurero, fluctuaba el Adelantado Mendoza entre la resolución de regresar á España y la de esperar resultados de sus tentativas. Los capitanes Juan de Salazar, Espinosa, y Gonzalo de Mendoza con sesenta hombres partieron por su orden desde la ciudad de Buenos-Ayres en solicitud de noticias. Hicieron el curso de esta jornada, que alcanzó hasta el puerto de la Cartolina, fue la fundación de la ciudad de la Asunción año de 1537, la que á fines del mes de los Guaraníes formalizó el conde de Mendoza por el mismo día de la festividad interviniera que Salazar se encaminaba á Buenos-Ayres á dar cuenta al Adelantado de todo lo sucedido. Hizo ya había dado su vuelta para España, y se hallaba con el estado de la ciudad al terrible Ruiz de Galán, sumamente despojado de todo sentimiento de humanidad. La relación sobre la pobreza de la abundancia y prosperidad que disfrutaba la Asunción arrastró tras sí el alboroto de participar estos beneficios, largo tiempo suspendido en Buenos-Ayres. Ruiz de Galán, con sus compañeros de sus hallazgos se arrojó á aquella colonia. Después de haber sufrido á su vez el cruel azote del hambre ocasionado de una plaga epidémica, y después de haber presentado con sus vírgenes el odio popular, tuvieron todas la amargura de ver afrontado de respetable manera los Iratiguaites, con ocasión de buscar víveres, á fin de la Asunción. Otros excesos de su genio van á minar

estos efectos de su impetuosidad.

Ignorando de todo punto, que la mas bella de las ciencias es el saber mezclar, y siempre poseído de su feroz humor, vino á descargarlo con toda su sermoneja en la fortaleza de Corpus-Christi contra los inocentes Caracaras. La osadía á que lo excitaba, la activa severidad de su carácter presidia á sus resoluciones. Al puerco de la mas alta imputacion, qual era de haberse coligado estos indios contra los españoles, los armó luego para perberlos con el odio de una farsa hasta á un punto. Quando los vió mas desunidos, cayó sobre ellos, é hizo una horrible matanza á la que escapó de la muerte no escapó de la esclavitud. Pero si queria ser un pífido, debió haber procurado los efectos de su perfidia. El no podía ignorar, que la necesidad es la maestra de los pueblos salvages, y que en la impotencia de vencer á viva fuerza, era una acción muy peligrosa como que los instruía su mal ejemplo. Pero no solo llenó de escándalo á los españoles, sino tambien hizo desconfiar á los aliados, y aumento el odio de los enemigos. Francisco Abrevado que gobernaba esta fortaleza, sin duda porque reprobó esta atroz y temeraria condescendencia, fue relevado por el capitán Antonio de Méndez, y conducido á Buenos Ayres, en compañía de Galán. Los Caracaras tuvieron seriamente la venganza por el mismo medio, que habia asegurado su agravio. Los Timbúes tomaron parte en la querrela, para separar un rayo que amagaba

nazaba sus cabezas. Sin manifestarse sensibles á la desgracia de sus compatriotas, parecía que al contrario daban las gracias á sus agresores, rodando á favor suyo sus atenciones y servicios. Esto hacían al mismo tiempo, que con la conducta mas reservada levantaban el plan de su traición, y estaban siempre en centinela para no dexarse penetrar. Acercóse el plazo de ejecutarla. Vino entonces á la fortaleza el cacique principal de los Caracarás, y pintando en su semblante un sobresalto que no pasaba al corazon, espuso privadamente á Mendoça el duro trance en que se hallaba, ó de faltar á la fidelidad prometida, ó de ser con todos los suyos víctima desgraciada de una vecina y poderosa nacion, que los cobibia á considerarse contra sus buenos amigos. Pidióles promptos socorros y concluyó de esta suerte: "yo dexo satisfecha mi obligacion con este aviso anticipado: á vos os toca valeroso capitán mirar por vuestro crédito y corresponder esta lealtad." El alforez Alonso Suarez de Figueroa con cinquenta soldados caminaron en auxilio de estos brachiaras; pero no tardaron mucho en reconocer que se habian aprovechado de su confianza para perderlos con seguridad. Al pasar por un estrecho fueron sorprendidos de una emboscada. Como todo, no pudieron los indios desordenarlos en este primer choque. El segundo ya fué con toda la rabia de una fiera carnicera y vengativa, en el momento que ya escapábase la presa de las manos. Relevaron los españoles con el denuevo

de acostumbrado; pero no pudiendo resistir á tanto numero, murieron todos gloriosamente.

Los españoles con la negra accion de Galan se habian hecho muy odiosos, para que estos indios se contentasen con otra satisfaccion, que su total exterminio. Inmediatamente vinieron á poner sitio á la fortaleza en número de dos mil. Si los ataques eran vigorosos y sostenidos, no lo era ménos la defensa. No fué pequeña dicha de los bárbaros haber inutilizado desde los principios con un golpe de dardo al bravo Pedro de Mendoza, que con toda dignidad desempeñaba su puesto. En medio de la consternacion que causó esta desgracia, es donde la magnanimidad española se mostró en toda su fuerza. Reforzandose los bárbaros cada dia con nuevas tropas, repetian dos ataques con nueva obstinacion á pesar de los muchos que morian, como víctimas de su constancia. Con todo, el fuerte no daba señales de flaqueza. La desesperacion en fin determinó á los bárbaros á un hecho, que diese á conocer la valentia de sus espíritus: al dia quince del mes, dieron á la plaza un asalto general y iban á cantar la victoria, quando un feliz accidente se les arrebató de las manos. Dos naves españolas, que con noticia de haber los bárbaros sorprendido á un bergantín, venian de Buenos-Ayres á Corpus-Cristi, mandadas por los capitanes Domingo Albreu y Simon Xaques de Ramoa, llegaron á ponerse á distancia de percibir el estruendo de los arcabuces, y el sonido de las flautas con que los ene-

migos acaloraban lo mas empeñado de la accion. Instruidos del suceso se acercaron todo lo posible, y manejaron la artilleria con tan buen éxito, que hicieron un destrozo capaz de amedrentar los animos mas osados. Por otra parte aquel punto de honor erigido en maxíma entre todas las naciones de ocultarle al enemigo sus pérdidas, obligaba á los bárbaros á romper sus filas, y debilitar los ataques. Ellos retropedieron algun tanto: saltaron á tierra los españoles de los barcos: los sitiados se unieron á ellos: acometieron todos á los bárbaros y los pusieron en huida. Se señalaron mucho en valor Juan de Paredes, Adamo de Olaberriaga y el capitan Campusano. Acaeció este suceso el 3 de febrero de 1539 dia de san Blas obispo. Se cuenta que los indios atestiguan haber visto sobre la muralla un personage venerable que arrojando fuego por los ojos y amenazandolos con una espada que vibraba, les llenaba de terror. Los españoles atribuyéron esta dicha á una proteccion visible del santo. Pero la supersticion popular admite con gusto estos prodigios, y los ha multiplicado con tanto exceso, que hace dudar muchas veces aun de los verdaderos. A consecuencia de este acaecimiento, y de haber muerto de su herida el capitan Mendoza, evaquaron los españoles la fortaleza de Corpus-Cristi, y se trasladaron á Buenos-Ayres.

CAPITULO VI.

Vuelve el teniente Irala à la Candelaria en busca de Ayolas : los Payagües le forman una tración y lo pence : refiere un indio Chanés la muerte de Ayolas : llega à Buenos-Ayres el Veedor Alonso Cabrera : Irala es elegido gobernador : dàse nueva forma à la ciudad de la Asuncion : tiene principio la predicacion del Evangelio : desampàrase à Buenos-Ayres : conjùrãse los Guaranies : es descubierta la traicion y son castigados.

LA tardanza del general Ayolas traia muy atormentado el ánimo de su amigo y sustituto Martínez de Irala. Él miraba ya esta dilacion como una circunstancia presagiosa de infortunio, pero la misma incertidumbre del suceso era una razon mas de averiguarlo. Sus nobles sentimientos en contradiccion con su seguridad lo llevàron à este arriesgado empeño. Con todo de estar pasado en mucho excésos los términos estipulados, y que toda precaucion era insuficiente para ponerse à cubierto de los insidiosos Payagués, Irala volvió à la Candelaria. Su arribo por de pronto fué infructuoso, porque ni aun se dexò ver señal de huella humana. No corrió mucho tiempo sin que los barbaros ansiosos de ejercer sus malas artes, buscase à los españoles que se habian recogido à una isla. En número de quatroenta se presentàron à distancia, y propusieron por medio de sus ministros acercarse baxo pretexto de comercio, siempre que depuestas las armas, tuviesè un selvà conpuno.

to su inocente timidez. Aunque á la penetracion de Irala no se escapó la dañada intencion de estos fingidos comerciantes, el anhelo de instruírse sobre la suerte de Ayolas dió mérito á que condescendiése á la propuesta de estos conspiradores. Mandó pues á sus soldados las dexasen, quedando siempre en guarda de tomarlas al menor indicio de traicion. El suceso nos convence lo que la prudente cautela vale en un diestro general. Se acercaron entónces los Payaguas dando á sus acciones y discursos aquel tono afectuoso de nativo candor, que convida la confianza, quando se halla desprevenida. Luego que contrubieron, que su disfraz habia acreditado la mentira á la medida de sus intentos, se arrojaron unos sobre las armas, otros sobre los españoles. No fué tanta la diligencia de éstos, que las recuperasen con prontitud. Irala pudo primero que todos empuñar la espada y rodela á merced de su adversencia y valor. Despues de haber echado á sus pies siete cabezas de los mas denodados, embistió contra los demas, asistido de su alférez Carvajal y Maduro; y llevando en su espada á todas partes el estrago, consiguió ver desenvueltas á los suyos. Concurriéron de los bárbaros otros muchos; se formalizó mas la refriega, y aunque con pérdida de dos soldados españoles y quarenta heridos, entre éstos el valeroso Irala, vieron por fin darse á una fuga vergonzosa estos salvages. Los bergantines tuvieron que sufrir otro igual ataque; pero tambien la gloria del vencimiento.

Acaeció este suceso el año de 1538.

Quando mas perplexo se hallaba Irala en una iela entre ponerse á salvo de tantos riesgos, ó provocarlos con nuevas tentativas, se oyeron hacia la banda opuesta clamores lúgubres de un indio, que en voces castellanas pedia ser llevado á la presencia de Irala. Puesto en ella se dexó ver como abismado en ese profundo silencio, que es la expresion mas enérgica del sentimiento. Inquirió Irala el motivo; pero al quererlo proferir espiraban las palabras á medio acabar sobre los labios; porque las lagrimas (este último recurso de un afligido) abogaban el uso de la lengua. Haciendo por fin el mayor esfuerzo habló de esta manera: "Yo, señor capitan, dixo, soy un indio de nacion Chanés, que tuvé la buena suerte de servir en clase de criado al capitan Ayolas. Despues de un largo y penoso viage llegó por último mi amo á los pueblos de Samòcosis y Sibòcosis, que habitan las cordilleras del Perú. La bondad con que trataba á todos le hizo un gran lugar entre estas gentes, y le facilitó la adquisicion de inmensas riquezas, que conduxo á este pais. Su disgusto fué muy grande quando se encontró sin los navios y soldados que creia lo aguardaban. Mitigaron su afliccion los Payaguas, hombres siempre aparejados á tributar sus obsequios con una fragida prontitud. Por entónces lo galantearon con la comida y los servicios, hasta que á él y los suyos pudiesen darles muerte segura. Observado el descuido con que dormian, cayeron sobre ellos

una noche y los pasaron à cuchillo. No se por que accidente habia escapado mi amo ; pero habiendo sido encontrado al otro dia fué inhumanamente aseteado. A mi me valió ser indio para no sufrir la misma suerte; y acaso para que hubiese quien os refiriera este suceso." No admirará este acontecimiento à quien advierta , que Ayolas aun no habia experimentado la duplicidad de estos bárbaros. Sus hechos servirán para conocer en adelante , que tiene tambien su astucia la estupidez , tanto mas digna de temerse , quanto es mayor la seguridad à que provoca. En quanto à la bondad de Ayolas , que pondera el indio Chanés , facil es concebir , que siendo éste el principal agresor en la muerte del inocente Osorio , no era esta bondad una virtud de temperamento , ó de reflexion , que inclina al bien aun sin esperar la recompensa , sino por el contrario , una bondad seductora de que se prevalla para adormecer la sencillez de los bárbaros , à fin de que fuesen ménos sus peligros y mas abundantes los despojos. Si el valor , la intrepidez y los demas talentos militares , sin la rectitud del alma , pudiesen dar derecho al heroismo , seria Ayolas uno de los héroes de esta conquista. Exigia el pundonor de Irala que convirtiese sus armas contra estos prevaricadores de la fé prometida ; pero eran desproporcionadas sus fuerzas à un empeño de esta clase. Su situacion lo obligó à volver à la Asuncion,

Mientras hacia Irala estas gloriosas pero estériles incursiones arribó à Buenos-Ayres el Veedor

Alonso de Cabrera con un refuerzo de tres embarcaciones y doscientos reclutas: vinieron tambien aqui ocho religiosos franciscanos. (a) Pero esta desgraciada ciudad estaba destinada casi à vivir el dia de su muerte con el de su nacimiento. Por una parte los viveres, que conduxeron estas embarcaciones se corrompiéron prontamente: por otra, retirandose los barbaros con todas las subsistencias del pais, le ponian un asedio tanto mas apretado, quanto estaba mas distante el enemigo. Los rigores del hambre empezaron à sentirse, y era preciso prevenir sus consecuencias. El Veedor y Ruiz de Galan, que por un ajuste ilegal habian encontrado el medio de contentar su ambicion, gobernaban simultaneamente. De comun acuerdo resolvieron pasarse à la Asuncion con los mas vecinos que pudiesen. Asi lo practicaron despues de haber despachado à la corte dos procuradores, y dexado un corto residuo de habitantes baxo el mando del capitan Juan Ortega. Quando el Veedor y Ruiz de Galan tomaron tierra en la Asuncion, yà se habia anticipado el teniente Martinez de Irala. Por una de las providencias de la corte estaba provisto el gobierno de estas colonias en el desafortunado Ayolas, y

(a) *El autor de la Argentina manuscrita, libro primero cap. catorce dice, que solo traxo un navio. Parece que se equivoca; porque à mas de que Ulerico afirma fueron tres quando menos, èsto es mas conforme al tenor de su título en el que se le llama capitan de cierta armada.*

en caso de haber fallecido sin darse sucesor, tenían derecho los conquistadores para que á pluralidad de votos nombrasen el que debía reemplazarlo. A vista de una resolución tan categórica, los principales pobladores se reprehendían ellos mismos por esa baja condescendencia con que toleraban la usurpacion de un mando, á que en su juicio les encaminaba su propio mérito. La eleccion se hizo ya necesaria para precaver los efectos de una guerra civil. Domingo Martinez de Irala, á la verdad, era un concurrente de grande nombradía, que por su consumada prudencia, su valor á prueba del último peligro y sus continuados servicios fixaba la atencion pública: favoreciale tambien ser sustituto de Ayolas, y por último le preparaba los sufragios una ambicion enmascarada con tal arte, que, afectando huir del empleo, hacia que por lo mismo él le siguiese. Esto es en la realidad saber texer la tela del honor con trama gruesa y urdiembre delgado. De común consentimiento empuñó Irala el baston de general el año de 1558, y los que se hubian abatido mas servilmente á los pies de sus rivales quando mandaban, fueron los que mas los instaláron en su desgracia.

Puesto en posesion del mando, resolvió Irala, como era debido, señalar los principios de su gobierno, dando á este cuerpo político aquella organizacion que exige el instituto social. Creó pues un cabildo, repartió solares entre los vecinos, fomentó la construcción de los edificios, coló

los primeros fundamentos del templo, y cubrió la ciudad con un buen muro de defensa. Creíamos que se había propuesto restablecer el orden destruido tanto tiempo por esa licencia soldadesca siempre dañosa à las costumbres, sino supieramos, que el exemplo es el que manda, y que sin este apoyo las leyes son muy débiles. En efecto, la vida lúbrica de este gobernador era mas propia para lisonjear las pasiones, que para contenerlas en sus deberes. Es verdad que en su tiempo empezó la union conyugal à confundir los vencidos con sus propios vencedores; pero, à favor de la proteccion de Irala, la dissolution se hallaba en crédito à expensas de la honestidad. No es posible que un pueblo sea honesto, si nada le impide el ser vicioso.

Por este tiempo tuvo principio en estas partes la predicacion del Evangelio. Los religiosos franciscanos deben contar entre sus glorias haber hecho resonar por la primera vez en los oídos de estos bárbaros los augustos nombres de Dios, Cristo, Religion. Pero mucho era necesario para que el sonido de estas voces dexase mas efecto, que una sorpresa pasajera y aun contradictoria à sus sínéresis. Para que no pasasen por absurdos los dogmas mas sublimes y las verdades mas abstractas de la fè, debia preceder una atildada preparacion, que fuese el fruto de la paciencia y del trabajo mas sedentario: debia el conocimiento del idioma abrir el paso à las ideas, y debia en fin la predicacion no hallarse desmentida por las obras.

No sucedia así. Los religiosos, aunque de vida ejemplar, eran muy pocos; se manejaban por intérpretes; acaso ignoraban aquel método que enseñó despues la experiancia, y las costumbres de los demas decian tanta oposicion con la doctrina, que no era extraño concebieran los salvajes fuese distinto el Dios del Evangelio del Dios que recibia el culto de sus obras.

La peligrosa suerte de Buenos-Ayres era un objeto digno de ocupar las atenciones politicas del gobernador. Siempre guiado del consejo, maestro seguro del acierto, llevó à deliberacion de un congreso el importante punto, de si convendria desamparar por ahora aquel establecimiento distante un dedo de su ruina. Muchos opinaron por su perpetuidad; y en efecto; las consideraciones de ser este un punto cardinal en la escala de las expediciones maritimas; de abrir por su situacion local el comercio de la metrópoli con las colonias; de asegurar los auxilios exteriores, y por último de impedir hiciesen pie en el continente las naciones zelosas de esta gloria, eran un cuerpo de motivos que daban peso à este sufragio. Con todo adhiriendose el gobernador à la mas sana parte de los juicios, fué de sentir, que en la imposibilidad de prestarle los auxilios necesarios, sin grave detrimento de la capital, exigia el interes comun un sacrificio momentaneo de aquellas grandes ventajas, principalmente resultando de la evacuacion de este puerto el importante beneficio de tener reunidas las fuerzas, cuya disipacion causaba la mis-

ta languidez de esta república naciente. Quodó acordada esta resolución; y en consecuencia la guarnición de Buenos-Ayres, sus vecinos y la gente de la nave genevesa Panchalda de donde proceden los Aquines, Reches y Troches, (a) que habiendo naufragado cerca del puerto, solo se había unido para aumentar el número de los infelices, fueron trasportados a la Asunción. Se honraba no poco al gobernador Itala, que con esta remisión tendría a sus órdenes un pie de ejército capaz de restablecer los negocios públicos, y desempeñar en la vastedad de sus designios. No fué un pequeña su sorpresa quando hecha reseña de la gente, solo se halló con seiscientos hombres en estado de tomar las armas. Estas eran las deplorables reliquias de esos grandes armamentos, que en el curso de casi veinte y quatro años buscaban, sin su fruto, los engañosos bienes de una esperanza frustrada.

Las pruebas con que hasta el presente tenían acreditada su fidelidad los Guaraníes, no daban lugar de sospecharse fuese necesario emplear contra ellos estas armas. Aún estaban frescas las huellas con que auxiliaron al ejército español en la jornada contra los Yaperies cómplices de los Pa-

(a) Esta embarcación hacia viage à la mar del Sud por el estrecho de Magallanes, à expender en el Callao doceo duendos de carga; pero no pudiendo pasarlo arribó à Buenos-Ayres.

yaguâes en la muerte de Ayolas. Con su ayuda habian tambien los Ibitirusus, Tibiquaris y Mondais entrado recientemente al yugo de la obediencia. Sin embargo en medio de esta calma aparente se iba formando una tempestad, que hubiera descargado sobre sus nuevos dueños, à no haberla conjurado una dichosa casualidad. Los caciques de los pueblos sojuzgados arrastraban con impaciencia la cadena del vasallage; pero vivian tan amedrentados, que rezelaban dar à conocer aun à los suyos el deseo de romperla. Para sondear los ánimos dexaron escapar algunas quejas, que mas parecian efecto del deshaogo, que de un designio premeditado. Herian estas en la llaga que à todos afligia: una sensacion dolorosa correspondió à esta tentativa. Asegurados los caciques dexaron hablar el sentimiento en toda su fuerza y energia. "Nosotros, decian, hemos nacido libres y gemimos al presente baxo una dura esclavitud: nos han quitado nuestras tierras y se nos obliga à cultivarlas para otros, humedeciendolas con nuestras lagrimas mezcladas de nuestro sudor: nos consumimos por servirlos y hemos de sufrir nuestros males sin tener el alivio de quejarnos: nos toman nuestros hijos y mugeres, y abusan de ellas por toda suerte de ignominia; los montes están llenos de los nuestros, y se les imputa à delito que huyan de la opresion: todo el que respira en estas tierras es feliz, y solo nosotros envidiamos la suerte de los que ya no existen: pero el último de los males es la imposibilidad de remediarlos".

Llevaba por intento este raciocinio excitar la desesperacion, maestra fecunda de consejos atrevidos: no se engañaron los caciques: todos escogieron una muerte gloriosa, antes que gemir en una vergonzosa esclavitud.

Yá era preciso ajustar los medios de una secreta conspiracion. Para imprimir en estos salvajes una idea reverente de los misterios que repararon al hombre caído, habia dispuesto el gobernador. Iráa celebrar en el jueves santo de 1546 una solemne procesion de flagelantes. Era por cierto esta ceremonia mas á propósito para infundir terror del cristianismo, que para ganarle aficion; pero era también la mas análoga á las extravagancias de un tiempo, en que nada gustaba tanto como mezclar usos bizarrós con las practicas mas sagradas. Esta fué la ocasion que eligieron los conjurados para poner en obra su designio. Hicieron pues que antieipadamente fuesen entrando á la ciudad ocho mil indios quienes concurriendo, no en masa, sino en diferentes porciones, ocultaban sus intentos baxo el velo de la curiosidad. Hallabanse yá todas las cosas casi á punto de empezar el estrago quando fué descubierta la traicion. A servicio del capitan Salazar estaba una india principal, hija de uno de los caciques mas autorizados; en quien este español tenia yá un hijo. Temiendo un indio deudo suyo, que en fuerza de estas relaciones le comprehendiese la catástrofe, la llamó á solas y le descubrió todo el secreto. Fingiose ella muy deudora á una noticia

que tanto interesaba su vida: pidióle la aguada mientras se retiraba á salvar un hijo; que no permitian sus entrañas dejar en el peligro. El capitán Salazar supo por ella hasta las menores circunstancias de esta oculta maquinación. Con la posible premura dió aviso al general, y no tardó éste en atajar el daño. Simulando que un troyo de Yapeyes venia á invadir la ciudad, hizo de pronto tocar alarma, y convocó al mismo tiempo á los caciques se color de consultarlos. Ellos entraron á casa del general para no volver á salir. Habiendo confesado el hecho que intentaban, fueron todos condenados al suplicio. Esta golpá vigorosa de autoridad asesada, poco más á más, en la misma hora destinada por los bárbaros á su cruenta ejecución, los llenó de tal espanto, que abatió todos sus espíritus y no les dejó alientos, sino para la fuga. Con todo se prendieron á muelas, no para castigarlos, sino para afectar una clemencia, que tuviera por fin el fin sumisión. El gobernador les hizo admirar en esta ocasión para los lazos de humanidad. Echados los indios á sus pies obtuvieron toda misericordia. Esta reconciliación fué sellada por el matrimonio de algunas indias con los españoles. De la unión de estos pueblos despan las mestizas, union que debe ser ventajosa, si es verdad que los hombres ganan como los animales atravesando sus razas; pero siempre era de desear, que así como los hombres tienen un solo origen tuviesen también, si fuese posible, una sola patria, para

que no se conservase ninguna semilla de esas antipatías nacionales, que eternizan las guerras, y las pasiones destructoras. Los indios de estos países son de una tinta bronceada bastante fuerte, cuyo humor prolífico provee quatro generaciones, segun sus diferentes mezclas. La tabla genealogica que se sigue hace esto mas sensible.

Primera: de una muger europea y de un americano nacen los mestizos. Ellos son atezaados, los hijos de esta primer combinacion tienen barba, aunque el padre no la tiene, como es notorio: el hijo pues adquiere esta singularidad de solo la madre, lo que es bien sabido.

Segunda: de una muger europea y de un mestizo proviene la especie quiterena: ella es la más oscura atezada, porque no hay sino un quarto de americano en esta generacion.

Tercera: de una muger europea y de un quitereno viene la especie octavona, que tiene una deztava parte de sangre americana.

Quarta: de una muger europea y de un octavona sale la especie que los españoles llaman purisima; ella es del todo blanca, y no se le puede discernir de la europea.

CAPITULO VII.

Alvar Nuñez Cabeza de Vaca solicita el Adelantado del río de la Plata, el que se le concede: fórmanse algunas ordenanzas para el gobierno de la provincia: se hace à la vela el Adelantado, y llega à santa Catalina: su viage por tierra, y su recibimiento en la Asuncion: promuévese la conversion de los indios: obstaculos que se experimentan: nombra à Martinez de Irala por maestro de campo, y lo destina à nuevos descubrimientos: vence Riquelme al cacique Tabaré: arrogancia de los Guaycurúes: son vencidos.

El anhelo à las riquezas hizo que algunos particulares trocasen en estos territorios una fortuna asegurada por otra contingente. La experiencia debió abrirlos los ojos para conocer, que siendo estos países exhaustos de metales, y no produciendo por entónces ningun fruto, que pudiese entrar en la balanza del cambio, era este un bien poco ménos que imaginario. Pero como es esta una pasion à quien irritan sus mismos desengaños, los medios de curarla los obstinaban à exponer esa fortuna à nuevos riesgos. Así venia à suceder, que la codicia se hallaba castigada por la codicia misma. Los armadores en la expedicion de Diego Garcia se engañaron; pero al fin fundaban su esperanza en el crédito de las riquezas con que este nuevo mundo hizo que el viejo le volviese los ojos. D. Pedro de Mendoza incidió en el mismo error; pero fué con las muestras en las manos, que hizo correr la ligereza de Gaboto. El

armamento del Veedor Alonso de Cabrera fué en parte una consecuencia del tratado con Mendoza, y aunque el rey ayudó en estas jornadas, el aumento de la dominación á que dirigia sus auxilios era siempre un interés indeficiente, que daba lugar á estos sacrificios. La nave Marañón de la expedición de Cabrera estaba de regreso en España, y con ella el por menor del estado de la conquista. En la serie de estos acontecimientos hablaba con elocuencia la voz de la miseria. Pues con todo, vease aquí un nuevo aventurero, que solicita la provincia con empeño.

Este es el memorable Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, mas célebre por sus desgracias, que por sus pretendidos milagros. Era este caballero nieto del Adelantado Pedro de Vera, cuyas proezas militares en tiempo de los reyes católicos redujeron la gran Canaria á una provincia de Castilla. Alvar Nuñez se vió empeñado en esta ruta del honor con todo el entusiasmo que podia inspirarle un exemplo doméstico tan brillante. Pasó á la América con Panfilo de Narváez en la desastrosa expedición, que tenía por destino la conquista de la Florida. De quatrocientos hombres que componían este armamento, sólo quatro, entre ellos Alvar Nuñez, escaparon la vida en la borrasca; pero tan al arbitrio de la suerte, que bien fué necesario atribuirles un milagroso don de evasión, con que se hacían gratos á los bárbaros, para libertarlos en los diez años que sufrieron su cautiverio. Nos parece mas vero-

ajuil, que aquel ayre lleno de franqueza y de afabilidad, á que rara vez se resisten los corazones mas desapiadados y que por un privilegio de la naturaleza era tan propio de este ilustre prisionero, fué toda la virtud con que logró amansar la fiera condicion de los bárbaros. Por lo demas ansiosidad á prueba de milagros toca en los ápices de la perfeccion, y nunca se ha visto pasar á América en busca de fortuna. No escarmentado Alvar Nuñez con sus pasados infortunios, solicitó el Adelantazgo del rio de la Plata con todo el empeño de un acalorado pretendiente. A favor de sus servicios, y de ocho mil ducados con que ofreció costear una nueva expedicion, sin dispendio del real erario, se le concedió este gobierno á condicion de haber muerto su propietario Juan de Ayolas; ocupando el grado subalterno de su teniente en el evento contrario. Asi se capituló en 28 de marzo de 1540.

No ha faltado quien mire la civilizacion como un pasajero, que progresivamente va buscando los paises templados y ricos de vegetales. No hay duda que atendido el curso natural de la cultura, la esterilidad del terreno ha debido retener al hombre por mas tiempo en la vida salvaje. Pero un feliz concurso de causas politicas puede invertir ese orden, y establecer en él la vida social, con anticipacion á otro mas fecundo. Véase esto palpablemente en las ingratas regiones del Perú, con respecto á las de estas provincias todas salvajes, á pesar de su capacidad para fructificar.

qualquier semilla alimentaria. El interés del vasallage hizo que los reyes de España se apresurasen á introducir la cultura de estas regiones; pero solo hasta aquel grado, que fuese compatible con la odiosa calidad de colonos. Estos bárbaros eran antropófagos, crueles, desapiadados, y no amando á sus mugeres con ardor, carecían de la mas fuerte atadura de la sociabilidad. Por otra parte, la falta de medios para subsistir desterraba toda idea de unión y de amistad, y los tenía en perpétua guerra.

La introduccion del cristianismo, algunas semillas para el cultivo de nuevos frutos, algunos animales domésticos y ciertos artículos correspondientes al buen orden fueron los medios que por ahora puso en práctica la corte de España baxo la direccion de este Adelantado. Pondremos aquí los mas dignos de memoria:

Primero: "que se propagase la religion cristiana con el mayor esmero." No es dudable, que este era el medio mas eficaz de dar á este estado una forma regular y consistente; pero la austera verdad de la historia no permite disimulos incompatibles con su imparcialidad. Es preciso confesar de buena fe, que este arduo empeño se hallaba erizado de unas dificultades, tanto mas difíciles de superar, quanto ellas nacian de los mismos profesores de la fe. El duro tratamiento de estos conquistadores tenía de tal modo enagenados los corazones de los indios, que para rehusar el cristianismo, bastaba verlo profesado de sus

tiranos. Bajo la misma opresion alimentaban el deseo de libertarse, y éste era inconciliable con la resolucion à un estado, que en su concepto de necesidad la perpetuaba. Por otra parte las costumbres corrompidas de sus nuevos dueños, su insaciable sed de riquezas, sus odios mutuos excitados por el deseo de dominar, y en fin sus disoluciones sin mas términos que los del apetito, era preciso que quando menos pusiesen muy en duda la santidad del Evangelio. No era fácil persuadirles, que estos cristianos, de que hablamos, se hallasen convencidos de unas verdades que tanto despreciaban, ni que tuviesen mucho temor à un Dios cuya justicia provocaban.

Segundo: "que no pasasen abogados, ni procuradores à estas partes." Habia yà acreditado la experiencia quanto atrasaba la poblacion el abuso de estos causídicos, que à favor de la distancia interpretaban las leyes à su antojo, y no veían à ser otra cosa, que los instrumentos mas nocivos de las pasiones.

Tercero: "que los castellanos y los indios pudiesen tratar libremente." El libre exercicio de los cambios y demas contratos es uno de los medios mas eficaces para la civilizacion, y el que parece abrazar todos los bienes comprehendidos en la esfera de los deseos. Trae su origen de ese derecho de propiedad de que el hombre es tan zeloso, por quanto seria ésta muy incompleta, si al derecho de gozar no se le uniese la facultad de disponer. Los conquistadores abusaban de su poder,

contra los indios en esta parte : pero los reyes de España ¿abusaban ménos del suyo contra unos y otros imponiendo restricciones al tráfico ?

Quarto : "que de los tenientes se apelase à los gobernadores , y. que la relacion de las operaciones de éstos se remitiese al consejo." Tenia por objeto esta ordenanza desarmar el fiero despotismo subalterno à que estimula el espíritu de conquista , quando lo alienta la impunidad. Otra era necesaria para poner término al de los reyes. Sin ella no podia haber vida , fortuna , derecho , ni propiedad asegurada.

Como si quisiera el nuevo Adelantado y gobernador forzar la fortuna à que le resarciese el tiempo y las fatigas vanamente empleadas en buscarla , partiò prontamente de san Lucar el 2 de noviembre de 1540 llevando baxo su mando , segun la mas probable opinion , cinco embarcaciones y quatrocientos hombres fuera de la gente de mar. En marzo del siguiente año arribò à la isla de santa Catalina , donde hizo saltar à su gente y veinte y seis caballos de quarenta y seis que se embarcàron. Sirvióle de no pequeño consuelo encontrar aqui à los padres Armenta y Lebron de la orden franciscana , que con un zelo verdaderamente heroico desempeñaban las funciones del apostolado. Fuése fastidio de la navegacion , fuése por haber perdido dos embarcaciones , como algunos dicen , mas bien por un deseo de adquirir conocimientos prácticos de los lugares y naciones , à que pretendia extender las influencias de su mando,

emprendió por tierra su viage á la Asunción, habiendo entrado primero por el rio Itabuco, y despachado por mar á Felipe Cáceres con todos los inválidos. En esta jornada fué donde conociendo conocer Alvar Nuñez, que sabia poner á sus deseos limites mas estrechos que á su poder, y que si se manifestaba armado, era para proteger á los débiles, dió pruebas de su bondad, seguramente, mas gloriosas que las victorias de otros. Los indios habitantes en este dilatado espacio se admiraban de que un hombre fuese capaz de tanta beneficencia. Con sus personas y sus bienes, puestos á los pies del Adelantado, no creían hacer mas que honrar la virtud misma. Despues de haber tomado posesion de estas tierras, dando á la provincia el renombre de Vera, entró por fin en la Asuncion el 11 de marzo de 1542 sin mas desgracia que la muerte de un solo hombre. Poco despues arribaron las embarcaciones, no habiendo tenido en el tránsito otro accidente azaroso que la escasez de viveres de que fueron socorridos por las prudentes prevenciones del Adelantado. En mas riesgo se hallaron las balsas, que desde el rio Paraná despachó con algunos enfermos, impossibilitados de seguir la marcha por tierra; pues atacados de doscientas canoas de indios necesitaron todo su valor para salir libres de aquel peligro. Estos llegaron un mes despues que el Adelantado.

Los españoles de esta clase recibieron en la Asuncion al gobernador con mas urbanidad que verdadero agrado. Ellos se asombraban con las per-

ticularidades de su jornada; pero querian mas lúce, dice un escritor, atribuir las à un prodigio del cielo, que à unas virtudes, que no estaban en disposicion de imitar. Quando la historia ha-ya puesto à la vista el quadro de infelicitades que sobreviniéron à la provincia en tiempo de este gobierno, nadie podra excusarse de preguntar ¿cómo un justo que siempre habitaba con la virtud y el exemplo, mas poderoso que las leyes, pudo ser ocasion de tantos desastres? Es que nunca son mas terribles los vicios de un pueblo corrompido, que en el peligroso trance de hallarse reprimidos.

El Adelantado no diferió un momento el artículo de la religion, tan digno de su zelo y tan conducente à acreditar la fidelidad de su empleo. Convocó al clero, le manifestó la voluntad del rey, le recomendó el buen tratamiento de los indios, como medio necesario para facilitar su conversion, y lo hizo responsable de esta causa, que sin traicion à su ministerio no podia abandonar. Junto tambien à los indios y exhortandolos à recibir la religion, les produjo un razonamiento lleno de aquellas verdades primitivas, que no dexan de percibirse aunque ofuscadas entre la nube de los errores.

Convirtiéndose despues el Adelantado sus atenciones à las cosas de gobierno, hizo reseña de la gente y se encontró con mas de mil trescientos españoles. Confirió luego el empleo de maestro de campo à Martinez de Irala. Esta ya fué una

falta con que empezó el mismo à labrarse sus desgracias. Exigia su seguridad no autorizar demasiado à un ambicioso con todos los talentos que lo ponian en aptitud de executar un mal designio, y que acostumbrado al mando, era de presumir sufriria con impaciencia otro sobre él. El suceso acreditará este rasgo de politica. Alvar Nuñez no era capaz de incidir en la baxa timidez de un silencio pernicioso: sabiendo quan justificada era la aversion que los oficiales reales se habian conatado por la odiosa altivez de su conducta, reprimió con varonil entereza sus vexaciones, y los contuvo entre los justos limites de sus deberes. Un disimulo artificioso cubrió sus odios hasta lograr ocasion de satisfacerlos. El Adelantado empezó à conocer, aunque tarde, el error de haber armado à Irala, y usó alguna vez de la politica para retirar de su lado un émulo tan peligroso. Hizo, pues, que con trecientos hombres avanzase los descubrimientos del rio mas alla del puerto de Ayolas, hasta encontrar otro mas comodo por donde pudiese realizarse el proyecto tan deseado de comunicar con el Perú. Irala desempeñó esta comision como hombre de espíritu y sagacidad: subió hasta el puerto de los Orejones, que despues llamaron de los Reyes, cien leguas mas arriba del antiguo descubrimiento: trabó amistad con aquellos pueblos de indole pacifica; se informó de todas las naciones, que ocupaban lo interior del tránsito; y cargado de oportunos conocimientos dio vuelta à la Asuncion. El Ade-

tantado habia empleado este tiempo en ajustar nuevas paces con los inquietos Agaces, siempre terribles por sus continuas piraterias à pesar de los tratados.

En este estado se hallaban las cosas quando un incidente interrumpió la cesasion de hostilidades. El cacique Tabaré, señor de la provincia de Iparé, poseido de una noble altanería, y teniendo la sujecion de sus vasallos al dominio español como una afrenta que deshonoraba su autoridad, los excitó à sacudir el yugo. Antes de tomar las armas quiso Alvar Nuñez darse un aire de justicia. Sabia que en su pueblo se hallaba prisionero un hijo del desgraciado portugues Alexo Garcia, de quien diximos, que habiendo penetrado hasta los confines del Perú, murió à manos de los asesinos Guaranies. La consecucion de este prisionero le pareció de mucha importancia, por lo que sus luces podian conducir al gran proyecto de internacion. No era muy de esperar, que el fiero Tabaré accediese à un pacífico rescate: con todo, Alvar Nuñez se lo hizo proponer por medio de indios amigos, esperando dar con su repulsa una nueva justificacion à su causa. En efecto, con una osadia ignominiosa y cruel cerró el bárbaro todas las vias de conciliacion: su respuesta fué quitar la vida à los emisarios, dexando à uno solo con ella, para que fuese mensagero de su atrocidad y desprecio. Contaba este cacique con unas fuerzas capaces de desempeñarlo en su querrela. Consis-

tian estas en ocho mil indios esforzados de su parcialidad, fuera de otros muchos aliados, y en su capital fortificada con tres ordenes de gruesas estacadas, à que antecedia un gran foso de circumbalacion. Toda la mansedumbre del Adelantado no fué bastante para tolerar un agravio que interesaba lo mas vivo del honor. El capitán Alonso Richehne con trecientos soldados y mas de mil indios dirigió su marcha al pueblo de Tabaré con ánimo resuelto de expugnar esta fortaleza, donde con todas sus fuerzas se hallaba acantonado el enemigo. Los requerimientos de paz producian en estos bárbaros un efecto contrario. Una inopinada salida obligó à los españoles à valerse de todo su ardimiento para no ser desordenados. Despues de una vivísima accion, en que los bárbaros resistieron con un valor inesperado, al fin fueron rechazados. Por otra parte el capitán Camargo, que con una compañía y quatrocientos Guaranies venia cargado de vituallas, fué asaltado con generoso impetu de un trozo de enemigos, en cuyo lance acaso hubiese perecido à no haberle dado la victoria, aunque con mucha pérdida, el desaliente de que se dexaron apoderar con la muerte de su caudillo. Estos antecedentes pusieron à los españoles en la necesidad de abreviar el asedio con un asalto general y decisivo. Las cosas se disponian para ello, quando, saliendo los barbaros por dos puertas, se arrojaron con un corage tan resuelto, que penetraron por nuestro real, y se apoderaron de la plaza de

armas. Avergonzados los españoles, embistieron con aquella noble emulacion, que asegura la victoria; y aunque fue vigorosa la resistencia, consiguieron recuperar el campo perdido. La resolución del asalto estaba tomada, y así se practizó. Los indios hicieron una de las defensas mas obstinadas y mas digna de mejor fortuna. Los españoles necesitaron de toda la ventaja de sus armas para triunfar y quedar dueños de la plaza; año de 1542. Se contaron hasta quatro mil muertos, y tres mil prisioneros por parte de los vencidos: por la de los vencedores murieron de los españoles diez y seis soldados, y fueron heridos mas de ciento, de los indios amigos, entre muertos y heridos, fueron muchos.

Hizo tal impresion en los barbaros esta derrota, que les seguía à todas parte la sombra del terror. Los fugitivos à la cabeza del humillado Tabaré, con los demas pueblos adyacentes, vinieron poco despues à jurar un eterno vasallage con tal que se les perdonasen las vidas. Richelme usó con moderación de la victoria: no sólo les conservó la vida, sino que dexó à Tabaré en posesion del cacicazgo. Restablecida la tropa de sus fatigas, regresó à la Asencion donde recogió muchos honores entre el estrépito de un júbilo militar.

La paz y la tranquilidad son seguramente necesarias para enter las flagas de un estado. Però la calamidad de estos tiempos no daba lugar à otra cosa que à estar siempre ocnido de este fierro homicida, y siempre manteniendo esas armas compen-

donas de los rayos. Los Guaraníes se hallaban bajo la tutela del poder español. Por este principio sus agravios les tocaban muy de cerca, como tambien la necesidad de vindicarlos. Los mas urgentes en el dia eran los que les inferian los Guaicurúes, nacion muy numerosa, atrevida, guerrera y cruel, quienes por sus violentas depredaciones tenian infestado el pais. A la política de los conquistadores le era muy interesante acreditar el valimiento de su proteccion. Con esto lograban sojuzgar à todos, yà aficionando à los imbéciles, yà rindiendo à los mas fuertes con el auxilio de sus mismos compatriotas. Alvar Nuñez dió orden para que los padres Armenta y Lebron con el presbítero Francisco de Andrada hiciesen entender à los Guaicurúes, que prontamente restituyesen quanto tenian usurpado, desistiesen de la guerra contra sus aliados, prestasen obediencia al Cesar y no impidiesen en su territorio la publicacion del Evangelio. Un lenguaje tan nuevo para los oídos de estos bárbaros, proferido por quien, sin derecho alguno, se erigia en juez de un pueblo libre, y lo sujetaba à la obediencia de un dueño, que él no se habia elegido, amotinó de tal modo su soberbia, que bien fué necesaria toda la escolta de cincuenta soldados, para que estos mensageros no pagasen con sus vidas el precio de su temeridad. Sin embargo, no fué pequeña dicha de la escolta escapar con algunas heridas.

Era este un atentado muy insolente en el juicio

de los españoles: el Adelantado se resolvió á vengarlo por sí mismo. Habiendo nombrado por cabos subalternos á Irala y á Juan de Salazar, pasó el río con quinientos españoles de infantería, diez y ocho ginetes y dos mil Guaranes, suministrados por el escarmentado Tabaré. Vivían los Guaicurús tan satisfechos de sí mismos, que desdenaron todo preparativo, como vergonzoso indicio de cobardía. Todos dispersos los de esta tribu segun su costumbre, tuvieron necesidad los españoles de darles tiempo á la reunion. Sin haberlos aun sentido, asentaron su pueblo tres leguas de nuestro campo. En el silencio de la noche logró este ponerse en proporcion de que sus espías escuchasen los cantares llenos de arrogancia y valentia, con que alimentaban su vanidad en menosprecio del español. Al siguiente día se avistaron los dos ejércitos. No pudiendo sufrir el Guaicurú ver violado su territorio, acometió al español con mas impavidez, que cordura. A pesar del estrago que hacia la artillería, sostuvo el choque heroicamente, y no sin daño de los nuestros. Lo que no pudo conseguir la viva fuerza, obró un temor ilusorio. Habia dispuesto el Adelantado, que los pretales de los caballos estuviesen guarnecidos de muchos cascabeles. En lo mas vivo del combate, acometieron estos do tropel, llevando en el ruido y la novedad un sobresalto capaz de sorprender el corage mas prevenido. Un pavor frio se apoderó de los bárbaros y les hizo caer las armas de las manos.

Desordenados y vencidos, basaron en la fuga el único modo de recobrase. No fue de sentir el general se les siguiese el alcance; porque los Guaraníes aun no se habían restablecido del temor; y porque era muy de rezar emboscadas a cada paso, de un enemigo jamás acostumbrado a ceder. Cubierto de esta gloria, que hasta aquí nadie había merecido, regresó con todo su ejército a la Asunción.

CAPÍTULO VIII.

Levantase los Agaces: Alvar Nuñez hace las paces con los Guaicurúes: manda ahorcar unos caciques de los Agaces: hace que Iráta repita los descubrimientos: parte a una jornada para el río Paraguay: castiga a los Payagués: llega hacia los Guaraníes: resisten los españoles combatiendo de plantón, pero les obliga Alvar Nuñez: introdúcese tierra adentro, y se ve obligado a retroceder: el capitán Mendoza entra a un pueblo de indios, donde encuentra una grande serpiente: choque de Alvar Nuñez con los oficiales reales: su vuelta a la Asunción.

No podemos menos de lamentarnos de recorrer el campo de una historia, donde la mala fe, la perfidia, y las traiciones parece que brutan bajo la pluma del escritor. No pudiendo estos indios contrarrestar por un valor heroico la fuerza irresistible de sus invasores, muchos de ellos sostituyeron en su lugar el fraude y el engaño. De esto se valieron por ahora los Agaces, enemigos mas intratables del nombre español.

A pesar del suceso ajusado con el Adelantado, el primer instante de su partida contra los Guaicurúes, fué el último de su fidelidad. Nunca les pareció mas fácil desalojar á los españoles de la capital, que quando vieron la debilidad de su guarnicion. Con este designio se acercaron en gran número; pero la vigilancia de Gonzalo de Mendoza, á cuyo cuidado corría la ciudad, frustró todos sus conatos. Los bárbaros despreciaron su saña talando los campos, y haciendo incursiones en que dexaron los estragos de su ánimo hostil.

El Adelantado juzgó que era preciso llevar la guerra al centro de esta nacion, y obligarla quando menos á respetar las fronteras. Pero antes quiso dexar cubiertas las espaldas, trayendo á su amistad al no bien domado Guaicurú. Parece que los españoles por el derecho de la guerra reducian á esclavitud algunos de los prisioneros. Los indios extendian este derecho aun á matarlos y comerlos. Observa un escritor, que la suerte de los prisioneros ha sido varia segun las diferentes edades de la razon: los mas salvages de los hombres los atormentan, los degüellan y los comen, este es su derecho de gentes. Los salvages ordinarios los matan sin atormentarlos. Los semi-bárbaros los reducen á esclavitud. Las naciones cultas los rescatan. Que los indios de que hablamos reduyesen á esclavitud los prisioneros, parece que lo autorizaba la justicia de su causa, unida á su estado de barbarie; pero que los españoles los

imitasen, á mas de que lo vedaban sus leyes, tenían contra sí la injusticia de sus empresas, y la cultura de su razon. Con todo, dando Alvar Núñez por un rasgo de generosidad la libertad á los prisioneros Guaicurúes, ensayó obligarlos de este modo á la correspondencia. Para esforzar mas su liberalidad convocó á estos prisioneros y les expuso, quan doloroso le habia sido que los insultos de su nacion le hubiesen puesto las armas en otras manos, que deseaba sólo extenderlas para su beneficencia. Hizo así mismo que uno de ellos significase á los principales su buena disposicion para ajustar una amistad, de que nunca tendrían que arrepentirse. El embaxador peroró sobre esta causa ante los suyos con toda la vehemencia de que es capaz el que bendice aquel momento, en que, sin imaginarlo, pasa de un perpetuo cautiverio al dulce estado de libertad. Rara vez andan separados el valor y la gratitud. Los Guaicurúes hacían no ménos alarde de valientes que de generosos. A los quatro dias siguientes vinieron veinte indios cabezas de familia. Introducidos á presencia del Adelantado se sentaron sobre un pie, dando á conocer venían de paso, y tomando uno de ellos la palabra habló con toda la franqueza de un guerrero. Texió de pronto una larga historia de los triunfos con que su nacion se habia adquirido el predominio sobre las demas, no para hacer una vana ostentacion de su valor, sino, antes bien, para encontrar en ella misma un justo motivo de suscribir sin abatimiento á su sumi-

sion, pues nada parecia mas debido como rendirse al que venciendo al vencedor de los demas habia obscurecido todas sus glorias. La subordinacion al rey, el paso franco à la predicacion del Evangelio y la cesacion de hostilidades en el territorio de los Guaranies amigos y vasallos fueron los articulos de la capitulacion. El Adelantado quedò muy complacido de haber concluido un ajuste, à que no habiendo concurrido la fuerza de las armas, ni los baxos medios de la politica, estaba muy distante de la extorsion. Otras naciones enemigas, siguiéron el exemplo de la Guaicuru, y la dominacion española iba cimentandose cada vez mas.

Todo lo que el partido español ganaba por este lado, perdia por los irreconciliables Agacés. Los odios que estos profesaban à los demas sus compatriotas, hacian que mirasen su adhesion al español como una razon mas de aborrecerlo. Siempre atentos à devastar nuestras campañas, tenian amedrentados à sus habitantes con sus continuas rapacidades. Antes de dar principio à la guerra, vengó el Adelantado su enojo mandando ahorcar en varios arboles del campo à doce prisioneros de esta nacion. Hecho inhumano con que hizo traicion à su corazon, y afeò la bella historia de su vida. Este severo ultraje de las leyes sirvió à lo ménos para que los Agacés se aluyentasen à lugares remotos, que defendidos de pantanos impracticables cerraron la entrada al exercito español.

Observa bien el Padre Lozano (a) la equivocación, que padece el cronista Herrera (b) afirmando, que Alvar Núñez despachó gentes a que poblasen el puerto de Buenos-Ayres en consideración de su importancia. El silencio de todos los escritores, y el afirmar el Licenciado Centenera, que esta ciudad no se repobló hasta el año de 1580 siendo uno de los que concurren a este acto, acreditan la legalidad del reparo. Pero no es ménos digno de crítica el mismo Lozano, quando poco después se contradice (c) asegurando, que Alvar Núñez mandó dos bergantines con Gonzalo de Mendoza a socorrer a los que había despachado a poblar a Buenos-Ayres.

La ambición de Martinez de Irala murmuraba, aunque en voz baja, por verse reducido a un puesto subalterno. No se le escondia al gobernador que su mano proveía de alimento al fuego de la sedición, y que éste para manifestarse, sólo esperaba el primer soplo que lo reanimase. Valióse mañosamente el Adelantado de la aptitud de Irala para sofocar este incendio, que el mismo preparaba. Obligólo pues a que con noventa castellanos partiese en tres bergantines a repetir los descubrimientos del río Paraguay. Nada descubre tanto el fondo de reserva de este hombre artificioso.

(a) *Historia manuscrita libro 2. cap. 9.*

(b) *Herrera década 7. lib. 4. cap. 13.*

(c) *Idem cap. 10.*

no, como ese sufrimiento con que sin inquietud ve desvanecerse las obras de su maquinacion. Sabia que el modo de malograr un designio, era precipitarse à recoger un fruto, que aun no estaba en sazón. Afectando tranquilidad de ánimo, partió à su destino el 20 de noviembre de 1542. Habiendo arribado al puerto de las Piedras, setenta leguas de la Asuncion, dispuso segun las instrucciones del Adelamado, que ochocientos indios con tres castellanos se introduxesen por lo interior de la banda occidental y adquiriesen todas las noticias, que conducian al plan general del establecimiento. Las sugerencias del cacique Aracaré, que amotinó à los indios, malograron esta empresa, y aunque repetida por otros mas fieles à quienes persiguió aquel, no tuvo otro éxito, que recoger trabajos, sustos y desengaños. Los tres castellanos y los indios de esta expedicion no habiendo encontrado à Irala fueron molestados del cacique Aracaré; pero al fin lograron incorporarse à los de la jornada. Continúo pues Irala su derrota hasta un puerto, que intituló de los Reyes, situado en la nacion de los indios Caco-yes. Reconocidas estas gentes las encontró dedicadas à la labranza, y que daban indicios nada equivocados de poseer ese metal, ingrato objeto de tantos afanes. Con estas noticias dignas de dar à esta empresa un aye de importancia volvió Irala à la Asuncion. No quedaron sin castigo las infidencias de Aracaré, porque fulminando su proceso en la Asuncion, y cayendo en

manos de Irala à su r  greso, pendiente de un ar  bol sirvió de escarmiento à los domas.

No se puede negar que la situación del Adelantado era una de las mas difíciles y delicadas. Quando entreteniendo à Irala en continuas expediciones parecia cortar los br  tes de la sedición, renacian éstos con mas vigor por el fomento de los nuevos m  ritos, que él mismo lo obligaba à contraer. Los sucesos de la última jornada practicada por Irala animaban los descos que alimentaba el Adelantado de reconocer por sí mismo unos descubrimientos, que llamaban las serias atenciones del vigilante interés. Pero la declaración de su propósito no hizo mas, que suscitarle contradicciones. Intenta acopiar víveres entre los ind  os, y cuestan éstos batallas y victorias, que gan   Irala advierten los oficiales reales el nuevo crédito con que va à realizarse, y envidiosos de esta nueva gloria se atraviesan con mil embarazos. Pero la firmeza del Adelantado disip   todos sus estorbos. Despues de haber hecho regresar à los padres Armenta y Lebron, evadidos furtivamente para promover ante el rey las calumnias de los sediciosos, y despues de haber abolido las nuevas ex  cciones con que éstos tenian agravados los antiguos abusos, detuvo sus empresas con el arresto de sus personas. Irala que todo lo dirigia à sus fines con tanta destreza como constancia, parecia no hacer papel en esta escena; pero era bien averiguado, que sembraba con arte la discordia, que estaba unido de intención con los demas, y que res  ta

piraba en secreto su venganza.

A despecho de sus enemigos con quatrocientos españoles y ciento cincuenta indios de guerra puso en obra su partida el Adelantado en 1543, dando el mando al capitán Juan Salazar de Espinosa, y llevando consigo á Itala y dos oficiales, Pedro Dorante y Felipe de Caceres, cuyos movimientos convenia observarlos muy de cerca; aunque el autor de la Argentina manuscrita dice, que también fué Alonso de Cabrera. Con próspera fortuna, unos por tierra, y otros por mar, llegaron hasta el puerto de Itapitán donde se embarcaron todos, y prosiguiendo el viage, arribaron al de la Candelaria, ese sitio aborrecible por tantos infortunios. Al hombre de candor y buena fe es tanto mas facil enganar, quanto imposible que él engañe. Toda la grande experiencia, que se tenía del trato doble de los Payaguáes, no puso á cubierto al Adelantado para impedir que se burlasen de su credulidad. Seis indios de esta nacion, contrahaciendo la inocencia con toda propiedad, se presentaron en su presencia, y dandose por enviados de un cacique principal, ofrecieron á su nombre poner en su poder dentro de un dia natural hasta sesenta y seis cargas de ricas joyas y presas, que fueron los despojos del desgraciado Juan de Ayolas. Quando consideramos el indiscreto asenso, que dió Alvar Núñez á esta torpe fiction, no tememos asegurar, que los indios se comenzaron, y que su gran desco la concluyô. Pasado con mucho exceso el término del emplaza-

miento sin que los oferentes verificasen su promesa, y sabiéndose que los indios invadían á poca distancia las canoas mas lentas del conyoy, conoció la burla el Adelantado, mas tarde de lo que debiera. Su ofensa personal al verse sonrojado de unos bárbaros, y el agraxio de las armas españolas concurriéron para resolverlo á la venganza. A beneficio de una emboscada de embarcaciones que dispuso con arte y sagacidad, logró dar una descarga á los agresores, que le dejó sobrada materia al arrepentimiento. Canoas echadas á pique, indios destrozados por las balas, otros reducidos á cautiverio, y caciques ahorcados en los bosques, fué el triste resultado de la pasada burla. Viendo al pacífico Alvar Nuñez tan fieramente encarnizado, es fácil reconocer aquí las preocupaciones odiosas tanto tiempo funestas al género humano.

Bien satisfecho su enojo contra los Payagués, continuó su marcha hasta la tierra de Guaxarapos y Guatós, con cuyas naciones trabó amistad, haciendo intervenir todos los medios que podían cautivar su voluntad. El 25 de octubre llegó á la division de este río, que partido en tres brazos forma con el uno un gran lago, y hace con los restantes la isla de los Orejones, grande, poblada, abundante, amena y tan deliciosa, que mereció llamarse el parayao. Fueron recibidos aquí los españoles con una cortesania nada comun á los otros pueblos. Estos grandes atractivos los inclinaban á levantar un establecimiento que podía

servir de escala à esta importante navegacion, y de entre-puerto à la comunicacion del Perú. Ob-servaremos en adelante lo que costó à la España haberlo despreciado. A la penetracion de Alvar Núñez no podian escaparse estas utilidades; pero, ò temiendo enflaquecer sus fuerzas con esta division, ò reservandose elegir lo mejor despues de bien examinado el terreno, resistió por ahora este proyecto. Su resistencia causó en el exercito una fermentacion, que estuvo en visperas de declararse en alboroto popular. "¿A qué fin, gritaban en voz alta, principalmente los veteranos, habitar siempre en países salvages, consumirnos de fatigas, exponernos à nuevos riesgos, sin tener una fortuna asegurada? ¿Que busquemos en los desiertos, en los bosques y en los países inmundos, donde sólo nos saludan antropófagos? Y à la vista de nuestros compatriotas, que las enfermedades quitan de nuestro lado ¿que podemos esperar sino una suerte semejante? Seamos prudentes à sus expensas, y sin ir à buscar mas lejos esos tesoros quiméricos, que parecen huyen de nosotros ¿por que no hemos de gozar el bien que hoy dia nos presenta la providencia? Quando mas, busquen los juvenes ese oro, mientras pasamos en un ocio tranquilo los cansados años de nuestra vejez." Los principales de la tropa se acercaron al Adelantado y le expusieron cortesmente estas bien fundadas quejas; pero tomando por su parte la palabra les dixo, algo demudado "¿Son españoles estos que yo oigo hablar así? ¿Hemos

dejado la España, nuestros padres, nuestros amigos, por venir á buscar tierras y gozar en la obscuridad una vida blanda y ociosa? Para eso ¿que nos faltaba en nuestra patria? Yo me imagino ver aquí unos muchachos, que por recoger manzanas desprecian los tesoros cuyo precio no conocen. El emperador, nuestro señor, nos ha enviado á este nuevo mundo para conquistarle provincias y asegurarle la posesion de las riquezas, que ellas encierran en su seno: es necesario, ó morir, ó enplanar la vida en experimentar mayores males: conviene á nuestro honor corresponder á la confianza con que nos ha honrado este gran principe. Yo se quales son mis obligaciones y las vuestras: á mí me toca daros el exemplo: vosotros lo seguiréis, si fuiseis dignos del nombre que tenéis.”

Este raciocinio calmó los ánimos, y se dexaron conducir hasta el puerto de los Reyes, donde arribó la armada, no sin crudos trabajos y fatigas. Fue muy cumplido el regocijo quando á poco de haber recorrido el campo, encontraron á estas gentes tan humanas, como si cada qual limitase su ambicion á ser amigo de los españoles, y pusiese su felicidad en servirlos. Nació sin duda esta mansa índole de su profesion, agricultora, y de ese tal qual culto, aunque á fingidas deidades, que no sin asombro de los huéspedes advirtieron en estos indios, con exclusion de los que hasta entonces habian tratado. En ocasion tan oportuna, no podia estar sin ejercicio el zelo activo de Alvar Nuñez. Dispuso pues que se formase una capilla provisoria.

nal donde se propuso dar à estos naturales una alta idea de nuestros misterios, y les habló del rey y de la religion con toda la dignidad de un enviado. El comisario Armenta acabò esta pasagera instruccion, no con el éxito que vanamente se lisonjeaba sino con aquellas engañosas señales, que manifestando convencimiento dexan siempre idólatra al corazon. Prueba de éllo fué, que intentando destruyesen sus idolos, los defendiéron con sus la-mentos, como quien vela su propia ruina unida à la de su culto. No obstante ésto, con un zelo precipitado, éllos se quemaron à presencia de los indios, quedando muy pasmados de que el cielo no volviése por su causa.

El señor de mas nombradia en estas comarcas era el cacique de los Xarayes, de quienes recibe el nombre este celebre lago. No descuidò Alvar Nuñez en diputarle una embaxada solicitando su alianza, ni el cacique en recibirla con la mas atenta cortesania. Sentado este señor en una amaca de finisimo algodón, que le servia de trono, rodeado de trecientos cortesanos, y decorado de un tren de magnificencia correspondiente à su poder, escuchò con señales de magestuoso agrado las proposiciones de amistad, que hacian el objeto de esta legacia, y cargando de dones y caricias à los embaxadores los despachò, para que convidasen de su parte al general y su tropa, tuviessen la bondad de acercarse hasta su pueblo à darle el singular honor de conocer à unos hombres, que immortalizaba la fama, y recibir los

oficios de su gratitud y beneficencia. Aun no satisfecho con esto, destinó á un vasallo principal suyo, no sólo para que cumplimentase de su parte al general español, sino tambien para que le sirviese de fiel guia en caso de resolver la prosecucion de sus empresas. No debe admirar tanta humanidad en un bárbaro: la razon y la equidad son de todos los lugares y los tiempos, y dictan los mismos sentimientos, sino se hallan contrahidos por otros usos corrompidos. Los embaxadores Hector Acuña y Antonio Correa, con el enviado del cacique, volviéron al campo español, y refirieron al Adelantado todo lo expuesto; quien quedó muy complacido. En los ocho dias que tardó esta embaxada se incorporó á la armada la division de Gonzalo de Mendoza con noticias muy adversas. Estas fueron que los Guaranos, segun decian los españoles, por una hazaña igual á la generosidad de los Xarayes, habian quebrantado la fé de los tratados, invadiendo alivosamente el bergantin del capitan Agustin Campos, á quien le mataron cinco españoles, fuera de Bolaños que se ahogó, y que persuadiendo á las naciones vecinas la vana invencibilidad de los españoles las excitaban á una conspiracion general. No creyó el Adelantado debia retardar sus proyectos por castigar este hecho. Aprovechando los momentos resolvió su marcha por tierra hacia el rumbo del Poniente con trecientos españoles y los demas auxiliares. El capitan Juan de Romero teniendo á sus órdenes cien castellanos,

y dotiemos indios amigos, quedó en custodia de la armada.

Sabiendo que la mayor parte del ejército español iba arrastrado por el freno de la obediencia, que mascaba à pesar suyo, facil es conjeturar no seria muy venturoso el éxito de esta marcha. En efecto, vencidas ya cinco jornadas por bosques tan espesos, en que fué preciso, à veces, abrirse camino con los brazos, manifestó sus incertidumbres el conductor Xarayeno. No debia ser de mucha consecuencia este accidente, supuesto que se supo por otro mas perito, que à diez y seis jornadas, aunque no de facil tránsito, venia ya à tocarse el término tan buscado. Pero los mal contentos se atrincheraron de este pretexto en una junta ante el general para que prevaleciese su intento. Alvar Nuñez oshò de ver, que en la disposition de los ànimos eran muy arriscadas resoluciones absolutas; sacrificando su juicio à la quietud pública, tuvo la prudencia de ceder. Aunque quedó decretado el regreso al puerto de los reyes, dió orden, con todo, para que el capitán Francisco de Ribera, con seis castellanos y pocos bárbaros, guiados del indio practico, se avanzase hasta un lugar llamado Tapuá. El entrecanto experimentó en el puerto lo poco que servia el debilitamiento del temor, para poner una amesnada al abrigo de la inconstancia. Estos salvajes excitados, en la ausencia del ejército, por los influxos de lo Guarapos, y dando oído à las voces agonizantes de su religión, de sus costumbres

bres y de su libertad entraron en el proyecto de deshacerse de los españoles por medio de una traicion. La vuelta de Alvar Nuñez calmó esta bortalasca. Sospechando los caciques algo traslucido su designio, intentaron disculparse. No pasaron del todo sus excusas, porque estimó el general debia asegurarse de un terror verdadero por una severidad simulada. Afectó al vivo un acceso de irritacion, y mandó ponerlos al bordo del suplicio, donde sabia muy bien seria interesada su compasion por los ruegos de su gente. Esta lo desarmó en efecto, y aprendieron los indios, á su costa, á ser mas cautos.

Aunque moderados los españoles con las severas órdenes de su gefe no daban materia al sentimiento de los bárbaros: los odios y las venganzas por todas partes se unian á sus pasos. Para ser una nacion aborrecida basta por lo comun ser conquistadora. Faltos de víveres los españoles, fué despachado el capitan Gonzalo de Mendoza en solicitud de buscarlos. Los Arriamicoes, parcialidad vecina, llevaron su arrogancia hasta negar por su justo precio los alimentos de que abundaban, y de presentarle batalla en desprecio de sus pacíficos requerimientos. Aunque en numero de quatro mil contra ciento veinte castellanos y sesenta indios amigos, se dieron vergonzosamente á la fuga á los primeros tiros del fusil. Mendoza entró á su pueblo que encontró desierto de habitantes, lo entregó al saco, y regresó cargado de víveres, y otros despojos. Antes de retirarse los españoles

encontraron en la plaza de este lugar una gran torre de gruesos maderos, que terminaba en figura piramidal. Este era el templo de un serpiente monstruosa, que estos bárbaros habían erigido en divinidad, y á quien mantenian con frecuentes sacrificios de carne humana. Abultaba por el medio tanto como un novillo, cuya mole iba en degradacion hasta las extremidades: la cabeza casi cuadrada, los ojos muy pequeños, pero vivos y centelleantes: la boca en extremo grande con quatro formidables colmillos, ó como quieren otros, con órdenes de agudísimos dientes á su largura de veinte y cinco pies (otros se extienden hasta veinte y siete) cubierta de una piel dura y atezada, ménos hacia la cola, cuyos colores tan varios como vivos asentados sobre escamas de tamaño de un plato, que á trechos formaban ojos perfectos, añadian ferocidad al monstruo. La vista de este objeto de mecanismo tan horrible causó en todos los circunstantes una sensacion de pavor. Pero se aumentó mucho mas quando herido de un tiro de arcabuz, arrojó un bramido descomunal, y se azotó contra las paredes con tal impetu, que hizo temblar la tierra, y estremecerse el edificio. Con todo los españoles le dieron muerte.

Los ánimos de los oficiales reales, irritados por una sed de venganza, no perdonaron ocasion de malquistar al Adelantado. Mas porque se le mirase con todo el odio de un injusto opresor, que por verdadero zelo de los reales haberes, pidieron ante su tribunal el quinto de la presa. Con

sistía ésta en mantas de algodón, pellicjos, barros y otras pequeñeces de esta clase. Observamos aquí de paso, que sofocando así la voz de la equidad, y atropellando las reglas de la buena fé, vinieros á ser estos empleos en América un objeto de abominacion. La tropa, dueña del despojo, manifestó sus inquietudes con señales de acalicion. Los oficiales reales se aplaudian de un hecho tan favorable á sus intentos; pero el Adelantado se habia establecido por ley suprema ser siempre dueño de sí mismo, y lo era fácil hallar recursos en su genio para contrariar sus pasiones las mas vivas. Despues de haber reprehendido unas exáctaciones injustas con qué se hacia odioso el nombre del rey, declaró por libre el despojo, y aseguró las resultas con quatro mil ducados de su sacado. Basó esto para sossegar el tumulto, y hacer que recayese la odiosidad en los mismos que se la procuraban. La aversion, con que el señor Azara mira las cosas de Alvar Nuñez, le hace adoptar la opinion de que el Adelantado fué el que se amparó de la presa y arrestó al comandante, que la reclamaba para los soldados. La historia de esta parcialidad. Nosotros seguimos la mayor parte de los historiadores con quienes concuerda en esta parte la Argentina manuscrita.

Con estos sucesos concluyó el año de 1543. A principios de él volvió de su jornada el capitán Francisco de Ribera. La relation de este viage es un convencimiento sin replica del tino con que Alvar Nuñez medita las empresas, y que debien

ria transferir de la oposicion mas obstinada, si alguna vez tuviese influxo la verdad sobre una passion interesada en obscurecerla. Despues de veinte y un dias de continuada marcha por entre bosques muy espesos, pero abundantes de subsistencias, llegó Ribera á un pueblo de la nacion Tapacorás: fué recibido de un indio con urbanos miramientos: registró con sus ojos las piezas de oro y plata de que eran propietarios; supo que aquellas tierras encerraban tesoros muy sobrados para despertar la codicia mas dormida, y se instruyó de que á tres jornadas existia una nacion con la que los españoles tenian relaciones de comercio. La verdad, que estas noticias venian mezcladas con el éxito azaroso de una fuga precipitada, á que debieron la vida Ribera y todos los suyos, dando al mismo tiempo sus heridas un testimonio irrefragable de su peligro: porque irritados los indios á la vista de los Guaraníes sus antiguos enemigos (como escriben algunos) resolvieron acabar con todos; pero el ejército español no tenia que temer que estas animosidades hubiesen inutilizado sus designios. Sobre este principio no desesperó el Adelantado de reducir á su tropa, y hacerla entrar en sus antiguos sentimientos. Pero todo fué en vano. La vuelta á la Asuncion se publicaba no en el sumiso tono de la súplica, sino en el imperioso del mando. Las enfermedades habían empezado á grasar en el ejército, y las inundaciones del rio hacian los caminos bastante impracticables. Todas estas consideraciones

LIBRO I.

General á desistir de su intento, y volvió luego que llegase el capitán Hernando de Ribera, que con un bergantín había partido en busca de viveres.

No pudo ésta verificarse con la prontitud deseada, porque aprovechándose los Socorinos y Xaquecos, unidos con los Guarapos, de las dolencias del ejército, diéron principio á sus incursiones, cautivando cinco españoles que inhumanamente destrozaron. Este primer suceso los alentó á otras empresas: cincuenta y ocho españoles murieron á sus manos, sin que pudiesen nuevas armas vengar su sangre. Con no menor desuero persiguieron la marcha por el río. Pero al fin logró ésta tocar en la Asunción el 8 de abril del mismo año. El capitán Juan de Salazar tenía á esta sazón aprontado un ejército muy numeroso para castigar á los rebeldes Agaites; pero las disensiones intestinas, de que hablarémos, embarazaron las operaciones de este armamento. Si fuese lícito entretener con hechos fabulosos la curiosidad de los lectores, extraeríamos aquí la relación que formó de su viaje el capitán Hernando de Ribera. Pero los conocimientos de las edades posteriores, han desacreditado demasiado la existencia de estos pueblos regidos, y habitados de parásitos intrínsecos; cuya perpetuidad era debida á la cohabitación que en cierto tiempo del año hacían con los hombres sus vecinos y enemigos, á quienes mandaban los varones que nacían quedándose con las hembras.

El capitán Ribera dió crédito á las noticias que le comunicaron los Uruticas dió tanta fe á esta quimera, á la felicidad de esta raza y á las portentosas riquezas de estas regiones, que no dudó transmitir las á la posteridad baxo el juramento mas solemnemente. La crítica desprecia los juramentos que se oponen á la verdad.

CAPITULO IX.

Conjuranse los españoles contra el Adelantado: lo preside: es nombrado Irala en su lugar: los del partido Real intentan libertarlo: es remitido á España: después de un largo juicio fué absuelto.

Antes de partir la armada del puerto de los Reyes se opuso el Adelantado con aquella su firmeza ordinaria á que se desnaturalizasen muchos indios, que los conquistadores pretendian transmitir á la Asunción. Este rasgo de entereza, unido á tantos de esta especie con que se habia propuesto no dar partido á las pasiones, acabó de agriar la levadura que abrigaban en sus pechos. Las costumbres irreprehensibles del Adelantado, su magnanimidad á toda prueba, el inmenso cúmulo de sus servicios y su reputación eran bastantes para equilibrar esa aversión que les inspiraba la incorruptibilidad de su justicia. Sin embargo llevaban esta con tanto ménos sufrimiento, quanto eran mas corrompidas las costumbres que los inclinaban á la licencia. No teniendo otro recurso que la desesperación, formaron el proyecto de despojarlo de

su autoridad. Los oficiales reales, principalmente animados del deseo de la venganza, y temiendo la prosecucion de su proceso daban todo el calor posible á la execucion de este audaz designio. Todos sus pasos los encaminaban á este objeto, y no malograban ocasion de desacreditarlo. El retiro á que lo contraxéron sus enfermedades, lo interpretaban por un deseo de erigirse en un sagrado fantasma de quien no era digna la comunicacion de los demas: su escrupulosa vigilancia en el buen tratamiento de los indios, por un efecto de los movimientos desiguales de su humor atrabiliario: en fin su aversion á las encomiendas, por un estudiado arbitrio de enriquecer con ellas á sus amigos. Como si el amor al orden los inflamase á vista de las desdichas públicas, se produxéron así en una junta de su faccion. "¿Hasta quando, amigos y camaradas, soportaremos estos sucesos? Unas veces nos conduce por entre mal riesgos y fatiga á expediciones inútiles, otras fulmina contra nosotros procesos los mas iniquos: tan presto despoja á unos del fruto de sus sudores, tan presto sonroja el púdenor de otros por su imprudente rigidez. A todo esto correspondemos con el silencio, y ved aquí en lo que funda su seguridad. ¿Como aun no nos hemos causado de una dominacion tan tirana? ¿Podremos sufrir que un despota disponga arbitrariamente de las leyes, de nuestra fortuna, de nuestro honor, de toda esta provincia que debe á nuestra sangre su existencia; y qué entretanto contamos por gran dicha

podar vivir? Si todavía hay algun resto de honor en nuestros pechos unámonos todos y echemos por tierra esa autoridad, que ha dexado crecer nuestra cobardía. Este razonamiento causó en los ánimos toda la impresion que deseaban; y la prision de Alvar Nuñez quedó acordada.

Como los de esta faccion no podian ignorar, que así el pueblo, como la mas sana parte del ejército se hallaban muy adheridos á la persona del Adelantado; fué su primer cuidado no descubrirles todo el fondo de esta odiosa maldad. Pero para deslumbrarlos, dando un odorido de honestidad á sus movimientos, dispusieron se publicase que iban los oficiales reales á requerir al Adelantado no intentase quitar sus encomiendas á los que no habian tenido parte en la jornada; y que siendo de revelar algun insulto á sus personas, era muy justo concurriesen esa noche todos armados á casa del contador Felipe Cáceres, donde se darian las mas oportunas prevenciones. Armados unos por el exemplo, otros por el temor, otros por motivos particulares, y alucinados muchos con las apariencias de un intento que nada tenia de criminal, entraron sin saberlo en la conspiracion. Enaquado este paso se dirigieron á casa del inocente gobernador; cuyas puertas tenian ya ganadas por la infidencia de Navarrete y Diego Mendoza, dos familiares suyos. A pesar de estas dolosas precauciones, no faltó quien advirtiese la traicion al Adelantado. Entonces acabó de conocer todo el peligro que le ame-

nazaba; por que su inocencia y su virtud eran la mas fuerte barrera, que hasta aqui habia opuesto á los malvados. En medio de este infortunio es donde se desenvuelve la grandeza de su alma. Sin otro compañero, que su valor saltó de la cama, se vistió precipitadamente y empuñó espada y rodela á tiempo mismo, que lo saludaron los conjurados, profiriendo LIBERTAD, VIVA EL REY. No se turbó el Adelantado al ruido de estas voces tumultuarias: con toda presencia de ánimo le echó en cara su alevosia, y no cesó de combatir hasta el punto en que su defensa iba á deplinar en temeridad. Ganándole la acción el malvado Jaime Rasquin, le puso á los pechos una ballesta en aptitud de traspasarlo á no entregarse. Pero en Alvar Nuñez parece que respiraba todavía la grande alma de su abuelo Pedro de Vera: dueño de sí, aun en tamaño peligro, echó sobre él una mirada de desprecio, y juzgando indecoroso rendir sus armas á un hombre comun, quiso dar á la violencia una ayre de elección propia. Con toda la entereza de su voz llamó de los concurrentes á D. Francisco de Mendoza, y las depositó en sus manos. Los conjurados entonces se acercaron á su persona, lo cargaron de prisiones, y lo trataron como á un infame delinquente. No por esto disminuyó el Adelantado su carácter: sin proferir expresion que debilitase su constancia, toleró con varonil serenidad todo este tropel de afrentas é ignominias.

Acaso no fué la prueba ménos señalada de la

proteccion del cielo sobre el virtuoso Alvar Nuñez, el que no tomasen sus enemigos el camino mas breve y mas seguro de su muerte, dice el padre Charlevoix (a): esto á lo menos no les hubiera costado mas que un delito; siendo así que el que emprendieron, fué una serie continuada de atentados, cuya impunidad no podian esperar, sino por el medio de una abierta sublevacion de éxito muy dudoso. Preso el Adelantado lo conducian á casa de Garcia Venegas, quando vueltos de su sorpresa los hombres fieles, arrojaron un grito de indignacion. La atrocidad del hecho, el abuso de su buena fe y la afrentosa idea de patrocinar una alevosia, los obligaron á empuñar sus espadas, y purgar con su propia sangre sus pasadas inadvertencias. Pelearon con todo el esfuerzo que pudo comunicar el punto de honor; pero oprimidos al fin de la multitud acordaron reservar sus vidas á la patria, para que fuese menos funesta su calamidad. El poder que estos primeros pasos dexaron á los oficiales reales, era ya bastante expedito para executar sin temor todo lo que podia conducir á perfeccionar su delito. Estrecharon al Adelantado en rigurosa custodia, se apoderaron de sus papeles, despojaron de su autoridad á las justicias ordinarias, soltaron á todos los malhechores, substituyeron en su lugar á aquellos caballeros, que podian causar

les algunas inquietudes , convocaron al pueblo en las puertas del teniente Martinez de Irala , publicaron aquí à voz de pregonero un manifesto lleno de imputaciones falsas , è ideas depresivas del honor de D. Alvaro , hicieron concebir à muchos haber formado el designio de despojar à los ricos-hombres , para congratular con sus bienes à sus mas adictas criaturas , y establecer sobre las ruinas de la autoridad legitima un gobierno tirano y arbitrario ; en fin , haciendo del terror el resorte mas poderoso de la fuerza pública , amedrentaron à todos los ciudadanos , y se hicieron respetar. En sentir del mismo autor que hemos citado , la lectura de este manifesto produjo un aplauso casi general ; y los oficiales reales que al principio habian sido mirados como rebeldes , fueron reconocidos por los restauradores de la libertad pública. Pudiera fortificar este concepto sabiéndose quanto ayudaba el respetable influxo de los padres Armenta y Lebron ; con todo los posteriores hechos estan en contradiccion con este juicio ; sino es que se apele à la volubilidad con que improvisamente pasa la multitud de un extremo à otro , viniendo à ser por lo comun una presa asegurada de todo el que quiere seducirla.

Yà era tiempo de que los oficiales reales , con el cuerpo de ciudad , procediesen à poner un gobernador. Sin contradiccion alguna recayó la eleccion en Domingo Martinez de Irala. Vease aqui el centro à que desde lejos tiraba sus lineas este hombre artificioso. El autor de la *Argentina* manuscrita

el, ó faltar de noticias, ó lo que es mas verosímil, prostituyendo la verdad histórica al interés de familia, se empeña en justificar la conducta de este su abuelo materno (a). A creer su narración el se hallaba ausente de la ciudad, ignoraba todo lo sucedido, tocaba por sus achaques en los últimos extremos de la vida, lloró la desgracia de D. Alvaro, se opuso á aceptar el mando, fué necesario, á fin de reducirlo, emplear toda la eficacia de los ruegos, y por último sacarlo en brazos al público para que fuese reconocido. Si lo expuesto tuviera alguna certidumbre sólo serviría para admirar hasta donde llega el disimulo del hipócrita mas profundo. Los demás escritores atribuyen esta sublevación en mucha parte á los cálculos y secretos manejos de su detestable política. Lo cierto es, que poseedor de la autoridad usurpada, no la restituyó á su legítimo dueño, ni aun atajó el curso de sus ultrajes. Por el contrario, autorizó todas sus humillaciones y se hizo reo de una criminal condescendencia.

Aunque á favor de la mayor fuerza triunfaba el partido de los rebeldes, era preciso estar dispuesta á terribles agitaciones. Los hombres buenos, á cuya frente se hallaban Diego de Abreu y Ruiz Diaz Melgarejo, tomaron con un noble entusiasmo el distintivo de la lealtad. Los despojos, las prisiones y las muertes no hacian mas, que

(a) Ruiz Diaz de Guzman lib. 2 cap. 4.

irritarlos: un deseo de venganza, alimentaba el odio de ambas facciones: todos andaban armados en la ciudad como si fuera un campo de batalla: bastaba el menor rumor para afirmar un juicio avanzado: en fin la provincia entera estuvo expuesta à ser sepultada bajo sus ruinas al veyven de estas violentas turbulencias. Para poner remedio à estos males el partido mas pujante tomó el bárbaro arbitrio de inquietar à Alvar Nuñez en su prision, y amenazarlo, que calmaria el tumulto hechando su cabeza al pueblo, si él no lo apasiguaba. No podia dudar este ilustre prisionero el riesgo que corria hallándose à discrecion de unos hombres, que hollaban todas las leyes, y estaban resueltos à inmolarlo à su passion. Con deliberado acuerdo firmó una orden en que mandaba à todos los de su séquito prestasen obediencia al nuevo gobernador, y no alterasen el reposo público. Los rebeldes se hallaban muy cerciorados de la peligrosa situacion de los espíritus, para que quisiesen inflamarlo de nuevo, publicando un documento que comprobaba solemnemente sus violencias. Aun sin este poderoso estímulo, que no hubiera hecho sino empujar à los zelosos ciudadanos, setenta de ellos, aconsejados de su propio valor, se confederaron para libertar al Adelantado de la opresion, y restituirlo à la posesion de su gobierno. Solo tropezaban en el escollo de que siéndosentidos se aventuraba su vida al último trance, pues no era dudable, que Garcia Venegas, Hernandez de Romo y Her

ando de Sosa, estaban aparejados para coserlo à puñaladas al primer movimiento popular. En tan difícil coyuntura resolvieron que el Adelantado fuese el árbitro de su resolución. Aunque su persona se custodiaba con la mayor vigilancia, consiguieron por gran dicha, que una india su sirviente, acomodando mañosamente un papel entre las uñas de los pies, lo llevase hasta sus manos. Aprovechándose Alvar Nuñez de una polvora que hizo fluir con saliva, dió por el mismo conducto una respuesta digna de sí. Lejos de inspirar ideas hostiles, reprobó todo el plan de su libertad, y quiso mas bien ser un juguete infeliz de la fortuna, que deberla à costa de sus amigos.

Esta resolución del Adelantado desarmó el partido de los leales. El de los rebeldes se entregó entonces sin ningún freno à la tiranía mas opresiva; porque sordo à los lamentos de un pueblo desgraciado, y à la débil voz de sus obligaciones, abandonó la provincia à sus odios y à su avaricia, como si pagase en esta moneda el precio de su elevación. Cincuenta castellanos de la facción perseguida desampararon la patria, creyendo hallarla donde quiera pudiesen vivir libres. Muchos indios buscaron su asilo en los montes; y los que perseveraron bajo el yugo tuvieron por recompensa de su sumisión el funesto permiso de entregarse à sus vicios. A los sacerdotes, Rodrigo de Herrera, Antonio de la Escalera y Luis Miranda, que con un santo zelo se opusieron à estos desórdenes, no les valia su inmuni-

dad, para que dexasen de ser el juguete de unas manos sacrilegas. La licencia, y la corrupción habia llegado á punto que nada deshonraba.

Aunque combinados ya todos los medios para asegurar la preponderancia, se gloraban los rebeldes de haberla conseguido, con toda la presencia del Adelantado infundia todavía unos temores de que no podian desentenderse. Todos sus conatos los dirigieron desde allí á acelerar su remision á España, de un modo que asegurase sus esperanzas tan injustas, como lisonjeras. En un proceso formado con la mas dolosa cavilación, no tuvieron vergüenza de añadir á la fealdad de su alevosia la de imputar á su gobernador los crímenes mas horrendos. Aun no contentos con esto, repartieron al pueblo los modelos de las cartas, que debian escribirse, para que la retencion de sentimientos hiciese concebir que aquel era el lenguaje de la verdad. Pero no por esto pudieron impedir, que los mas zelosos defensores de Alvar Núñez remitiesen secretamente otras peticas justificativas de su inocencia. Preparadas todas las cosas, y habiendo dispuesto que lo acompañasen en su viage los oficiales reales, Alonso de Cabrera, y Garcia Venegas, con Lope de Ugarte, gran confidente de Itala, lo sacaron custodiado á la sombra de una noche para embarcarlo. Hacian diez meses que toleraba su desgracia en un obscuro calabozo. Al respirar el ayre libre y gustar la vista del cielo dió gracias de rodillas al Hacedor de todo, por haberlo encontrado digno de

esta satisfacción; y volviéndose a los circunstancias les dijo en un tono circunspecto que daba cierto valbr a su justicia, dexaba por su lugar teniente, en nombre del rey, al capitán Juan de Salazar. El rencor de Venegas se exaltó de manera, que le puso un puñal a los pechos, amenazando traspasarlo, si volvía a tomar en boca el nombre del rey. Apresuradamente fue metido en el bergantín, que dio a la vela el año de 1544 en la misma hora, asegurado con nuevas prisiones. Estas desventuras de la suerte afligian su corazón; pero no impedían que su grande alma las dominase.

Tan abominable atentado no podía ménos que hacer cada vez mas odioso el poder usurpado, y precipitar el deseo de destruirlo. Con cautelosa diligencia convocó a su casa el capitán Salazar mas de cien soldados de su facción, de quienes fue reconocido por legítimo teniente. Irata, cuyo precario mando era un suplicio rodeado de todos los cuidados inseparables del delito, no tardó en saber por medio de sus satélites todo lo que convenia a sus intereses. Sin la menor detención sitio la casa de Salazar con quatro piezas de artillería, la batió, lo puso preso en consorcio de Melgarejo, Richelme, y Estopiñan, hizo que en otro barco los conduyesen hasta dar alcance al de Alvar Núñez, y dispuso la tempestad. Pero otra aun mas temible seguia los pasos de esta nave cargada con todas las iniquidades de la tierra. Al desembocar en el océano, parece que la

esperaba el brazo vengador de la inocencia. Por espacio de quatro dias fué tan desecha la borrasca, que todos creyeron su muerte inevitable. Cerca de aquel momento decisivo en que desaparecen las sombras, y solo queda la verdad, y en que el malvado mas intrépido no puede sostener la voz de su conciencia, conociéron los oficiales reales toda la enormidad de sus delitos. Se echaron á los pies del Adelantado, los humedecieron con sus lagrimas, le quitaron las prisiones; confesaron á gritos sus atentados; le hicieron de ellos una solemne reparacion, y le suplicaron el perdón. Sólo el corazon del hombre justo tiene derecho á la proteccion del cielo: en los casos desesperados es donde mas se complace que solo aparezca su mano. Alvar Nuñez prometió echar el velo del olvido á todo lo pasado; y nadie fué tan desconocido, que viendo calmada la borrasca, se creyese desobligado á su mérito y su virtud.

Iban á regresar á la Asuncion, quando Estopinán, primo del Adelantado, ó esperando mejor suerte en la metropoli, ó temiendo nuevos desastres en la colonia, logró embarazarlo. Alcabo de tres meses tomó puerto el bergantin en una de las islas Azores. Ya hacia tiempo, que el corazon infiel de los arrepentidos habia desaprobado lo que confesó su lengua engañadora. No ménos empeñados que antes de la de Alvar Nuñez uraron á persuadir con afanosa diligencia al gobernador de la isla se apoderase de su persona á pretexto de haber violado los derechos de la na-

cion, dando al pillage la de Santiago. Esta delacion tan cruda debia prevenir al mas inadvertido, que provenia de un origen emponzoñado. En efecto, el gobernador la despreció como frivola y maliciosa. Confusos los oficiales reales tomaron otro barco, y consiguieron ponerse en la corte catorce dias antes que Alvar Nuñez. Presidia en esta sazón al consejo de Indias D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de Cuenca. Sus vastos conocimientos en los negocios de América, su rectitud inapeable y su política llena de sagacidad, eran prendas que hacian de su persona el mas cumplido magistrado. Lejos de dexarse sorprender, advirtió en la relacion de los oficiales reales todos los artificios del engaño, y se disponia á mantener con su castigo toda la energia de las leyes penales. Por dicha de éstos murió en aquellos dias dexando en la nacion un sentimiento universal. Alvar Nuñez se presentó en la corte con todo el tren de sus virtudes; tanto mas dignas de ser premiadas, quanto mas habian sido el objeto del vilipendio. Los oficiales reales no pudiendo sufrir su concurrencia desampararon el campo. Una muerte repentina acabó de ahí á poco los dias de Venegas. Cabrera perdió el juicio y mató á su mujer en un acceso de locura. Si los hombres fuesen cautos, estos fines desastrados evitarian otros muchos. Alvar Nuñez despues de un juicio de ocho años, y despues de una sentencia de destierro, fué al fin absuelto de todo cargo, y recompensado con una renta de dos mil ducados; pero no siendole

permitido volver a América, falleció en Sevilla lleno de días y de méritos en el seno de una vida tranquilo(a), siendo prior del consulado. Estopiñan y Salazar siguieron la misma fortuna. Este último volvió después al Paraguay a gozar su pingüe encomienda.

A nadie debe parecer extraño que la justicia de Alvar Núñez se equivocase por algún tiempo con el crimen, y diese mérito a su sentencia de destierro. Contra un hombre, que en un lugar de corrupción, como el Paraguay, había tenido el coraje de ser virtuoso, preciso era que el odio, la envidia y la calumnia se armasen para echar sombras sobre su conducta, y poner, cuando menos, en problema su opinión. Lo que hay de extraño es, que después que el tiempo ha descubierto las intrigas de sus perseguidores, haya escritor como el señor Azara, que se complazca en renovar sus ultrajes. La verdad no está sujeta a juicios arbitrarios. Ella clama a favor de Alvar Núñez en la mayor parte de los historiadores. Si el señor Azara pretende destruirla, presume demasiado y viene tarde.

(a) *El padre Teche lib. 1 cap. 14 dice, que fue oidor de esta Audiencia.*

CAPITULO X.

Derivacion del Tucuman : entrada de Diego de Roxas á esta provincia : choque de este general con un cacique de Copayan : su marcha para el distrito de los Diaguitas : batalla con estos indios : muerte de Diego de Roxas : le sucede D. Francisco de Mendoza : llegan los españoles al río de la Plata : Heredia mata á sus competidores , y se apodera del mando : se vuelven los españoles al Perú.

CON el descubrimiento de la America tenían abierto los españoles un camino de conquistas mas vastas que las de Ciro y Alexandro. Su confianza y su valor debian crecer sobre el cimiento de las dificultades superadas , y aun defenderlos de la nota de temerarios. El tiempo en que nos hallamos , es en el que sucesivamente iban entrando á su dominio todas las partes de este nuevo mundo. El nombre de TUCUMAN , cuya mas probable derivacion , parece que viene de un famoso cacique de Calchaqui llamado TUCUMANHAO^(a) , no era desconocido entre los conquistadores. Quatro aventureros en tiempo de Gaboto , de quienes ya hemos hablado , á mas de los naturales , lo habian hecho resonar , y no tan desnudo de recomendacion. Sobre todo , el ejército de Diego de Almagre en su tránsito al reyno de Chile , de-

(a) Seguimos al padre Lozano en su historia manuscrita lib. 4. cap. 1.

biò preconizar por todo el reyno la fama de este vasto distrito, y la indole de sus moradores. Despues que decapitado el Inca Atahualpa, quedó su reyno baxo las armas triunfadoras de España, reflexionò Francisco Pizarro que ni à su seguridad, ni à los cálculos de su ambicion convenia tener à su lado un rival tan poderoso como Diego de Almagro. Por sus insinuaciones, y aun mas por el atractivo de unas riquezas que se consideraban de inmenso precio, se decidió este conquistador à la expedicion de Chile. Con quinientos setenta españoles y quince mil indios peruanos, se puso en marcha por los años de 1535. Hallándose acampado este grande ejército en el pueblo de Tupiza, cinco soldados españoles se adelantaron hasta el territorio de Jujuy. La fama de una guerra devastadora, en la que yá se veia ensangrentado el trono de los Incas, era un mensagero que no debia prepararles buen hospedage. En efecto los jujenos despedazaron à tres de ellos; los otros dos se escaparon de sus manos, y volvieron al ejército con la historia de este infortunio.

La guerra era para Almagro su elemento, se hallaba muy pujante, y caminaba con la confianza de un héroe para que quisiese sufrir un desacato. Los capitanes Salcedo y Chaves, con un buen número de soldados, fueron encargados de vengarlo. No se descuidaron los bárbaros en tomar todas las medidas mas convenientes à su delicada situacion: celebraron congresos militares, como

volvieron á las tribus amigas, procuraron ganar con sacrificios la proteccion de sus deidades, reforzaron su ejército con tropas auxiliares, fortificaron su pueblo con gruesas palizadas, abrieron fosos donde, para inutilizar el uso de los caballos, clavaron estacadas de agudas puntas mañosamente disimuladas. La constante dicha de los españoles acaso les habia hecho concebir, que la fortuna tenia fixada de su parte la victoria. Salcedo y Chaves, llenos de ardor y de confianza, pusieron cerco á la plaza, y esperaban sujetarla baxo condiciones bien duras. Con todo, á pesar de los terribles ataques las tribus confederadas hicieron ver, que no hay fuerzas despreciables quando las anima el patriotismo, y las reune la concordia. En una salida oportuna, dispuesta con valor y bello orden, mataron muchos enemigos, y se apoderaron del bagage. Este accidente obligó á los españoles á la resolucion poco decorosa de levantar el cerco. Sin duda influyó en esto el temor de desviarse del principal intento.

Con intereses tan contrarios entre indios y españoles no podia dar un paso el ejército de Almagro, que no se hallase arizado de dificultades y peligros. Al atravesar el valle de Chieqana, jurisdiccion de Calechagui, le picaron aquellos la retaguardia. Almagro quiso reprimir su osadia; pero experimentó toda la resistencia de un pueblo viril. En un porfiado encuentro le mataron el caballo, y tuvo á gran dicha escapar con vida á merced de los soldados que corrieron en su auxi-

lio. Estos reveses lójos de desalentar al general, le ponian á la vista la necesidad de obrar con mas esfuerzo. Empeñado en el castigo, destacó contra el enemigo algunas compañías de á caballo. No logró su designio, porque tomando el Calchaquí las eminencias de la sierra, burló su diligencia con insultante gritería.

Aunque todos estos apercibimientos eran sobrados á divulgar entre los conquistadores peruanos hechos bastantes del Tucuman, lo que principalmente los engolosinaba para desearlo, era el insidioso nombre de río de la Plata. De tanta importancia se creía esta conquista, que la apetecian como premio los hombres mas zelosos de su mérito y su opinion. La ocasion de contentarlos no podía ser mas oportuna. En la célebre batalla de Otupac acababan los conquistadores de ceñir esas espadas, que en el curso de sus empresas parecian habian afilado, para, por último, degollarse á sí mismos. La cabeza de D. Diego de Almagro el mozo, derribada en un cadalso, aplató bastanteamente el fuego de la guerra civil, y dexó sin oposicion en mano de Vaca de Castro la distribucion de las provincias. Sin agravio de la justicia no podía quedar sin recompensa el mérito de Diego de Roxas. La conquista de Nicaragua, la expedicion de Pedro Ansurte á las Montañas, la memorable batalla de las Salinas eran ciertamente unos trozos en que habia sido coronado por manos de la victoria. Lleno de talentos militares y políticos, en-
dearado en la firme, moderado, intré-

pido y guerrero poseía el arte de hacerse amar de los soldados. Todo este capital de méritos fué premiado con la capitania general del Tucuman junto las ideas etágoradas de su riqueza (a). Treientos veteranos se alistaron en sus banderas, y pedían ser llevados á ganar honores, y tesoros.

Juntada ya la milicia, y acostumbrado Roxas á ejecutar grandes empresas con pequeños medios, dexó la mayor parte á Felipe de Cámpes su teniente, y con sesenta soldados escogidos se internó hasta Copayán jurisdicción de Cachimarea (b). Era señor de este pueblo un indio vano y farsaron, quien con cierta segneidad, hija de una presumuosa arrogancia, opuso á los españoles mil quinientos guerreros intimidandoles al mismo tiempo, que el que pasase un cordon de paja tendido puesto entre las dos campos, de su orden, seria víctima de su furor. En vano procuró Roxas inspirarle sentimientos pacíficos; haderle ver que su comisión se dirigia á apacificar entages sociales útiles á la causa común, y que no debía hacer juicio de sus fuerzas por el número de sus soldados, sino por el de sus hazañas, pues por su

(a) *Antonia de Herrera dice, que Felipe Gutiérrez fué nombrado capitan general, y Roxas justicia mayor. Ruiz Díaz de Guzman hace á Gutierrez cabo subalterno de Roxas. Esto último confirman las actas públicas de estos archivos.*

(b) *Seguimos al padre Chevera en su historia manuscrita decada 3.ª par. 2.*

parte no retrocederia de su empresa mientras le quedase un soldado con que poderse defender. Entretanto los Copayanos rodearon su pequena tropa con señales nada equivocas de invadirlo. El general español advertia su peligro con aquella presencia de ánimo, que todo lo previene para salir vencedor. Mandó dar una descarga, y ella bastó á ponerlos en huida precipitada. Un suceso tan inesperado para los bárbaros, obligó á baxar de tono al arrogante cacique. A pocos dias dirigió una embaxada eseusando su atrevimiento, y ofreciéndole una paz que prometia ser duradera. Los españoles la admitieron, y consiguieron por este medio viveres en abundancia. Esta fruicion tan completa hizo que Roxas anticipase avisos á Gutierrez para que acelerase las jornadas. No faltó en esta ocasion, quien para malquistar á estos generales, encontró dolosas intenciones en los pro-cederos de aquel. Pero Gutierrez era muy prudente y circunspecto. El quiso mas bien sacrificar la opinion á sus obligaciones, que sacar partido en unas sospechas tan infundadas, como injuriosas. Roxas fué obedecido, y tuvo la satisfaccion de que se le uniese su ejército.

No quiso el general tener ociosa mucho tiempo su gente, en un reposo que enerva las fuerzas del cuerpo y del alma. Despues de permitir á sus soldados un descanso moderado, ordenó las marchas para el distrito de los Diagnitas al pais de Mocaxax en territorio de los Juries. Eran estos indios de condicion altiva, denodada y llena de aque-

lla ferocidad, que hace de los combates su pasión dominante. Nada miraban con mas horror, que sujetar su cerviz à un yugo extranjero. Con un buen número de tropas salieron al encuentro à Roxas, y le presentaron batalla. La primera descarga de los españoles causò en sus ànimos todos los efectos de la sorpresa: batidos y desordenados cediéron el campo al enemigo. Pero la vergüenza y la desesperacion reanimaron el corage de los vencidos. Resueltos à comprar con la última gota de su sangre una libertad gloriosa, y habiendo encontrado el secreto de envenenar sus flechas, volvieron à renovar el combate. Por espacio de tres dias se derramò mucha sangre sin ventaja decisiva. El triunfo, que al fin ganaron los españoles, no les reparò la pérdida de su valiente general. En lo mas encendido de la accion fuè herido Roxas con una flecha: herida que terminò su brillante carrera, y le hizo entregar su espíritu en brazos de la victoria. Cuentan algunos historiadores (a) que deseando los españoles descubrir el antidoto de este veneno, hirieron levemente à un indio prisionero; quien cogiendo dos yerbas de las que aplicò una à la herida, y tomò la otra en infusion, le hizo perder toda su actividad. Si este hecho es cierto, deberá lamentarse la historia natural de que el conocimiento de estas yer-

(a) *El padre Guevara en su historia manuscrita* 3^a part. 2.

bas, no haya enriquecido sus anales. En los tiempos mas bajos se descubrió que la azúcar y la sal cortan prontamente los efectos de este veneno.

Felipe Gutierrez y Nicolas Heredia, por su orden, debieron suceder á Roxas; pero posponiendo este los respetos de la justicia á las atenciones de la amistad, encomendó el mando á su amigo y confidente D. Francisco de Mendoza. Sea que Gutierrez, como afirman algunos (a), quisiese sostener sus derechos, ó que Mendoza, como dicen otros (b), hiciese valer sus pretensiones sobre el derecho de la fuerza, lo cierto es, que la prision de Gutierrez y de Heredia lo aseguró en su usurpacion. Gutierrez pudo escaparse y ganar el Perú con seis amigos suyos, donde incorporado á los realistas fue víctima de su fidelidad. Heredia deseaba recuperar su libertad: poco escrupuloso sobre los medios adoptó la perfida máxima de que á los niños se engaña con el pan, y á los hombres con juramentos. Una aparente renuncia de sus derechos, fundada sobre este gage de la fe pública, concilió las diferencias entre él y su contraria. Menos embarazados los españoles con las arriesgadas competencias del mando, se entregaron á la pesquisa del oro y de la plata. No pocas tentativas solo sirvieron para descomponerlos de sus soc-

(a) Ruiz Diaz en su *Argentina manuscrita* cap. 6. *Charry* *Revisión Hist.* tomo 1.º lib. 3.º pag. 129.

(b) Guevara *hist. manusc.* lib. 2.º part. 2.º

hacia esperanzas. Con todo, estas se refugiaron en el engañoso nombre de río de la Plata, y guiaron sus pasos hacia este rumbo desconocido. Atravesada la sierra por el valle de Calamuchita, y tocadas las márgenes del magestuoso río-tercero, que poco después es conocido por el Carcarañal, siguieron sus corrientes hasta descubrir el Paraná, último término de sus codiciosas pretensiones.

Todo concurría a embellecer sus ideas, y aumentar el júbilo universal. Al siguiente día de su arribo llegaron a la vez muchos indios en un crecido número de canoas. Los españoles los recibieron con los brazos abiertos, y ellos mostraron en la hospitalidad mas comedida, que se an dignos de su amistad. ¡Qué dulce es ver unos hombres de climas muy distantes saludarse por la primera vez con todo el agrado que engendra un común origen, á pesar de las revoluciones mortales, que alteran hasta los principios de la razón! Por estos indios supieron los españoles todos los acontecimientos de la conquista del Paraguay hasta su estado actual. Heredia con la caballería seguía la marcha á pasos lentos. Su retardado arribo dió sobrado tiempo á Mendoza para costear el Paraná. En la eminencia de una barranca descubrió ésta una elevada cruz, cuya vista arrebató á los españoles en un transporte de religion. Llenos de respeto por este signo de union y caridad la besaron de rodillas y la llamaron con sus lágrimas. Los ojos que las vertian eran los mismos que tantas veces habian visto sin conmoverse en papas.

das sus propias manos en la sangre de sus semejantes. Para conciliar esta contrariedad de sentimientos, es necesario recurrir al caracter de un siglo, cuyas contumbres eran formadas por esa mezcla bizarra de religion y ferocidad. Al executar esta adoracion advirtiéron una inscripcion, que decia: CARTAS AL PIE. Hecha la excavacion conveniente, se encontró una del gobernador Irala, en la que se contenia el resumen del estado de la provincia, con otras noticias importantes en orden à las naciones amigas, y enemigas.

Para un genio emprendedor, como el de Mendoza la lectura de este papel no podia ménos que irritar sus deseos de llegar à la Asuncion. El se pone en marcha, y en breve vuelve sobre sus pasos sin otro fruto que el sentimiento de haber tocado la imposibilidad. Sabe que Heredia se hallaba en el pais de los Comechingones (a) y prontamente viene à unirsele. Un odio mal reconciliado le hizo encontrar criminosa su tardanza. El fué depuesto del mando subalterno, y substituido por Ruiz Sanchez de Hinojosa. Heredia habia reservado baxo el exterior de una moderacion fingida el derecho de vengar à la primera ocasion sus pasados resentimientos. Lle-

(a) Estos eran los indios que habitaban la serrania de Cordova. Creen que sus moradas eran unas cuevas subterráneas, formadas por la naturaleza. El ningun vestigio que se encuentra de estas cuevas hace inverosímil la noticia.

vando sus enojos mas allá de los justos límites, mató à puñaladas estos dos competidores de su fortuna, y se apoderó de la autoridad. Nada conviene tanto la ferocidad que precede à la cultura de las costumbres, como estos frecuentes asesinatos. Con estos atentados los ánimos se irritaban en lugar de conciliarse, y anunciaban una desdicha cierta. Heredia mismo, que antes parecia de unas modales nobles y decorosas, se hizo insuportable por su altivez, y por su caprichoso empeño en llevar adelante esta conquista. La impaciencia de los soldados degeneró en insolencia. Hablaronle con tal resolución sobre tomar la vuelta del Perú, que mas parecia amenazarlo. Él tuvo al fin la prudencia de ceder y ponerla en execucion.

Apenas habían llegado estos españoles al lugar de Sococha en la provincia de Chichas, quando supieron que el Perú ardia en sangrientas disensiones por los disturbios de Gonzalo Pizarro. La fidelidad y la codicia tuvieron en perfecto equilibrio el fiel de la balanza. Tan presto los arrastraba el deseo de ser leales à su rey, como el de adquirir riquezas vendiendo sus brazos al que los pagase mejor. Gabriel Vermudes, que se habia adelantado à recoger noticias mas exáctas, los decidió por último al partido de la razon. Muchos murieron con la reputacion de bravos soldados. Algunos de los que escaparon con vida, volvieron al Tucuman en la segunda entrada.

CAPITULO XI.

Publica Irala jornada para continuar los descubrimientos : rebélanse los indios y los castiga : muerte del capitán Camargo : llega Irala hasta la encomienda de Piransules : manda una diputacion al licenciado Gasca : amotinanse los españoles contra él y lo deponen : es restituido al mando : muerte del capitán Mendoza : Abreu le resiste la entrada à Irala : vuelven sus diputados , é introducen el primer ganado cabrio : trátase de los antropófagos.

ENTRE el gobernador Irala y la faccion dominante era forzoso que hubiese una mutua dependencia. Si ésta lo reconocia por cabeza , áquel la respetaba como autora de su elevacion. El medio único de que no se arrepintiesen los rebeldes era seguir la inclinacion de sus pasiones. Este fué principalmente el tiempo de los crímenes infames , de las opresiones , de la libertad de conciencia. El miedo y el honor desaparecieron juntos , y con ellos todos los principios de la moral. Por seguro que pareciese éste camino , no podia dexar de advertir la penetracion de Irala , que solo era conducente para granjearle cómplices , no amigos verdaderos ; y que en el seno del ocio , donde fermentan las semillas de las discordias , era de temer una vicisitud al primer choque de esta autoridad vacilante.

Despues de haber distribuido entre sus apasionados los despojos de Alvar Nuñez , dispuso pues

distraer los ánimos con un empeño, que facilitase al mismo tiempo la confirmacion de su gobierno. Publicó jornada à continuar los descubrimientos. No bien fué proferida esta proposicion quando inmediatamente sirvió de escollo donde vino à romperse la union mal afianzada de los conspiradores. Los oficiales reales, Pedro Dorante y Felipe Cáceres, sin otro título para mandar, que haber despojado al que mandaba, llevaron muy à mal los absolutos procederes de Irala. Su exemplo excitó en otros el descontento, y la guerra civil fué declarada. Estaban con las armas en las manos, quando, por dicha de los españoles, quisieron los indios aprovecharse de la discusion, quebrando un yugo aborrecido, en cuyo paralelo todas las desdichas juntas eran menores. Invadieron los establecimientos españoles, y dexaron los sangrientos vestigios de la devastacion.

El propio riesgo de los españoles abrió una tregua à sus odios enconados, y les hizo trabajar de concierto por la causa comun de su existencia. Puesto Irala à la frente de trecientos y cinquenta españoles y de mil indios de los mas retirados, à quienes tuvo arte de ganar por medio de seductoras promesas, fué en busca del enemigo. Se hallaba este acantonado à tres leguas de la Asuncion con un guerno de quince mil combatientes, segun afirman los historiadores, à quienes la historia de sus ultrajes habia comunicado ardimiento y resolucion. Los dos exercitos se hicieron frente. A pesar del estrago que causó

só en los Guafanles nuestra bien servida mortuoria, no solo se sostuvieron firmes sin señal alguna de turbacion, sino que reemplazando sus pérdidas contra la común costumbre; y correspondiendo las descargas con sus flechas y dardos arrojados, consiguieron herir algunos, y matar tres soldados. Esto se tuvo ya como una ventaja, que debia regenerar su antiguo valor, extinguido por una dura esclavitud. Como si desafiasen la muerte se empeñaron en llevar adelante su pequeño triunfo. Por medio de una juiciosa evolucion se abrieron en dos alas, y cercaron al ejército español. Iban estrechando el círculo, quando los nuestros se formaron en cuadro. En esta posicion llegaron hasta las armas cortantes: fué tan porfioso este combate, que por espacio de tres horas se halló indecisa la victoria: por fin con pérdida de diez soldados y bastantes indios aliados; consiguieron los españoles introducir el espanto en aquel grande ejército, y dispersarlo totalmente, dexando cubierto el campo con mas de dos mil cadáveres. A favor de no habérseles seguido el alcance pudieron refugiarse los fugitivos en uno de esos grandes pueblos fortificados, que aseguraban sus esperanzas. No omitió Itala estar sobre él con todas sus fuerzas, ni darle continuados asaltos por espacio de tres "dias." Todo fué inútil porque los bárbaros se defendieron con valor increíble. Los proyectos de elevacion, que fermentaban en el corazón de Itala, lo empeñaron en vencer una resistencia, que menguaba su antiguo credito. El

cuarto día dió á la plaza un terrible asalto con que logró abrirle brecha por tres partes: se introduxo por ellas, la tomó y pasó á cuchillo muchos indios, que no quisieron entregarse.

La mayor parte se refugió al pueblo de Carieba siete leguas distante. Era esta la plaza de armas mas respetable; así porque á las comunes fortificaciones se añadían otras de engañosa estructura, como porque situada á la veclidad de un bosque, ofrecía un seguro asilo en la mas desastrosa desventura. Con todo, Irala vino prontamente en busca del enemigo; y habiendo recibido un refuerzo de doscientos españoles y quinientos aliados, procuraba con toda diligencia apretar el cerco. Era ya el quarto día de este asedio, y nuestro general se hallaba vacilante sobre los medios de tomarlo de un modo conveniente á sus deseos, quando presentándosele un cacique principal, evadido cláandestinamente de la plaza, pactó con él enseñarle dos ocultas sendas del bosque; por donde podía introducirse, con tal de que no la entregase á las llamas. No ganaba mucho con este arbitrio el decoro militar; y es bien claro, que el general Irala no era muy escrupuloso en la elección de los medios; como ellos conduyesen á su fin. Delio á esta sordida traicion tomar la plaza, y executar una mortandad, que no la merecian tantos valientes. Los que no quedaron envueltos en tan funesto estrago, ganaron presurosos el pueblo de Hieruquisaba, cincuenta leguas distante; que en clase de soberano mandaba el

cacique Tabaré (a). Era de perdonar estas vidas, tanto castigadas por su suerte; pero la energía del carácter belicoso; que distinguia á Irala, lo conducia naturalmente á operaciones guerreras. Habiendo dado á su gente catorce dias de descanso, en la Asuncion, se dirigió contra ellos con quatrocientos españoles y mil quinientos Xaperucos, los que se unieron en el camino mil Guaraníes, vasallos del traidor de Cariaba. Llegó el ejército á las orillas de un río distante media legua del pueblo. El enemigo, que lo esperaba aquí, defendió el tránsito heroicamente; pero se vió obligado á ceder al fuego de la artillería. No correspondió la defensa de la plaza; al primer ataque bien sostenido quedó sometida con espantoso estrago, y obligado su arrogante cacique á implorar misericordia. Con este suceso acabó el año de 1545.

Por un período de cerca de dos años no presenta en adelante esta historia sino un campo esteril de hechos pequeños uniformes, y que en nada varian la constitucion de las cosas. No nos hemos propuesto satisfacer una fria curiosidad; sino referir con agrado verdades importantes, é infundir sentimientos virtuosos por el estudio de los hombres. Seanos pues licito omitirlos, á excepcion de aquellos que sirvan á lo ménos para conservar las huellas de la historia.

La cautelosa política de Irala hizo que el solo

(a) Es este Tabaré distinto del que antes hemos hablado.

ganase en las revoluciones suscitadas por espíritu de partido. Evaporadas las primeras efervescencias de la pasión, se conciliaron algo los ánimos, y adquirió mas consistencia la autoridad de su gobierno. Entonces volvió Irala à su primer proyecto de los descubrimientos. A cien leguas de navegacion por el Paraguay se entrò à tierras de los Mbayas, y tocò en los confines del Perú. Retrocedió prontamente y pasó el Paraná. La principal ventaja de estas expediciones era impedir que el deseo de mejor suerte degenerase en inquietudes públicas. Pero no eran tan dóciles sus soldados, que quisiesen acompañarlo por pura gratitud: recibian éstos el premio viviendo à su discrecion: una cadena de crímenes, que en caso igual produjo la licencia en otras partes con mucha mas brillantez, son los que señalan estos tiempos desastrosos. Esta era en la realidad una quietud vergonzosa, que convidaba à nuevos alhorotos. El capitán Camargo procurador de la ciudad, tocado de tantos males, que ponian la provincia en el declive de su ruina, tuvo valor para proponer à Irala por remedio el repartimiento de los indios esperando fuesen ménos oprimidos à la sombra de protectores que los mirarian como propios. Los tiranos oyen siempre con impaciencia todo lo que mortifica su amor propio.

Sin mas delito que éste, mandò darle garrote con inaudita crueldad. El amor propio colocò à cada individuo en lugar de este desdichado, y le hizo temer una suerte semejante. Los espíritus em-

peñaban á conmoverse. Irala sacó la gente treinta leguas de la ciudad; y aquellos á quienes no pudo desarmar se unieron á Domingo de Abreu cabeza de los leales, que conservaba sus días al abrigo de los bosques. Pasó con su tropa el gobernador hasta los Mbayás, y regresó á la Asunción en 1546. Con todo, nos asegura el cronista Herrera, "que para ganar amigos, repartió la tierra, y encomendó á los indios, á portugueses, franceses, levantiscos & prohibiendo al mismo tiempo, que nadie tratase de repartimientos. "Arribó á esta sazón de España una carabela con ordenes del rey para que no se hiciesen nuevos descubrimientos hasta la provision de gobernador. No dudaba Irala lo mucho que perdía en que la corte supiese el por menor de su negra conducta. Puesta la carabela, tomó todas las medidas para interceptar la correspondencia, y no dexar otro conducto, que el viciado de sus informes. ¡O reyes, temed ser engañados por las relaciones, que hasta ser lejanas, para ser sospechosas! La distancia que favorece los engaños, protege también las desobediencias. Con un proceder poco mesurado se entregó Irala de nuevo á los vastos proyectos de su genio y de su pasión. Es que esperaba no ser delincente, siempre que fuese feliz. Dexando el mando á D. Francisco de Mendoza, partió con trecientos cincuenta españoles, y dos mil Guaraníes á descubrir el paso del Perú á fines de 1547. La debilidad de los pueblos que murmurando capitulan con la fuerza; las perfidias

y estratagemas puestas en uso para cubrir su impotencia y falta de valor; resistencias y animosidades, que hacen mas activas las pasiones de los que se intentan rechazar; estragos, servidumbres, carnicerías, que con sangrientos caracteres dexan muy bien trazada la imagen del terror; este es el triste quadro, que presenta el viage de Iru-la, hasta el pueblo de Macheasis, situado quatro leguas mas alla del rio Guapay à las faldas de las Cerranías Peruanas.

Para luchar con tantos escollos fué necesaria à los españoles toda la constitucion robusta de aquellos tiempos, ayudada de un manejo constante y seguido de parte del general. Pero al fin tuvieron la gloria de vencerlos. Hallándose en este pueblo se apresuraron los indios por venir à tributarles sus obsequios. No estimaron tanto los nuevos estas obligatorias demostraciones, quanto el advertir en el idioma castellano de que usaban, haber roto ese muro de division, que los desunía, y pisar ya esos tesoros que buscaban por entre tantos peligros de una fortuna arriesgada. Eran estos indios pertenecientes à la encomienda del capitan Peransulos, fundador de la ciudad de Chuquisaca. Por ellos supieron el difícil, y delicado estado del reyno. Los conquistadores del Perú habian establecido su señorio sobre la ruina del imperio de los Incas y de la libertad de sus vasallos; pero éstos se vengaron, dexando à sus vencedores en el veneno de sus despojos la materia de las mas crueles disensiones. Gonzalo

Pizarro acababa de pagar con su cabeza el delito de su tracion. Su partido, aunque debilitado y disperso, siempre era de temer. Éste se componia de una soldadesca impetuosa, que no reconocia otra gloria que la de vencer, otro derecho que el de la fuerza, otro placer que el del pillage. Irala siempre sagaz, intrépido y ocupado de sus ideas ambiciosas, creia esta coyuntura buena ocasion de acreditar su fidelidad, y afianzar su fortuna. Con estas miras se disponia à mandar una diputacion al licenciado Pedro de la Gasca, gobernador del reyno, ofreciéndole todo su exército para restablecer el órden, que habia destruido la tirania, y disipar del estado las reliquias de la rebellion. Parece muy probable, que el presidente Gasca tenia luces anticipadas del arribo de Irala; de los hechos criminosos acaccidos en la Asuncion; y del carácter inquieto que distinguia à sus soldados. Estas consideraciones le hicieron justamente temer la renovacion de un incendio, aun no bien apagado, siempre que no atajando su curso, pusiesen à estas gentes en el peligro de no admitir proposiciones à los del bando vencido. En consecuencia de esto tuvo órdenes Irala muy apretadas, para que sin nuevo aviso no traspasase so pena de la vida los limites del gobierno.

Este accidente que Irala recató al vulgo de la tropa, le hizo ver que nunca convenia mas acreditar su fidelidad, que quando parecia equívoca su buena fé. Obedeciéndole las órdenes de Gasca, fixó su residencia; pero llevó delante el pensa-

amiento de dirigirlè una diputacion respetuosa. Nuño de Chaves, Miguel de Rutia, Pedro de Oñate y Ruiz Garcia Mosquera partiéron para Lima en diligencia de esta demanda. Una enfermedad detuvo à estos dos últimos en Potosi. Los dos primeros entregaron credenciales, y fueron recibidos con todo el agrado, que exigia su honrosa comision. El presidente dirigió tambien à Irala una carta concebida en términos muy decorosos, diciéndole, quedaba à cuenta de su voluntad el reconocimiento à sus generosas ofertas: libròle al mismo tiempo una buena ayuda de costa, y reiterò sus órdenes para que no pasase adelante. Si se reflexiona que poco despues sustituyò en el gobierno de Irala al célebre capitan Diego Zenteno, es forzoso concluir, que con aquellas demostraciones sólo se propuso adormecerlo baxo una confianza engañosa.

Irala echò de ver le convenia tomar una distancia desde donde observase el teatro sin peligro. Retrocediò pues hasta un pueblo de los Cercos. Mil indios de éstos, pasados à cuchillo, dexaron à sus compatriotas bien advertidos para no volver à entrar en lid con los temibles españoles. La esperanza es el último sentimiento de que se desnuda el corazon del hombre. A despecho de la razon, y del mal estado de las cosas no desesperaba Irala de grangearse la proteccion del presidente. Un desasosiego importuno le hacia desear la vuelta de sus diputados, y le impedia continuar su marcha al Paraguay. Dos meses iban cor-

ridos de inaccion; quando impacientes sus soldados por unas lentitudes infructuosas, con que jamas se aviene el espíritu sedicioso, se substraxeron de su obediencia, y confiriéron todo el mando al capitan Gonzalo de Mendoza. Resistióse este oficial con una modestia de que acaso no habia exemplo; pero por una parte la violencia, y por otra el temor de que las riendas del mando quedasen flotando al arbitrio de los sucesos, lo resolvieron á aceptarlo. La nueva administracion trajo muchos desórdenes. Púsose en marcha de vuelta á la Asuncion con su ejército todo dividido por falta de subordinacion y armonia. Seguíanlos Irala, como arrastrado de una fortuna caprichosa. Las naciones del tránsito los atacaron con pérdida de muchos soldados y naturales. No era extraño, porque la desapiadada tirania de estos españoles sólo les consiliaba un odio implacable. Llevando tras de sí doce mil prisioneros, reducidos á dura esclavitud, no habian hecho mas, que sustituir al derecho de las gentes la arbitraria ley de su interes.

Esta tropa amotinada tomó por fin el puerto, donde quedaron los bergantines al cuidado de los fieles Xarayes el año de 1549. Las fatalidades de esta marcha, unidas á los desastres que hacian gemir á la Asuncion, concurrían de concierto á reprehender las veleidosas mutaciones del mando, y obligar á estos amotinados á restituirlo al único capaz de remediarlos. Influyó tambien el rezele de que dominando en la Asuncion el partido contra-

No debían ser ellos oprimidos. Irala entró de nuevo en posesion de su gobierno. A la verdad esta turbulenta república, donde las tempestades renacian con violencia, necesitaba por ahora toda la destreza de un piloto tan experimentado como Irala. Se sabia, por cosa averiguada, que D. Francisco de Mendoza, à pretexto de consentirlo muerto, con suma ligereza se dexó persuadir de los aduladores para aspirar al gobierno de la provincia. ¡Quasi cierto es que la baxa y servil adulacion deshonra igualmente al que la gusta, como al que la emplea! Para dar lugar à este ambicioso designio; debia preceder una formal abdicacion de la tenencia que exercia. Esperaba Mendoza con mas satisfaccion que cordura, se reunirían en su persona los sufragios de una nueva eleccion. Sin detenerse depuso el baston en pleno consistorio. Su sorpresa fué igual à su imprudencia, quando, verificado el escrutinio, vió pasar toda la autoridad al capitan Diego de Abreu.

El hombre que no recibe consejos sino de su pasión, intenta siempre deshacer un yerro cometiendo otro mayor, y de precipicio en precipicio llega al último de todos. Viendo burlados sus deseos el capitan Mendoza, entró en el arriesgado empeño de recuperar la insignia dimitida, y arresatar à su competidor. Pero éste fué mas advertido y diligente para hacer que el mismo Mendoza sufriese las prisiones que le tenia preparadas. Sitiólo pues en su propia casa, la forzó y se apoderó de su persona. Formalizado luego su procesa

so del modo más sumario, fué sentenciado á que perdiese su cabeza en un cadalso. Abreu llevó su odio á un punto inconcebible: ni los insignes valedores en la corte de que hacia jactancia este reo, ni el respetable cúmulo de sus servicios, ni en fin, el ajuste que propuso de dar dos hijas suyas, para que Abreu y Melgarejo entroncasen en su ilustre prosapia fueron capaces de mitigar este fatal fallo. Un hombre sabio lo hubiera sufrido sin murmurar. Mendoza tembló á vista del suplicio, y buscó medios de eludirlo, poco dignos de un varón fuerte. Viéndose sin recursos, casó con D.^a Maria de Angulo para legítimar quatro hijos que tenia de su comercio ilícito. Con ánimo mas cristiano se confesó públicamente en el cadalso merecedor de aquel fin trágico, porque tal dia como aquel quitó en España la vida á su legítima consorte, con todos sus criados y á un capellan, compadre suyo, que por levisimos indicios supuso haber manchado su pundonor. Ésto hecho dió su cuello al cuchillo.

Por mas que Abreu apuró sus esfuerzos, no gozó mucho el fruto de esta inhumana execucion. La carabela que despachó á España, solicitando confirmación del mando, concluyó desdichadamente su viage en el banco del ingles; y la acelerada vuelta de Irala cambió de pronto su fortuna. Los mas empezaron á mirarlo como intruso. Con todo, Abreu resolvió sostenerse, y le negó la entrada en la ciudad. Ésta se vió sitiada como pudiera serlo una plaza enemiga. El temor ó la

lealtad abrieron brecha en el corazón de los sitiados, primero que en los muros las máquinas de Irala. Muchos de ellos se pasaron á su campo, y á casi desamparado Abreu abrazó el partido de evadirse con cincuenta de su facción. Por espacio de dos años no cesó de tener en continuos sobresaltos al bando contrario. Crecia su rabia por los mismos medios que se empleaban en aplacarle.

Retrocedamos un poco mas atras: sensible el presidente de la Gasca á la justicia y la humanidad, no perdía de vista el pensamiento de extirpar tantos desórdenes, que, á favor de la tiranía y de la anarquía, habian trastornado todo el orden de la provincia del Paraguay. Con este designio confirió el mando de esta provincia al expresado Zenteno, que por su lealtad, y sus servicios se habia hecho acreedor á todas las recompensas militares. Libróle pues título de gobernador desde los confines del Cuzco y de los Charcas hasta los términos del Brasil. Pero en un tiempo en que un delito solo costaba un mal deseo, no pudo impedir la Gasca el fin trágico de Zenteno. El mismo año de 1548 hallándose en los Charcas entre los regocijos de un convite, murió traidoramente á la eficacia de un veneno. Sus despachos, con todos los sujetos que debian formar su comitiva, llegaron poco despues. Eran estos los quatro diputados de Irala, acompañados de los nobles capitanes Pedro Segura, Francisco Corton, Pedro Sotelo, Alonso Martin Truxillo,

y quarenta soldados mas. La desgraciada pérdida del gafe no influyó en el ánimo de unos hombres acostumbrados à desafiar los peligros, para que desistiesen del viage à la Asuncion. Guiados de su propio corage emprendieron su camino.

No omitirémos referir aqui, que estos españoles fueron los que introduxeron en la provincia el primer ganado ovejuno y cabrio. En los fastos de las naciones ocupan un lugar distinguido los brillantes exterminadores de la humanidad. Nosotros estimamos, que tienen mas derecho à nuestra memoria aquellos à quienes deben los medios de extender mas su existencia. Los españoles de esta jornada no tardaron de recibir el premio de esta buena obra. Alentados los indios à vista del corto número, resolvieron vengar en ellos sus pasadas injurias. En crecido número seguitan sus pasos, asechando el primer descuido de que pudiesen aprovecharse. Muy satisfechos de haberlo ya encontrado, se disponian una noche à sorprenderlos. Sólo aguardaban aquel espacio de quietud en que se hallasen entregados al sueño. La inquieta voluptuosidad de los machos cabrios no dió lugar à ese momento de silencio. Los asechadores, que tenian ese bullicio por un efecto de vigilancia, no se atrevieron à poner en obra su designio, y se vieron en la necesidad de retirarse. No fueron en esta ocasion los cabrios menos benéficos à estas pequeñas tropas, que los vigilantes paxaros en otro tiempo al capitolio de Roma. Aunque no sin algunos encuentros, en que los indios

Mevaron siempre la peor parte, concluyeron en fin su viage. Irala los recibio con demostraciones de sumo agrado. La feliz nueva de prolongacion de su gobierno, preparaba su corazon à estos oficios de benevolencia.

Chaves, gran confidente de Irala, ò por lisonjear sus pasiones, ò porque casado con Doña Elvira de Mendoza, hija del desgraciado D. Francisco, se creyò en obligacion de vindicar los agravios de la familia, habia resucitado la criminalidad de Abreu, y no pensaba sino en los medios de satisfacer su venganza. Facilmente consiguiò verse autorizado para perder à un rival, el mas terrible de su faucion. Acompañado de soldados corria los bosques en su seguimiento, Entretanto fué descubierta una secreta conspiracion contra la vida de Irala, Miguel de Rutia, y el sargento Juan Delgado, principales autores de ella, dexaron en un sangriento cadalso el escarmiento à los demas, Juan de Bravo, y Rengifo, presos por Chaves y colgados en una horca, aumentaron la costernacion. El partido de los leales se viò en el estrecho de buscar su seguridad en un acomodamiento con Irala. Los casamientos de dos hijas de éste con los capitanes Francisco Ortiz de Bergara y Alonso Richelme de Guzman, acabaron de reconciliarlos. Solo Abreu con algunos de sus amigos sostenian la buena causa, haciendose invisible en la espesura de los bosques. En una ausencia de Irala, con motivo de llevar sus armas contra los Mbayas, su teniente Felipe Cáceres tomó de su

cuanta sacrificar á sus enconos estas tristes reliquias de una flocion agnizante. El capitán Erasu con una buena compañía fué destinado á perseguirlos. Consiguió su intento una noche que Abreu con quatro compañeros se hallaban recogidos en una choza. Rodeóla, y viéndolo en vola mientras dormían los demás, le asestó una flecha por un resquicio, con la que le quitó la vida. El tiempo de las acciones heroicas es por lo común el de los grandes crímenes. La ausencia de las artes de agrado, y de la cultura del espíritu dexan al hombre su energía natural; pero esta es una energía rústica en que se unen grandes virtudes y grandes vicios. Felices los hombres quando se encuentran entre los extremos, virtuosos con cultura, culos sin corrupción!

Con todo, Ruiz Diaz Melgarejo con resolución mas intrépida que mesurada, protestó contra de su cuenta vengar la muerte de Abreu. Costóle para su arrogancia. El teniente Cáceres tuvo medios de apoderarse de su persona, y estrecharlo en un calabozo. Las disensiones civiles renacen con nueva fuerza. Irala fué instruido de todo, y volviéndose con suma diligencia, vino á apaciguar con su presencia esta peligrosa discordia. Consiguiólo en efecto, mandando á Melgarejo bien custodiado al campo de su ejército. Alonso Richelme, que mandaba en ausencia de Irala, de acuerdo con éste, según dice la Argentina manuscrita, hizo expedir á Melgarejo, para que con un soldado llamado Florez se refugiase á tierras del Brasil. Huyendo

un riesgo estos fugitivos, cayéron en otro mayor. Prisioneros de los Tupics, se vieron destinados á saciar con sus carnes la gula de estos caníbales. Florez, como mejor tratado, fué el primero á quien comieron. A favor de una compasiva india, evitó Melgarejo una suerte igual, porque dándole libertad esa noche, pudo llegar con felicidad á san Vicente.

Hemos dexado para este lugar el exámen sobre la antropofagia, ó costumbre de comer carne humana, introducida entre los indios de estos países. El señor Azara, en el tomo segundo de su viage, capitulo diez, la reputa por fabulosa, atribuyendo este engaño á la inadvertencia de los conquistadores, y misioneros, únicamente atentos á realzar su proezas, y exágerar sus trabajos. Desde luego daríamos gracias al señor Azara de haber libertado á estos nuestros compatriotas de un crimen tan horrible á los ojos de la naturaleza. Probaria quando menos que nuestros pueblos salvages no lo han sido en tanto grado como muchas naciones del viejo mundo. Pero por desgracia la razon en que se funda no nos parece de tanto peso, que nos haga separar de todos los historiadores. Ello se reduce á solo el hecho de que en el dia ningun de estos pueblos se alimenta de carne humana, y ni aun se acuerda de haberlo executado, aunque no pocos viven tan libres como el arribo de los españoles. Pero el señor Azara de la reflexión, que la costumbre de comer carne humana, mas parece vicio de un siglo, ó de una edad, que de un pueblo, ó de una nacion.

Quando se busca el origen de la antropófagia , ninguno se acerca mas à lo verosimil , que el derecho espantoso y arbitrario de la guerra. Donde èsta es bàrbara , y como el estado natural de los pùeblos ; sino es de necesidad que se encuentre , à lo mènus , todo està dispuesto à su introduccion. Los excesos de delirio son entònces los que forman los principios , y dan lugar à las costumbres. Aquellos son tan varios como los caprichos de una imaginacion desreglada , y por consiguiente dic-tan usos que le son del todo parecidos. La his-toria no permite dudarse , que así el estado de la guerra , como el modo brutal de executarla , eran conformes à la constitucion salvage de estos pue-blos : por consiguiente , la costumbre de alimen-tarse con las entrañas de sus enemigos , sólo ne-cesitaba el influxo de una idea extravagante. Los Guaranies , los Tupis y otros , que à juicio de los historiadores eran carnívoros , obraban baxo el prin-cipio , que los que gustaban la carne del enemigo , adquirian un grado de fortaleza , que los hacia su-periores à los ataques , y con divulgar que comian hombres , infundian terror à los demas. Vease aquí el origen de la antropófagia de estos bàrbaros : origen , que la hace muy verosimil , y muy anà-loga à su vida agreste y brutal. Si à èsto se alle-ga el testimonio uniforme de los historiadores , no hay razon para que se atribuya à la exà-geracion de los conquistadores y misioneros. Seguramente aquellos se hallàron en mucho mejor estado que el señor Azara para hacer

prolija inquisición de esta verdad; y si se advierte que ningún interés pudo mover su pluma, es preciso concluir que así lo hicieron. Estos refieren el motivo que induxo esta costumbre, los pueblos que la adoptaron, aquellos sobre quienes se ejercia, y hasta las mas pequeñas circunstancias de la solemnidad con que se sacrificaba, y comia el prisionero. Uno de estos historiadores es Ruiz Diaz de Guzman en su Argentina. Este pudo saber de boca de Melgarejo lo que sucedió, y hemos referido. Para pretender el señor Azara, que se hallaba mas instruido que los autores coetaneos en lo que sucedió ahora cerca de tres siglos es preciso que apoye en mejores fundamentos su opinion. En efecto, que las tribus salvages de las naciones que antes fueron antropófagas, no lo sean en el dia, es muy debil conjetura para apartarse de su unánime sentir. Sin faltar à la verdad histórica, no se puede negar que los españoles europeos y americanos han exterminado, o reducido la mayor parte de esas naciones, que trataban tan inhumanamente sus prisioneros. Por consiguiente las tribus, que de ellas han quedado, han debido acostumbrarse por medio del exemplo à ser menos feroces, y menos excesivas en sus resentimientos. Pero aun en tiempo en que los Guaranies salvages hacian un cuerpo de nación mas numerosa, ya exponen los historiadores haber renunciado una costumbre tan perniciosa. Barco Centenera nos dice, que habiendoles sobrevenido una cruel pestilencia despues de un convite de carne

humana, conciliéron un grande horror à este man-
jar (a). Sea así que esta peste provenia de otro
principio; pero para el genio supersticioso de es-
tos barbaros sobraba esta casualidad. A mas de
que, no es tan cierto, como asegura el señor Azu-
ra, que en el dia ninguna de las tribus salvages se
alimenta de carne humana, asegurandolos Loza-
no (b), que hay manifestas señales de que algu-
nos montarases retienen esta costumbre.

CAPITULO XII

*Muere Ivaka la expedicion enviada por la mala jornada:
fúndase la ciudad de San Juan: la desamparan los
españoles: parte Ivaka contra los Tupís: fúndase la villa
de Ontiveros: Sanabria es elegido Adelantado, y no vive
en la provincia: los Goas introducen el primer ganado
de vacuno: sublévase la villa de Ontiveros.*

- LUEGO que Ivaka consiguió ver pacificada la
provincia, dispuso una entrada cuyos consecuen-
cias debian ser el descubrimiento de las grandes
ríos que divulgaba la fama, y la copiosa fructi-
cion de sus ventajas. Una idea tan lisonjera ana-
loró los espíritus, y produjo un fuerte entusias-
mo. Si los españoles hubiesen tenido la prudencia
de, mas bien de afirmar sus conquistas, que de

(a) Lib. 1. cap. 19. lib. manusc. del Paraguay.

(b) Argens. obra 3.

entenderlas; habiérzan evitado no pocos trabajos infructuosos; pero la fortuna los habia favorecido, y sin advertir en sus mudanzas, se entregaban de nuevo à sus delirios. Por esta vez les fué tan ingrata, que en adelante se conoció esta expedicion por el distintivo de LA MALA JORNADA. Quatrocientos españoles, mas de quatro mil indios amigos, con seiscientos caballos y un gran acopio de bastimentos, fueron con los que Iratá salió de la Asuncion el año de 1550 à buscar de nuevo el hallazgo de esas riquísimas riquezas. Despues de haber atravesado la tierra hasta los indios Mbayas, cruzado los senos mas ocultos, y costado toda la cordillera del Perú, tuvo que volverse, sin mas fruto, que haber perdido la esperanza, último resto de su ideada felicidad. Por celmo de las desdichas, mil y quinientos Guaraníes desertaron de sus banderas para reunirse con sus deudos los Chiriguano; otros tantos con todos los caballos perecieron en la retinada por entre campos inundados; no pocos españoles padecieron la misma desventura, y los que alcanzaron à la Asuncion contaban por gran dicha verse con vida. La vuelta de esta desgraciada expedicion pareció que fué el año de 1551 à 52.

El establecimiento de un puerto à la embocadura del rio de la Plata, siempre habia sido el objeto mas importante de las combinaciones politicas. A mas de que sin él eran muy peligrosas las expediciones maritimas; no era fácil que la conquista retirase sus limites todo lo que exigia

la base de este proyecto. Las entradas á tierras de enemigos sólo dexaban una gloria esteril. Por ellas es verdad se conseguia, que los indios diesen la obediencia; pero los grados de esta sujecion eran los del temor. La retirada de las tropas disipaba lo uno tras de lo otro; y al fin poco se adelantaba. Establecimientos permanentes en los puntos cardinales, como la entrada del rio, era lo único que podia cimentar esta dominacion. El gobernador Irala lo deseaba; y lo puso en práctica. Juan de Romero, capitan prudente y valeroso, con ciento veinte soldados escogidos, abrió de órden suya en 1555 los cimientos de la ciudad de san Juan en la confluencia de un rio, á quien diéron este nombre, al norte de el de la Plata, frente de Buénos-Ayres. Los indios Charrúas poseidos de un odio irrecconciliable al español, y bastante advertidos para llegar á conocer, que ninguno es mas libre al lado de otro mas fuerte; miraban con zelos esta fundación, y se propusieron aniquilarla. Sus asaltos constantemente repetidos, y la falta de subsistencias en breve reduxeron la poblacion á los últimos extremos. Las voces de la miseria resonaron en la Asuncion. El capitan Alonso Richelme, yerno de Irala, volò en su socorro; pero sólo fué para que reconociendo la imposibilidad de superar tanta obstinacion de estos bravos, levantase el establecimiento, y de comun acuerdo se restituyese á la capital. No fué este el único acontecimiento que desgraciò esta empresa. En el viage diez y seis españoles envueltos en las

ruinas de una harranca, donde habian salido por retreo, conqternaron con su muerte sus amigos y camaradas. La turbacion que causó este repentino suceso, reanimó al mismo tiempo los ánimos abatidos de los indios para despicar un odio, que sólo comprimió el temor. Ellos embistieron á los españoles; pero rotos y descalabrados llevaron una nueva leccion de respetar sus invasores.

Al arribo de estos españoles llegaron tambien á la Asuncion varios caciques principales de la provincia de la Guaira. El objeto de su venida era reclamar la proteccion contra las invasiones de los Tupis, á que les daba derecho su vasallage. Irala debió sin duda conocer, que libertar á estos indios de sus perpetuas depredaciones, haciéndoles gastar una tranquilidad duradera, era una de las principales ventajas, que debia recompensar su triste dependencia, y uno de los medios mas poderosos de hacerla pasar á obligacion. Llenó de una actividad que no le permitia estar sin objeto, resolvió vengarlos por si mismo. Con número suficiente de soldados buscó al enemigo en sus mismas hogares. Estos indios belicosos recibieron á Irala con aquella imperturbable seguridad del que no tiene que elegir entre la victoria y la servidumbre. Ya sosteniendo los choques con denuedo, ya reemplazando sus perdidas, ya moviéndose con una agilidad inconcebible, ya, en fin, obrando con valor, balancearon la suerte de las armas por mucho tiempo, y se hicieron acreedores de mejor éxito. La victoria se declaró por quien estaba la ven-

taja de las arimas. Los españoles saquearon el principal pueblo despues de haber saqueado el alcázar de las canoas, y llenaron de terror á los vencidos. En tal aprieto imploraron éstos su clemencia. Un amnistia general evitó el hierro que amenazaba sobre sus cabezas. Pero en estos ajustes de parte de los indios sólo entraba la amistad por fórmula, porque no teniendo otro arbitrio de evitar los males, se daban con derecho de engañar quantas veces podian hacerlo sin peligro. Nel pasó mucho tiempo sin que se experimentase un arrepentimiento. El gobernador Irada resolvió su regreso á la Asunción, habiendo de ante mano despachado á la corte, por la via del Brasil, á su sobrino, Estevan de Bargará con dos poderas de la provincia. Las imponderables fatigas de esta vuelta, en la que navegando por el Paraná, se ahogaron algunas gentes, y el abandono de los Guaranies, obligaron á Irada á caminar por tierra con.

El feliz éxito de las empresas consiste siempre en la profundidad de las miras con que se han meditado, en la exactitud de los planes que se levantan, y en un cierto tacto mental que abraza con delicadeza todas las partes de un proyecto. Aunque no se puede negar que poseia Irada talentos políticos para promover el sistema de los establecimientos, tambien es cierto, que el haber claudicado por alguno de estos extremos fué causa de que por ahora no lo mantenga con acierto. El hermoso quadro que le presentaba la provincia del Guayrá, reporado con las bellas tintas de

su imaginacion, daba sobrado mérito para que se propusiese levantar en ella una colonia. A la verdad concurrían sólidos fundamentos en que apoyar este pensamiento. Por una parte la vía del Brasil ofrecía una comunicacion con la metrópoli menos expuesta y retardada: por otra las fronteras de la provincia se hallaban mas respetadas; y se contentaban los ultrajes con que los mandingos reducian á estos indios mas abajo de la condicion humana. Sobre estas razones de conveniencia pública, mandó Irala dar nacimiento á esta colonia; pero no acertó á tomar bien sus medidas. En 1654 el capitán García Rodríguez de Bergara, con sesenta españoles, fundó la villa de Ontiveros en el pueblo de Canideyú á una legua de distancia del celebre salto que da el río Paraná. Con una política mal calculada destinó para fundadores de este establecimiento á los seguaces de Diego de Abreu. Su fin era desarraigar de la capital estas semillas de sedición, sin advertir, que transplantadas á otro suelo, donde no estuviere sobre ellas la vigilante mano del labrador, debían fructificar con mas pujanza. Mientras duró el gobierno del capitán García Rodríguez, su ejemplo, mas poderoso que las leyes, reprimió las animosidades; pero veremos en lo sucesivo el agigantado cuerpo que acombó el espíritu de partido.

Entretanto que esto pasaba en el Paraguay, otras eran las medidas que se tomaban en España. Sino estaba decretado, que por el orden común de los sucesos llegase Irala al mando en propiedad, á la

ménos una fortuna siempre parcial á sus intentos mudó el destino de las cosas para satisfacer su ambicion. Nada habia omitido Irala para robarle á la corte el conocimiento individual de su detestable manejo. Pero el tiempo, que tarde ó temprano desemboza los vicios, fué mas poderoso que su cautela. La corte supó las artes con que habia llegado á la autoridad, y resolvió poner límites á su ambicion. Admitió pues la propuesta que le hizo Juan de Sanabria, caballero poderoso natural de Medellin, por la que, baxo de condiciones ventajosas al estado, solicitó el gobierno del Rio de la Plata. Este tratado se ha querido mirar como una prueba irrefragable de que el plan de estas conquistas estuvo siempre levantado sobre la base de la pública felicidad. Es preciso no equivocarse dando por cierta una proposicion tan absoluta. En el momento mismo, que los reyes de España conquistaron parte de estas provincias, los indios sumisos y rendidos debieron encontrar su seguridad en el interés mismo de sus señores señores. Su proyecto no podia ser exterminarlos, y reynar en la soledad. Por su propio provecho debian convidar á los indios al trabajo, y promover su felicidad. Pero ésta ¿ha sido jamas qual lo exigia una exácta y rigurosa justicia? No era como que haya ninguno tan preocupado, que se atreva á sostenerlo. Para dar mas luz á esta historia, pondremos aquí los principales articulos.

El de la religion fué el mas recomendado. Sanabria se obligó á traer ocho religiosos Franciscanos

nos, y la corte le proveyó de ornamentos sagrados, vino para los sacrificios, aceite para las lamparas en la cantidad correspondiente para el consumo de seis años, y del competente matalotage. Pero los libros de la nueva secta filosófica nos repiten, que la religion católica no ha causado sino males. Reñimos á sus autores el retrato fiel de las costumbres, y la ignorancia de estos indios en su barbaridad. Sinó estan arrepentidos los filósofos de que estos indios hayan dexado de ser bestias, esto mismo debe enseñarles á respetar una religion, que sabe de las bestias formar hombres, y que pudo restablecer la humanidad en todos sus derechos, si en parte no hubiese sido contrariada por la potestad misma que la mandaba propagar. Los demas artículos son referentes á conducir cien familias, á mas de doscientos soldados, levantar los pueblos, transportar semillas para el cultivo de las tierras; dar buque á algunos artesanos por el módico precio de ocho ducados al año mas, y en fin, repartir entre los conquistadores á precios á propósito por el consejo, ropas y vestidos necesarios, mandando de diez en diez, para la satisfaccion de sus imprevistos. Visto es que el anhelo de la corte se encaminaba á excitar entre los bárbaros algún deseo por las comodidades, que hacen al hombre activo é industrioso. Con ésta se pretendia tambien asegurar estas posesiones; porque es cosa bien sabida, que desde que el hombre abandona la vida errante, dá el primer paso á la dependencia, sirviendo

de sujeción el mismo terreno que cultivaba.
 Ajustadas todas las condiciones paró el Adelantado Sanabria para Sevilla á dar licencia á los aparceros necesarios de su empresa. Una expedición de portugueses, que al mismo tiempo se disponia para fundar nuevas colonias en el Brasil, puso en cuidado al emperador. De superior orden se le despachó un siervo conveniente á Sanabria, para que velase en su salud, y previniese qualquiera usurpacion en territorios de la corona. Estas prudentes prevenciones llegaron á sazón, que en muerte habia ya enterado en su sepulcro algunas buenas esperanzas. En 1549 le cumplió su hijo Diego Sanabria, baxo las mismas condiciones estipuladas, pero implicado en las trabas judiciales de negocios forenses, quedó casi frustrado este importante asunto. Con todo, empujando que el nuevo Adelantado promoviera la corte la solución de sus litigios, el capitán Juan Salazar de Espinosa, que volvia abrig de la Plata con el empleo de tesorero general, se dio á la vela con 1554 con dos navios de los cinco del ajuste, y una que armó de su cuenta el capitán Becerra. Demosñica despues lo siguió este Adelantado en otra tercera navio; pero con tan mala suerte, que extraviándose los pilotos del verdadero rumbo, al mantener el cable de san Agustín, vino á dar pavor de arribada á Cartagena. Sanabria volvió á Castilla, y nunca mas pensó en el riode la Plata; ni obstante que corriendo el tiempo murió en Bogotá, y su hijo le sucedió en la empresa.

En la armada de Salazar, en las que muchas personas de esclarecido linaje vanian á aumentar el número de tantos ilustres pobladores, navegó con próspero viage hasta la isla de Santa Catalina, pero al tocar la barra de la laguna de los Patos, zozobró en ella el navio del capitán Becerra; cuya gente si escapó del naufragio, fué para caer en manos de los bárbaros. En de los otros buques exportamente, poco después, volóse a bori de las dislocadas. El comandante Salazar, y el piloto mayor, formaron cada qual su partido, á quien comunicaron sus ideas perennales. Prevaleció el del piloto, y después Salazar, el alferado de Trejo, que renunció la autoridad, no pudo calmar la sedición. Parte de la gente siguió en el cauchillo de puerto, y pasó á San Vicente, del Brasil. El corazón virtuoso y sensible del padre Leonardo Nárez, de la extinguida compañía, no pudo ver sin dolor á estos emigrados la triste suerte que habia tocado á los barcos de Becerra. Lleno de sentimientos de humanidad resolvió reunirlos á pesar de la distancia y de los riesgos. Por su crédito y su presencia venerable tomó entre los bárbaros aquel ascendiente irresistible que sólo la virtud es capaz de consiliar. Habiólos luego en aquel como pacífico de su genio conciliador, y consiguió le entregasen los prisioneros, con quienes regresó como en triunfo. A otro oficio se dedicó después de haber alagado á los bárbaros. El capitán Trejo deseaba señalar su precario pan,

con un servicio que se ordenase, era digno de otro mayor. Con estas miras á principios de 1553 levantó un pueblo en el puerto de san Francisco, situado entre la Cananea y la isla de santa Catalina. Aquí casó, tuvo un hijo, que después fue Obispo del Tucumán, y unido de aquella celebre negra que habiendo donado á los Jesuitas, murió de mas de 180 años en la estancia de Altagracia donde la conocieron. El emperador aprobó el establecimiento de esta colonia, como muy necesaria para facilitar las operaciones mercantiles, y cubrir la comunicacion con el Perú. Tavo muy corta duracion este benéfico proyecto; porque sitiada la colonia del hambre y la necesidad, la algará donaron sus pobladores pasándose á la Asuncion el año de 1555. Esta marcha, que se hizo por el mismo derrotero de Alvar Nuñez, nada ofrece de particular; sino la muerte de treinta y dos soldados, que extraviados del convoy en busca del sustento, perdieron todas las sendas, y perecieron á los rigores de la necesidad. El capitán Trejo se vió á su arribo procesado, y preso por Irala, quien le imputó el delito de desertion del establecimiento. Mandaba entonces este general con todos los fueros de un despota; porque abatiendo las cabezas de los hombres principales, consiguió que sus deseos se respetasen como leyes. Casi al mismo tiempo llegaron tambien á la Asuncion los otros españoles, que se habían refugiado á san Vicente, en cuya compañía vino tambien el capitán Melgar, que vino con un navio, á bordo del qual quedaba

• Diximos antes que evadido este del Paraguay se habia pasado à san Vicente, establecimiento portugues. Aquí casò con Doña Elvira, hija del capitán Becerra. Esta dama de peregrina hermosura no habia nacido para Melgarejo. Las violencias de sus padres pudiéron obligarla à que le alargase su mano; pero ésta fué una mano totalmente vacia; porque en las mismas aras del sacrificio reservò su corazon à otro que por eleccion era su dueño. Éste era el castellano Juan Carrillo. Los mutuos incendios de la pasion parece que les daban una existencia comun, que debia perecer à un mismo tiempo. Asi fué; porque sorprendidos en adulterio por Melgarejo fueron muertos à puñaladas. Nada comprueba mejor la máxima, que si el amor es excesivo, quererlo comprimir con violencia, es exponerlo à una tragedia. Esta infauστα aventura hizo que Melgarejo se acomodase con la necesidad, aceptando los auxilios, que antes le habia proporcionado Irala para volverse à la Asuncion.

Con esta comitiva viniéron varios portugueses, entre quienes sobresalian por su linage los dos hermanos Goes. Aun mas que por esta calidad, que nada vale quando no la acompaña el mèrito, debe ser eterna su memoria: porque introduciendo ocho vacas y un toro, levantaron sobre este debil principio el coloso de prosperidad, que hace al rio de la Plata uno de los emporios del reyno. El excesivo precio, que la estimacion comun impuso por entònces à cada uno de estos que

drupados, parece que presagiaba esta última futura. El portugués Gaete, que los condujo por caminos muy fragosos, fué recompensado con la adjudicación de una vaca: recompensa tan exorbitante en el aprecio general, que para ponderar el subido valor de una mercancía, quedó por proverbio recibido: es mas cara que las vacas de Gaete. Toda esta gente recibió un buen acogimiento del gobernador Irala.

Por este tiempo, poco mas ó ménos, los coroneles de Ontiveros se sustraxeron de la obediencia de Irala, luego que les faltó la presencia del capitán García Rodríguez. Este atentado, que heria en lo mas vivo la delicada alívea del jefe, lo resolvió á solicitar un castigo saludable, que reanimase en todos el sentimiento de la subordinación. Su yerno, Pedro de Segura, con cincuenta soldados, tomó á su cuidado escarmentarlos, y recoger los españoles vagos de toda aquella comarca. El amor del libertinaje habia ya incorporado los de esta dispersión con los colonos de Ontiveros, y formado un cuerpo de rebeldes, capaz de sostener su independencia. Fué del todo inútil la anhelosa diligencia de Segura, por poner el pie en la nueva villa. Estropeado de los intrépidos amotinados, tuvo el dolor de hacer una vergonzosa retirada. Este suceso fué un cebo, que levantó llamas de enojo en el corazón de Irala; pero un fondo de cordura, que presidia por lo comun á sus deliberaciones le habia enseñado á conseguir de sí mismo una victoria, que aunque momentánea, era siempre mas

Alcornoque
 costosa que la de sus propios. Sin renunciar su
 venganza, tuvo la prudencia de reprimirse por
 entonces, y diferirla à mejor tiempo.

CAPITULO XIII.

*Irala es hecho gobernador en propiedad: viene el pri-
 mer obispo: forma Irala las ordenanzas: Chaves par-
 te contra los Tupis: Melgarejo funda à Ciudad Real:
 muerte de Irala: Mendoza entra en su lugar: dispu-
 sta de Chaves con Mansa.*

QUANDO estas cosas así pasaban, llegaron por
 la via del Brasil noticias de tanta importancia,
 que debían producir un nuevo orden de cosas. Estas
 eran la propiedad del gobierno conferido al ge-
 neral Irala, y la venida del primer obispo, que
 ocupó esta iglesia. Por parte de Irala el buen
 suceso de una pretension à que habia sacrificado
 hasta el honor y la conciencia, reparó en su àni-
 mo aquel pasado contratiempo. Por la del pue-
 blo fué aplaudida esta promoción. Tal era el ar-
 tificio de este feliz usurpador, que disfrazando los
 vicios con las virtudes, la severidad con los halay-
 gos, el mal presente con la esperanza de un bien
 futuro, se domó las voluntades, é hizo olvidar
 sus pasados yerros. Debe confesarse en honor de
 la verdad, que su conducta era muy diferente de
 la que observó al principio de su tiranía. El even-
 to confirmó en breve aquella noticia anticipada,
 Dos navios al mando del general Martin de Orma,

tomaron puerto en la Asunción, y con el obispo D. fray Pedro de la Torre, religioso franciscano.

Unas provincias pobladas de gentiles, á quienes como esclavos fugitivos de la ley natural, era necesario traer á su yugo, y hacerles conocer las verdades de la religion revelada, exigian desde luego auxilios no menos grandes, que oportunos. Persuadido el emperador Carlos V. que el influxo de los pastores del primer orden debia levantar el edificio de la religion sobre cimientos mas sólidos, que los que pudo darle el zelo, muchas veces mal dirigido de los que hasta aqui se habian exercitado en las funciones del apostolado, solicitó de Paulo III. la instalacion de un nuevo obispado en la provincia del rio de la Plazata. Este pensamiento tenia tambien otra ventaja, qual era la reforma de las costumbres públicas de los mismos conquistadores, sobre las santas máximas del Evangelio. Hubiera sido un prodigio de virtud no conocido en los anales del mundo, preservarse de la depravacion en medio de los mayores incentivos, que jamas tuvo la flaqueza humana. Era pues conveniente que un gefe principal de la potestad espiritual recuperase á la conciencia ese tono imperioso, que habian enflaquecido los vicios, y representase las verdades espantosas de la religion baxo aquel temple fuerte que asegura una impresion saludable. Por Bula de 1547 fué cometida á D. Fray Juan de Barrios y Toledo; primer obispo de esta nueva iglesia; la ereccion de este obispado de la Asun-

visó (1) a Adilberto, encero del año siguiente, verificó su comision por medio de un carta solemnemente. En tal tiempo, en que los emolumentos eran tan escasos, los fondos públicos fueron destinados a la congrua sustentacion del prelado, y de mas ministros. No logró la provincia los reglamentos de sabiduria que se prometian de un varon tan esclarecido; porque disponiendose para pasar a su destino, fué asaltado de enfermedades que desvanecieron tan bellas esperanzas.

Don Juan mudrto; á su renuncia recayó esta sede episcopal en el ya mencionado D. Fray Pedro de la Torre. Su entrada en la Asunción, que fué la víspera de Ramos de 1555, extendió el regocijo en todas las clases de los ciudadanos. No fué poca la consolación del prelado al ver que con un clero compuesto de doce sacerdotes seculares, dos religiosos de san Francisco, y dos de la Merced, de quienes pensaba servirse para dar progresos mas rápidos al cristianismo, y levantar establecimientos que hiciesen su nombre respetable, él solo se hallaba ausente de la ciudad: insinuó de lo sucedido sin tardanza a cumplimentarlo. Las reciprocas demostraciones de afecto y que se diéron estas dos cabezas de la república aumen-

[a] Es muy renida la disputa entre los crieros sobre la fidelidad religiosa de que fue abismo esta célebre personaje. La opinion más verosímil lo hace mercedario. Puede verse al padre Lozano M. Fr. p. 1 de su Historia Cris. del Paraguay.

ciaron un armonioso concierto, que debía ser la base de la felicidad pública. En 1563, el rey le dio el título de Tomé de nuevo á la plaza de las riendas del gobierno con los socorros de armas, municiones, y soldados, que le entregó el capitán Orue. Su afabilidad, la contracción á sus obligaciones, la prudencia de sus reglamentos, eran los mejores medios de dar á su ambicion un colado de justicia. Con estas miras puso en regularidad el giro de los negocios públicos, reanimó la industria popular, promovió esas escuelas de primeras letras que son los elementos de la razón, edificó la catedral y las casas consistoriales con la suntuosidad de que eran susceptibles las circunstancias, contribuyó á la decoracion del pueblo, fomentó un astillero para la construcción de los barcos, donde trabajaban de continuo mas de dos mil artesanos, y se dedicó especialmente al repartimiento de los indios entre los conquistadores, á quien se dió el nombre de encomienda, pudiendo reputarse por uno de los beneficios militares. Una propia experiencia habia acreditado, que el servicio gratuito de parte de la tropa ocasionaba de las cosas de sus violencias y usurpaciones. Para remedio de este desorden formó la plaza de indios por los quales contaban hasta veinte y siete mil indios de armas, los repartió y dictó esas ordenanzas, que obtenida la aprobación del rey, fueron por mucho tiempo el código legal de estas provincias. Si homes de dar fe al señor Azara, por ellos se conferia posesion y título de encomienda á qualquiera que tomase sesenta

hicisi el émpedimento de reducir por bien, ó por sacar alguna poblacion: no muy conocida (a). Los indios, así reducidos, se tenían por Mitayos, cuya obligacion era la de servir dos meses por su turno al vecino encomendero desde los 18 hasta los 50. Pero si las poblaciones eran demasiado numerosas, se levantaba una ciudad, ó villa de españoles, quienes se dividían entre ellos, y formaban encomiendas, ó bien de Mitayos, ó de originarios y Yanaconas, á quienes los encomenderos retenían como domésticos, y los obligaban á servir segun su entera voluntad. Nadie habrá que no advierta, que la base de estas ordenanzas, era el servicio personal, y que por lo mismo ellas no hicieron otra cosa, que autorizar la opresion, y el latrocinio. El curso de esta historia traerá á la pluma los males que causaron; y las eficaces providencias de la corte por abolirlas.

Vencedor Irala de sus enemigos, amado aun de sus émulos, respetado de todos, condecorado con el gobierno, continuó manejándose en adelante como magistrado sabio, capitán prudente, padre de su pueblo y árbitro equitativo de los extraños. Si á mas de lo dicho buscamos la razon de esta metamorfosis, la debemos encontrar en el mismo interior del vencedor, y en el de los compañeros de su fortuna. Los pueblos sometidos, lejos de provocar su ira, recibieron sin murmurar el destino,

(a) Tomo 2 de su viage cap. 10.

que á bien se tuvo señalarlos. Siendo éste el de los repartimientos, nunca convenia ménos exterminarlos. Por el contrario, promover aquella tal qual cultura de la razon, que permitian las circunstancias, y que conduce á los principios de la vida social, aficionarlos al trabajo mostrándoles las riquezas que la tierra abriga en sus senos, dar un nuevo acria á la vegetacion, enseñarles todos los medios, no sólo de conservar su existencia, sino tambien de labrar el opulento patrimonio de los encomendados, y en fin, adelantar los establecimientos con aumento de la felicidad pública y privada; ésto era todo lo que exigia el plan de una política sensata. El genio vasto del gobernador Irala, capaz de abrazar las combinaciones más complicadas del mando, desempeñó estos objetos, y se hizo digno de vivir en los fastos de estas provincias. Por arreglado que hubiese sido el repartimiento de los indios, no pudo ser á contentamiento de todos. Estos eran ménos de los que se necesitaban para que no quedasen muchos sin beneficio. Este motivo, unido á otros de mayor peso, inclinó al gobernador á meditar dos nuevas poblaciones, una en la provincia del Guaira, y otra en los Xarayes. Pero antes quiso poner freno á las reiteradas insolencias con que los Tupics brasileños insultaban nuestros pueblos amigos y ejercitaban su tolerancia.

El capitan Nuño de Chaves, gran capitan, gran político, era capaz por sus esfuerzos y su prudencia de dar cabal desempeño á este designio,

Con un cuerpo de veteranos y otro de soldados nuevos, que iban como en aprendizaje à este género de guerra, partiò à principios de 1556. Con su presencia se consiguió recuperar el aliento à nuestros atemorizados fronterizos, y dar à los agresores un castigo, que tuviese por fruto el escarmiento. El rio Paraná, Tibaxiva, los Pinares vieron correr à Chaves con la intrepidez de un guerrero y la cofianza de un vencedor. Pero poco faltò para que le fuese funesta esa fortuna, que le inspiraba tanta seguridad. Cutiguarà, famoso impostor, que pasaba entre los bárbaros por hombre inspirado, pudo rebelar contra los españoles à los indios de Peavijù. Para animar en ellos el arder de los combates, y el amor de la independenciam, les hizo presente, que con estos extrangeros venían las pestes y demás calamidades, porque sembraban doctrina perniciosam, opuesta à sus ritos patrios; que el motivo de su enseñanza no era mas que un artificio para adormecerlos baxo el yugo de la tirania; que ya tenían echado el ojo donde establecerse con ventaja à fin de apoderarse de sus hijos y de sus mugeres; que los mirasen con mas horror que à los Tupies, pues eran enemigos acostumbrados à burlarse de los hombres y de los Dioses; y en fin, que no temiesen acometer hallandose à la frente un caudillo, que sabria convertirse en leon feroz, para despedazarlos entro sus garras. La estúpida credulidad de unos bárbaros esclavos de las más groseras preocupaciones facilmente debia preparar el asenso, y resolver.

los à una guerra en la que el cielo se declaraba su protector. Con un arrojo superior à su flaqueza, cercaron à Chaves en su propio campo, y lo atacaron llenos de furor. El lugar inexpugnable, que ocupaban los españoles, los preservò de un total exterminio, acreditando lo que vale una ventajosa situacion. Unos indios ahogados en cierto rio cercano, y otros pasados por el filo de la espada debieron enseñar à todos la falibilidad de sus oráculos. Victorioso Chaves, asi en éste, como en otros encuentros de ménos monta con los indios de los Palmares, ajustò paces, llevando en rehenes algunos caciques principales, que tratò Irala con benignidad.

El descanso mas propio de estos tiempos consistia en mudar de ocupacion. Tomado dictamen del obispo y del cuerpo consistorial, metiò calor Irala al proyecto de las dos poblaciones. La del Guaira fué encomendada al capitan Ruiz Diaz Melgarejo, quien con cien soldados escogidos abrió los fundamentos de ciudad Real en 1557 sobre las margenes del Paraná à la boca del rio Pequiriti, y tres leguas distante de la villa de Ontiveros. El corto residuo de habitantes que poblaban esta villa, y la tranquilidad con que se reunieron al nuevo establecimiento, dan motivo de creer, que estaba yà apagado el fuego de la pasada rebellion. Melgarejo no encontrò mas que una docilidad favorable à sus intentos. Formado el empadronamiento de los indios, subió la capitacion à quarenta mil familias, que se repartieron entre setenta en-

comenderos. El incesante desvelo de éstos por desterrar su natural pereza, y alentarlos al ejercicio de las artes necesarias, creò en breve las fortunas mas pingües de la provincia (a). Pero este aumento de prosperidad era sólo à favor de los encomenderos. El mismo acrecimiento de sus haberes reducía à un círculo muy estrecho la propiedad de los indios. No está en las leyes del orden, que muchos sean desdichados para que pocos sean felices. Era pues preciso, que toda esta dicha no fuese mas que un bien momentaneo, y un verdadero sintoma de su próxima decadencia. En efecto, en pocos años de servicio personal disminuyó enormemente la poblacion, y expió con la miseria los excesos de los nuevos dueños. No es la primera vez que la codicia desenfrenada ha sido castigada por ella misma.

Para la poblacion de los Xarayes salió el mismo año de 1557 el capitan Nuffo de Chaves, llevando en su compañía docientos veinte españoles y mas de mil quinientos indios amigos. Navegaron con felicidad hasta entrar por el rio Araquay, cuyas márgenes poblaban los indios Guatos. Tenian éstos muy fresca la memoria de sus resentimientos. Vengar los males de la patria con un alevoso golpe de mano, era lo que en su juicio

(a) Segun Ruiz Diaz de Guzman, en su *Argentina* lib 3 cap. 3, los frutos de la tierra eran el algodón, la cera, la azucar y los lienzos.

convenia à su seguridad. - Por medio de una celada, dispuesta con el mas disimulado sosiego, cayeron sobre los descuidados españoles, matàndoles once soldados y mas de ochenta indios amigos. Este infausto suceso puso en obligacion à la armada de retroceder sobre sus pasos, y tomar el puerto de los Parabazanes en la provincia de los Xarayes. Nada se encontró aquí que mereciese fixar la estabilidad deseada. Abandonado este puesto, se arrojaron los españoles à buscar à prueba de mil riesgos otro mas conveniente en lo interior de la tierra.

- Entretanto, la capital nos presenta un suceso digno de emplear nuestra curiosidad. La dedicacion con que el gobernador Irala se habia entregado à las penosas funciones del mando, no le permitia el alivio de descargar en otro, ni aun las atenciones mas pequeñas, que podia desempeñarlas por si mismo. Con mas piedad que discrecion aumentaba el peso de sus años (a). tomándose la fatiga de presenciar en la campaña el corte de unas maderas dedicadas à la construccion de una capilla unida à la catedral. La ardencia de temperamento le hizo contraer una fiebre, que à pocos dias lo puso en el término fatal. Aunque poseido de su mortalidad, siempre le acompañò à su lado aquella firmeza heroica, que desconocen las almas vulgares. Despues de haber provei-

(a) *Pasaban de sesenta.*

de todo lo concerniente al buen orden de la república, concluyó en fin la carrera de sus días, llevando a su sepulcro las lágrimas del Paraguay, y el respeto aun de los bárbaros. Irála fué uno de esos hombres, que, mezclando en su vida tanto de virtud como de vicios, dexó en problema su opinion. El tuvo la principal influencia en los negocios públicos: político, artíficioso sabía acomodar sus principios a los sucesos, de la suerte y a lo que exigian las circunstancias: la ambicion era el nivel de sus operaciones, y a ella sacrificó como a su ídolo el honor y la justicia. Con todo, la elevacion de su genio, su valor, su intrepidez, su ciencia militar, sus importantes servicios, así en la paz como en la guerra lo hacen un digno objeto de la pública admiracion. Jamas puso en salvo su vida, hallándose en riesgo la república: bien puede decirse, que crió esta provincia. El sentimiento universal, que dexó su muerte en todas las clases del estado, es el mejor elogio fúnebre, que pudo dedicarle la patria, y el que nos hace reconocer, que un pueblo agradecido tiene bastante equidad para perdonar pasados yerros. Por la última disposicion de Irála recayó la autoridad en el capitán Gonzalo de Mendoza. Adoptando el sistema de gobierno, entablado por su predecesor, justificó éste el acierto de su nombramiento. Fué su primer cuidado librar despachos a los capitanes pobladores, ofreciéndoles los auxilios, y fomentos, que dependiesen de su mano. La sumision, y reconocimiento con que contestó Mel-

garejo, no permitiéron se dudase de su fidelidad. El genio bravo, activo y ambicioso de Chaves, asistido de la libertad y de suficientes fuerzas, lo inclinaba à designios audaces incompatibles con la subordinacion. El desabrimiento con que escuchó los despachos de Mendoza, dió à conocer que no estaba dispuesto à recibir leyes, sino de su corage. Cogióle la noticia entre los indios Trabasicosis, ó Chiquitos (a). Nada habia perdonado el fiero natural de estos bárbaros por conservar indemnes los derechos de su libertad. Indomables hasta la desesperacion, despues de haber celebrado asambleas nacionales, aunque sin todo el éxito que deseaban, para deliberar sobre los medios de poner en seguridad à la patria; dado muerte à los embaxadores de Chaves; dispuesto encubiertos precipicios baxo los pies de sus agresores; inficionado las aguas; envenenado sus armas; y en fin, experimentado los sangrientos extragos de una guerra carnífera, que justificaba la necesidad de prevenir los ataques, conservaban siempre muy entera la seria resolucion de dexarse primero degollar antes de suscribir à una sujecion opuesta à su independenciam. Los españoles, cuyo campo habia venido en disminucion, y cuyo exterminio parecia inevitable, en 1558 conjuraron à Chaves por medio de un formal requerimiento los sacase de esta tierra ene-

(a) Llamanse Chiquitos, no por su estatura, sino porque viven en casas pequeñas y redondas.

ninga y tomase su asiento en los lugares pacíficos de los Xarayes. Irritó mucho à Chaves esta desahogada determinación, porque desconcertaba todas las medidas con que se habia propuesto erigir mas adelante un nuevo gobierno, de que pudiese ser cabeza. Inflexible en su proposito cerrò los oidos à la súplica, y se propuso no renunciar un designio, que abría carrera à su ambicion. Este hecho ultrajante introduxo la discordia en el ejército. Ciento y treinta españoles eligieron por su caudillo al capitan Gonzalo de Casco, y se encaminaron à la Asuncion por los Parabazanes. Sólo sesenta siguieron el partido de Chaves, y perseveraron baxo sus órdenes.

Con tan débiles fuerzas atravesò este general por entre muchas naciones numerosas, hartò irritadas contra el nombre español, y llegó à los llanos de Guelgonigota. Bien es reflexionar sobre estos hechos, que con frecuencia nos presenta la historia de estos tiempos. Ellos nos instruyen lo mucho que hemos perdido en aquella constitucion robusta, que hacia à nuestros padres como inaccesibles al dolor. Al arribo de Chaves, yà se habia anticipado con una lucida compaña el capitan Andres Manso, à quien el actual virey, marques de Cañete habia adjudicado esta conquista en justa remuneracion de sus servicios. Ambos generales altercàron sobre sus derechos, con todo el ardimiento que les inspiraba su ambicion. En un tiempo en que la justicia enmudecia à vista de la fuerza, y en que una escena sanguinaria cos-

taba poco à la sensibilidad, es un prodigio de moderacion, que estos valientes contendores remitieron su querrela al tribunal de la razon. De común consentimiento se comprometieron en lo que resolviese la real Audiencia de las Charcas, recientemente establecida en la ciudad de Chuquisaca. Este tribunal juzgó que en un negocio tan peligroso no desempeñaba debidamente sus funciones, mientras su mismo presidente, puesto entre los dos campos, no dirimiése la contienda. Però ya Chaves se habia arrepentido de haber puesto su causa en tanta contingencia. Esperanzado de un asilo ménos expuesto, dexó por cabo de su gente à Hernando de Salazar, su concuñado, y sin aguardar otras resultas, partió à entablar negociacion con el virey, marqués de Cañete. No estaba destinada para Manso esta conquista. Su genio tenebroso no supo penetrar los ocultos manojos de que se valia la sagacidad de Salazar para ganarse la aficion de sus propios soldados. Quando ménos, lo pensaba, tuyo el dolor de verlos desertar de sus banderas, y pasarse al campo enemigo. No paró en esto: preso el mismo por Salazar, fué remitido à lo interior del reyno. Chaves por otra parte, como cortesano diestro, hacia jugar todos los resortes de la politica, para que triunfase su ambicion, afectando interesarse únicamente en la del mismo dueño que halagaba. Encareció tan à lo vivo la importancia de esta conquista, que el virey la juzgó digna de formar un gobierno separado con que condecorar à su propio

hijo. Éste era D. Garcia Hurtado de Mendoza, de quien sabia Chaves, que contento con el título le dexaria gozar todo lo demas (a). En efecto, nombrado su lugar teniente, reasumió toda la autoridad, y volvió à exercitarla en la provincia, mientras el propietario gozaba en Lima de sus comodidades. Los primeros cuidados de este diligente capitán fueron fixar el pie sobre un establecimiento que perpetuase su reputacion, y enfrenase el orgullo de grandes poblaciones, que ocupaban la comarca. En las márgenes de un arroyo muy ameno, que corre à la falda de un cerro no muy elevado, fundó la ciudad de santa Cruz de la Sierra por los años de 1560 (b). Estos beneficios, de que el público es deudor à los conquistadores, reparan algun tanto los defectos de sus pasiones.

Manso con el pasado contratiempo no cayó de ánimo en el proyecto de adquirirse un señorío sobre tantos miembros dispersos de este gigante imperio, que ignorándose à que dueño pertenecerian, sólo se sabia lo fuese al mas atrevido. Habiendo reclutado nuevas tropas entro por la frontera de

(a) Parece que influyó en este favor, porque casado Chaves con Doña Elvira Manrique de Lara, hija de Don Francisco de Mendoza el degollado, se le reconoció por deudo.

(b) En 1575 se trasladó esta ciudad sesenta leguas mas al occidente, donde hoy se halla.

Tomina, y levantó una población cerca de la sierra de Cuscotoro. Los encontrados intereses de los conquistadores se cruzaban continuamente. La ciudad de Chuquisaca calificó de una usurpación manifiesta este procedimiento de Manso. El alcalde Diego Pantoja vino á requerirle con suficientes fuerzas; pero fué desbaratado en un peligroso paso. Temió Manso le fuese funesta esta osadía. Levantando su campo se retiró á un pueblo de los Chiriguano. El buen acogimiento de estos indios parecía haberlo puesto en estado de realizar sus mal combinados esfuerzos. Manso debía perecer bajo esta hospitalidad homicida. Guiado de sus consejos se encaminó á los Ríos de Tariunguá, donde fundó la ciudad de La Rioja en 1561. Al mismo tiempo el capitán D. Antonio Luis de Cabrera levantó de orden suya el pueblo de la Barranca, sobre la ribera del río Gapiá, quarenta leguas de Santa Cruz. No le faltaba á Chaves resolución y ánimo para oponerse á estas empresas, que en su concepto traspasaban los límites de su gobierno; pero prefirió por mas seguro hacer intervenir al supremo mando, y esperó que interesado el mismo, una sola palabra suya fuese mas eficaz que una batalla. Nada de esto fué necesario. Los Chiriguano habían esperado lo bastante para que sazónase el fruto de su perfidia. Con cautelosa diligencia atacaron de sorpresa estas colonias aborrecidas, y las aniquilaron una tras otra. Manso y toda su gente perecieron en esta catástrofe, á excepción de Cabrera,

quien posteriormente dió al Tucuman una illustre descendencia. Los odios de los hombres generosos no siguen á sus enemigos mas allá de la vida. El valor de Chaves se vió comprometido en la venganza de su rival. Armado como conyenia derrotó á los Chiriguanos.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

Juan Nuñez de Prado entra à la conquista del Tucuman : tiene sus diferencias con Francisco Villagran : funda la ciudad del Barco : nuevo encuentro con su rival : queda esta conquista por colonia de Chile : buen gobierno de Prado : su prision por Francisco de Aguirre : sublevacion de los indios : trasladase la ciudad del Barco, y recibe por nombre Santiago del Estero : victoria de Bazan : entra Zurita à gobernar : su deposicion por Castañeda.

DESDE la retirada del capitan Heredia, parece que habia menguado mucho la reputacion del Tucuman entre los conquistadores peruanos. A la verdad, un pais al parecer, por entónces, exhausto de metales no podia ser para ellos de gran precio, ni servir de fuerte tentacion de sus pasiones. Mas con todo, fué preciso, que él entrase en el objeto de sus anhelos. La pacificacion del reyno, despues de la derrota de Gonzalo Pizarro, puso al presidente de la Gasca en la inevitable necesidad de contentar à los capitanes de servicios mas señalados. No fué posible que todos tuviesen parte en la reparticion de la presa. Agregar nuevas conquistas era lo que exigia la glo-

fía de las armas y el interés de los guerreros. Uno de los que mas reclamaban por la adjudicación del premio, era el capitán Juan Nuñez de Prado. Había éste seguido el bando de los rebeldes con todo aquel ardimiento que es propio al espíritu de partido. Su conducta tímida é incierta le inspiró el baxo designio de reconciliarse con su fidelidad por medio de una traición. El ejército de los rebeldes oponía una fuerte resistencia á los realistas, empeñados en el paso de Apuríma. Quando todo aseguraba la confianza de Pizarro, lo vendió Prado á su enemigo. Pásose repentinamente al campo de éste, descubrióle sus ocultos ardidés militares, y facilitó por esta acción su entero vencimiento. Vease aquí el galante mérito que le ganó la capitania general del Tucuman.

Costóle indecibles trabajos para alistar soldados, que quisiesen acompañarlo en tan esteril empresa. Se creía con razón, que salvages sujetos á pocas necesidades, difícilmente se sojuzgan; y que aun vencida esta dificultad, restaba el camino largo de crear un pueblo nuevo, robusto, ágil, lleno de altivez y sin esa insensibilidad á las comodidades, que en los bárbaros tucumanos ahogaba todo principio de industria humana. Con todo, ochenta y quatro soldados dieron sus nombres á esta milicia. Sus genios los arrastraban á estas empresas arrojadas, que su corage infatigable concluía con buen éxito. Aprestadas todas las cosas, hizo Prado que en 1550 le precediese con esta

gente y muchos indios amigos su maestro de campo Miguel de Ardiles, llevando expresa orden para debelar á los fieros Ilumaguacas, señores de este tránsito. Los españoles se habían hecho formidables por las campañas pasadas. Los indios vieron formarse este nublar, y apenas se atrevieron á oponer una guerra de escaramuzas. Ardiles los fatigó con la caballería, los llenó de espanto con sus arcabuces y los obligó por antónocas á despejar el paso. A los dos meses siguientes partió Prado á unirse con su gente. Hallabase en su campo con los del pueblo de Talpa, quando se vió salir de por Francisco de Villagran, que con un poderoso de tropas pasaba al reyno de Chile. Obrar de concierto con aquel zelo generoso, que sacrificia al bien público los intereses personales, era lo que exigia de ellos un racional dictamen, y de lo que estaban mas distantes. Nacia esta oposicion de ciertos derechos equivocados que alegaba Villagran para que esta conquista perteneciese á Chile. Pero por ahora se contentan con regañar con voz baxa, mostrando los dientes, como los perros rabiosos á vista de la presa. El conquistador chileno sembró la discordia entre los soldados de su rival, y seduciéndole algunos, siguió su derrotero; y adelantándose hacia el sur, avanzóse Prado hasta Calchaqui, donde aun reynaba aquel cacique Tucumashao de que hemos hecho mencion en otra parte. Fuese por honrra de carácter, fuese por supicion á la necesidad, fuese en fin por hacerse de un amigo capaz

de apadrinar sus designios, el Calchaqui se convino en formar una nacion con la d6 su propio Hvasor. Con tan buena acogida levant6 Prado la ciudad del Barco. No bien perfeccionada esta obra parti6 con solos treinta soldados á recorrer la cam-
 paña. Estaba muy ageno de tener encuentros con su rival. Su sorpresa fue grande, quando se hall6 una noche á la frente del campo de Villagran. Habia hecho este capitan un retrogrado, encaminando su marcha por la falda de la cordillera. La pasion ferocosa de Prado renaci6 entonces mas enco-
 trada que nunca. Con un corage mal empleado se arrev6 á vengar sus resentimientos pasados. Sin considerar sus pocas fuerzas, dispuso atacar todo este exercito. El capitan Guevara con quinze solda-
 dos tuvo orden de invadir la tienda del general entretanto que el con los otros quinze acometia á lo restante. Guevara forzó la guardia de la tien-
 da, y se introduxo en ella. Recibi6lo Villagran armado de espada y rodela. Ambos se acometie-
 ron con tan furioso impetu, que cayeron en tier-
 ra al primer choque, y asidos de las espadas se las quitaron mutuamente. Prado no se habia des-
 cuidado por su parte. Todo era confusion, conchir-
 ladas y tumulto. Muchos soldados abandonaron el campo, otros acudieron con diligencia al socor-
 ro del general. Viendo Prado malogrado el de-
 signio de apoderarse de su contrario, toco á la retirada, y la execut6 en buen orden.
 Parece que el nombre no fuera dueño de si mismo, quando se encuentra á solas con su pa-

sion. El honor ofendido de Villagran en medio de una colera exaltada, lo ménos que pedia en reparacion de su agravio, era la cabeza de Prado. Determinò seguirlo con sesenta soldados escogidos. Prado vió venir sobre sí este golpe y tembló de miedo. Desamparando la ciudad del Barco con algunos de su séquito, buscó un asilo en lo mas hondo de la sierra. Villagran la tomó sin resistencia, y juró no separarse mientras no lo tuviese á discrecion. Este era el estado de los ánimos quando entró por medianero un honrado sacerdote de genio conciliador. El agraviado general otorgó quanto se le pedia á condicion que se le rindiese su ofensor, y se tuviese este establecimiento por una colonia chilena. Conoció entóncea Prado, que este era un mal á que no tenia otra cosa que oponer, sino el engaño y la paciencia. Humillado á los pies de su contrario, protextó la mas sumisa obediencia al gobernador de Chile, D. Pedro de Valdivia. La mentira jamas imita, sino imperfectamente, la verdad. Villagran debió advertir que este era un sometimiento fingido. Con todo, tuvo la generosidad de librarle nuevo título, y evaquado todo el terreno, partió en prosecucion de su destino.

Prado sólo veía en el baston que empuñaba una indecorosa insignia de su abatimiento. Luego que advirtió podia faltar sin peligro á los empeños de su palabra, se consideró desobligado, y se resolvió á recuperar por una afrenta lo que no habia podido conservar por una hazaña. Congregó inmediatamente el cabildo de la ciudad del Barco, y produjo un

razonamiento contra Villagran, lleno de aquella vehemencia, que inspiran los agravios aumentados de la calamidad. Retrato en él á su contrario, como un opresor de su justicia; como un hombre inurbano, que sublevando los ánimos, pagó en esta moneda la buena hospitalidad de Talina, y como un fiero despota, que despues de haber invalidado los titulos mas legítimos, habia obligado á todos á resoluciones forzadas. Dicho esto, depuso el baston que obtenia de unas manos tan odiosas, y dexó á cargo del acuerdo la resolución, de si debian tener efecto los despachos del presidente la Gasca. El congreso se hallaba animado del mismo espíritu, y era preciso aspirase á dexar el humilde estado de accesorio, á que lo habia reducido la violencia. No teniendo que temer por otra parte á un enemigo que miraba por las espaldas, hizo publicar los despachos del presidente, y entró Prado al exercicio de la autoridad.

Acaso persuadido este general, que los nombres influyen en las opiniones, como las opiniones en la conducta de los humanos, dió á esta provincia el titulo del nuevo maestrazgo de Santiago. Pero no se contentó con imponerle un nombre tan brillante. A expensas del tesoro mas sólido propendió á su adelantamiento mas por los medios de la dulzura, que por los del terror. Los habitantes de la sierra, los del valle de Cathamarca, los de los rios Salado y Dulce, los de la jurisdicción de Santiago y los belicosos Lules se sujetaron con grande docilidad. Insistiendo Prado

en la máxima de que la religion cristiana es el resorte mas poderoso para domar pueblos feroces, y el medio mas eficaz de disipar sus antipatias, la propagó con exquisito esmero (a). En medio de estas asambleas religiosas es donde los indios y españoles, tributando una comun ofrenda, parecia que sellaban su alianza. Con piadosa estratagemata mandó tambien levantar varias cruces en los campos, á las que concedió el derecho de asilo. Este respetuoso culto hizo en los bárbaros la impresion que se deseaba. Llenos de respeto hacia este signo de nuestra salud, colocaron ellos otras iguales en sus adoratorios, y se fueron acostumbrando á venerarlas. Estos sucesos tan lisonjeros lo esperanzaban de gozar largo tiempo las dulzuras de la autoridad. Así reparaba el gefe sus pasadas flaquezas, y llenaba con decencia el puesto de un conquistador. Anhelando siempre á engrandecerla, retiraba los límites de la provincia con nuevas adquisiciones hacia la cordillera de Chile, quando una repentina borrasca paso fin á su prosperidad. El gobernador D. Pedro de Valdivia, irritado con la relación de Villagran, y haciendo del provecho la única regla de su justicia, habia conferido la tenencia de este maestrazgo al capitan Francisco de Aguirre. Este hombre precipitado cayó improvisamente sobre Prado, apode-

(a) *Los religiosos de la orden de Merceda son acreedores á esta gloria.*

rándose de su autoridad y su persona, lo hizo conducir à Chile. Luchaba siempre con la fortuna este desgraciado general, y se hallaba contradictorio à casi todas las circunstancias. Aunque mandado reponer por los tribunales altos, no gozó esta satisfaccion, ò porque la muerte abrevió su carrera, ò por otro motivo no bien averiguado.

Presto experimentaron los indios lo que va de un gobierno suave à otro tiránico, y presto experimentó tambien Aguirre la ineficacia del rigor en paralelo del agrado. Este mandon se dexó ver apoyado sobre la fuerza y el rigor. Aspiraba con esto à su seguridad; pero nunca hay seguridad fundada sobre la base del terror: todos los momentos son peligrosos para el mismo que lo impone, y una sola mirada entre los oprimidos basta para concertar su destruccion. Quarenta y siete mil indios repartidos entre cincuenta y seis encomenderos, obligados aun à ahogar sus gemidos, le enagenaron las voluntades, y fueron causa de una revolucion. Los indios se conspiraron contra esta colonia. El Calchaqui con porfiados asaltos llenó de consternacion à la ciudad del Barco: la provincia entera, con mucho mas número de soldados que en tiempo de Prado, se halló en visperas de sucumbir à los esfuerzos de los bárbaros. Rodeado Aguirre y los suyos de los pueblos à quienes habian ofendido, y que meditaban su ruina, trasladó la ciudad del Barco sobre la ribera del rio dulce en 1553, sustituyendo à su antiguo nombre el de Santiago del Estero. Pero nue-

vos intereses convirtieron su actividad á otro destino. Las continuas insurrecciones de los valerosos Araucanos balanzeaban la suerte de los conquistadores chilenos, y exigian refuerzos de parte de éstos con que continuar la campaña. En 1554 volò Aguirre llevando socorros á sus con-militones. Los españoles del Tucuman no pedian mas que un pretexto para abandonar una conquista tan esteril, como trabajosa. La retirada del jefe dió ocasion para que muchos se acogiesen á Chile, y tomasen otros la via del Perú.

En ausencia de Aguirre exerció el mando de esta tenencia Juan Gregorio Bazán sobre un corto residuo de soldados, últimos restos de esta desgraciada expedicion. La debilidad de estas fuerzas, un principio eterno de discordias, que las enflaquecia mucho mas, y la necesidad de reprimir á los barbaros del Salado, unidos con los indomitos Chiriguanos, iban á sofocar en su cuna á esta triste y mal formada provincia. Bazán sintió sobre sus hombros un peso que lo agobiaba, y estuvo resuelto á abandonarlo todo; pero el prudente y valeroso Ardiles le rogó no permitiera, que el lustre de su familia acabase en su persona, y que continuase unos servicios en que se interesaba la gloria de ambas magestades. La fuerza de estas razones lo contuvieron en sus deberes. Restablecido en su valor tomó las mejores medidas, para que no se desplomase este edificio; se previno contra todos los obstaculos, se afianzó en la amistad de muchas parcialidades; ganó el

corazon de los soldados; y en fin, ayudado con estos auxilios, consiguió de los enemigos una victoria capaz de sostener su antiguo crédito. Bien preveía Aguirre desde Chile el peligroso estado de esta conquista. En 1557, destacó para Santiago alguna tropa á cargo de su sobrino Rodrigo de Aguirre, á quien revistió con la autoridad de su mando. Pocos meses conservó el puesto. El espíritu de faccion alimentaba las disenciones, y los odios. Los partidarios de Prado lo prendieron, y fué reemplazado por el capitán Miguel de Ardiles á nombramiento de D. Francisco Villagran, gobernador interino de Chile.

Esta es la época en que esta provincia nos ofrece un espectáculo de debilidad y discordias, crímenes y sublevaciones, que la encaminaban á su ruina, á no haber en 1558, entrado las riendas del gobierno á manos del general Juan Perez de Zurita. Lleno de méritos y talentos este grande hombre, daba relieve á su heroismo militar un fondo de mansedumbre poco común en un siglo fe-
roz, y casi ajeno de su profesion. Con tan relevantes prendas, que lo hacian digno de gobernar á los de su especie, se abrió camino á esta tenencia, habiendo ganado todo el concepto de D. Garcia Hurtado de Mendoza, gobernador de Chile, é hijo del rey, marqués de Canes. Parece que los conquistadores de esta provincia quisiescan á competencia suplir con nombres fastuosos lo que le faltaba de realidad. Zurita la denominó nueva Inglaterra en consideracion á Felipe II rey de la

gran Bretaña. Como político diestro fué su primer cuidado cimentarse sobre establecimientos, que sirviesen á los que pensaba hacer de nuevo. Dentro del valle de Calchaquí dió principio á tres ciudades, que fueron Londres, Cuzco y Córdoba. En buena inteligencia con el cacique D. Juan de Calchaquí, desarmó los belicosos ánimos de sus vasallos, y pudo dar mas vuelo á sus grandes designios. En 1559 con un pequeño ejército, vino de victoria en victoria á poner en sujeción á los Diaguitas, Jurics, Catamarqueños, y Sonogatas; naciones todas, que aunque excitadas de una causa comun, obraban sin concierto, ni unanimidad, y no hacian mas con su resistencia, que ofrecerle nuevos triunfos. El fin primario de estas gloriosas campañas no era gustar el funesto placer de la victoria, sino el de abrir entre estos salvajes los fundamentos de la vida civil, y darles leyes, costumbres, idioma y religion. Con este designio reduxo á pueblos innumerables indios, que se hallaban sembrados por las riberas de los rios y vivian como confinados en si mismos.

La buena dicha de estos sucesos adquirió á Zurita una nombradia de valor, justicia y probidad, que puso de su parte al concepto público. Calculando el virrey, conde de Nieva, que Chile y Tucuman eran dos grandes masas difíciles de prestarse auxilios mutuos, erigió el último en gobierno separado por los años de 1660, ó principios del siguiente. Zurita fué condecorado con su mando y es el primero en el orden de los que han ob-

temido este gobierno. Pero un golpe de fatalidad puso límites á su dicha. Los vecinos de Londres, monumento primitivo de sus afanes, abandonados á una vida voluptuosa y desreglada, se hallaban muy atormentados con el yugo de su virtud. Resistiéndose á ciertos ordenes suyos, se ofrecieron á D. Francisco de Villagran gobernador de Chile, no como quienes buscaban el mérito de alguna sujecion, sino como quienes huían la pena de un delito. Confesemos en honor de la verdad, que la tirantez con que Zurita llevó sus resentimientos hasta sacrificar á su enojo las cabezas mas respetables, desmintió por esta vez su carácter, y le hizo perder los corazones. Villagran admitió esta querella con un maligno regocijo, y se aplaudió de un suceso, que favorecía su ambicion. Gregorio Castañeda con un lucido trozo de milicia chilena partió inmediatamente á Tucuman, llevando expresa orden de deponer al gobernador Zurita. Hallabase éste á la sazón en Junin, entregado á los cuidados de levantar la ciudad de Nieva. No fué posible á su enemigo rendirlo á viva fuerza, y se valió de las insidias (a). Con cierto ayre de candor afectó desistir de sus intentos en vista de los titulos que legitimaban

(a) Según esto parece que se equivocó el abate D. Juan Ignacio Molina, quando nos dice en su ensayo sobre la historia de Chile lib. 4. cap. 1. que Castañeda venció en batalla campal al gobernador Zurita.

su autoridad. El noble ánimo de Zúrita creyó descubrir en sus protestas aquella verosimilitud, que siempre gana el juicio de los hombres de bien. Cuando el traidor lo vió mas satisfecho, hizo que extendia la mano para devolverle los despachos y no fué sino para apoderarse de su persona. Desde este momento cambió repentinamente su fortuna: Lisonjándose los pueblos de tener en Castañella un instrumento de sus voluntades, lo proclamaron por su libertador; y llevado Zúrita su lado como en triunfo, nos dexó un terrible ejemplo de las vicisitudes de la mas alta y mas baja fortuna.

CAPITULO II.

Muere el gobernador Gonzalo de Mendoza y le sucede D. Francisco Artig de Bergara: se blea cacion de los Guaranies: son derrotados por los españoles: igual sublevacion con igual suceso en el Guaira: muerte de Chavez a la Asuncion: viage al Perú del gobernador Bergara y del obispo Torres: Bergara es depuesto y le sucede Zurate: vuelta de los españoles al Paraguay: muerte trágica de Chavez: alboroto de los españoles en el Guaira: prende Melgarejo a Riquelme.

DESDE el advenimiento al mando de Gonzalo de Mendoza gozó el Paragpay de bastante tranquilidad. Tranquilidad tanto mas apreciable, quanto que viniendo de su apacible indole, esta-

Ha muy distante de equivocarse con esa triste calma, que induce muchas veces la tiranía. Sin embargo los Agaces, apoderados del río, molestaron no poco la Asunción. Contra éstos despachó Mendoza á los capitanes Alonso Riquelme y Garcia Mosquera, quienes los vencieron. Su muerte prematura al año de su mando privó en breve á la república de este bien inestimable. En un solemne congreso, celebrado el año de 1558 recogió el prelado diocesano los sentimientos del pueblo, y fué sustituido en su lugar D. Francisco Ortiz de Bergara (a). La firmeza de este caballero, unida á su dulzura, prometia á la provincia iguales y aun mayores ventajas; pero un peligroso accidente la puso en una gran confusion. Hallábase de vuelta la gente que se le desmembró á Chaves en su jornada á los Xarayes. Los indios de esta comitiva no se habian descuidado en recoger una gran porcion de flechas inficionadas con ese mortal veneno, que por un funesto privilegio produce el pais de los chiquitos. Estas temibles armas en sus manos liciéron renacer en ellos las dulces esperanzas de ser libres. Dos indios Pablo, y Narciso, hijos de Curupitati cacique principal, con todo el calor de una juventud altiva, y ardiente patrocinaron este designio, y se propusieron

(a) *Por real cédula, se hallaba autorizado el señor Torres para que al electo diese titulo de gobernador, ó de capitán general.*

restablecer la patria en sus derechos por una revolución famosa. Para comunicar sus sentimientos á todo el resto de la nación, celebraron juntas clandestino; donde se esforzaron á inspirar estos espíritus pusilánimes aquella suerte de entusiasmo, que convenia á esta ardua empresa, y que hace á los hombres invencibles. Los nombres de libertad, bien público, antiguas costumbres volvieron á oírse sobre sus labios con todo aquel placer que podían producir unas ideas tan caras, y como resucitadas. ¿Que se han hecho, decían, nuestros derechos primitivos? Todos los hemos perdido, sino es aquellos que, á Dios gracias, es imposible destruir. ¿Donde está ese gobierno suave de nuestros antiguos caciques, que enfrenado por el temor de quedar solo, ceñía su poder á estrechos límites? Desapareció ya de nuestra vista, y ha cedido su lugar al de una tiranía siempre armada. Volved, pues, sobre vosotros mismos: no queráis comprar la paz á precio tan indecoroso, y estad asegurados que con esas flechas matadoras os conduciremos por el camino de la victoria." Con esta indiscreta presuncion arrastraron tras de sí la mayor parte de los pueblos. La conspiracion se hizo notoria.

De diez y seis mil combatientes se componia el ejército de los indios segun dice Ruiz Diaz. Los pocos pueblos que resistieron á tomar parte en la conspiracion, experimentaron horribles crueldades. En estos tiempos de infancia social cada ciudadano era soldado. Persuadidos los españoles

que qualquiera lentitud podia interpretarse por una confesion de su flaqueza, armaron quinientos soldados de los suyos mas de quatro mil Guaranies, y quatrocientos Guaicurues, quienes guiados del gobernador Bergara en 1559 buscaron sin decaecimiento al enemigo. Despues de algunos encuentros de poca consequencia, empenaron los dos exercitos un combate sangriento, y decisivo cerca de los rios Yaquaris, y Mouyapoy. Es probable, que si de parte de los salvages hubiera estado ése valor, esa disposicion de espíritu que correspondia à la altivez del designio, y que en un lance apurado suple muchas veces la falta de disciplina militar, hubieran arrollado à los españoles: pero sus ánimos se hallaban abatidos, y sus guerras eran tan bárbaras como ellos mismos. A pesar de algunos hechos de valentia, à que los excitaba la desesperacion, y à pesar tambien de algunas estratagemas, no del todo mal combinadas, ellos fueron, al fin, rotos y forzados à padecer pérdidas sin recurso. Acaeció esta victoria el 3 de Mayo de 1560. Bergara fué bastante cuerdo para no aumentar con suplicios los funestos efectos de esta guerra. Él se persuadió, que si habia algun medio de afianzar esta victoria, era la elemencia y el buen tratamiento en lo sucesivo. A la verdad, jamas se esfuerzan los pueblos à romper sus cadenas, siempre que no sienten el peso. Sobre estos principios mandò publicar un perdon general, prometiéndolo sepultar en un eterno olvido lo pasado, y de ser mas sensible à la humanidad.

Quando parecia que nada habia que temer, empezó la grande llama que en la remota provincia de Guaira habian levantado algunas chispas desprendidas de este incendio. Por carta de Ruiz Diaz Melgarejo, que ocultada en el encame de un arco entregó un indio, supo después el gobernador, que la sublevacion de aquellos pueblos era general; y que sitiada la ciudad con un cerco muy apretado, estaba en riesgo de rendirse à no recibir pronto sócorro. Bergara llevó el asunto al consejo de guerra. La resolucion fué, que Alonso de Riquelme partiese en diligencia de auxiliar esta plaza. Fueron muy bien executadas estas órdenes. Con sesenta soldados de su mando se puso en marcha año de 1561, venció todos los obstáculos, è introduxo el sócorro que se deseaba. Hacia tiempo que Riquelme y Melgarejo se alimentaban con toda la hiel de los resentimientos personales. Sin embargo, por una galantería propia de almas generosas, desistió el primero de su querrela, mientras el segundo, por un disimulo que se llama politica; los suspendió todo el tiempo que duró el peligro. De comun acuerdo hizo Riquelme una salida con cien soldados y tuvo la gloria de obligar à los sitiadores à levantar el cerco.

Conseguida esta ventaja, restaba sosegar las alteraciones, que un interes comun habia engendrado en todos los pueblos comarcanos. La voz de Riquelme, animada de su valor, hizo temblar à muchas parcialidades, quienes, no pudiendo sostenerse en su presencia, apelaron à los ruegos para

obtener el perdón. El general español, afectando labrarse un mérito de la moderación, hizo el papel de que sacrificaba los resentimientos de su nación al beneficio de sus agresores, y se rindió á sus instancias. Otros pueblos mas osados llevaron su animosidad hasta exponerse al último exterminio. En medio de sus derrotas el amor de la patria tomaba nuevas fuerzas, y hacia que se renovasen los combates. Pero al fin, fué preciso que cediese su obstinación, y se sujetasen al destino, que de lejos les habia preparado la suerte. Restablecida la calma de esta provincia, Riquelme se retiró el siguiente año á la Asunción, cargado de triunfos y laureles. En la marcha natural de las pasiones ellas crecen con los obstáculos, y es muy difícil que retrocedan á su primer estado, después de haber recibido un fuerte impulso. Toda la dulzura del gobernador Bergara, y todos sus manejos populares no pudieron impedir que fermentase de nuevo la conspiración. Élla fué apaciguada con el mismo éxito que la anterior. El resultado de estas agitaciones era afirmarse cada vez mas el dominio español. Las nuevas pruebas de flaqueza de parte de los indios, eran otros tantos títulos de adquirir sobre ellos nuevos derechos. Éstos se establecían con trabajo, y por eso se establecían mejor.

Al mismo tiempo que regresó el gobernador de esta reciente jornada, llegó tambien el célebre Naflo de Chavez. El abuso extraordinario que este capitán hizo de su poder, debia ponerlo en re-

zulos para no exponerse à los insultos de un pueblo, que poco àntes se habia producido en terribles quejas contra su persona. Pero sabia Chavez que las riquezas en esperanza con que venia à seducirlo, eran de virtud conciliadora à pesar del odio mas bien fundado. A la verdad, el objeto principal de su venida no era èste, sino el de recoger su familia. Si se valia de aquel arbitrio, solo era para eludir las injurias, y darse un ayre de felicidad con que justificaba el acierto de sus pasadas resoluciones. Todo lo consiguió à merced de este artificio. Al mismo tiempo que recogia los aplausos del pueblo, veia con secreta complacencia la vivacidad de los anhelos por transportarse al Perú, que à manera de un furor epidémico agitaba todas las clases del estado. Fueron tan poderosas sus sugestiones, que llegaron à trastornar las cabezas de la república, fuera de otros vecinos principales. El gobernador Bergara y el obispo Torres engrosaron la lista de los aventureros. Sabemos que la rectitud y el desinterés eran la regla de su conducta, y así nos presumimos que otros motivos unidos à un espíritu caballeresco, de que nadie estaba exento, los decidieron à esta indiscreta empresa. Sean èstos los que fuesen, exponer la suerte de los pueblos à los males que causaria su larga ausencia, quando se hallaban agotadas casi todas sus fuerzas, era un peligro à que debia ceder qualquier ventaja ménos imaginaria. Disimulemos en ellos esta falta, que no desacredita sino las ideas de su tiempo,

En 1564 aprestadas todas las cosas , pusiéronse en marcha por el rio el gobernador y el prelado ; llevando trecientos españoles con los indios de su servicio , que por todos componian mas de dos mil personas. Chaves los seguia por tierra con otros mas de dos mil de su encomienda y algunos españoles que lo acompañaron desde el Perú. Siempre dispuesto à aprovecharse de sus artes dolosas , abusò de la simplicidad de los Itatinos para sacar con promesas ilusorias mas de tres mil indios de esta provincia. De delito en delito se iba adquiriendo derechos ilimitados. Una nueva escona se abre donde su ambicion dexa la máscara y se presenta como ella es. Despues de un largo y feliz viage , entrò toda esta armada en los términos de santa Cruz de la Sierra el año de 1564. Entònces es quando Chaves pasa improvisamente del grado subalterno al de la superioridad mas absoluta. Despoja del mando al gobernador Bergara , trata con dureza y altivez à los que poco àntes miraba como à sus benefactores , y se lisonjea de tener à sus pies los respetos del rio de la Plata. No parò en èsto ; en una ausencia que hizo de la capital , à fin de apaciguar cierta sublevacion , dexò estrechas òrdenes à su teniente Hernando de Salazar para prender à Bergara con todos sus amigos , y no permitir que alguno de su séquito entrase à lo interior del reyno. Asi se verificó. Tanto puede desviarse de sus deberes el que , no reconociendo como Chaves otra virtud que un valor fiero , califica la justicia y la equi-

dad por sentimientos de un corazón cobarde. Estos hechos hicieron conocer su error, aunque muy tarde, á los conquistadores paraguayos. Los que ántes habian caminado tras de una felicidad asegurada, sólo trataban en el día de libertarse de la miseria y la opresion. Por dicha suya Garcia de Mosquera, joven animoso y esforzado, llevó sus quejas á la real Audiencia de la Plata, y consiguieron por este medio órdenes positivas de su libertad. Los Itatinos no habian sido tratados como ménos ultraje é inhumanidad. Como unos desdichados proscriptos corrian los desiertos, gemian agobiados baxo el peso de sus fatigas; y quando se acordaban de la patria, sólo era para dar lugar al sentimiento de haberla perdido. No pudiendo soportar mas tanta miseria, las pocas reliquias que de ellos habian quedado se resistieron á pasar adelante, y fundaron un pueblo al que llamaron Itatin, treinta leguas de santa Cruz.

Errado el primer paso de una empresa, todos los que la siguen no hacen mas que alejarla del acierto. Por una imprudente resolucion el gobernador Bergara habia hecho su destino dependiente de los caprichos de la fortuna. Despues de un largo y penoso viage vino á naufragar en el puerto. Puesto en la ciudad de Chuquisaca en 1565 pidió á la Audiencia confirmacion del mando que obtenia y oportunos fomentos para sostener la conquista. Con esta solicitud el mismo despertó en otros la ambicion, que sin ella hubiera estado dormida. Los capitanes Diego Pantoja y Juaz

Ortiz de Zárate se presentaron como concurrentes á la pretension de este puesto. Favorecia mucho sus designios una capitulacion de ciento y veinte cargos que el procurador del Paraguay habia formado contra el desgraciado Bergara. Era el mayor de todos haber desalejado de sus hogares tantos útiles pobladores con inminente riesgo de la provincia baxo el proyecto quimérico de solicitar nuevas fuerzas, que nunca podian ser ni iguales á las que el mismo destruia. El cargo era sin réplica; pero digno de misericordia. Con este expediente y los encomios abultados que hacia del rio de la Plata el doctor D. Juan de Matienzo, presidente interino de la Audiencia, crecia la emulacion de Pantoja, y Zárate. En negocio tan delicado tomó el tribunal el expediente de remitir su decision al licenciado Lope Garcoia de Castro, gobernador del rey no. Los prometimientos de Zárate vivamente representados, por los que se comprometia á emplear en beneficio de la provincia ochenta mil ducados de su peculio, lo inclinaron á su favor. Li- brósele título de Adelantado del rio de la Plata con cargo de que obtuviese confirmacion del Rey. En solicitud de esta gracia pasó personalmente á España, dexando por su teniente al contador Felipe Cáceres. Entretanto Bergara tuvo la humillacion de verse remitido á la corte á que diese cuenta de su persona.

Con los auxilios de Zárate se puso luego en estado el teniente Cáceres de emprender su viage á la Asuacion. Reunióse con su gente en

Chiquisaca al obispo Torres, y juntos se encaminaron hasta santa Cruz. Las demostraciones de regocijo con que fueron recibidos de Chaves, parecían garantías seguras de una amistad sincera. Sin embargo, ellos conocían que era necesario observarlo con desconfianza; porque elevado al gobierno por un delito, sabían estaba necesitado de sostenerse por otros muchos. Ninguna precaución estuvo de más. Los estorbos que hubo puso á la prosecución del viage con ánimo de reducir los soldados, descubrieron el objeto de su criminal disimulo. A pesar de todo el teniente Cáceres con sesenta españoles, y la demás gente de su comitiva verificó su salida. Chaves á pretexto de custodiarlos seguía sus pasos con una compañía de soldados. En este buen orden llegaron á la comarca, que habían poblado los Nasimas. Recelosos estos indios de recibir nuevas vexaciones, ó resueltos á vengar las pasadas, desampararon sus pueblos. Supo Chaves, que algunos caciques principales se hallaban congregados en un pueblo inmediato, y acompañado de doce soldados se dirigió á ellos. Las señales de amistad con que fue recibido, lo alucinaron para no advertir su peligro. Tal es el carácter de la tiranía, dice un autor estimable, ella ó nada teme, ó todo lo teme, y muchas veces quando manda con mas altivez, es quando toca el momento en que va á cesar. En medio de su desconfianza recibió Chaves un golpe de machete en la cabeza, que le costó la vida. Su muerte recuerda en 1668 nos enseña que la

ambicion mas feliz, puedo terminar en un fin trágico. Sus soldados fueron envueltos en el mismo infortunio, sin que escapase mas que uno.

La noticia de esta fatalidad advirtió á Cortés las precauciones con que debia caminar por una tierra sembrada de peligros. Todas fueron necesarias. La seria resolucion de acabar con estos españoles se comunicó de parcialidad en parcialidad, y se habia hecho un voto comun. En la proximidad de Itatid se hallaron cercados de un ejército tan superior, que fué necesario recurrir á la visible proteccion del cielo para consiliar su derrota con la debilidad de sus fuerzas.(a). Sin recurrir á própicios de que no estamos asegurados, es mas natural encontrarla en la indolencia de unos bárbaros, que solo se movian por un instinto ciego; que dexaban escapar el momento de obrar; que no sabian aprovecharse de sus ventajas; ni alcanzaban los medios de hacer inútiles los del enemigo. Los frecuentes descalabros, que padecian no aniquilaron sus porfiados cenatos. El ejército español llegó á las cercanias de la Asunción por entre emboscadas, asaltos y arriesgos. Aquí se presentaban algunos caciques principales pretendiendo hacer ver su inutilidad. El embarazo con que lo hicieron se tuvo por una confusion de qu

(a) Se cuenta que un personaje venerable, el que no se sabe si fue Santiago, ó su Blas, arrojaba dardos contra los indios.

delito; pero fué preciso admitirles sus excusas. Asentadas nuevas paces, pudo concluirse el viage en 1569.

No le faltaban talentos al teniente Cáceres para reunir, ó dividir los ánimos, segun lo exigia su interes. Su enemistad declarada con el obispo Torres era un motive de importancia, que en el dia lo excitaba á este sordido manejo. Fué su primera diligencia reconciliarse con los enemigos de odios inveterados. Accion heroica, si no buscando en ellos los instrumentos de su malignidad, no hubiese pretendido con esta accion prostituir al vicio la virtud misma. Uno de los que entraron en las estrecheces de su amistad, fué el capitan Alonso Riquelme. Hallábase á la sazón este conquistador experimentando en un estado triste, todas las inconstancias de una suerte caprichosa é ingrata. A la partida del gobernador Bergara, quedó mandando la provincia del Guaira. Un motive de codicia abrió la puerta á la discordia entre sus pobladores. Crianse en aquel pais unas piedras cristalinas diversificadas de tantos colores, quantos conocela vista. Unos cecos de durísimo pedernal las forman en sus senos; los qua, llegado el tiempo de la sazón, se abren en dos mitades con estrepitoso ruido. Los vecinos de Ciudad Real las encontraron, y con ellas en la mano á nadie envidiaban su fortuna. Los grados de su avaricia eran los de su valor. Con una resolución acabada intentaron abandonar la poblacion, y restituirse á Castilla á dar salida á su imaginario tesoro. Po-

seia Riquelme un fondo de réctitud y sano juicio con que suplía la cultura de su espíritu. Él no pudo ménos de advertir en la locura inquieta del pueblo aquel carácter de ridículo que le imprimen las pequeneces de las ideas vulgares. Valiéndose de su firmeza ordinaria, se opuso à la desercion, y puso presos à los autores de esta novedad. Con todo, quarenta soldados bien armados, à la cabeza del licenciado Antonio de la Escalera, mas propio para conducir un motin, que para dar reglas de conducta à un pacífico rebaño, sorprendieron à Riquelme, lo despojaron de su autoridad y verificaron la evasion. Riquelme recuperò su autoridad; pero, no hallándose con fuerzas suficientes, se contentò con avisar à la Asuncion lo acaecido. El capitan Juan de Ortega, que gobernaba por entónces, despachò à Ruiz Diaz Melgarejo, quien saliendo en alcance de los fugitivos, los forzó à volver à Ciudad Real. Las odiosas rivalidades de Melgarejo contra Riquelme hallaron esta ocasion de mortificarlo. Disgustado éste de su empleo, lo abandonò y tomò su camino à la Asuncion. Antes de su llegada supo estaban de vuelta los españoles que hicieron la jornada del Perú, y que el general Felipe Càceres gobernaba à nombre de Juan Ortiz de Zarate. Era Càceres uno de sus enemigos mas capitales desde la injusta prision de su tio, el Adelantado Alvar Nuñez. Absorto Riquelme en meditaciones amargas resolvió por fin entregarse en brazos de su contrario. Tenia Càceres el mérito de su rival; y co-

nociendo quanto le importaba tener de su parte la autoridad de un hombre capaz de acreditar una faccion, se aprovechò de su desdicha misma para conseguir la reconciliacion.

Despues de una investigacion infructuosa, que en 1570 hizo en la boca del rio de la Plata el teniente Cáceres, por adquirir noticias del gobernador Zurate, volvió por fin à la Asuncion y persuadió à Riquelme reasumiese el mando de la provincia del Guaira. Aunque con suma repugnancia, aceptò este tan delicada comision, y con cincuenta soldados, vecinos de Ciudad Real, partió à este destino. Desde las márgenes del Paraná instruyó Riquelme à Melgarejo del objeto de su venida, y le brindó con su amistad. Melgarejo no conocía otros derechos, que los que se arrogaba. Esta noticia le arrebatò en disursos violentos y sediciosos; y lo llevó hasta el extremo de romper el freno de la obediencia. Hizose elegir teniente à nombre del gobernador Bergara; ocupò con cien hombres los pasos principales del rio; y tuvo arbitrio para atraer à su bando la gente de Riquelme. Abandonado de los suyos este conquistador, y siendole imposible retroceder, cedió à la necesidad, y se acogió à la misericordia de su contrario. Melgarejo tenia un espíritu inquieto, arrebatado y presuntuoso. Condonandolo à una estrecha prision, en que lo tuvo por espacio de dos años, manifestó con este rasgo toda la negrura de su alma.

CAPITULO III.

Disgústase el obispo Torres con el general Cáceres, y lo excomulga: persigue Cáceres cruelmente al prelado: prende al provisor, é intentá expatriarlo: su viaje hasta la Isla de san Gabriel: fórmase una conjuración, y es preso: levántase con el mando Martín Suarez de Toledo: Cáceres es remitido à España: acompañalo el obispo: muere éste en san Vicente: viages funestos del Adelantado Zárate: su arribo al rio de la Plata.

No pueden faltar agitaciones, donde à mas del carácter inquieto de los que mandan, se hallan oscurecidos los principios fundamentales de la autoridad. Quando la historia nos presenta ejemplos de estos gobiernos absurdos, si élla mortifica la razón, dexa à lo ménos lecciones importantes del precio y las ventajas que hacen tan codiciables à los justos. Esta deberá ser el fruto de los desafueros cometidos durante las discusiones del teniente Cáceres, y del obispo Torres. En el espantoso quadro que presentan las humillaciones del virtuoso Alvar Nuñez, aparece el contador Cáceres, como un monstruo formado de todos los vicios, sin el apoyo de virtud alguna. El presente no hace mas, que reproducirnos su figura retocada con tintas de un temple mas fuerte. Inflexible, andaz, rencoroso, sus preocupaciones y su genio le hacen apto para trastornar un es-

tado. Desde que Cáceres y el prelado volvieron de la jornada se hallaban ya disgustados. Cada qual formaba su bando, y escuchaba las delaciones de sus espías. No podian ménos sus ánimos que inflamarse, y llegar à un rompimiento escandaloso. El obispo hallaba en su natural bondoso y suave un recurso con que templar la irritacion; pero su provisor, Alonso de Segovia, à cuya direccion estaba entregado, hombre fogoso, intrigante y advertido, tenia en prision esta bella indole, y le sugeria partidos violentos, opuestos à sus principios de paz y su caràcter. A pretexto de ciertos hechos que ofendian la dignidad episcopal fueron tan poderosas sus sugestiones, que lo obligò à fulminar censuras contra Cáceres y sus ministros. Proceder indiscreto, que en semejantes casos hizo perder su reputacion à varios prelados: desde que la ignorancia cegó la senda del verdadero espíritu de la iglesia. ¿ Que podia aprovechar este remedio contra un temerario y poderoso? Por el contrario, la censura quedaba expuesta à la irrision, y lejos de reprimir al contumaz, lo impulsaba à mayores delitos.

Hecha un caos tenebroso quedó la república con este golpe. Era preciso buscar principios à fin de desautorizar al prelado. Demasiado ignorantes para encontrar ideas justas en materias tan delicadas, se recurrió à una grosera imputacion de crímenes atroces, por los que se pretendia haber incurrido en suspension. Despues que Cáceres hubo cargado de grillos y prisiones al provisor, se

propuso hollar todos los fueros del olímpado y sacerdocio. Con estas miras puso entredicho à las funciones del ministerio pastoral prohibiò ; al prelado la entrada de su iglesia ; mandò expeler de ella à los que concurrían à la celebracion de los misterios ; lo confinò à su propio palacio ; extranòlo del reyno , y ocupò sus temporalidades. En medio de los estragos que causaba esta fiera devoradora , su alma se hallaba atormentada de mortales inquietudes. Las mismas victimas que sacrificaba à su seguridad , tenia no lo empujaban al precipicio. Aumentar sus sobresaltos por los mismos medios de que se valen los tiranòs à fin de aniquilarlos , es el más cruel de sus suplicios. Sobre todo se revelaba que el provisor encontrase recursos en su sagacidad con que trastornar todas sus medidas : pues si se hallaba en estrecha prision , era , porque fué preciso espiar el momento en que se hallaba casi dormido. Para salir de este caidado , tomó el expediente de expatriarlo à la provincia del Tucuman. No halló por conveniente fiar sino de si mismo esta diligencia. A pretexto de auxiliar al gobernador Zárate en caso de su arribo , navegò hasta la isla de san Gabriel , llevandoselo consigo. Puesto à su regreso , en la boca del rio Salado , diò sus disposiciones , à fin de que , introducido el preso por este rumbo no trillado , fuese conducido hasta Santiago. Esta empresa encontró escollos insuperables ; por lo que cedió de su pensamiento , y volvió à tomar la Asuncion , donde baxo de fianzas lo pu-

se en libertad.

La ausencia del caudillo es siempre peligrosa para los sucesos. En la de Cáceres las cosas habían tomado otro semblante. La inocencia del prelado cruelmente perseguido, su bondad, su mansedumbre fueron de bastante eficacia para poner en sus intereses á los mas acalorados partidarios de Cáceres. Una conjuración se forma contra su vida, y es descubierta. Caen entonces sobre sus autores, deponen como sospechoso á su teniente, hacen decapitar á Pedro de Ezquibel, renueva la persecución del prelado, y vomitando estragos y amenazas se esfuerza á infundir un terror pánico que dejó inmóviles á los ciudadanos. Pero esto era precisamente lo que los excitaba á prevenir su desgracia por medio de una traición. El obispo se hizo invisible á favor de un piadoso asilo que encontró en el convento de la Merced. Con todo, fray Francisco Ocampo de la misma orden, que antes había seguido el bando de Cáceres, unido de intención con el provisor, minaba sordamente las baterías de Cáceres. Poniendo en crédito el principio de que ningún conde de los mandatos de la iglesia es digno del gobierno, perstradieron á cien vecinos, que era lícito unir la espada á las censuras, y se coligaron contra él. Cáceres vivía sumamente receloso, y no se había descuidado en hacerse custodiar con una respetable guardia de cincuenta soldados. A pesar de esto, una mañana, que escoltado de su tropa se hallaba en la iglesia catedral el año de 1572, entró

con tumultuariamente por sus tres puertas los conjurados presididos del obispo, el provisor y el padre Ocampo, quienes profiriendo à gritos VIVA LA FÉ CRISTIANA, hiciéron que se precipitasen sobre su persona. Despues de una corta resistencia, en que Cáceres mostrò presencia de espíritu, y recibió algunas estocadas, fué sacado del templo entre baldones e ignominias, y conducido à un grueso cepo, cuya llave se depositó en manos del obispo. ¡Quan triste cosa es ver à los ministros del santuario perturbar la paz pública bajo el velo de la religion! Este es el oprobio de que son responsables los siglos de ignorancia. Siglos en que olvidados los eclesiasticos, que su ministerio era de paz, se creia servir à Dios sublevando los pueblos, y armando los ciudadanos contra los ciudadanos mismos.

La desgracia del general Cáceres, unida al estado borrascoso de la república, estaba convidando al mas osado à que se apoderase del mando. El teniente depuesto Martín Suarez de Toledo, naturalmente irritado con la afrenta que acababa de experimentar, tuvo el arrojé de presentarse en la plaza pública rodeado de arcabuceros, y levantar yara de justicia en el momento mismo que atravesaba el humillado Cáceres hecho el juguete de la multitud. A otra igual extorsion debió que el cabildo lo autorizase por capitán y justicia mayor de la provincia, en cuyo empleo nada hizo, que pudiese cubrir la ilegitimidad de sus títulos. Llegado un año en que los enemigos de Cáceres

abusando de su situacion , lo tenían expuesto á los insultos del pueblo , insistiéndolo con mas viveza en su remision á España , el capitán Ruíz Diaz Melgarejo , que en calidad de rebelde mandaba la provincia del Guaira con un despotismo sin limites , fué destinado á ser su conductor , porque habia seguridad , que no consultaria , sino sus odios y venganzas para mortificarlo. Casi en visperas de darse á la vela , no faltó quien persuadiese al obispo debia acompañar á Cáceres en su viage ; así para asegurar los resultados de la causa , como para prevenir , que en adelante fuese turbado el exercicio de su ministerio pastoral. Este buen hombre era un instrumento pasivo entre las manos de los que lo rodeaban. Sin temor de los daños , que por este medio podrian sobrevenirle , no advirtió á echar una mirada mas allá del momento presente , y dió su consentimiento. Aparejadas todas las cosas , habiéndose dispuesto que el noble vascongado Juan de Garay , con ochenta soldados , al mismo tiempo que baxaba á establecer una colonia , escoltase esta navegacion , dióse principio á ella el año de 1573.

¿ Que éxito podria tener una empresa acompañada de tan enormes faltas ? El bergantín que con Cáceres y el obispo hacia su navegacion á España , vino de arribada á la isla de san Vicente. Los portugueses alargaron al reo una mano oculta para libertarlo de la prision. Tronaron de nuevo las censuras contra los cómplices del hecho : conmoviéndose toda la villa , y atemorizados sus ve-

vinos, lo entregaron al brazo de la justicia. No por ésto lograron Melgarejo y el obispo ver todo el éxito de sus ideas proyectadas. Un nuevo orden de sucesos se opuso á sus intentos. Melgarejo se vió en la necesidad de prestar auxilios al gobernador Zárate, y encomendando la conduccion de Cáceres á persona de su confianza, desistió del viage á España. El obispo tampoco pudo continuar su viage; pues asaltado de enfermedades superiores á unas fuerzas ya rendidas por el peso de los años, acabó sus dias en la misma villa de san Vicente. Refieren varios historiadores de estas provincias, haberse dexado ver sobre el cadáver de este prelado algunas de esas señales portentosas con que tal qual vez se complace el cielo acreditar una virtud heroica. Lo que sabemos es, que el supremo consejo de las Indias desaprobó con indignacion el abandono de su diócesis, y la prision de Cáceres. No es cosa nueva que unos conceptos errados hagan perder á los mejores hombres del camino comun de sus obligaciones.

El general Garay habia escoltado al bergantin de Melgarejo hasta un brazo del Paraná llamado de los Quiloazas. De aquí retrocedió con sus 80 pobladores, y fundó la ciudad de santa Fè de la Vera Cruz año de 1573 (a) al sudoeste del río habinado

(a) Estaba situada la ciudad en altura de 31 grados: despues en 1660 se traslado á otro sitio mas cómodo cerca del

por los indios Quiloazas en un llano apacible tres leguas del Paraná poblada de varias naciones numerosas, y de diferentes idiomas. Despues de haber guarnecido la ciudad de fuertes torres, y baluartes, salió Garay con quarenta hombres à empadronar los indios del distrito, à fin de repartirlos en encomiendas, segun la politica de aquellos tiempos. Los bárbaros ven en peligro su libertad y se disponen à defenderla, mas por el artificio, que por la fuerza. Acarician à los españoles, y se lisonjean haberlos seducido baxo la perspectiva de la amistad. Pero Garay que era hombre de espíritu y sabia mejor que ellos hacer uso de sus talentos advirtió en esta afabilidad comodida uno se que de engañoso, que lo prevenia estar alerta para observar mejor sus movimientos. La mañana del 19 de septiembre concurrió à la plaza del lugar donde se hallaba una gran multitud de indios. No es timidez huir del peligro, que la prudencia enseña precaver. En este mismo momento mandó Garay recoger su gente à las embarcaciones, y que estuviese sobre las armas. No pasó mucho tiempo sin que avisase el centinela de la gavia cubrirse la campaña, y el rio de enemigos armados. Se habian éstos confederado contra todos los que intentasen turbar el exercicio de su libertad, y forzarlos à recibir otras leyes, que las de su alvedrio. El peligroso estado de los espa-

rio Salado en 31 grados, y 58 minutos.

Nada le daba lugar á otro consejo, que al de la resistencia. Garay alentaba á sus soldados con la esperanza de una victoria, que segun el decia, era tanto mas asegurada, quanto que destinados por Dios los españoles á ser señores de este nuevo mundo, debian esperar sus auxilios contra unos enemigos, que no solo en invadirlos, pero aun en defenderse se oponian á sus decretos. Vease aqui la teologia y el derecho publico de estos tiempos. Mas animosos los soldados á medida que su peligro era mayor, se disponian al combate. Esta era su situacion, quando fuera de todo lo que podia imaginarse, gritó el mismo centinela, divisaba un hombre á caballo. Este golpe de novedad sorprendió todos los ánimos. Nadie podia persuadirse la existencia de un caballero, que debiendo ser español, no era imaginable el rumbo que alli pudo conducirlo. La duda declinaba en un juicio, que calificaba de insensato el pensamiento, quando aseguró de nuevo eran ya seis los ginetes, y que escaramuzcaban con los indios. En efecto, una tropa de españoles combatia á estos salvages con el denuevo acostumbrado. Huyendo los demas una matanza cierta, dejaron el campo, y quedó por este medio disipado el peligro.

Luego que Garay se vió asegurado de lo que pasaba, escribió á estos españoles significandoles su reconocimiento, y el deseo de conocerlos. Por ellos supo eran soldados de D. Geronimo Luis de Cabrera gobernador del Tucuman, quien des-

pues de fundada la ciudad de Córdova, había hecho aquella campaña, y agregado à su gobierno el puerto de san Luis en el asiento de Gaboto, con todas las islas de aquel rio en veinte y cinco leguas de distancia desde la boca del Carcarañal. El mismo Cabrera vino poco despues personalmente, y requirió à Garay en términos urbanos, se abstuyese de fundar fuera de los límites del Paraguay. Garay escuchò este requerimiento con todo el desagrado de que es capaz un conquistador à quien se le despoja en parte de la presa. Pero el era hombre cuerdo, y conociendo la superioridad de su rival, eludiò la contienda por medio de una condescendencia simulada. Cabrera como diligente general consagraba à los negocios el tiempo y los cuidados. Apenas hubo regresado à la ciudad de Córdova, quando destacó con treinta soldados à Onofre de Aguilar para que se entregase de la tenencia de santa Fé. Eran ya otras las fuerzas de Garay, para que dexasen de ser otros sus alientos. Con varonil entereza rechazó esta pretension, que violaba sus derechos, y envilecia su tenientazgo. Un nuevo accidente, que sobrevino, debió afirmar lo en su resolucion, y desesperar à sus contrarios. Durante estos debates recibió Garay un pliego del Adelantado Juan Ortiz de Zárate, por el que le noticiaba su arribo à la isla de san Gabriel, y lo revistió de nuevo con la tenencia cuestionada. Onofre de Aguilar se creyò fuera del estado de insistir en un empeño, que atraia sobre él y sus soldados una

Desdicha cierta: esa misma noche tomó la vuelta para Córdova (a).

Exigía la razón, que el Adelantado Zárate hubiese sabido conciliar la vehemencia de sus deseos por la consecución del mando con la firmeza en los infortunios á que lo expuso su ambición. Sus viajes desde Lima á Cartagena, y desde Castilla á esta parte de América, no son mas que un entretexido de caprichosas desventuras, que hacia mas amarga su pusilanimidad. Hecho prisionero por un corsario frances, fué expoliado de todos sus haberes, y reducido á la mendicidad. Pero por dicha suya poseía el humilde talento de representar muy al vivo el oficio de plañidera. Sus lagrimas interesaron la compasion de algunos españoles residentes en Cartagena, quienes lo habilitaron para que siguiese el curso de sus pretensiones. La corte le hizo gustar uno de esos dias serenos, que anuncian las grandes tempestades. Felipe II confirmó á su favor las mercedes hechas por su gobernador del Perú, en fuerza de un nuevo asiento celebrado en 1569. Es bien referir estos ajustes, si queremos formar ideas exáctas de estos tiempos. El historiador Lozano nos dice, que por el se obligò Zárate á lle-

(a) Los cordobeses entablaron recurso sobre este punto ante la real Audiencia de las Charcas, donde pasáronlos de sus regidores en 1574. Garay los siguió despues. El pleito se decidió á favor de éste.

var los descubrimientos del río de la Plata hásta sus últimos confines: transportar en quatro navios y un patache docientos familias, trecientos hombres de guerra, quatro mil vacas, quatro mil ovejas, quinientas cabras, trecientas yeguas; y levantar diferentes poblaciones, que sirviesen de freno al orgullo indómito de los bárbaros. Si nada hubiese que robar de estos artículos, admiraria,

como un particular fallido pudiera entrar en un convenio tan dispendioso? La admiracion es ménos, conviniendo que parezca hay poca exactitud en el número de las especies transportables, cuyo excesivo monto no tiene proporeion con la capacidad de los buques. No es tanta la contrariedad entre la pobreza de Zárate, y la ingente suma que parecia exigir este agigantado empeño. España se hallaba rica de bastimentos por un efecto de su numerosa poblacion, y la América aun no le habia proveido un capital sobrabundante de esos preciosos metales, que siendo la medida de los valores, representaban mucho en poca cantidad.

Sea de esto lo que fuere, en 17 de octubre de 1572 se hizo Zárate a la vela del puerto de san Lucar con tres embarcaciones de alto bordo, y tres menores. Reflexionando el licenciado Centenera (que fué uno de los que hiciéron esta navegacion) sobre sus malos aprestos, nos dice en su Argentina: que mas parecia destinada a conducir delinquentes condenados al naufragio. A tan mal ajustadas disposiciones, que en breve produxéron el hambre,

y la miseria de que murieron muchos , se unieron terribles golpes de fortuna , quales fueron calmas funestas , y desechas borrascas , à las que hacia mas espantosas la impericia de los pilotos. Despues de haber andado este convoy de un puerto en otro , mas bien diremos de un precipicio en otro , contando la gente cada dia por el último de su vida ; y despues de haber expirado no pocos , arribó al fin en noviembre de 1573 al puerto de san Gabriel. Para la mala suerte no hay ningun puerto de seguridad. Aquí tambien los persiguió su desventura. Una violenta tempestad rompió los cables en el momento mismo que iba à dar principio la confianza , y se hallan todos à punto de sumergirse. Quiso el cielo , que fuese de corta duracion. La subsiguiente calma dió lugar à que des embarcase la gente. La vista de estos españoles despertó el recelo mal adormecido de los Charrúas , pero temerosos de un descalabro , trataron de acreditarse con engañosa puntualidad en su servicio. En uno de los contratiempos de mar se habia dividido la nave el Patacho , y arribado por gran dicha à la isla de san Vicente. Por la gente de esta embarcación supo Ruiz Diaz Melgarejo las tristes aventuras de Zárate. Con toda diligencia vino en su auxilio , y le fueron muy importantes sus experiencias.

CAPITULO IV.

Encuentro de Sapican con los españoles, quienes son vencidos : vence Garay al cacique Terù : suceso trágico de Liropeya : vence Garay à Sapican.

AMAINADA la última borrasca, y tomando la tierra firme, pensaban todos haber tocado el término de sus trabajos. Afirmaba este concepto la generosa acogida de los Charruas, que insinuados su familiaridad, parecía haberse propuesto merecer con sus servicios el dulce título de amigos. Para no alucinarse los españoles, debieron advertir, que su precaria existencia dependia en parte de esos bárbaros à quienes venian à sojuzgar; y que el primer momento en que lo conociesen, seria el último de su fidelidad. En efecto, con un disimulo artificioso recataban sus miras envenenadas, hasta tanto penetrasen sus fuerzas, y el medio de superarlas. Quando lo hubieron conseguido, sólo esperaron un pretexto para manifestarse. Encontráronlo sin dificultad. El cacique Sapican, que por su reputacion de valeroso, y advertido, se habia hecho igualmente temido, que respetable, tenia un sobrino llamado Abayubà, joven gallardo, de gentil disposicion, discreto y esforzado; cuyas prendas apoyadas sobre los atractivos y las gracias de la mocedad, lo hacian el idolo de su tio y de la nacion. Ciertos soldados españoles prendieron à este joven en

una correría, por haber los de su nación hecho lo mismo con otro castellano. Sapican sintió esta desgracia à par de muerte. Veinte Charrúas determinaron inmediatamente de su orden à suplicar al Adelantado lo pusiese en libertad. Pero Zárate estaba muy distante de esa prudencia, que exigía un asunto tan delicado. Lejos de acreditar su bondad por una condescendencia generosa, y contemporizar con su misma suerte, cuyo peligro lo obligaba à ser justo, no sólo negó la suplica, sino que puso en prisiones al Guarani, que les servia de intérprete. Este golpe de autoridad acabò de armar los enojos del cacique, y resolvió verlo à reparar sus ultrajes. Siempre prudente y mesurado, aunque tratò de inclinar à la guerra el espíritu de su nación, estimó no precipitar sus consejos; àntes bien, ocultando sus resentimientos en el secreto de su alma, se presentó ante el Adelantado cargado de súplicas, y con un razonamiento respetuoso, contenido en los límites del ruego, se interesò por la libertad de su sobrino. El Adelantado puso el negocio en deliberation de sus capitanes. Francisco Ortiz de Bergara, que volvia absuelto de sus cargos, con el mayor número de los sufragios, fué de sentir, que en las presentes circunstancias, ya era muy peligrosa la libertad de Abayuba. Habia entrado Bergara en todos los designios del cacique, y preveía empezar las hostilidades desde el instante mismo, que hubiese puesto en seguridad la vida de su sobrino. Sobre este principio concluyó, que

se le retuviése, pues su cárcel era la prision de los Charrúas. En esta situacion embarazosa de Adelantado Zárate, tan voluntarioso sin el consejo como con él, tomó el peor partido, porque éste era el mas conforme á su miserable politica. Muy satisfecho con haber rescatado al castellano, y adquirido una buena canoa, entregó al prisionero. Esto era empujando un yerro con otro mayor, y sacrificar muchas vidas á sus antojos.

Apénas los indios se apartaron de los españoles, quando se entregaron á todos los deseos de la venganza, con aquel furor sanguinario de que es capaz un odio reprimido en el instante que puede obrar. Sapican convocó congresos nacionales, en que con una eloquencia, tanto mas persuasiva quanto ménos estudiada, propuso que era preciso emprender un hecho militar de hostilidades muy serias contra sus agresores. No hubo quien no ofreciese sus brazos, deseando dividir con su general la gloria del vencimiento: todo quedó aprestado para sostener su querrela. La retirada de los viveres, que fué la primera precaucion de que se valieron, fué tambien el primer golpe que descargó su animo hostil. No ignoraba Sapican, que urgidos los españoles de la necesidad, saldrían á buscarlos en número no tan respetable, que le fuese imposible empeñar un combate ventajoso. Su prediceion tuvo el pronto éxito. Mas de quarenta hambrientos españoles se presentaron en el campo. Los bárbaros que observaban sus movimientos, les salieron al encuentro.

to, y les presentaron la batalla. Desde el primer choque formaron una feliz evolucion, que les dió la ventaja de haberlos rodeado por todas partes. Los españoles opusieron una vigorosa resistencia, à pesar del mal estado en que se hallaban sus arcabuces; pero al fin, excepto dos, que salvaron sus vidas à beneficio de la fuga, y Cristóbal Alcamirano, que quedó prisionero de guerra, todos los demas fueron exterminados, quedando los barbaros dueños del campo.

Zarate, que ignorante del suceso sólo alcanzaba à contemplar el peligro, mandó por delante un destacamento de doce soldados à las órdenes del desapiadado Pablo de Santiago, tan memorable por sus crueldades en santa Catalina. La vista de los cadáveres, y de toda una campaña teñida con la sangre española, consternó à este caudillo; quien dió à conocer por la primera vez, no era insensible à las impresiones del terror. Por otra parte calculando la desigualdad de sus fuerzas en el cotejo de las del enemigo, temió por mal presagio de lo que iba à sucederle, arriesgar un combate, que preveia de fines trágicos. El capitán Pinedo, que ya se le habia unido con cincuenta soldados, y que hacia alarde de esforzado, à despecho del horrible espectáculo de que era testigo, trató de cobardía esta prudente perplexidad. No podia haber impropio mas sensible en un siglo caballeresco. Las provocaciones y los retos se cruzaron de parte à parte entre estos campeones, y llegaban ya à las manos, quando

los departió un repentino ataque del enemigo que alentado con la pasada ventaja, embistió lleno de denuedo. Las principales fuerzas de los españoles debían ser el fruto de su reunión: sus discordias las onflaquecieron. El bravo Pablo de Santiago con seis camaradas suyos en un cuerpo hicieron frente al implacable cacique Taboba á la cabeza de un numeroso batallón, sin duda, no con ánimo de triunfar, sino de salvar con una honrosa muerte el crédito de su nación. El estrago, que causaban estos españoles, era espantoso; pero no hacía mas que inflamar el coraje de los bárbaros. El fiero Taboba cortó de un golpe el brazo derecho al valiente Gago; y dividió en dos mitades el cuerpo de Carrillo. Buenrostro y Arellano cayeron luego á su lado envueltos mas en sangre de sus enemigos, que en la propia. Pablo de Santiago, Domingo de Lares y un tal Benito, engolfados en su furor, sostenían el combate sin advertir que su campo estaba reducido á ellos solos. Las mortales cachilladas, que habían dado á Taboba, acaso ya les prometían un éxito ménos funesto. Esto era el estado de la refriega, quando Yaci, joven de hígados y atrevimiento, con un trozo de su gente acudió á sostener la pelea y puso á estos tres españoles en el último conflicto. Perdida toda esperanza de salvarse en un combate, que no tenía cuestión de defensa, y habiendo vengado el honor de su nación, advirtió el Benito, que ya no le restaba sino el vengarse á sí mismo. En la efervescencia de un viejo

Enojo contra Pablo de Santiago, había jurado sacrificarlo à su rencor. Creyendo que esta era la ocasion mas oportuna, tomó la bàrbara resolucion de darle un arcabuzazo, y lo dexò à sus pies. Es preciso que todo un siglo sea feroz, donde se encuentran tan à menudo estos exémplos de atrocidad. No tardò mucho sin que pagase la justa pena de esta accion exécrable. Atravesado el pecho con una flecha que le asestò el valiente Yacici, tuvo la misma suerte. Domingo Lares que era el último se defendia à corta distancia con tanto mas asombro de los bàrbaros, quanto que su heroicidad, dirigiendo el único brazo que tenia, suplía el que le faltaba. Estos bàrbaros estimaron desde luego, que salvar à un tal enemigo, era mas glorioso que perderlo. Sin atentar à su vida cayèron todos sobre él y lo rindiéron. El esmero de su curacion correspondiò al respeto de ese valor, que en su concepto era la única virtud digna del corazon del hombre.

Otras infelicidades acompañaron à este reves. El aparato militar con que se dexaron ver los Charúras diò un tan terrible alarma à los españoles, que abatido en la mayor parte de ellos el valor, se dièron à una huida indecorosa. Los respetos de Pinedo, que se esforzò à contenerlos en su deber, se vièron aquí atropellados. Estos acontecimientos, que Sapican y Abayubà, seguidos de su tropa, observaban atentamente, los induxèron à promover con mas viveza el ardor de que se hallaban poseidos. Con igual òrden que celeridad

siguiéron el alcance, sin darles lugar á volacerse; y haciendo un mortal destrozo, acabaron de exterminar á estos cobardes fugitivos. Pinedo se halló desamparado, y sin recurso para escapar la furia de un enemigo tan brioso, que lo perseguía muy de cerca. En este aprieto se arrojó á un río, pero aquí lo buscó su obstinacion. Caytá, indio de reconocido corage, se arrojó tras él con dardo en mano, y no desistió de su empeño, hasta que hubo toñido las aguas con la sangre de este desgraciado capitán. Chelipó y Metihon, dos hermanos muy recomendables por sus proezas militares, pedían con toda la eficacia de sus ruegos no se despreciasen las caricias de la fortuna en el momento de extenderles los brazos; que se proseguiese la victoria hasta forzar al enemigo en sus mismas trincheras; y que ellos prometían aquel día borrar de sobre la tierra la memoria del nombre español. Pero el prudente Sapican templó estos fuegos arrebatados y los contuvo, así para dar descanso á sus tropas fatigadas, como por no arriesgar el concepto ventajoso, que cada qual se habia formado de si mismo, y en el que preveía, como en semilla, triunfos mas asegurados. Al siguiente dia de esta catástrofe, estuvo con todo su ejército sobre el enemigo. Los bárbaros provocaron á los españoles con flechas y piedras arrojadizas; pero el Adelantado Zárate no trataba de medir sus fuerzas con ellos, y se tenia por feliz escapando el riesgo, aunque fuese con humillacion. Logrólo al abrigo de la noche, trans-

herdando su campamento á las embarcaciones. Aquello visitó Yamandé, cacique Guaraní, quien mostrándose muy compasivo por su desgracia, le proveyó todos los oficios de la amistad, y se ofreció llevar noticias de su arribo al teniente Juan de Garay para que le proporcionase los auxilios oportunos. Aceptó Zárate esta demostración de benevolencia, y lo despachó con cartas. La animosidad de los bárbaros caminaba á largos pasos por las sombras del espanto y de los inquietos movimientos que advertían. Cubierta la playa de Charñas, se produjéron contra los españoles en escarnios, palabras insultantes y todo género de contumelias. Un bárbaro, cuyo semblante formidable daba mas atrocidad á la ferocidad de su alma, llevó al extremo su osadía de acercarse á las embarcaciones, con el agua á la cintura, y desafiando á batirse en duelo al que tuviese de sí mismo opinion de mas valiente. La contestación de los españoles fué fulminarle una bala homicida, que lo dexó en el puesto. ¿ Por que orden inverso de principios se ve aquí el honor baxo las pistolas, y la infamia en traje culto? Es preciso confesar que se eclipsó por esta vez entre los españoles aquel anhelo de gloria, que dió de su nación tantos héroes al cuchillo. Sintieron mucho los bárbaros la muerte de este compatriota, y no pudiendo executar su venganza de otro modo, se convirtieron contra la fortaleza hasta aterrada.

Condenados los españoles á la inevitable suerte de vencer, ó perecer en la tierra firme, vinieron

à apostarse en la isla de san Gabriel. Sapican trasladò su campo sobre las màrgenes del Uruguay, donde segun aviso de seis soldados prisioneros que lograron evadirse, tenia los aprestos necesarios con que meditaba una empresa maritima. La flaqueza de los españoles, y el conocimiento de su superioridad, parecian allanarle el camino de la victoria. Hallabase por falta de viveres muy avanzado el momento de su ruina, quando por dicha suya arribò à esta sazón Ruiz Diaz Melgarejo con un socorro considerable. La grande experiencia de este capitán reparò las mal concertadas medidas de Zárate, y fué la salud de la armada. Por direccion suya se trasladò ésta à la isla de Martin Garcia, desde donde era mas fácil oponerse à los progresos del temible Sapican, pero el hambre, esa arma la mas devastadora, con que los bárbaros del rio de la Plata hicieron à los españoles un nuevo género de guerra, y con la que perecieron éstos muchas veces en el mismo campo de la victoria, empezaba ya à sentirse. Melgarejo fué en rescate de viveres, y aunque con riesgo de perecer à manos de la perfidia, tuvo el feliz suceso de recogerlos con ocho castellanos, entre ellos el inmortal Domingo Larrea. Los bárbaros hacian consistir en el disimulo y la falsedad lo sublime de su politica. Sabia el fementido Yamandù la conspiracion que meditaba contra santa Fé el cacique Terà; y se concertò con Sapican, no entregar las cartas de guerra portador, hasta que invadidos los españoles

por todas partes ; estuviere asegurado el éxito. Terru se dexó ven sobre santa Fé con ánimo de expugnar esta fortaleza. El ejército de los bárbaros cubrió toda la campaña , y parecia hacer el último esfuerzo de su poder. No por esto cayó de ánimo el teniente Garay : una breve exhortacion suya bastó para infundir corage à sus soldados , por que la costumbre de vencer se habia hecho en ellos un natural deseo de pelear. Llenos de ardimiento y resolucion hicieron frente à los bárbaros. Estos se defendieron con valentia , y aun lograron la ventaja de desordenar el ejército español ; pero auxiliado este oportunamente por los de la ciudad , consiguió à viva fuerza restablecer el concierto de sus filas , y ponerlos en derrota. Esta fué la ocasion en que Yamandù entregó à Garay las cartas de Zárate , y segun puede conjeturarse , fué en febrero de 1574.

No se escapó à la penetracion de Garay la fraudulenta officiosidad de Yamandù ; pero juzgó que la pena mas proporcionada con que debia castigar su delito , era que fuese un instrumento de salvar à los que deseaba perder. Garay se hizo todo de parte del disimulo , y consiguió avisar al Adelantado por medio del traidor los auxilios que le preparaba. No fueron vanas sus promesas. Despues de haber proveido quanto convenia à la seguridad de santa Fé , partió con treinta mancebos llenos de fuego y de vigor en socorro de su jefe. Nada deseaban tanto estos valientes , como que se les presentase una ocasion de hacer ex-

piar á sus contrarios la arrogancia de haberlos invadido. Pero los indios que seguian el partido de Teri, habian tomado el consejo de evitar todo encuentro, y esperar del tiempo el remedio, que dejaba la violencia. Las tierras de los caciques Maracopa, Tabolá y Añanguasú las encontraron casi todas desiertas.

Con todo, un soldado llamado Carvalho á fuer de valeroso y atrevido se arrojó á penetrar un bosque muy espeso en seguimiento del cacique Yandubayú, á quien su suerte traxo á las manos. La diligencia y el denuedo del español le iban á hacer dueño de un enemigo, que entregado á la fuga, habia dexado las espaldas á la discrecion de su furor; quando un vigoroso esfuerzo del bárbaro cambió la escena rápidamente. Al tiempo mismo de recibir un bote de lanza, retrocedió con tal celeridad, que pudo asirse al brazo del contrario, y dexarlo sin accion. Trabajaron largo tiempo, el uno por asegurarse mas de la presa, y el otro por verse libre de unas garras tan esforzadas. A las voces de esta porfiada lid acudió Laropeya, india famosa por su rara belleza, que no lejos de allí tenia su estancia. Para que fuese mas recomendable unia á los hechizos de la hermosura los atractivos de la generosidad. Metiéndose de por medio rogó en un tono lleno de franqueza á Yandubayú soltase al español. No podia resistirse el bárbaro á las súplicas de una mujer que idolatraba: con la prontitud que exige la voz de un objeto amado, cedió al punto de su

quiere, y lo dexò en libertad. Entonces supo Carvalho de boca del bárbaro, hacia un año que pretendia esta doncella: y que para merecerla exigia acreditase su valor, sacrificando à su alavez cinco caciques, que tenian ofendida su parentela. Este razonamiento excitó la atencion del español, y lo induxo à mirar con alicion à la india. Mirada fué esta, que introduxo en su alma un veneno capaz de corromper sus sentidos y su razon. Desde este fatal momentò se resolvió à que fuese suya à costa de qualquier crimen. Inducido de los estímulos de su pasion, fingió retirarse; y quando creyò desprevénido à su rival, lo atravesò con la lanza. No podía ser Liropeya fria espectadora de una tragedia, cuya solucion consistia en separar dos almas, que para ser felices debian estar uindas. Toda temblando cayò en tierra cubierta de una palidez mortal, anuncio fúnebre de una alma fugitiva. A poco rato volvió en sí. Carvalho procurò consolarla sacando de su pecho los términos mas expresivos, y le aseguró seria en adelante perpetua dueña de su voluntad. ¿Pero que pueden las insinuaciones contra el idioma del corazon? Su estado era mas amargo que la muerte, y estaba resuelta à no olvidar su pérdida, hasta que el último suspiro hubiese acreditado la constancia de su amor. Con todo, fingió que no le eran indiferentes sus caricias, y sólo pidió, que para aceptarlas diese primero sepultura al desgraciado Yandubayù. Con no menor celeridad que regocijó desciñóse Carvalho la espada, y se puso à ca-

var el foso. Quando lo vió entregado á esta diligencia, juzgó que era ya tiempo de executar el partido que habia aceptado en el enagenamiento de su pasion. Tomando la espada de Carvalho le dijo: " todavia te falta otra víctima: aqui la tienes: abre esa sepultura para dos que nacióron para estar juntos ", y atravesándose el pecho está hermosa desgraciada, fué á caer á los pies del agresor. Atónito Carvalho se retiró, llevando un velo de confusion sobre su rostro, y una memoria amarga que acibaró toda su vida.

Las barcas de su convoy se hallaban á punto de partir en prosecucion de la jornada, creyéndolo ya muerto. Su llegada aceleró la marcha. Melgarejo que andaba en busca de viveres vino á unirse á Santi-Espiritu, y de comun concierto con Garay, se convino en que conduciria á Martin Garcia los bastimentos que éste habia traído. Anticipóse Yamandù, quien entregó al Adelantado las cartas de que se encargó. Su alma formada para las perfidias, adquiria con los halagos mas aliento. Los que con este motivo le hizo Zárate, lo prepararon á una nueva traicion. Viendo el mal estado de los españoles, se propuso precipitar su total ruina, poniendo en execucion un plan de ataque fraudulento, que tenia trazado con los caciques Aguazá y Tataguazú. Por dicha de los nuestros fué ántes descubierto, y quedó enteramente disipado el susto. Garay se entretenia en la demanda de acopiar bastimentos. Entrando el domingo de ramos de 1574 se divisó una canoa en

que remaban los indios y un bárbaro de figura gigantesca. Fue en su canoa Garay. Pensó aquel espantar á los españoles mostrándose vestido de quanto puede infundir el espanto, pero los españoles de aquel tiempo no hacian caso de brayatas fantásticas: dos arcabuzados no le dieron tiempo de concluir sus fanfarronadas. Con todo se escapó la canoa. Garay tuvo aquí el consuelo de que se le incorporase un bergantin que despachó en su socorro desde la Asunción el teniente Martin Suárez de Toledo. Con este auxilio se halló mas en estado de perseguir á Teru, juntar viveres y hacer que entrase en obediencia el cacique Ananguazú.

Entretanto una desecha tempestad en el rio, que parecía tragarse la isla, puso en consternación al Adelantado y toda su gente. Creció esta, viéndose irse á pique las dos únicas naves que les quedaban. Por otra parte el deseconsuelo de no saber el paradero de Melgarejo, y la tardanza de Garay, hacian que tocase al último de sus extremos. Quiso por fin la suerte, que arribase Melgarejo dando noticia de Garay, cuya ocupacion era rescatar algunos españoles prisioneros. El semblante de una fortuna siempre adversa sucitó en el Adelantado el justo deseo de prevenir sus infortunios, tomando un establecimiento permanente en tierra firme. Ajustados los dictámenes de sus capitanes, quedó acordado fundar la ciudad de San Salvador á las márgenes de un pequeño rio, que recibió de ella su nombre, y que es tributario

del Uruguay, donde fueron trasladadas las mujeres, y los enfermos. Garay con su gente se les unió poco después. El estado violento de las cosas, dividido entre el anhelo de sojuzgar, y el amor de la libertad excitaba encuentros continuos. Apenas vieron los indios que los españoles pretendían fixar el pie en su país, temiendo se resolvieron á batirlos. Diez esquadrones animados de un odio implacable, á cuya frente mandaba el cacique Sapican, vinieron luego sobre ellos. En tan apurado conflicto observó Garay el semblante de los indios, y encontrándoles mas veros de la ira que de la turbación, los alentó con este sencillo razonamiento. "Amigos, aquí no resta otra cosa, que morir, ó vencer: esperemos con valor al enemigo." Razones fueron estas, que les hizo mirar el combate, como un campo en que iban á recoger laureles de una victoria asegurada. Trabajó en breve la refriega, y hubo hechos de parte á parte llenos de heroicidad. Por la de los españoles, dice uno de nuestros escritores, que no dieron golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. A pesar de una resistencia esforzada, observando Sapican, que había perdido sus mejores capitanes, y que huía la victoria que vinculaba en la pérdida del general Garay (pues aunque muerto su caballo, fué socorrido prontamente de sus soldados) hizo vocar la retirada, dejando cubierta la campaña con mas de doscientos cadáveres. Valió mucho á los españoles esta famosa victoria, porque abatió todo

El orgullo de la nación más valerosa, que en la Charrúa, abrió el camino a la obediencia de otras ménos afortunadas.

CAPITULO V.

El cacique D. Juan de Calchagua, arrasa tres ciudades españolas: trasladadas de ciudad. Al Litoral del valle de Comandó: mueren casi todos los vecinos y soldados de Córdoba en el valle de Calchagua.

Es preciso no perder de vista al Tucumán, cuya historia va tomando mayores enlaces con las demás provincias convecinas, a proporción que se extendía la base de su constitución política. El inmortal Zurita, que reunía todas las calidades propias para extender y cimentar las conquistas, le había hecho dar un paso muy brillante en la carrera de la civilización. Apenas dueño del mando se le ve triunfar como héroe conducido por el honor, atraer por su clemencia a los que alió y cegó el espanto, y erigir establecimientos dignos de una prudencia consumada. La caída de este grande hombre envolvió en sus ruinas a la provincia; porque irritados los bárbaros con el violento despojo, que le hizo Castañeda, creían vengarse a sí mismos vengando sus ultrajes. A pesar de que el usurpador realizó en el sitio de Jujuy el plan de Zurita, dando principio a la ciudad de Nieva el año de 1561, no tuvo genio ni bastante constancia para impedir el torrente de los bár-

baros, quiones conducidos por su cacique D. Juan de Calchaquí, arrasaron tres ciudades (a) que eran el fruto de sus fatigas, y el asilo de la esperanza pública.

La ciudad de Londres fué la primera que vió el amago de esta terrible insurreccion. Confederándose los Diaguitas en número de quatro mil, con el cacique D. Juan, vinieron á embestirla, pero la vigilancia y prevencion de sus moradores los obligó á dar otro objeto á su rencor. Sin perdonar diligencia se encaminaron á Córdova. Aquí les salieron al encuentro con su gente Nicolas Carrazo, y Julian Sadeño, dos capitanes, cuyo crédito los habia ya casi vencido antes de llegar á las manos. Costó muy cara á los bárbaros esta batalla, pues pasados unos por el filo de la espada, precipitados otros de lo alto de las peñas, y tomando prisionero su respetado cacique, tuvieron que llorar una completa derrota. Las repetidas experiencias de la perfidia de los bárbaros, debieron advertir á Castañeda, que era una falta de prudencia no prevenirse para la guerra en el momento mismo que se firmaba la paz. Con todo, el incautamente dió crédito á las promesas

(a) A estas ciudades, que fueron Londres, Cañete, y Córdova de Calchaquí, les impuso nuevos nombres Castañeda por ofuscar la gloria de Zurita: á la primera llamó ciudad de Villagra, á la segunda ciudad de Ordoñez, á la tercera ciudad nueva del Espíritu Sto. A la provincia Hamala tambien del Nuevo extremo.

simuladas del prisionero , y poniendolo en libertad, se lisonjaba haber asegurado una quietud estable. Un engaño, que en el concepto del bárbaro era mas poderoso , que sus fuerzas , se creyó en obligacion de afianzarlo por todos los medios que le sugeria su astucia. Fingiéndolo hallarse rendido à las verdades de nuestra religion , disfrazó su pica homicida con este sagrado velo, y se hizo bautisar. El mismo exemplo siguiéron sus capitanes.

Todo conducia à restablecer el ánimo del caudique D. Juan à pesar de su pasado infortunio. El buen tratamiento de los españoles dissipaba las impresiones de susto , que causó su prision ; la experiencia de lo pasado lo instruia en lo por venir ; y el conocimiento de los puestos menos aparejados à la defensa , le señalaba el camino de sus operaciones militares. Con tan favorables auspicios se resolvió à abrir la campaña , dando principio à ella por el hecho mas insultante. Baxo la fé de los tratados atravesaba de Lóndres à Santiago el capitan Julian Sedeño , llevando solo en su compañía à Damian Bernal. Los Calchaquies , que observaban todos los movimientos de los nuestros , y que deseaban verse libres de un capitan , que por su valor se habia hecho acreedor à sus primeros temores , lo aguardaron emboscados en el valle de Yocabil. Aquí le salieron de improviso. Los dos españoles se defendieron con valor heroico. Bernal perdió allí la vida , quedando reser- yado Sedeño , para que en la lentitud de los ton-

mentos, sufrióse muerte mas cruel.

Estas muertes fueron como la trompeta que remitió á todos los bárbaros en una conspiracion universal. Sin malograr instante el Calchaqui se puso sobre Córdova, llenándola de espanto. Castañeda vino con diligencia á socorrerla, y sólo fué para aumentar su consternacion. Sorprendido el mismo en una emboscada dispuesta con inteligencia y arte, tuvo á gran dicha escapar vivo; dexando muertos en el campo no pocos de sus soldados. No hallándose en estado de salir en campaña, quiso encubrir su flaqueza con un infructuoso exemplo de severidad. Hizo castigar cruelmente á muchos prisioneros, y que arrojándose al campo conigo provocasen con sus llagas al escarmiento. El rigor podrá ser útil para con los espíritus pusilánimes, que se arrastran baxo la esclavitud del miedo. Los Calchaques eran de índole mas propia á hacerlos irconciliables. En efecto, el espectáculo de los prisioneros maltratados, quienes sólo excitando á la venganza, creian poner fin á su infortunio infundió valor hasta en los pechos mas cobardes. Todos de comun acuerdo convinieron en continuar la guerra hasta dar el último aliento; y para que fuese irrevocable esta resolucion se multaron en la pena de ser mirado como infame todo el que propusiese proposiciones de paz. Alentados de este espíritu apretaron el cerco, que tenian puesto á la ciudad. Ninguno era osado á salir de ella. El general Castañeda, de quien por medio de un paisano imploraron el socorro los sitiados, supia muy viva la imagen

del terror, y ello trataba de ponerse al otro lado del peligro. Dándoles buenas esperanzas, se retiró á Londres, siempre perseguido de los bárbaros, quienes le picaron la retaguardia, tomándole algunos prisioneros, que sirvieron de trágica materia á sus enojos.

Estas ventajas del enemigo vivamente representadas por la imaginacion de Castañeda, le hacian gustar toda la hiel de su afrentoso proceder. Avergonzado de haberse hecho odioso y despreciable por su cobardia, resuelve purgar su opróbio introduciendo un socorro en la ciudad. Con un grueso trozo de gente, que le proveyeron los valerosos santiagueños, vuelve á entrar en Calchaquí. Con tan respetables fuerzas el hombre mas cobarde podia hacer grandes cosas, y sorprender la admiracion sin merecerla. Noticiosos los indios de esta marcha se apostaron en el mismo sitio, que poco antes habia sido funesto á sus contrarios; pero tomando éstos una ruta desconocida y fragosissima los atacaron por el punto, que ménos lo esperaban, y les causaron un sangriento destrozo. Castañeda introduxo el socorro en la plaza hallándola libre de obstáculos. Sin renunciar los Calchaquies el designio de arruinar este establecimiento, se acogieron por ahora á sus breñas como á un lugar de refugio. En la impotencia de forzarlos Castañeda, se apoderó del fértil valle que proveia á su subsistencia, y abrió con ellos una negociacion. Élla tenia por base una obediencia tributaria, y ésta era para ellos mas aborrecida

ble que la muerte. Resueltos à no abrazar otro partido que el de su libertad, y persuadidos que bastaba la lentitud para decidir este negocio à su favor, prolongaban sagazmente la conclusion. El general español penetrò el artificio; por lo que contentándose con talar sus mieses, diò vuelta à la ciudad de Córdoba. Persuadido de haber satisfecho à su odio y vanidad, y domado enteramente el orgullo Calchaquino, aumentò la guarnicion de esta plaza con veinte y cinco soldados, y se retirò à Lóndres.

Muy en breve conociò Castañeda que el odio implacable de los bárbaros sólo cedia à la necesidad, esperando ocasiones mas seguras. Executados de su invariable resolucion, volviéron à ocupar los puestos del pasado asedio. Su constancia en los ataques generales hasta acercarse à escalar el muro, à pesar del destrozo que hacia en ellos el fuego de la plaza: el desamparo del general Castañeda, quien aunque requerido por los sitiados parecia haberlos abandonado à su afliccion: en fin la agonía en que los puso la falta de agua cortada por el enemigo: todo esto los obligò à conocer la necesidad de hacer una salida. Este era el único recurso que les dictaba la desesperacion; pero recurso, que solo parecia proporcionarles una muerte mas gloriosa. La resolucion fué tomada, y en ella entraron hasta las mugeres, estimando por ménos infortunio morir con las armas en las manos, al lado de sus consortes. Con un corage precipitado se echaron sobre los bár-

Saros en un momento de descuido, y desde el primer encuentro los arrollaron. Quedò el camino cubierto de cadáveres, y se hicieron algunos prisioneros, entre quienes la hija del cacique De Juan, que sirvió à la decoracion del triunfo. Aunque destrozado este cacique, no dexò de caminar à su objeto con una constancia igualmente firme, que temible. El odio, la venganza, el amor paternal y el de la patria, se confundian en su pecho, y apresuraban sus proyectos hostiles. Mas irritado que nunca con la pérdida de la hija, mandò la flecha simbolica à todas las parcialidades de su nacion, y los interesó en su querella.

Entretanto ciertos rumores de que la venida del capitán Pedro de Cisterna enviado por el Adelantado Francisco de Villagran, era con el objeto de relevar à Castañeda, debian necesariamente ocupar todos los cuidados de este ambicioso general, que esclavo de sus pasiones, sólo parecia capaz de grandes faltas. No fué la menor, que deseando ganarse la aficion de Cisterna, luego que supo era otro el objeto de su venida, executase en estas peligrosas circunstancias el plan que este le propuso de trasladar la ciudad de Lóndres al valle de Comando, distante sólo veinte leguas de la de Orduña, ó de Cañete. Asi se hizo en 1562.

El Calchaqui que observaba con cuidado las atenciones en que se hallaba el complicado Castañeda, se aprovechò de su embarazo para restablecer el sitio de Córdoba. Con un grueso ejército vino sobre ella, y la ciñó estrechamente. Naq

La se omitió de su parte de quanto podia conducir á su desigmo. Flechas inflamadas, asaltos vigorosos, ataques llenos de impetu, estos eran los medios con que llenaba de espanto á los sitiados. Fácilmente advirtéron estos, que á tan furioso empuño, daba impulso el rescate de la hija del cacique, y entrando en esperanzas de serenar esta borrasca, le propusieron un ajuste amigable. El cacique se mostró inclinado á la paz, trató á los diputados con aquella activa simplicidad de que usa con el débil, el que tiene de su parte la fuerza. Inexorable en su propósito, dictó los artículos del tratado, reducidos á que se le restituyera su hija, y se evaquaria la plaza baxo el salvo conducto que prometia á la guarnición. No era esto lo peor, sino que este pequeño beneficio nada tenia de verdadero, no siendo mas que un lazo, que tendia el pérfido cacique para lograr mejor sus intentos. Los españoles cayéron en él. Ataviaron á la cautiva con todos los adornos mugeriles que aumentan las gracias de este sexó, y que debian captarles la benevolencia del padre; pero este cacique no bien habia recuperado á la hija, quando dió orden de apretar el asedio con doblados esfuerzos.

La ruina de los españoles era inevitable. En este conflicto les pareció, que era forzoso aventurarse al acaso. Todos de comun acuerdo resolvieron evadirse esa misma noche por un lado de la ciudad, que parecia ménos custodiado. En lo mas silencioso de las tinieblas emprendieron su

marcha. La felicidad de los primeros pasos los animaba à continuarla, quando sólo era para acercarlos al precipicio. Sentidos de los bárbaros por el importuno llanto de las criaturas, fueron improvisamente asaltados. Fue en vano para contener la rapidez del ataque la heroica resistencia de los soldados españoles. A excepcion del maestro de campo Hernando de Mexia, que con seis de los suyos se abrió pasage por entre una espesa multitud, y pudo ponerse en salvo entrando despues en la ciudad de Nieva, ninguno escapó la vida.

CAPITULO VI.

Ataca Castañeda à los Calchaquies: una falta de Castañeda hace perecer algunos españoles: trecientos Calchaquies se sacrifican por la patria: sesenta jóvenes indios forman un cuerpo, y vienen en auxilio de sus padres: vence Zenteno à los de Silipica: heroicidad de tres indias: son despoblados Løndres y Cañete: entra Aguirre à gobernar el Tucumán: Aguirre se halla en gran peligro, y lo liberta Gaspar de Medina: los Calchaquies se defienden, y hacen estragos: prudente retirada de Medina: vuelve este à libertar al gobernador.

LA altivez crece por lo comun en proporcion de la prosperidad. Despues de haber los Calchaquies desmantelado la ciudad de Cordova, y co-

incuido en las mugeres españolas que sobrevivieron á la derrota; atrocidades tales de que se horroriza la pluma; nada ménos se proponian, que llevar su osadía hasta el exterminio del último establecimiento español. Aunque por un breu inverso parecia, que esta debia abatir el aliento español, no sucedió así. Castañeda tenia los vicios de un alma al mismo tiempo tímida y feróz. Por esta vez deseaba vivamente borrar las manchas con que se hallaba afecada su reputacion, y todas las ciudades conspiraban á una venganza de que se prometian un útil escarmiento. Muchos los preparativos convenientes, abrió este general la campaña. Los bárbaros no rehusaron el ataque, antes bien respirando cierto entusiasmo de libertad, intentaban prevenirlo acelerándose á ocupar un estrecho, de que hechos dueños parecia inevitable la ruina de su enemigo. El general Castañeda reconoció el peligro en que se hallaba, y quisiera retirarse; pero temiendo acrecentar un oprobio que ya se tenia merecido, se resolvió á un hecho temerario, con el que al paso que recuperaba su fama por el exemplo y por la accion, esperaba intimidar á los bárbaros. Con solo seis soldados los ataca en el mismo puesto. Llenos todos de aquel furor mortal que caracteriza los guerreros de aquel siglo, executan prodigios de valor. Queriendo atraerlos á campo raso donde pudiese maniobrar la caballeria aparentan tan mañosamente retirarse. El calor con que los bárbaros se empeñan en seguirlos no les dexa pa-

hetrar el designio. Ellos se avanzan con denuedo. El ejército español recibe orden de combatir, y lo ejecuta con valor. El de los bárbaros se resiste por mucho tiempo reemplazando sus filas derrotadas, y dando mucho cuidado à sus maestros en el arte de pelear; pero al fin la victoria se declaró por los españoles aunque con algunos muertos y muchos heridos.

Esta victoria si algo dexó de útil à los españoles, fué haberles enseñado à temer à estos bárbaros. Por lo demas los vencidos adquirieron un nuevo motivo de aborrecerlos, y de prepararse à los combates con mas acuerdo y deliberacion. A este efecto se recogieron à sus guaridas inaccesibles. Castañeda entró con nuevas fuerzas en su fértil valle, y lo encontró casi desierto. Confiado en que no se le hacia resistencia, las esflaqueció imprudentemente dividiéndolas con el objeto de satisfacer sus venganzas. Este procedimiento fué fatal à los españoles, porque muchos se vieron en extremo peligro, y otros perecieron à manos de los bárbaros.

Un encadenamiento de faltas enormes, hizo que Castañeda causase pérdidas irreparables. Bien instruido en que la ciudad de Cañete se hallaba en grande apuro por la insurreccion de los indios de su distrito, se contentó con destacar en su socorro solo doce hombres à las órdenes del capitán Bartolome Mansilla. Un auxilio tan menguado solo sirvió para acrecentar el desaliento. Los vecinos de Cañete ya habian transportado sus li-

gares à la ciudad de Santiago. Ellos conocían bien los descuidos de que era capaz Castañeda, y no queriendo exponerse al fin tràgico de los de Córdoba, tomaron con anticipacion sus medidas. La llegada de Mansilla los afianzó en su resolucion. Castañeda echó de ver, que habia sido error muy grande aventurar trece hombres solos en un pais sembrado de peligros. A los tres dias movió sus reales con la esperanza de salvarlos al abrigo de su fama. Este era un fatuo orgullo de que en breve quedó desengañado. Mansilla con sus doce compañeros debió su salud à un acaso; pero Castañeda con su ejército bien necesitó toda la ventaja de sus armas para no salir derrotado. Trece cientos bárbaros resueltos à vengar en estos españoles los males que sufría su patria, le disputaron el paso. Su constancia à prueba de todos los estragos que podian causar las balas, no desfalleció un punto. No tanto como hombres, quanto como bestias, sin mas razon que el impetu, se arrojaron al hierro y al fuego de sus contrarios; hasta llegar à mezclarse unos con otros. Los mas de estos valientes perecieron en el combate, contentos con haberse sacrificado à la patria, y hecho correr mucha sangre enemiga.

Libre Castañeda de estos riesgos prosiguió su jornada. ¡Qual fué su desconsuelo quando supo la despoblacion de Cañete! Era esta plaza muy importante, pues con élla se enfrenaba no poco el furor de los bárbaros. A fuerza de una constancia sostenida, consiguió este general verla re-

poblada segunda vez, habiendo hecho volver à sus antiguos moradores, quienes à precaucion dexaron en Santiago sus hijos y mugeres.

El odio à un gobierno militar donde la espada era la ley fundamental, se habia ya extendido por todas partes. Apenas se hallaban asentadas las cosas, quando, como si de la misma seguridad naciesen los peligros, fué preciso reprimir la osada resolucion con que los indios de Silipica disputaron el paso à Castañeda, è inquietaban toda la tierra. El incendio y la devastacion señalaron los pasos de los españoles en esta jornada. De pueblo en pueblo persiguieron à los bárbaros haciéndolos en ellos una horrible carnicería. Conoce poco la gloria el que la coloca en matar à los que, tratados bien, pudieran ser amigos. Aun los que escaparon con vida, sólo parecia haberla reservado à los que lo eran de su libertad. Refugiados al pueblo de Deteicum, hicieron pasar sus sentimientos à estos moradores. Muy confiados en que la ventaja del sitio hacia su fortaleza inexpugnable, teniendo los españoles que superar las dificultades de una subida muy ágría, levantaron el estandarte de la libertad. Fué obstinada la resistencia; pero encontrando los españoles por dicha suya una senda mal defendida, ganaron la altura de la montaña, y à hierro y fuego se hicieron dueños de la plaza.

Por todo acontecimiento habian dispuesto los bárbaros transportar en tiempo sus familias à parage menos arriesgado. Entretanto que los padres

sacrificaban sus vidas á la seguridad de sus hijos, un tierno sentimiento de que solo la naturaleza podia ser autora, obraba en estos con toda su energia. Llenos de un espíritu marcial se escapaban del regazo de sus madres, y sin reflexionar en que sus brazos, aun no son aptos para sostener las armas, los unen en común para desafiar los peligros de la guerra. En número de sesenta, de los que el mayor no pasaba de quince años, volaron en auxilio de sus padres. Fueron acreando con la poca cautela que era propia de su inocencia. El polvo de su marcha estrepitosa alarmó á los españoles, quienes salieron de sus alojamientos y se prepararon al combate. Quedaron muy corridos luego que conocieron al enemigo y sus designios. La bizarria de esta accion fué recompensada por los españoles con dones y caricias. Estas amansaron el furor indómito de los padres, y fueron mas poderosas que las balas para que suscribiesen á la paz. Los desastres de esta guerra se hacen de algun modo disimulables, pues que ella dió ocasion para que los anales del Tucuman, se viesen enriquecidos con un tan bello exémplo de amor filial.

Castañeda, conchuida esta guerra, buscó una ocupacion propia al militar esfuerzo de sus soldados. El capitan Pedro Lopez Zenteno, con veinte hombres escogidos, partiò de orden suya en socorro de Lóndres. En este tránsito hizo ver el valeroso Zenteno, que vale tanto un buen general como un exército. Los indios de Silipica,

quienes ya estaban arrepentidos de su obediencia y le salieron al encuentro. Toda esta multitud empujada con sus mismos desastres, no fue bastante á desunirlos. Teñida la campaña con sangre de los bárbaros, entraron triunfantes en Londres. No fue bastante este auxilio á infundir seguridad en los ánimos, porque inmediatamente se supo que todas las parcialidades hasta el valle de Chocavil formadas en liga con el cacique De Juan de Calchaqui, le habian ofrecido sus brazos armados de la venganza, y que se disponian á invadir esta ciudad. Era forzoso impartir esta noticia á Castañeda, é implorar su socorro. Cuatro hombres acostumbrados á tener por mas gloriosa una empresa á medida que era mas temeraria, tomaron de su cuenta ejecutarlo. Como si se hubiesen propuesto buscar los medios de multiplicar los peligros, se apoderaron en el tránsito de un cacique abandonado de sus vasallos. No faltó quien reparase la vergonzosa desercion de estos cobardes. Tres indias llenas de un valor heroico con que desmentian la flaqueza de su sexo, se armaron de tizones, y echando en rostro á los indios su ignominiosa huida, embistieron contra los españoles. La gentileza de esta accion merecia indultarlas de todo daño; pero la bravara rustica de sus contrarios estaba acostumbrada á no respetar ningunos fueros. Lejos de celebrar este lance, en que adelantar con los bárbaros el crédito de su nacion, después de haber dado muerte al cacique, no tuvieron á mengua ensangrentar sus an-

mas en un sazón que es vencer, cederle la victoria. Unos quince indios se vieron en estado de no poder sostener el choque, tomaron el partido de arrojarse de un precipicio, primero que caer en manos tan atrevidas como las de sus contrarios. Sus maridos expiaron con su muerte su infame cobardía. Es preciso reconocer en estos nobles ejemplos, que no faltaba grandeza de ánimo á estos bárbaros, y que la inferioridad de sus armas y los desórdenes de una multitud sin disciplina, son la verdaderas causas, que explican el desordenado método de estas guerras. Los cuatro soldados concluyeron su marcha, no acabando de engrandecer el coraje de las indias.

Al oír las nuevas que traxéron estos emisarios descubrió Castañeda toda la flaqueza de su espíritu. La confederacion de tantas parcialidades enemigas era un quadro espantoso, donde ya se le exigian empresas militares, superiores á su valor y á sus talentos. Sin tener arte para disimular su cobardía, tembló á la vista de tantos riesgos, y después de haberlos expidiendo órdenes positivas para que se despoblasen las ciudades de Londres y Cañete. Fueron infructuosos los ruegos de sus ciudadanos á fin que desistiese de un pensamiento tan funesto á la patria, y tan reversivo de sus propiedades. Inflexible en su resolucion los obligó á transportarse á Santiago en 1562 aun sin permitirles la cosecha de granos. La desesperacion con que lo hicieron aumentó la infamia del preso. Muchos soldados se emigraron al reino

De Chile, á donde el siguiente año partió también Catañeda, dexando el mando de la ciudad de Santiago al capitán Mantel de Peralta. No cupo mejor suerte á la ciudad de Nueva fundada en el valle de Jujuy. Los bárbaros que la rodeaban se habian hecho irreconciliables con los ejemplos contagiosos que les daba el Calchaquí. El capitán Pedro de Zárate no pudo resistir por mucho tiempo los porfiados asaltos del enemigo, y perdiendo toda esperanza de socorro, cedió al triste destino de abandonar esta plaza. Con estas pérdidas quedó toda la provincia reducida á la ciudad de Santiago, único fruto de diez años regados con mucha sangre, lágrimas y sudores. En el mismo estado la habia dexado el general Juan Nuñez de Prado, y si algo habia que añadir, era saberse no era invencible el español.

El desamparo de tantas gentes inspiró justas inquietudes á la ciudad de Santiago, que hasta entonces se habia mirado como el puerto de seguridad. Con todo, aunque cercada de tanto bárbaro orgulloso, sostuvo con mucho crédito el peso de los peligros. No fue pequeña dicha que el gobernador del Reyno, Lope García de Castro, extendiese hasta ella su vigilancia, y le diese un gobernador capaz, por su valor, de restablecerla en su antigua gloria. Este era Francisco de Aguirre.

A la verdad, el desagrado con que se oia su nombre en toda esta provincia, desde que la gobernó por D. Pedro de Valdivia, no parecía buen presagio de una suerte venturosa; pero

todo sus grandes proezas en el reyno de Chile contra los temibles Araucanos, unidas à la constante fidelidad con que se manejò en los disturbios del Perú, lo hacian acreedor de esta confianza, y debian pugar su memoria. Sobre estas razones procedió Castro à nombrarlo gobernador de esta provincia con total independencia de los gobernadores de Chile (a). La historia nos hará ver que Aguirre no llenò estas esperanzas sino en parte. Los sucesos referidos nos anticipan una idea del estado deplorable en que encontró su provincia. Casi toda ella sometida al poder de los bárbaros, no se veian por todas partes sino ruinas, desolaciones, estragos y osadía del enemigo. No pudo menos de conocer Aguirre, quanto importaba dedicar sus desvelos à las cosas de la guerra. Valeroso, vigilante, lleno de zelo y volando à todas partes donde era mayor el peligro, logró inspirar en los ánimos un entusiasmo militar que dió respiracion à la provincia, é iba à poner en crédito el poder español. Aguirre pisò todo el terreno que poseyeron los españoles: buscò à los bárbaros en sus mismos alojamientos: tuvo con ellos encuentros muy felices: los obligó à retirarse donde los ecos de su valor no pudiesen amedrentarlos, y en fin llenò la ciudad de Santiago de pri-

(a) El Sr. Felipe II por una real cédula de 29 de agosto de 1563 declaró esta independencia agregando la provincia al distrito de la real Audiencia de la Plata.

cioneros y despojos.

Pero no siempre la fortuna le favoreció tan apresurada, que pudiese persuadirse estaba pendiente de sus órdenes. Hallábase acampado Aguirre en el valle de Calchaquí, quando se vió sorprendido de quatro mil bárbaros llenos de corage y resolución. Ambos exércitos viniéron à las manos con igual furor. El estrago que las balas causaban en los bárbaros, no pudo ponerlos en derrota, por que prevaleciendo el deseo de vencer, se entregaban ciegos à la muerte. Ellos cargaron con tal ímpetu, que se vió Aguirre y su gente en las últimas extremidades. Por dicha de éstos el valeroso capitán Gaspar de Medina, que con un destacamento corria la campaña, fué bastante advertido para conjeturar por las huellas los muchos bárbaros que se habian dirigido hacia aquella parte del pais en que se hallaba Aguirre. Acelerando quanto pudo sus marchas, cayó rápidamente sobre las espaldas del enemigo, y lo batió por entero arrebatándole una victoria, que se decia à su favor. Derrotados los Calchaquies se refugiaron à sus breñas, mas bien irritados, que arrepentidos. Aunque Aguirre con su gente cumplió bien sus deberes, tuvo sobrada equidad para adjudicarle à Medina todo el honor del triunfo. Este género de victoria, que ganó sobre su amor propio, debió darle tanta mas gloria, quanto siempre es mas difícil vencerse à sí mismo, que à un enemigo.

Temia Aguirre que reforzados los Calchaquies

causasen nuevos insultos. Para escausarlos del todo; y completar la victoria, mandò el dia inmediato se signiese el alcance. Un buen número de soldados escogidos baxo la conducta de su hijo el maestre de campo Valeriano de Aguirre, y del capitán Medina, caminaron sobre sus huellas. A quince leguas de distancia habia hecho alto el enemigo en un parage fragosísimo. El ardor que suscitò en los españoles el pasado suceso, hizo, que acometiesen sin bastante consejo en un lugar, donde el terreno daba toda la ventaja al enemigo. Los bárbaros opusieron por su parte una vigorosa resistencia, en la que aunque murieron muchos, lograron quitar del medio al maestre de campo, y à otros soldados. Con tan buena ventura acaloraron mas la accion llegando à prometerse, que los restantes serian en breve victimas de su valor. El prudente Gaspar de Medina, à quien no se le ocultaba, que los bárbaros recibian nuevos refuerzos, tuvo por infalible su derrota, si con tiempo no podia en salvo las reliquias de este destacamento. Así lo hizo mandando tomar la retirada. No fue pequeña dicha poderlo verificar. Una engañosa conjuntura hizo, que los Calchaquies la tuviesen por asechanza, y no se atrevieron. Por otra parte aunque Medina mudò de ruta, buscando siempre la ménos arriesgada, se viò en grande peligro de que lo sorprendiesen mil indios, que lo espianaban de comboscada. Ya habia salvado este mal paso, quando lo descubrieron los enemigos. La suma diligencia, con que tubo que hacer, hizo inútiles todos los esfuerzos

del alcance.

Debìò segunda vez Aguirre su salud al capitán Medina en el hecho mismo de haber conservado aquel residuo de soldados con que podersele reunir. El gobernador solo se hallaba con treinta hombres en medio de un país alterado de sangre humana, y en que parecia inevitable su exterminio. Con el auxilio de Medina pudo salir de aquella tierra tan arriesgada; pero siempre con el ánimo de volver à ella y hacerla el teatro de sus conquistas. A este efecto hizo que el capitán Medina se transportase al reyno de Chile, y reclutase algunos soldados con el cebo de pingües encomiendas, que debia ofrecerles à su nombre. Medina desempeñò debidamente su comision. Veinte y dos hombres aguerridos lo siguiéron à su regreso, el que verificò trayendo tambien à su familia (a) y nueve doncellas españolas con quienes pudiesen casar los conquistadores tucumanos.

(a) *Esta se componia de su muger Doña Catalina de Castro, una hija suya, y dos hijos, D. Luis y D. Garcia de Medina.*

CAPITULO VII.

Fúndase la ciudad de san Miguel del Tucuman: entrada de Aguirre à los Comechingones: prenden los soldados al gobernador Aguirre: destierran los conjurados al capitan Medina: fundan los conjurados la ciudad de Esteco: el capitan Medina cae sobre los conjurados: el teniente Juan Gregorio Bazán atraviesa el Chaco y llega al Paraná: absuelto por la Audiencia de Charcas el gobernador Aguirre, es restituido al mando: es preso por la inquisicion de Lima: el gobierno del Tucuman es dado à D. Gerónimo Luis de Cabrera: funda la ciudad de Córdoba: llega hasta la torre de Gabato.

LA experiencia habia demostrado, que sin el establecimiento de nuevas ciudades, era imposible se dilatase el dominio español. Por el contrario, con ellas se esperaba, que los pueblos, ó contraxesen nuevas alianzas, ó en caso de resistencia experimentasen el poder de varias fuerzas armadas. El gobernador Aguirre, como tan versado en estas materias, estimò estas razones de importancia, y se decidió à levantar una poblacion en aptitud de oponerse à las irrupciones del bravo Calchaquí. Hechos los aprestos necesarios, encomendò esta noble empresa à su sobrino el capitan Diego de Villarroel. En 1565 abrió este general los fundamentos de una ciudad que intituló san Miguel del Tucuman en la falda de una áspera

Montaña y á la altura de los 28, ó 27 $\frac{1}{2}$ grados. La capitacion de los indios sumisos subió al número de diez mil, los que se repartieron en encomiendas á los vecinos pobladores.

Era ya otro el semblante de las cosas. Las convulsiones, que los bárbaros diéron poco antes á esta provincia, habian ya cesado, y si se ahorraba en igual grado el yugo de las leyes, á lo ménos el temor inclinaba las cervices. Con esta seguridad procedió Aguirre á publicar la jornada de los Comechingones, indios establecidos en el distrito de Córdoba, y donde entró á fines de 1565. Amedrentados estos bárbaros con la fama de Aguirre, lo recibieron de paz, prometiendo una sujecion que alimentaba su vanidad. Otro interes mayor entretenia la esperanza de sus soldades. De tiempo atras venia muy valida la noticia de unas tierras opulentas, situadas hacia el sudoeste, que con el nombre de Trapelanda ó de los Césares, habian inquietado inútilmente la codicia del vilgo. Los indios pasaron esta noticia á los soldados de Aguirre, cuya credulidad comunicándole un ser que no tenia, exigian esta jornada como premio de sus fatigas. Aguirre era demasiado experto para que entrase en la empresa de un bien tan imaginario. Sea su justa repulsa, sea la natural ahizez con que los tenia irritados, ó sean en fin otras causas, lo cierto es, que desde aquí quedó declarada la aversion de sus soldados, y muy dispuestos los animos á la venganza.

Diego de Heredia y Juan de Berzocara, dos honra
ff

bres denodados, tomaron de su cuenta soplar el fuego de esta sedicion, y hacer se manifestase en el momento de tener efecto. Viéronlo arribar quando volviendo el gobernador de los Comechingones, se puso en un parage llamado los altos de Aguirre. Para dar al atentado, que meditaban, un ayre de religion y de piedad, no se desquidaron los conjurados en manifestar secretamente cierto mandamiento del juez eclesiástico, en el que se hallaba decretada la prision del desgraciado Aguirre. Todo cabe en los principios absurdos de estos tiempos, y que tanto influyéron sobre la suerte política de los pueblos. Dispuestas todas las cosas, y á merced de una fraudulenta sorpresa, lo prendieron la misma noche del arribo juntamente con sus hijos. Habiendo sustituido despues otros gefes militares en lugar de los antiguos, lo conduxéron con buena guardia á la ciudad de Santiago. A consecuencia de esta atrevida accion, se apoderaron los amotinados de todo el mando. Carceles, destierros, confiscaciones, todo se puso en uso para atemorizar á los leales y afianzar la tirania.

El mérito y las virtudes del capitan Medina hacian un fuerte contraresto á esta empresa de rebelion. Ponerse en estado de no temerlo, interesaba mucho á sus autores. Ellos lo prenden, lo despojan de sus bienes y amenazan su vida, si prontamente no toma el partido del destierro. Medina logra ponerse en huida y escapar de un poder injusto sin rastros de piedad. Oculto en las tierras

de Conso, esperò allí una suerte ménos adversa. Libres los conjurados de este enemigo abrieron su proceso al gobernador. Temió Aguirre que su cabeza rodase ignominiosamente sobre un cadalso; pero sus enemigos lo destinaban à que en calidad de delinquente diese cuenta de su persona en la Audiencia de Charcas. Con una respetable escolta fuè remitido à este tribunal en 1566.

Un ànimo doloso, cuyo fin era ocultar el motivo de sus acciones y persuadir al mundo, que en esta rebellion no habia tenido parte el deseo de la venganza, sino el amor à la patria, inspirò à los conjurados el designio de levantar una nueva ciudad. A este principio debió su cuna la de Esteco, origen correspondiente à su fin tràgico. Segun parece, diòse principio à esta fundacion entrado el año de 1567 à los 26, ó 27 años de altura, sobre las màrgenes del rio Salado en un sitio enriquecido con todos los dones de la naturaleza. Un crecido número de brazos (a) en manos de quarenta pobladores activos y laboriosos llevàron muy en breve la cultura del terreno à un alto punto de prosperidad. Viéronse recoger en esta poblacion pingües cosechas de algodon, cera, miel, colores para los tintes, y otros muchos frutos estimables. La mano de obra creció en proporcion de esta abundancia.

(a) Dicen unos que treinta mil indios, y otros que ochenta mil fueron repartidos en esta poblacion.

dancia, llegando á conseguir la industria de Estreco, que le fuese tributario el lujo peruano. Estos medios de adquisicion produxéron fortunas muy rápidas. Refieren los historiadores, que sobaban las riquezas para poner á los caballos herraduras de plata, y quizá de oro. No es de admirar. Aca-so no sabemos lo que pueda un pueblo industrioso, que no conociendo aun las superfluidades, dirige sus afanes á las cosas útiles. Pero es cosa bien sabida, que las fortunas opulentas son un síntoma manifesto de la decadencia de un pueblo, quando estas son exclusivas y peculiares á unos pocos; y no lo es ménos, que las riquezas son como esos licores espirituosos, que tomados con exceso nos hacen contraer necesidades facticias, y nos conducen á la aniquilacion, quando parece que animan nuestras fuerzas. Por estas causas vino Estreco á los setenta años de edad en sumo atraso y pobreza; porque unido al lujo de los ciudadanos el duro tratamiento de los encomenderos, la despoblacion y miseria, siguiéron muy de cerca sus pasos, hasta que en el espantoso temblor del año de 1692, quedó del todo sumergida.

Volviondo á tiempos mas atrasados, vemos que los rebeldes se habian familiarizado con la violencia contra los vecinos mas honrados, y que premiando con el libertinaje á sus parciales, tenían siempre en ellos seguros ministros de su furor. La impresion de tantos males obraba con toda su eficacia en el ánimo del capitan Medina, que como teniente general de la provincia se ocupaba

de responsabilidad, á no meditar alguna empresa capaz de corregirlos. Desde el fondo de su retiro pulsó la fidelidad de algunos sujetos principales de Santiago, quienes correspondiendo á sus designios lo animaron á una acción digna de sí. Su proyecto era caer de sorpresa sobre los rebeldes y despojarlos de la autoridad usurpada. Concretadas todas las cosas, y habiéndosele asociado algunos vecinos de san Miguel, que llenos de una noble emulación deseaban tener parte en esta gloria, ejecuta su designio con tanta felicidad como valor. Entra secretamente en la ciudad: Juan Pérez de Morino, Miguel de Ardiel y Nicolás Carrizo, tres sujetos de gran séquito, se unen prontamente al libertador de la patria. El resto de los ciudadanos se apresura á seguir un tan bello ejemplo. Heredia y Bézocara gustan en su trágico fin el fruto de su alevosía, y hecho el proceso á los demás secuaces, queda restituida la provincia á su antigua tranquilidad.

La real Audiencia de Charcas, á quien Meliá dio personalmente cuenta de sus operaciones, se creyó en obligación de añadirles el sello de la autoridad. Los peligros de que se hallaba amenazada la importante vida de este vasallo, movieron también al tribunal á concederle privilegios, que decorando al mismo tiempo su persona, lo pusiesen en seguridad. En su virtud fue lícito cargar armas dobladas, traer guardia de arcabuceros, cuerda encendida y cota descubierta. Ciertos asuntos de grave consecuencia impidieron

por entònces su regreso à la provincia. La causa del gobernador Aguirre aun no se hallaba concluida. Entretanto dióse el mandò interino de ella al general Diego Pacheco. (a)

Era dotado este general de una alma noble, y desinteresada. Sus honrados procederes le ganaron en breve la afición de los pueblos. Aunque ajustado à sus instrucciones anulò la fundacion de Esteco, creyéndola con todo necesaria à reprimir las animosidades de los del Chaco, tuvo à bien crearla de nuevo en 1567; y para que su antiguo nombre no excitase ideas de rebelion siempre fatales à la fidelidad del vasallage, mandò que se llamase en adelante NUESTRA SEÑORA DE TALAVERA,

Entre sus disposiciones acertadas debe contarse la eleccion que hizo de Juan Gregorio Bazan para su lugar teniente, y capitàn à guerra en esta nueva ciudad. Las continuas hostilidades del bárbaro enemigo la habian puesto muy vecina à su destruccion. Peleando por su suerte, disipò sus temores, y se adquirió derechos à su reconocimiento. Impelido de sus alientos concibió el proyecto atrevido de atravesar el Gran Chaco. Con solo quarenta soldados que lo amaban, porque al mismo tiempo era su modelo y su bienhechor, enarboló la insignia real en esta tierra nunca tri-

(a.) Con sueldo de 4000 pesos; sus antecesores solo habian gozado 1500.

Nada de huella española. Las márgenes del Paraná lo vieron con espanto, y después de haber firmado paces ventajosas á la seguridad de la provincia, dió la vuelta sin pérdida de ningun hombre. Este hecho y otros muchos de esta clase nos pintan muy al vivo aquella enorme distancia en que nos hallamos de nuestros padres. Una empresa semejante pasaria en el dia por temeridad, porque tenemos á los bárbaros el temor que ántes nos tenían ellos. Las causas morales de esta diversidad son bien patentes. Las costumbres simples y duras de nuestros antepasados, su extrema frugalidad, para cuyo contentamiento todo bastaba, el mérito de la guerra de que hacian profesion, y en fin el hábito de afrontar á la muerte y hacerse una diversion de los peligros, todas estas causas se encuentran sustituidas por la blandura, el lujo, la intemperancia y el reposo. ¿Que extraño es se haya apagado el valor en la sangre de los ciudadanos?

Las noticias adquiridas por Bazán y su gente, avisaron el deseo de adelantar la conquista hacia la parte del Chaco. Este era el objeto que ocupaba las atenciones de Pacheco, quando la vuelta de Aguirre puso un término á sus proyectos. Absuelto de sus cargos este gobernador, fué reintegrado en sus empleos. Proceder nada cuerdo que condena la política, poner la suerte de muchos súbditos en manos de la venganza. El suceso acreditó esta máxima. Que se imaginen unos pueblos agitados de la discordia, y donde el odio del

que manda justifica las proscriptciones: este es el espectáculo que presenta esta provincia. Pero Aguirre debió advertir, que el poder mas legítimo ejercido con barbaridad, es muchas veces funesto igualmente al opresor que al oprimido. Los mismos medios que empleó para infundir terror en los ánimos, los induxo á prevenir los peligros y los efectos de su rigor: unidos de intencion muchos vecinos suscitaron especies mal relvidadas sobre materias en que incauto se habia entrometido Aguirre. Pertenecian algunas de estas al fuero del santo oficio establecido en Lima; quien oídas las delaciones, decretó su prision. Fué auxiliada esta providencia por el virrey D. Francisco de Toledo; mandando en lugar de Aguirre al gobernador Diego de Arana.

Entró este á la provincia el año de 1570. No bien puso el pie en élla, quando manifestó su disgusto. Contento con executar el arresto, hizo dimision del mando y dió la vuelta á Lima llevando consigo al reo. Hay fundamento para creer, que fué absuelto de sus cargos: pues parece, que á no haberse anticipado su muerte, hubiera obtenido el gobierno de Chile, á que tres años después lo destinaba el Señor D. Felipe II. Arana encomendó la provincia á Nicolas Carriso á solicitud del benemérito Ardiles, que con noble desinterés resistió entrar en el mando, aunque nombrado interinamente por el virrey.

Todo el bien que se logró en estos gobiernos momentaneos y precarios, fué haberse manda-

tráse la provincia en paz y tranquilidad. Por lo demás, la conquista no había adquirido progreso alguno. Estaba reservada esta gloria al inmortal D. Gerónimo Luis de Cabrera. Nobleza de sangre, inclinaciones marciales, valor heroico, amor de la gloria y de la patria, bondad generosa, franqueza de trato, pocas eran las dotes que formaban su carácter, y las que le hacían digno de gobernar á sus semejantes. Conoció desde luego el virrey D. Francisco Toledo, reconocido apreciador del mérito, quien ponía su gracia singular en su género de conducta en propiedad de su gobierno. La fama de Cabrera hizo que se le uniesen algunos sujetos principales, que habían militado con buen crédito en la conquista del reino. Entre muchas aclamaciones bien merecidas, ganó posesión de su gobierno el año de 1575.

La paz, de que los bárbaros habían cenado gozar á la provincia, no tanto era un efecto de su docilidad, quanto de su temor. Quisieran romper sus cadenas, pero se azeaban á romperlas con las espadas. En esta duda prevaleció el temor de perder las vidas. Los Helots, los de Bilipica y los de Caligasta volvieron sucesivamente al teatro de la guerra. Cabrera como capitán experimentado los venció á todos, y radicó la subordinación. Nada era visto en su estimación; sino añadía nuevas conquistas á las de su predecesor. La provincia de los Comchingones hacia tiempo que era el objeto de sus miras políticas y guerreras; porque á propósito con ella un reino á su gloria espere.

la estrechar por esta parte la comunicacion de los dos mundos. El se propuso fundar en ella una nueva ciudad, y lo verificó en 6 de julio de 1573 abriendo los cimientos á esta ciudad de Cordova, sin disputa la mas célebre del Tucumán.

Un deseo de engrandecer esta obra de sus manos hizo que se apresurase á darle una vasta jurisdiccion territorial sobre muchos pueblos adyacentes. Con este objeto, despues de haber considerado un buen baluarte en el Pacará para defensa de la poblacion, que por entónces le era vecina, alargó sus descubrimientos hasta las márgenes del rio de la Plata. La torre de Gaboto le ofreció un puerto ventajoso á sus ideas. Cabrera no se detuvo en demarcarlo, adjudicándolo á su Cordova con veinte y cinco leguas á una y otra parte de sus costados, y todas las islas que el rio forma por alli.

No lo hizo esto sin alguna oposicion de los naturales. Los Timbaca, ya sobre las armas para contener los progresos del Capitan Juan de Garay, fundador de santa Fé, las volvieron contra Cabrera. El militar denuevo con que fueron desbaratados, les hizo conocer á los bárbaros, que todos los españoles eran malos. A este encuentro sucedió la contienda sobre limites territoriales, que dejamos apuntada en el capitulo IV.

Cabrera dió la vuelta, no para gozar en un ocio tranquilo el fruto de sus conquistas, sino para entregarse á nuevos cuidados, tan gloriosos

de su matanza; osmo útiles al estado. Teniendo siempre consigo muchos valerosos capitanes; pero principalmente á D. Lorenzo Suarez de Figueroa, Tristan de Texeda y Miguel de Ardiiles, cuyos hombres vivirán eternamente en los fastos del Tucuman, hizo cortar la cerviz á mas de quatro mil barbaros, que reconocieron el vasallage.

CAPITULO VIII

Funda el Adelantado Zárate la ciudad de san Salvador: crueldades de los indios: conspiración contra Zárate: entra éste á la Asunción: su muerte: gobierna interinamente Mendieta: Juan Torres de Vera le sucede en propiedad: excesos de Mendieta: su muerte: gobierno interino de Juan de Garay: fundacion de Villa-Rica.

DEXAMOS al general Juan de Garay triunfante de los Charrúas en visperas de fundarse la ciudad de san Salvador sobre las margenes del Uruguay. Melgarejo que se le unió poco despues y que supo todas las circunstancias de este feliz acontecimiento, llevó estas buenas noticias al Adelantado Zárate, que aun subsistia con su gente en la isla de Martin Garcia. El Adelantado las recibió con todo aquel placer que sucede á la turbacion del miedo. Con la prontitud posible se trasladó al Uruguay, y dió principio á la ciudad proyectada. Por una vanidad disimulable ha-

acostumbrado los conquistadores dezer algunas veces a la posteridad en dos nombres de las provincias conquistadas una memoria de sus acciones: Zúrate sin haberlos batido en el valor, los imitó en la vanagloria. Después de haber dado fuego a la ciudad de san Salvador, decretó que la plaza se llamara, dexado su antiguo nombre, del río de la Plata, tomase en adelante el de la NUEVA VIZCAYA, de quien traía su origen. Fué poco dichosa esta ambicion, porque mas equitativo el pueblo no quiso adjudicar esta gloria a quien meremos la merced, y prefirió conservar el que se hallaba afianzado con una prescripcion de medio siglo.

Si bien las pasadas derrotas de los bárbaros los hicieron mas cautos, no mas amigos. El furor que no pudieron descargar en nuestras tropas lo descargaron en nuestros cautivos. Espanta la imaginacion la pintura de estas crueldades. Hombres mutilados de pies y manos; puestos otros en blanco a las saetas, aquellos empalados, estos enterados con vida, cuerpos palpitando en las arenas y miembros esparcidos por todas partes, este es el espectáculo que abrió la rabia de los bárbaros, y el que nunca presentará la historia, sin que gima la humanidad.

No eran estas escenas espantosas las miras que hacian deplorable la suerte de los españoles. Un infeliz gusto de autoridad arbitraria, que era todo el fondo del gobierno de Zúrate, elevaba la tiranía a los extremos. No contentos el Adu-

Intimidado con haber aumentado el odio de los barberos, negándose al rescate del hijo del Caayú, cadaque Guarani, à pesar de la mediacion de Garay, parece que se habia propuesto enagenarse las voluntades de los suyos con todos los ultrajes de un duro despotismo. Facilmente lo consiguió, llevando el odio público à desear hiciese número entre los muertos, quien tan poco aprecio hacia de los vivos. El vicario Trexo, por un efecto de esta aversion comun, consintió en el atentado de proceder à su captura y remitirlo à España con el proceso de sus desafueros. Se habia ya perdido el miedo à este género de desacatos, sin mas razon que hallarse multiplicados. Pero tuvo el vicario la infelicidad de caer en el mismo lazo que tendia à su contrario, porque advertido Zárate de la conspiracion, se aseguró de su persona.

Este era el estado de las cosas quando llegó de la Asuncion el socorro, en cuya solicitud habia partido el general Juan de Garay, quien de regreso se quedó en santa Fé. No esperaba mas el Adelantado que este auxilio para dirigirse à la capital. En efecto, puesta su marcha en execucion llegó à ella acompañado del vicario Trexo, à quien entregó al provisor capitular. Exigia la prudencia dirigir sus primeros pasos à la luz de un ojo observativo, dexando à la ocasion el remedio de los males que advirtiese Zárate estaba muy distante de este cuerdo manejo. Lleno de vanidad, y conociendo poco el verdadero arte de gobernar,

con mas anhelo por dominar à los hombres ; que por hacerlos felices , manifestó desde su entrada las pequenezes de su espiritu. No bien puso el pie en la Asuncion , quando recindió las mercedes , que habia hecho el teniente Martin Suarez de Toledo , y dió por nula su eleccion. No era necesario mas para que desabriese à todos , y se cargase con el odio de muchos pudientes ; pero hizo mas aborrecido su poder , quando por sus planes quiméricos de reforma introduxo la confusion en la provincia. Adviertan los zeladores del bien público , que pueden llegar à ser los perturbadores de su reposo siempre que traspassen los justos limites.

No faltaron personas juiciosas , que le representasen las consecuencias de su zelo immoderado ; pero nada fué bastante à contenerlo ; porque no habia consejo por sabio que fuese , que no lo reputase inferior à sus alcances. Con esta conducta imprudente iba echando el colmo à la aversion comun , y tocaba bien cerca el momento de su castigo. Llegò este luego que advirtió Zárate que aborrecido casi de todos , y hecho el objeto de la exêcracion pública , se hallaba amenazada su vida al rededor de unos súbditos enconados , y nocivos. El flaco y presumuoso Adelantado no pudo sostener este golpe de calamidad , sin dexarse poseer de una tristeza que abrevió la carrera de sus dias , y lo llevó al sepulcro. Murió Zárate el año de 1575. Hubiera parecido digno del mando , si no hubiese mandado ; siendo cierto , que en el

estado de una condicion privada dexò concebir una esperanza que desmintió en la publica.

Antes de morir Zárate pidió perdon de sus yerros. Su eleccion para el gobierno interino en su sobrino Diego de Mendieta liciera dudar de su arrepentimiento, sino supieramos que fué fruto de la extorsion. Era Mendieta uno de esos monstruos formados de los vicios mas infames. Por fortuna enmendò la eleccion del tio, corriendo apresuradamente à su ruina, como verèmos poco despues. Por lo que hace à la propiedad del Adelantazgo dispuso Zárate recayese en quien casase con su hija, Doña Juana Ortiz de Zárate, que residia en Chuquisaca. El capitan Juan de Garay, uno de los executores testamentarios, partiò con diligencia al Perú, y diò noticia de este suceso à la heredera. Fuèron varios los sugetos de calidad, que aspiràron à su mano, pero ella prefirió al Licenciado Juan Torres de Vera, ministro togado de aquella Audiencia, sugeto que supo unir la profesion militar à las tareas pacificas del senado. Por honrados que fuesen estos enlaces, no dexaron de sufrir terribles contradicciones.

La mano de Doña Juana la destinaba el virey de Lima, D. Francisco de Toledo, à otro ahijado suyo, cuyos servicios queria remunerar. La inclinacion de los consortes burló estas miras de interes; pero los expuso à las venganzas de un poder tan autorizado. El Adelantado Torres de Vera fué conducido preso à Lima, en cuya desgracia hubiera sido envuelto Garay à no haberse

puesto en salvo, tomando la provincia con los poderes de Vera. Aunque pasando mucho tiempo volvió á ocupar este su plaza de oidor, mientras la corte decidia sobre su entrada al rio de la Plata. Tuvo tambien aqui que purgarse de los cargos, de que en consorcio de otros ministros fué acusado ante un visitador. Estos azarosos contratiempos retardaron la posesion de su adelantazgo hasta el año de 1581.

El orden de la historia pide una ojeada sobre el interno gobierno de Mendieta. A la verdad, no es fácil concebir tanta depravacion en los quatro lustros de que apenas se componia su edad. El poder de que se vió revestido, sólo parecia haberlo aceptado para ponerse en disposicion de consumir sus delitos. Leyes, costumbres, humanidad, razon, todo es ultrajado hasta al exceso. El comienza su gobierno por alejar de su lado al prudente Martin Duvé, cuyos consejos (segun las disposiciones de Zárate) debia respetar como leyes. A los consejos de Duvé substituyó los de otros libertinos, que incesando sus caprichos merecieron su acogida. Siempre agitado de desconfianzas y terrores persiguió á los hombres de mérito. Quatro vecinos principales ennoblecieron los calabozos sin mas delito que ser justos. Otras cabezas ilustres fueron condenadas á vexaciones tiránicas en fuerza de las menores sospechas. Su crueldad llegó al exceso de multiplicar los suplicios, y de bañarse en sangre de muchos inocentes. Pero al fin, fueran tolerables estas escenas espantosas, si al

sacrificio de las vidas, no hubiese snadido el del honor. Siendo como era la lascivia una de sus pasiones dominantes hizo servir à sus apetitos todo lo que el decoro, la decencia y la honestidad tienen de mas respetable, sin perdonar edad ni estado. Valiase muchas veces de la fuerza, y executaba el delito à pesar de la resistencia, gustando entónces el placer de unir en una misma accion la sensualidad y la venganza. Las prisiones, los destierros, y aun las muertes comprehendieron no pocas veces à los que podian servir de estorbo, ò reclamar el agravio.

Causa espanto que unos españoles tan poco acostumbrados à sufrir menores desacatos, pudiesen tolerar los de un impio abiertamente descarriado. Sin duda permitia Dios esta calamidad para expiar los delitos públicos: pues lo cierto es, que tenia determinado arrojar el azote al fuego quando lo hubiese conseguido. Acercóse este feliz momento, luego que resolviéndose Mendieta à pasar al Perú, toco en su tránsito la ciudad de Santa Fe. Un impulso de su natural altivez lo estreñó aqui contra el teniente Francisco Sierra, à quien en sus palabras ofensivas le hizo sentir toda la ferocidad de su alma. Aun no satisfecho de este ultraje, parece que intentaba apaciguar con la vida de este sus enojos. Juzga el prudente Sierra, que prevenia el golpe ganando asilo; pero lo engaña su confianza, porque Mendieta lo prende en el lugar santo, y lo lleva como víctima al suplicio. El pueblo se conmueve; la escena se cam-

lia. El perseguidor de Sierra es perseguido finalmente su casa. Tiene ser abrasado en ella, y obtiene por misericordia la vida à condition de abdicar el mando. Fórmasele su proceso, y es remitido à España; pero habiendo conseguido corromper al piloto de la embarcacion, viene de arriba da à san Vicente, cuyo gobernador se le aficiona, hasta prometerle à su hija en matrimonio, y darle auxilios para recuperar su gobierno.

Este golpe de felicidad volvió la respiracion à Mendieta, pero no el juicio: habia empezado ya à formarse la cadena de sus infortunios, y estaba decretado que llegase al último eslabon. Veamos como el mismo se lo labra. Partió Mendieta de san Vicente en la misma carabela que lo conduxo, trayéndose consigo soldados, pertrechos y buenas esperanzas. El carácter indomable de esta fiera, lo alejaba de la política, que sabe contemperizar con aquellos de quien depende. En la prosperidad à nadie perdonaba, y se hacia de sus propios aliados otros tantos enemigos. No bien la embarcacion habia desplegado las velas, quando él soltó las de su arrogancia y altivez. Desprecios y baldones à la gente era la moneda con que parecia haberla asalariado. Pesábales à todos haber dado su proteccion à un esturdimado, y discursian ya tomar de nuevo el Brasil, quando una tempestad los arrojó à tierra de Caribes. La servicia de Mendieta en todas partes hallaba materia de que nutrirse. Los indios fueron tratados con crueldad, y no menos los que no lo eran.

A un soldado suyo y á un mestizo mandó aquí desquartizar. Estos excesos criminales, que salíen de la esfera de las cosas comunes, al fin amotinaron la paciencia del piloto y los demás. Puestos de comun consentimiento resolvieron acabar con este monstruo, autor de tantas desdichas. En efecto, al silencio de una noche, en que aprontados todos se hallaban á bordo de la embarcacion, tomaron en secreto la vela, dexando en tierra á Mendieta con siete compañeros de su faccion. Los barbaros no deseaban otra cosa, que vengar sus ultrajes. Acometiéndoles de tropel les diéron muerte, y se los comieron casi á vista de la carabela.

La colonia de san Salvador habia estado desatendida, así por la muerte de Zárate, como por los disturbios de Mendieta. En esta especie de desamparo no era posible subsistir temiendo siempre á la vista un enemigo tan implacable como el Charrúa, siempre sediento de sangre española. Las justas inquietudes, que inspiraba á los vecinos tan triste estado, los obligaron á desalojarlo, y refugiarse á la Asuncion en 1576.

La muerte de Mendieta, y aun mas la veneracion á la persona del teniente general, Juan de Garay, le allanaron los caminos al exercicio de su cargo. De santa Fè partió á la Asuncion todo ocupado de pensamientos útiles con que deseaba recomendar su generalato. Como diestro político convirvió sus desvelos al acrecentamiento de la provincia, y tomando consejo de las personas mas

expertas, resolvió dar principio á una nueva población. El anciano Ruiz Diaz Melgarejo, que con importantes servicios habia reparado sus pasadas inobediencias, se hizo cargo de esta empresa. Desempeñóla lleno de actividad y zelo, habiendo fundado en el mismo año de 1575 á Villa Rica del Espiritu Santo (a). La fama de guerrero que en el largo periodo de casi cuarenta años se habia adquirido, fué la mejor muralla que le puso. No hubo enemigo comarcano á quien no desarmase el terror de su nombre.

(a) *La primera fundacion de esta Villa fué en un campo abierto á dos leguas del Paraná. Despues se trasladó sobre el rio Huibay. Por los años de 632 la asalaron los Mamelucos.*

CAPITULO IX.

Delirios de Oberà : Juan de Garay sale contra él : certímen singular de dos indios contra dos españoles : crueldad de Tapuyguasù : congreso de los indios : sorprende Garay à los Tapuynuris : duelo de Curemò y Urambià : victoria de Garay contra los secuaces de Oberà : fundacion de Santiago de Xerez.

No es cosa nueva que el espíritu de secta perturbe el órden público de una sociedad à un mismo tiempo civil y religiosa. Un cacique Guaraní por carácter tan inquieto , como ambicioso , es el novador que empieza à dogmatizar , y à hacerse partidarios en estas partes. Llamábase Oberà , que quiere decir RESPLANDOR ; y aunque éste era de solo nombre , bastó para deslumbrar primero à él , y despues à muchos. Favorecian los designios de Oberà las negligencias de un párroco idiota hasta la irregularidad. Este era un tal Martín Gonzalez , cuyas explicaciones absurdas sobre los dogmas mas sublimes y las verdades mas abstractas de la fè sólo servian à engrosar la nube que los encubre , y à ocasionar nuevos errores. A sombras de esta guia perniciosa tuvo Oberà el sacrilego atrevimiento de atribuirse las principales circunstancias del Mesias , preconizándose por salvador de la nacion Guaraní.

Serviase de la màgica , que en los demas corria con crédito : daba libertad para vivir à las leyes del antojo , y prometia arruinar el poder es-

pañol, valiéndose de un oculto cometa poco antes visto, que decia tener reservado à su furor. Con tan halagüeñas esperanzas no es mucho hiciese gustar sus disvarios à unas almas espesas y amantes de la novedad. Casi toda la provincia quedó sublevada y hecha presa de sus prestigios. Retirado el impostor hacia el Paraná con un gran séquito, recibia los honores divinos entre el incienso de las mas torpes sensualidades, que se permitia à sí y à sus adoradores.

Nada era mas esencial en este tiempo de turbulencia, que pensar seriamente en los medios de restablecer la calma interior. Tratò de poner remedio el valeroso Juan de Garay, quicu con ciento y treinta soldados escogidos vino à acampar en el origen del rio Ipaná; no tanto por debelar con el rebelde, quanto por impedirle los socorros. No bien los españoles habian hecho su asiento, quando vieron salir de un bosque dos indios de gallarda presencia. Eran vasallos del cacique Tapuyguasú: llamábanse Pitum y Corasi: venian desnudos, y sin otra arma que el dardo que empuñaban. La sorpresa de los españoles fué mayor quando advirtieron, que acercándose à una distancia proporcionada, desafiaron à los mas valientes con la ventaja de que sabiesen dos contra uno, y con armas dobladas. Espelunca y Juan Fernandez de Enciso, dos españoles de igual brio, que intrepidez, no hicieron mas que mirarse, y como si con ellos solos hablase el desafío, tomaron sus espadas, y se presentaron al

combate. Pitum fué el primero, que entregado todo á su cólera, embistió á Enciso tan arrogante, que á no ser él, qualquier otro hubiera sucumbido. El bárbaro se linsonjeaba de la victoria; quando veía, que transpasada por varias partes la rodela de su contrario se hallaba ménos á cubierto de sus tiros. Enciso dispó en breve esta esperanza mal concebida.

A los primeros golpes de un brazo tan esforzado perdió Pitum su dardo, y recibió en el vientre una herida muy peligrosa. No desmayó con todo, ántes bien mas inflamado que nunca se arrojó sobre Enciso con un valor precipitado. Valiéndole á este su destreza y presencia de espíritu; pues á beneficio de otro golpe le echó una mano á tierra, y le dexó fuera del combate. Espeluca por su parte no se desempeñaba con menor aliento. Es verdad, que Corasi ganó sobre él la ventaja de haberlo derribado al primer bote de su dardo; pero tambien lo es, que apoyado en las rodillas, se reparó con prontitud, y pudo llevarle una mexilla en los filos de su espada. En vano el bárbaro se defendia con valor; la diligencia de Espeluca debilitaba sus fuerzas por momentos. Cayó en fin de ánimo; y viendo que Pitum volvía la espalda, le imitó tan pronto en la fuga, como le habia imitado en la arrogancia.

Los dos bárbaros se retiraron á su campo llenos de aquel asombro, que es el tributo del valor heroico. Fuese por hacer justicia al mérito, ó por decorar su propio vencimiento, no cesa-

han de enzalzar la valentia de sus contrarios. Ofendieron sobremanera estos elogios la fiera altivez de Tapuyguasù. Él no vió en ellos, sino la expresion de la cobardia, y una contagiosa semilla de desalientos. Imbuido en estos conceptos se creyó en obligacion de ser cruel por el interes de la causa. Los desgraeciados Pitum y Corasi fueron inhumanamente condenados à que purgasen en una hoguera el descrédito de su nacion.

No estaba Tapuyguasù tan adherido al impostor Oberà, que no le fuese dudoso el partido de su eleccion. A fin de formar sus juicios por medio del exàmen mas maduro, deliberó juntar sus capitanes, y oir lo que dictase la edad y la experiencia. En este congreso militar tomó la palabra y habló así: " los negocios que à todos interesan, no es justo se manejen por uno solo. Trátase en el dia de recuperar la libertad que perdimos; y por élla claman así el crédito de nuestro antiguo predominio, como otros bienes que no podemos renunciar. Oberà, que se intitula hijo de Dios, promete con mano poderosa redimirnos. Si le fuera tan fácil el cumplirlo como es el prometerlo, tengo por cierto que ninguno de vosotros soria tan enemigo de si mismo, que rehusase seguirlo; pero como, segun alcanzo, para sostener esta conducta, es necesario prepararnos à todas las calamidades de la guerra, deseo medigais vuestro parecer entre reunirnos con Oberà, ó ratificar con los españoles nuestra alianza."

Acabando de razonar Tapuyguasù, mandó que

hablase el viejo capitán Urambia, de cuyas largas experiencias se prometia diese mucha luz à la asamblea. Rehusòlo al principio por modestia, pero obligado de su cacique se produjo en esta forma: "han llegado à mis oidos las promesas de ese nuevo dios Oberà; mas ni las veo confirmadas con prodigios, ni sus obras exceden las comunes. Por todas partes busca secuaces que cooperen à sus designios; pero si es Dios ¿qué necesita de los hombres? De que infiero, ò que no es lo que nos anuncia, ò que es una divinidad muy cobarde, de quien nada tenemos que esperar, ni que temer. Esto supuesto, nadie puede dudar, que en caso de rompimiento debemos apelar à nuestras fuerzas. ¿Y que son estas para resistir al español? Por grandes que ellas sean à sola su presencia un secreto encanto las cnerva, y siempre queda vencedor. Los españoles tienen la proteccion del cielo: huir su sujecion, es resistir à nuestro destino. Mi parecer es, que se les reciba de paz, y se abandone al engañador."

Pareció duro à la asamblea este razonamiento; pero el respeto à las canas de Urambia la hizo enmudecer. Con todo, Curemò, que le era igual en años, aunque superior en ardimiento, no pudo tolerar un discurso que abatia su altivez. Lleno de enojo se salió de la junta, y habiendo recogido sus hijos y mugeres, se retiró à una laguna. Tapuyguasù contravo à los demas, y queria oir sus pareceres; pero por dictàmen del es-

forzado capitán Bern, quedó la discusion en sus

penso hasta que volviese Caremó. Convocado éste, vino solo, despues de haber juramentado á sus hijos que defenderían aquel puesto hasta vencer ó morir. A pesar de un largo debate, prevaleció por fin el voto del prudente Uranbia.

En consecuencia de este acuerdo se le despacharon á Garay mensajeros de paz, la que aceptó con tanto mayor gusto, quanto ménos la esperaba; y trasladó su campo al pueblo de Tapuyguasú. El capitán Caremó era un bárbaro de genio muy fogoso á quien ninguna empresa acobardaba; pero al mismo tiempo de una disimulación artificiosa con que sabia hacerse impenetrable. Su situacion era delicada. La osada libertad, con que poco ántes habia manifestado su odio al español, lo ponía en gran peligro de atraerle su indignacion. Para eludir este mal paso, sirvióse de su politica con mucha habilidad. Quando los mas del pueblo se retiraron amedrentados al acercarse los españoles, él les hizo las demostraciones mas generosas con que sabe explicarse la amistad. Llevando siempre adelante su engañosa benevolencia, persuadió eficazmente á Garay, pasase el rio Yaguari, y destruyese los reclutas con que pretendía unirse á Oberá el cacique Tamuymari. Esta era una bateria que fraudulentamente levantaba á este cacique su capital enemigo; y al mismo tiempo un arbitrio de salir del sobresalto que su conducta le causaba. Así creyó haber satisfecho su odio y su temor.

Nada de esto advirtió Garay. Los ánimos mas

nobles son mas faciles de seducir. Una mañana al amanecer sorprendió á los Tapuymiris con tan sangriento estrago, que apenas quedó vida que el hierro no cortase. Otros tres pueblos inmediatos fueron envueltos en la misma catástrofe, sin que la espada perdonase edad ni sexo. Quizá los españoles cansados de matar dexaron con vida quinientos bárbaros que reservaron al cautiverio. Despues de esta sangrienta execucion volvió Garay al pueblo de Tapuyguasú, donde fué recibido entre mil festivas aclamaciones. Aplausos insensatos, que mas de una vez han hecho nacer en los conquistadores el funesto daseo de ser crueles á fin de merecerlos. Seguramente en ellos no tuvo parte Urambia. Llenos de aquellos sentimientos generosos de un viejo para quien todo le era indiferente, ménos la virtud, y sabiendo que los Tapuymiris no eran cómplices en el delito imputado, le dió en rostro á Cüremó con su maldad. Aquí conoció Garay su engaño; y debió conocer tambien, que hubiera sido mas avertado portarse con los bárbaros tan humano, que en caso de ser traidores les pesase haberlo sido.

No disimuló Cüremó la libertad de Urambia. Temiendo ser descubierto lo desmintió á presencia de todos. Este agravio dió sobrada materia á una porfiada contienda, la que resolvieron los dos viejos decidirla por las armas. Conforme á las leyes del duelo se emplazaron para aquella tarde, en que con solo dardo y macana entrarían en palestra á presencia de todo el pueblo.

apadrinado Urambia de Urambieta, y Curemó de Niamtombia. En la intrepidez con que ámbos se acometieron, no parecia, sino que cada uno recogia los últimos restos de unas fuerzas perdidas para morir con honra. Urambia quebró el dardo á Curemó, pero echando éste mano á la macana se defendia con valor. Causaba lástima ver las heridas de dos ancianos empeñados en destruirse. Despartiéronlos en fin los padrinos y decidieron los jueces, que aunque ninguno habia vencido, ambos eran dignos de la victoria. Por los nuevos informes que recogió Garay se ratificó en el concepto de que Urambia defendia el partido de la verdad. Quisiera que el valiente Curemó pagase con su vida la de tantos inocentes, que habia sacrificado á sus venganzas; pero en un tiempo en que tanto necesitaba la aficion de aquel pueblo, se contentó con reprehenderlo agriamente haciéndole concebir el precio de su clemencia. En seguida dió la libertad á los cautivos, con cuya accion honró tambien el valor de Urambia.

El cacique Guayracá, á quien Oberá habia confiado el mando de sus tropas, se hallaba acantonado en el Ipanente. Jamas plaza de armas en esta conquista se encontró mas artificioosamente preparada. Torreones, fosos, trincheras, nada se omitió de quanto podia hacerla inexpugnable. La guarnicion era numerosa, tomada de la flor de los Guaraníes, y comandada por los gefes de mas reputacion. Un sacrificio de una ternera que dedicaron á Oberá, y cuyas cenizas esparcieron por

el ayre (como lo habian de ser las de los españoles) se tuvo por presagio infalible de aquel su nùmen tutelar.

Garay volvió sus armas contra esta fortaleza, y en breve experimentaron los bárbaros las tristes consecuencias de su engaño. Ellos esperaban ser testigos de aquel desaliento en nuestras tropas, que segun las predicciones de Oberà, debia ser como el preludio de la victoria, y en su lugar sólo veian el valor mas acalorado. Tardaba demasiado la asistencia del dios Oberà, y era preciso que así fuese; porque mirando por sí mismo, desapareció secretamente para no volver à parecer mas. Burlada esa confianza orgullosa de los bárbaros, ya no trataron de defender la plaza, sino de salvar sus vidas en una fuga precipitada. Ni aun este triste recurso les fué útil; porque los españoles les ganaron los pasos. El imbécil Guayracà, sin talentos para restablecer el orden de sus tropas, ni reanimar los ánimos abatidos, fué el primero que los abandonó à su desesperacion, y se refugió à la concavidad de un grueso tronco, desde donde espiaba los sucesos de aquella tràgica accion. La vista de Garay lo induxo à la bizarra empresa de arrojarle una saeta asesina, prometiéndose que con su muerte daria un nuevo aspecto à la refriega. Anduvo tan neciamente incauto, que creyendo haber logrado el tiro, cantò la victoria fuera de tiempo. Garay no recibió lesion alguna, y él quedó descubierto. Un arcabuzaso que le tirò el valiente Enciso, le

lino pagar tan poca temeridad. Esta fué la ocasión en que Yagotati, indio bravo y esforzado, se arrojó por lo mas espeso del campo español, guiado sólo de su corage y desesperacion. Hirió algunos soldados; pero Martin de Vahlerrama y Juan de Osuna detuvieron su furor. Viéndose el bárbaro tan acosado, que le era forzoso el rendirse, no quiso sobrevivir á esta afrenta; y metiéndose el dardo por el pecho, quedó allí muerto. A imitacion de Garay distinguieron su valor muchos soldados españoles, á cuyo esfuerzo se debió una completa victoria, con que se hicieron memorables los fines del año de 1579.

Libre Garay de los cuidados de la guerra, aplicó sus desvelos al importante objeto de nuevas poblaciones. En 1580 partió de la Asuncion el anciano Ruiz Diaz Melgarejo, con sesenta soldados escogidos, y fundó la ciudad de Santiago de Xerez sobre las márgenes del Mbotetey, que se reúne al del Paraguay. Esta poblacion ya no

CAPITULO XI.

D. Gonzalo de Abreu succede à D. Gerónimo Luis de Cabrera : prision de éste y su muerte : origen de esta crueldad : mal suceso de Abreu en Cálchaquí : pretendiendo descubrir el lugar de los Césares : levantamiento de los indios en san Miguel del Tucuman.

LA tierra florece ó cria abrojos baxo las plantas de quien las gobierna. La provincia del Tucuman à nadie tenia que envidiar, estando à su frente D. Gerónimo Luis de Cabrera. Siempre contraído à promover su felicidad, hallaba su descanso en mudar de ocupacion. Libre de los cuidados de la guerra por el sosiego de los barbaros, deliberaba dar fomentos al Capitan Pedro de Zárate, quien debia restablecer la ciudad de Nueva en el valle de Jujui. Estos y otros pesamientos entretenian su amor al público ; quando se vieron disipados por la mudanza del gobierno. A los pocos años de su advenimiento al mando, tuvo por sucesor à D. Gonzalo Abreu, y Figueroa. Pasando los gobiernos de mano en mano, pocas veces experimentan un trastorno tan completo de su fortuna, como en esta ocasion. Era Abreu un tirano à prueba de los más vivos remordimientos ; y aun se formaba un placer de sus mismas crueldades.

Aun no habia tomado posesion de su gobierno, quando ya se proponia ensayar sus iras con el inmortal Cabrera. Pero era preciso encontrarle de-

litos, y este era el lado por donde este gran hombre era invulnerable. Para los ojos de Abreu su propio mérito hacia su crimen capital. Con todo, en la necesidad de imputarle otro, fingió que la provincia estaba alzada. A fin de darle un ayre de verdad à esta grosera calumnia, hizo su primera entrada à son de guerra, y con aparato militar. No pudo ménos de ofender à todos un proceder que hacia cómplices à los vasallos mas leales. Esto dió mérito à Martin, Moreno vecino de Santiago, para que acercándose à uno de la comitiva le dixese: "amigo ¿entrando à vuestra casa entraís de esta manera? O aquí somos traidores, ó vosotros lo sois."

Con un despotismo, que asustaba à los ciudadanos, pasó Abreu al ayuntamiento y se hizo recibir violentamente en 1574. La acedia de su corazon contra Cabrera lo executaba à ciertas tropelías abiertamente contrarias à todas las leyes de la equidad. El mismo dia de su recibimiento mandò seqüestrar los bienes que tenía en Santiago, y dexó escapar expresiones que indicaban ánimo de prenderlo. Los santiagueños murmuraban abiertamente de una conducta tan osada. No faltó quien le representase, que Cabrera era un fiel servidor del rey, y que tomando el partido de la moderacion lo luciese comparecer en su presencia; pues esto sólo le costaria una palabra, y le ahorraria un delito. Miró Abreu con desprecio estas razones bien concertadas. A los tres dias siguientes se puso en marcha para Cordova sin

emitir diligencia de sorprender à su antecesor. Habiendo éste tenido noticia de su arribo, se anticipó à recibirlo con todas las atenciones que pedia la urbanidad. Nada bastó à docilitar esta alma feroz. Inmediatamente lo mandó prender y conducir à Santiago; donde, formado un iniquo proceso, fue luego decapitado. Hecho increíble sino lo atestiguara la verdad de la historia.

Discurriendo los escritores sobre el origen de este odio tan envenenado, no se le encuentra otro, que la sugestión de dos órdenes de Charcas. Habian estos tentado inútilmente la lealtad de Cabrera en asuntos del real servicio. Su suerte pendia ya de sus manos. El medio de conservarla era sacrificarlo à su seguridad. Para esto se valiéron de Abreu, quien no pudo sostener la gloria de haberse suplicado, sin verse emponzoñado de ella. Los descendientes de Cabrera no deben dolerse de una afrenta cuya causa es tan honrosa.

Después de un crimen tan detestable executado à sangre fria, perdió Abreu el corazon de los hombres de bien. Esquivados estos de su trato, se entregó à los consejos de los mas viles y perdidos, en quienes estaba cierto tenia ministros de sus maldades. Rapacidades las mas soeces, prisiones las mas crueles, tormentos los mas inhumanos, muertes las mas injustas, estos eran los espectáculos que daba à su bárbaro placer. Viéndose muchos ciudadanos próximos à una desgracia, la evitáron con la fuga.

Importaba mucho al gobernador sepultar en las

tinieblas unos delitos tan atroces. Él se resolvió á ejecutarlo por todos los recursos del crimen. No sólo interceptó la correspondencia, sino que á fin de obstruir todas las vías, puso á Córdoba dos dedos distante de su ruina, y aniquiló la poblacion de Zárate en el valle de Jujuy, sacando de ellas su principal defensa. Los años de 1575 y 76 fueron para la provincia los de su rigurosa prueba.

Aun no satisfecho Abreu de estas medidas, quiso divertir las miras de los pobladores hacia otro objeto que lo alejaba del peligro. Los principales vecinos de las quatro ciudades se hallaron convocados para la jornada de Linlin y conquista de Calchaquí. Antes de mover Abreu todo su ejército resolvió registrar el valle por sí mismo. Costóle bien cara la tentativa; porque estimulados los Calchaquíes de su envejecido enojo, le embistiéron con tanta furia, que le mataron treinta y quatro soldados, y lo pusieron en términos de perecer. Debíó salir con vida al socorro de Hernán Mexía de Mirabal. La expedición de Calchaquí no tuvo efecto. Puesto Abreu en el río de Siancas, licenció las tropas santiagueñas, y se quedó con las restantes para fundar una ciudad. De estos soldados desertaron muchos al Perù, con cuya fuga quedó Abreu desamparado. Los bárbaros en crecido número lo atacaron; pero á impulsos de su valor y de la ventaja del puesto hizo vanos sus esfuerzos y pudo regresar á Santiago.

Las mortales inquietudes de Abreu lo llevaban de empresa en empresa. Por esta vez acortó á lisonjear el gusto tucumano, fomentando una preocupacion popular. El descubrimiento de los Césares, ó Trapalanda, como diximos en otra parte, era un suceso con que todos se prometian ser felices. Si alguna vez merecia crédito la existencia de este pais fabuloso, debia ser en esta ocasion. Pedro de Oviedo y Antonio de Coba, dos marineros naufragos que navegaron en uno de los navios del obispo de Placencia, acababan de dar en Chile una relacion jurada de aquel lugar opulento. Estas noticias que sin duda avivaron las esperanzas del gobernados Abreu, lo resolvieron á acometer la empresa. A fines de 1578 tuvo agarrado todo su ejército en el pueblo de Nogasta.

En este estado se hallaban las cosas, quando la ciudad de san Miguel del Tucuman imploró auxilios prontos y eficaces. Sucedia esto, porque advirtiendo los indios Yanacomas, que con la expedicion á los Césares habia quedado indefensa esta ciudad, dieron de ello noticia á muchas parcialidades, las que conspiradas de comun acuerdo, resolvieron aniquilarla. Empezó la hostilidad por un fuego vbrax, que en lo mas silencioso de las tinieblas aphearon á todos sus extremos. Fué el primero á sentirlo el teniente gobernador Gaspar de Medina, cuyo nombre immortal debe repetir con veneracion el Tucuman. Su grande alma formada á los peligros lo impelió á saltar de la ca-

ma, y correr precipitado à sus armas. Su sorpresa fué igual à la novedad del suceso, quando puestas à caballo en la calle, no se le presentaban mas objetos que incendios y enemigos. El silencio de los vecinos le hacia concebir que era el único que habia escapado de las llamas; pero no por eso se rendia su espíritu, mas fuerte que el último de los riesgos. Fluctuando entre mil dudas, esperó algunos momentos hasta que se le unieron dos españoles. Juntos estos tres héroes se encaminaron à la plaza, donde fueron rodeados de un inmenso número de enemigos. A la luz de las llamas abrasadoras se descubria el yauacon Gaulan, quien por su figura gigantesca, y la intrepidez de sus alientos habia sido preferido para caudillo de aquella empresa. Medina se hizo cargo que en destruir aquella vida estaba el único recurso à que podian apelar. Con una noble osadía animó à sus compañeros. Tienen las almas grandes cierto dominio en los corazones. Ciegos de ira se arrojaron à lo mas cerrado del esquadron, hasta llegar donde estaba el fiero Gaulan, cuya cabeza derribó Medina de un solo golpe. Reconocióse luego, que los hrios de este caudillo infundian alientos à su ejército. Su muerte y la llegada de otros pocos españoles acabaron de desalentarlos. Medina, aunque gravemente maltratado con dos profundas heridas, no dexó las armas de la mano mientras no hubo ahuyentado al enemigo. El socorro mandado por el gobernador restableció enteramente la seguridad.

Libre Gonzalo de Abreu de este embarazo , li-
zo marchar su ejército al descubrimiento proyec-
tado. Trabajos y desengaños fué todo el fruto
que de ella recogió. Despues de muchos meses
volvieron todos persuadidos , que la provincia de
los Césares no era mas que un delirio de una
imaginacion enferma y acalorada.

De vuelta de esta expedicion se dedicò Abreu
à los negocios domésticos del gobierno. En esta
provincia era muy poco el oro ; pero un luxo de
fecundidad la hacia codiciable. Los nacionales lo
despreciaban , porque unos salvages siempre
tienen pocas necesidades : y contentos con lo
que puede satisfacerlas , miran con desasimien-
to lo demas. Sus nuevos señores pretendian
suplir la falta del oro con las producciones del
terreno. Para esto pusieron los brazos de los in-
dios en la dura contribucion de saciar su avari-
cia , de buscar con su sudor lo mismo que des-
preciaban , y de pagar con su esclavitud la ingra-
ta fertilidad de su patria. Por este motivo eran fre-
qüentes las insurrecciones. El gobernador las sor-
focò por medio de los valerosos capitanes que te-
nia cada ciudad , y aun intentò cortar el mal en
la raiz. Pero no era à propósito el temple de su
carácter para comunicar energia à las leyes de la
humanidad. En 1579 publicò seis ordenanzas ,
donde fué nada lo que ganó la causa de los indios.
Algunos años despues fueron abolidas como in-
justas.

CAPÍTULO XI.

*Fúndase la ciudad de Buenos-Ayres: suceso de Alfé-
mirano: invaden los bárbaros á Buenos-Ayres y son
derrotados: conjuración en santa Fé: muerte de Juan
de Garay: nueva invasión contra Buenos-Ayres: fun-
dase la ciudad de la Concepcion del Bermejo: prision
del obispo del Paraguay: la vindad de san Juan de
las siete corrientes tiene su principio.*

Un nuevo orden de cosas va á fixar nuestra curiosidad: nueva poblacion con tan útiles prerrogativas que ha de llegar á ser algun dia uno de los imperios del reyno: nuevas relaciones mercantiles cuyo influxo hace variar el sistema de la negociacion: nuevo método de catequizar á los neófitos en que ganan mucho la humanidad y la religion: tales son los objetos que sucesivamente va á presentar la historia desde esta época. Luego que los españoles pusieron el pie en estos dominios, conocieron la importancia de levantar una ciudad en el puerto de Buenos-Ayres. Ya hemos visto las vidas que costó este pensamiento. Prefiriendo siempre los nacionales todos los males posibles á la pérdida de su libertad, rehusaron constantemente prestar oídos á proposiciones de paz. Esta fundacion parecia destinada á servir de roca donde debian naufragar las empresas mas bien concertadas. Con todo los españoles, no acostumbrados á ceder á las dificultades, jamás desesperaron. Persuadidos antes bien que los

trabajos son el mejor precio de las comodidades, nacian sus esperanzas de los mismos obstáculos.

Justo era que la gloria de realizarlas se la llevase el teniente general, Juan de Garay. Hombre de un corage infatigable y de una prudencia consumada unia à estas calidades el mérito de muchas y gloriosas campañas. Mas adelantado que sus compatriotas en las materias de gobierno, conoció que era llegado el tiempo en que Buenos-Ayres debia existir. Despues del mas pausado examen fué acordado por un congreso que con sesenta soldados escogidos afrontase Garay esta ardua empresa, no ménos importante que arriesgada. Verificóla dichosamente el año de 1580 en el sitio donde hoy se halla, llamándola la ciudad de la Santísima Trinidad, puerto de santa Maria de Buenos-Ayres. (a)

La ausencia de los bárbaros dió tiempo à la construcción de un fuerte destinado à la comun defensa. Pero el intrepido Garay, enemigo declarado del descanso y la molicie, no podia contentar su actividad en tan estrecho recinto. Tomando algunos briosos compañeros salió à correr la tierra y reconocerla. En breve halló ocasion de no tener ocioso su valor. Diez indios de la nacion Querandí se presentaron muy resueltos à disputarle el paso. El estrago que causó en ellos de-

(a) Se engaña Charlevoix asegurando que entre el fuerte y la ciudad corre el riachuelo.

bió abatir su osadía, y sucedió al contrario. Cinco, que, aunque, heridos escaparon del peligro, volvieron á excitar en su nacion el odio que hacia tiempo respiraba.

Era esta nacion de Querandíes la que tenia en cautiverio á Cristóval Altamirano, tomado antes por los Charrúas. La precipitacion con que se alejaron los bárbaros á la primera noticia de españoles les hizo caer en olvido á su cautivo. Fluctuó éste algunos momentos entre el partido de seguirlos, ó el de volverse á los españoles. El odio irritado de los bárbaros le hacia desconfiar de su vida, así poniéndose á su discrecion, como emprendiendo una fuga en que temia ser cortado. Resuelto por fin á lo primero se incorporó á los indios vendiéndoles por fineza esta fidelidad. Con todo fué el juicio entre ellos muy problemático, y aun no faltaron votos que lo condenaban al suplicio, fundados en el principio de que no era prudencia tener cerca de sí un enemigo encubierto. A la vista del peligro reconoció Altamirano la necesidad en que se hallaba de apurar la persuasion. Hizolo con tal calor de afectos que convenció á los indios estar interesado en la venganza. No sólo le perdonaron la vida sino tambien lo admitieron por compañero de la faccion que intentaban.

A esta se convocaron varias naciones comarcanas, y fué su primer cuidado elegir un general capaz de desalojar á los españoles del puesto que ocupaban. La reputacion de hombre valeroso

y prudente que se habia adquirido el cacique Guaraní llamado Tabobá, distinto del antiguo, reunió á su favor los sentimientos. Electo este general, todo se disponia para una pronta invasion. Altamirano, que era testigo de quanto discurrían los bárbaros, cayó en la tentacion de comunicarlo á sus contrarios. Tomada una calabaza incluyó dentro un papel, y lo fió á las aguas del riachuelo. No puede justificarse este proceder porque jamas es lícito ser traidor baxo el velo de la amistad. Por dicha de los españoles llegó el papel á sus manos, y se preparáron á la defensa (a). Con todo el general Gary quiso ensayar un medio de separar á los bárbaros de su designio. Hizo que uno de los dos indios cautivos en la primera refriega llevase á sus compatriotas proposiciones de paz, y un papel á Altamirano encareciéndole su influxo. El mensajero estuvo muy distante de promover un partido que aborrecia. No sólo irritó los ánimos contra los españoles, sino tambien los descubrió que Altamirano los llevaba vendidos á entregarlos entre sus manos. La muerte de este español estuvo decretada, pero evitóla con la fuga, y fué bastante feliz para ganar el

(a) Hemos referido este hecho, como lo traen los historiadores; sin embargo la dificultad de que despues de un tan largo cautiverio tuviese Altamirano papel en que escribir, y la de que éste llegase á manos de los españoles nos hace desconfiar de la verdad.

fuerte.

La misma noche del arribo de Altamirano, acercaron los bárbaros sus tropas por agua y tierra. Ningun peligro le asustaba á Garay, porque todo lo habia previsto. Las naves españolas fueron las primeras en cantar victoria, y aunque con mas empeño era apretado el fuerte, no tardó mucho en conseguirla. Una venturosa salida de los españoles puso al enemigo en confusion. Rehecho con prontitud empenò de nuevo el combate, pero no pudo sostenerlo, porque habiendo el esforzado Juan de Enciso derribado la cabeza de Tabobà, derribó con el mismo golpe la esperanza de sus secuaces. Persuadidos acaso los vencedores que la guerra no era teatro de moderacion, y mansedumbre, poblaron la campaña de cadáveres. Fué tan carnicero el estrago, que acercándose al general, uno de sus soldados le dixo: "señor, si proseguimos matando ¿quien queda para nuestro servicio? Dexadme, le respondió Garay, esta es la primera batalla, si en ella humillamos al enemigo no faltará quien con rendimientos nos sirva." Garay adelantó la victoria á toda la costa del rio. Con este suceso cedió de golpe la obstinacion de los bárbaros, y se dexaron empadronar.

Sometidos al yugo de la obediencia formó encomiendas el general con que galardeno el valor de los pobladores. Una empresa de tan ventajosas consecuencias, la creyó el mismo digna de los oídos del rey. Despues de haber dado cuenta

ta de todo al Adelantado, Juan Torres de Vera, hizo se aprontase una embarcacion para España, cuyo cargamento consistia en azúcar y cueros, primeros frutos nacionales con que logró esta provincia recibir en cambio lo superfluo de la industria europea.

Al mismo tiempo que se fundó Buenos-Ayres se levantaba en santa Fé una rebelion cuyos efectos pudieron ser funestos á estas poblaciones. Lázaro de Veniable, Pedro Gallego, Diego Ruiz, Romero, Leiba, Villalba y Mosquera, llenos de resentimiento contra el general Juan de Garay, formaron el proyecto de apoderarse del mando. Todos los medios de seducccion fueron empleados por estos amotinados á fin de hacerse de secuaces. Ellos trataban de almas baxas á esos ciudadanos pacíficos que no pensaban en salir de la opresion en que, segun ellos, gemian. Para minorar el horror que infunde la idea de rebelde, no cesaban de publicar que toda rebelion dexa de ser delito desde que llega á hacer feliz. La mayor parte de los ciudadanos entraron apresuradamente á este partido, guiado cada qual de sus intereses personales. No dexaron de ser prudentes los conjurados en no fiarlo todo de su poder. Temian justamente que la inmediatecion del Fuero mancomunado seria ser un escollo en que peligrase su empresa; Para asegurar las espaldas por esta parte resolvieron poner en sus intereses al gobernador D. Gonzalo de Abreu. Las tenenistades de éste con Garay les daban fundamento para creer que no des-

deñaria una empresa encaminada à perderlo. Sin embargo, la delicadeza del asunto los obligò à no omitir ninguna medida de precaucion. Se le quiso sondear primero sin aparentar visos de ruego que hiciesen caer de mèrito sus ofertas, y aun empeñarlo à que èl mismo ofreciese la proteccion que tanto se deseaba. Dos emisarios se dirigieron à Córdova con este objeto. Abreu se manejò con tal reserva, que sin comprometerse en cosa alguna dexó traslucir su complacencia.

Dado este paso de seguridad, creyeron que era ya tiempo de execuciones mas violentas. El teniente de la ciudad, el alcalde Olivera y el capitán Alonso de Vera fueron puestos en prisiones. Aplaudieron muchos un suceso que los acercaba al comun designio. Mas una muger heroína, que hacia de la fidelidad la primera de sus obligaciones, tuvo bastante valor para oponer su virtud al torrente de esta maldad. Esta fuè la muger de Leiba, quien diò en rostro à su marido hubiese preferido la odiosa calidad de traidor al glorioso título de leal.

Al siguiente dia de las prisiones se juntaron los conjurados en casa de Veniabla, y nombraron por teniente general de la provincia à Cristòval de Arévalo. Para empeñar su partido de manera que no pudiese volver atras lo hicieron delinquir de pronto en tales crímenes, que cerrados todos los caminos de salvarse, no le quedase otro abierto que el de la obstinacion. No es fácil se conserve la armonia que està fundada en el delito. La virtud

es el único lazo indisoluble. Veniablelo, que como maestro de campo tenia la inspeccion inmediata de la guerra, se disgustò con Arévalo. Éste por su parte lo empezó à mirar con todo el odio de que era merecedor el autor de su delito, y se propuso desde luego restablecer la subordinacion à sus legítimos deberes. Para ello trató privadamente con algunos, de cuya lealtad habia concebido mejores esperanzas. El resultado fué que habiendo quitado del medio à los principales caudillos de la conspiracion entraron las cosas en el orden debido.

En su misma cuna debió conocer Buenos-Ayres que tambien se hallaba expuesta à las peligrosas influencias de la ambicion sobre las potencias extranjeras. Apenas contaba dos años de existencia, quando Eduardo Fontano, corsario ingles, la amenazó desde Martin Garcia; pero aunque débil, ella supo prevenir el golpe que se le preparaba y dexar burlado este amago.

Pacificados los bárbaros de Buenos-Ayres, aumentada su poblacion y abiertos los canales del giro con España, Perú y Chile, se presentaba ya la mas risueña perspectiva de la prosperidad à que su suerte la destinaba. A pesar de esto su ilustre fundador mas satisfecho de lo que debia se entregó todo à una confianza que fué su ruina, y hubo de serlo la de su conquista. Creyendo bien establecida la sumision de los infieles, partió de Buenos-Ayres con el objeto de visitar su provincia el año de 1580. Mas por ostenta-

cion que por seguridad dexòse cortejar de una lucida compaña que como consorte de sus triunfos quiso recoger aplausos en la Asuncion. Navegaban con prosperidad, saliendo à dormir à tierra sin poner otras centinelas que el terror de su nombre y la fama de sus victorias. El cacique de los Minuanes, uno de los de menos nombradia en aquella comarca, observaba atentamente estos descuidos, y se resolvió à satisfacer la voz enérgica de la patria que clamaba en su corazon. Con ciento y treinta de sus vasallos sorprendió à los dormidos españoles. Fué tan rápido el asalto que apenas se distinguió del estrago. Juan de Garay con quarenta de sus soldados murieron en esta ocasion.

Los demás de la comitiva alcanzaron entre mil riesgos à refugiarse à santa Fé, desde donde se conduxeron à la Asuncion. Los llantos de la provincia por la muerte de Juan de Garay son un testimonio irrefragable de su mérito. Despues que ellos faltaron, hablan en su lugar los monumentos que dedicó à su immortalidad, y que el tiempo mismo se complace en perpetuar para su gloria. El demasiado ardimiento con que algunas veces ensangrentó la victoria pueden en cierto modo recompensarle sus beneficios en la paz. Reparando los despojos jamàs reservó otro para sí, que el honor de haber vencido.

Garay no tiene otro competidor en el mérito que el immortal Irála. Uno y otro, vizcaynos de nacion, fueron dotados de todas las prendas que

constituyen un perfecto general. A Irala puede decirse que le es dadora la provincia del Paraguay, lo que á Garay la de Buenos-Ayres. Irala de superior talento conduce todas las aventuras difíciles de su vida con un disimulo inexplicable, y fixa á su favor la inconstancia de la fortuna. Garay mucho mas virtuoso en el todo es sencillo y grande. Igualmente magnánimos, Irala á su muerte dexó un par de bueyes, unas balanzas y sus armas; Garay nunca miró necesidad en cuyo auxilio se creyese desobligado, pues vendió para remediarlas hasta los vestidos de su muger.

Al paso que los españoles sintieron la muerte de su general, la celebraron los bárbaro, y principalmente los Minuanes. Entregados estos á un gozo indiscreto entraron en el proposito de destruir la ciudad, ya medio vencida en su concepto. Nada omitió su acalorado empeño de quanto podia conducir á un triunfo tan deseado. Despues de varios congresos militares, á que concurrieron los mas afamados capitanes de las naciones convecinas, y en que se deliberó sobre los medios de asegurar un éxito feliz, fué encomendada la guerra por sufragios de todos al bien opinado Guazalayo. La resolucion estaba tomada, y este queria acreditar en su diligencia el acierto de la elección. Formado su ejército de un cuerpo de tropas respetable empezó á desfilar hacia la nueva ciudad. Rodrigo Ortiz de Zárate, que mandaba en gefe la fortaleza, quisiera detenerlos por los medios de la insinuacion y la dulzura, pero con la necesidad

de oponerse à un ataque salió de la plaza con su gente formada en esquadron , y esperò al enemigo con resolucion y firmeza. La pertinacia de los bárbaros tuvo por mucho tiempo neutral la suerte del combate. Este se decidió por los españoles con la muerte de Guazalayo , y confundió enteramente la presuncion de los bárbaros. Cansados estos de unas guerras que les preparaban las últimas infelicitades , acabaron de conocer à sus expensas que exércitos numerosos sin disciplina son poca cosa para oponerlos contra soldados aguerridos baxo los preceptos de la mejor eseucla militar. Desde este tiempo se mantuviéron pacíficos sufriendo el yugo que el vencedor quiso imponerles.

Por la muerte de Juan de Garay fué nombrado para teniente de la provincia Alonso de Vera y Aragon , à quien por su fealdad llamaban cara de perro : el crédito con que habia militado lo hacia digno de esta sucesion. El nuevo teniente ora sensible à la gloria y le paceria muy pequeña la de contentarse con solo mantener lo adquirido. El gran Chaco , que empezando desde las márgenes del Paraná se extiende hasta las últimas cordilleras del Perú le brindaba un dilatado campo de adquisiciones. Hechos los aprestos necesarios que no deberian ser mayores en un tiempo en que el exercicio y la sobriedad eran los únicos incentivos del apetito , hizo su entrada desde la Asuncion con ciento treinta y cinco soldados encaminándose al rio Bermejo el año de 1585. Acompañados

pañóle la fortuna , y ganó de los bárbaros victorias sobre victorias llegando á levantar una ciudad á la que intituló la Concepcion de Bermejo en el gran pueblo de Matará.

En la ausencia del teniente Alonso de Vera quedó la provincia abandonada á todos los desórdenes de que son capaces los vicios sin el freno de la autoridad. Gobernaba esta diócesis D. Fray Juan Alonso de Guerra , religioso mínimo , cuyos talentos y virtudes le habian allanado , á pesar suyo , el camino de las mitras. El zelo verdaderamente apostólico de este prelado no pudo mirar sin amargura una provincia desenvuelta , un clero sin disciplina y unos nacionales oprimidos baxo el yugo de la mas pesada tirania. A expensas de su seguridad resolvió desempeñar sus obligaciones , sin que pudiese amedrentarlo el odio que estaba cierto habia de concitarle su zelo. No se engañó en su prediccion. Los principales de la Asuncion empezaron á tratar de indiscreta esa libertad sacerdotal , que estaba en contradiccion con sus pasiones , y á concertar los medios de perderlo. Era el gefe de esta sacrilega conjuracion el alcalde ordinario de la ciudad. Acompañado de sus satélites se encaminó al palacio episcopal con ánimo resuelto de echar en prisiones al prelado. En tan difícil coyuntura recurrió este santo principe á esas vestiduras pontificales , que mas de una vez han desarmado el furor mas determinado. ¿ Pero qué impresion podian causar en esta capital las insignias de un poder , acostumbrada á

ultrajarlo? Con impio atrevimiento puso el altar de las manos en su sagrada persona, lo agarró de los cabellos, lo holló á sus pies, lo cargó de prisiones y en 1586 lo condujo el mismo á Buenos-Ayres, entre tratamientos tan inhumanos, que serian de dispensarse al mas criminoso de los hombres. Pero Dios velaba por la conservación de una vida de trabajos é ignominias, toda consagrada á su servicio, y habia decretado que el castigo de sus perseguidores vindicase visiblemente su inocencia. El alcalde murió de repente, y no tuvieron mejor fin los demas cómplices.

A pesar de estas eternas disensiones, la provincia experimentaba esa misma necesidad de extender sus fuerzas, que siente el que va saliendo de la infancia. El célebre pirata Tomas Candish mercedió en 1587 la toma de Buenos-Ayres. Felizmente se supieron con tiempo sus designios por el gobernador del Janeyro, y se corrió á la defensa. El pirata temió la suerte que le aguardaba y se abandonó á pasar el estrecho. Por estos ataques repentinos es que Buenos-Ayres iba robusteciendo su constitucion.

La sujecion de los nacionales acreditaba de dia en dia el proyecto de las poblaciones. Por voto general de los conquistadores se descaba una en la confluencia de los dos rios Paraguay y Paraná ó de la Plata. Esperábase que con ella quedase enfrenado el orgullo de los bárbaros por ambas márgenes de este rio, y se diese una escala muy provechosa á la navegacion. Agobiado con el peso

to de una serie de infortunios el Adelantado Juan Torres de Vera había entrado a su provincia el año de 1589. Estas consideraciones movieron su ánimo para promover este establecimiento. Su sobrino Alonso de Vera el Tupi tuvo orden de verificarla, y desempeñó su comisión el año de 1588, dándole por nombre san Juan de Vera. Las siete rapidísimas corrientes que forma allí el Paraná le hacen conocer por este nombre con usurpación del verdadero.

CAPÍTULO XII.

Entra el licenciado Lerna a gobernar la Provincia de Chiriquí. Oposición de los indios de esta contra D. Gonzalo su antecesor. Disensiones entre Lerna y el Dean. Suicidio: entrada del obispo Victorio al Tucumán: funda Lerna la ciudad de Salta: oposición de los indios: es preso Lerna y conducido a Chuquis: entra a la provincia Juan Ramírez de Velasco: los indios se alborotan en Córdoba y los vence Texeda.

Hacia tiempo que la provincia del Tucumán hecha un teatro de escenas lúgubres por las crueldades del gobernador D. Gonzalo de Abreu deseaba un vengador. Creta habiéndolo conseguido en la persona del licenciado Hernando de Lerna su sucesor, quando entrando a su provincia el año de 1586, quiso que la prisión de D. Gonzalo fuese el primer acto de posesión. Las crueldades de su desapiadado gobierno convencieron a todo el

mundo, que si bien Lerma aborrecia al tirano, amaba eficazmente la tiranía. Se horroriza la humanidad al contemplar la sevicia con que trató al desgraciado D. Gonzalo. Formado su proceso lo condenó al tormento, y aunque éste en los principios absurdos de la antigua jurisprudencia sólo era un medio de esclarecer la verdad, anticipando la pena al convencimiento, intentó Lerma que muriese en él. En la firmeza con que se sostuvo manifestó una heroicidad digna de mejor alma. Élla interesó la compasión aun de aquellos en cuyo juicio era delinquente. No murió Abreu en el tormento, pero éste lo acercó á su término habiéndolo fallecido el año de 1581.

A pesar de esto los ciudadanos en general fueron tratados por Lerma con moderacion y dulzura el primer año de su gobierno. Pero si hemos de conjeturar por los sucesos posteriores es necesario convenir, que estas demostraciones de mansedumbre no eran mas que unas cadenas con que aprisionaba su alma feroz. Arrepentido en breve de una sujecion tan violenta, y que tanto mortificaba su carácter, rompió estas ataduras para devorarlo todo.

Acercábase por este tiempo á la provincia el obispo D. Fray Francisco de Victoria, primero en orden de los que tomaron posesion de esta diócesis. Segun la inteligencia que le dió este prelado á una real cédula de Felipe II habia creado dean de esta nueva iglesia á D. Francisco Salcedo confiriéndole así mismo su gobierno.

Resvestido Salcedo de este doble carácter entró al Obispado con todo aquel engrandecimiento que en hombres vanos suele engendrar la elevacion. El genio de Lerma no hallaba sufrideras otras altiveces que las suyas. Preciso era que chocasen estos dos hombres nacidos para la discordia. Chocaron en efecto y de este choque resultó esa centella, cuyo incendio los abrazó á ellos y á otros muchos. Lerma puso en litigio la dignidad de Salcedo, y no sin fundamento porque sólo autorizó el prelado para nombrar quatro beneficiados en esta iglesia parecia salir de sus limites extendiéndose á los mayores. Era este un tiro muy ofensivo á la delicada presuncion de Salcedo para que no irritase toda su ira. Las dos cabezas de esta república se persiguieron mutuamente llenos de aquel encono que siempre inspira el espíritu de partido. Cada qual formó su faccion y procuró prevalecer á expensas del público sosiego. Lerma era dueño de la fuerza y debia serlo de la suerte de su enemigo. Rendido Salcedo á su persecucion se retiró á Talavera con designio de pasar al Perú.

Entonces fué quando Lerma no hizo uso de su poder sino para infelicidad de todos los ciudadanos, y principalmente de los que habian dado ayuda á su contrario. Siempre dispuesto á recibir todas las sugestiones del odio causó su ruina por todos los medios de que puede valerse una alma baxa, depravada y cruel. Muchos fueron condenados á que muriesen entre la infeccion de los

calabozos, de cuyas muertes ordenó Lerma no se le diese aviso sino despues de tres dias de acaecidas. Otros las recibieron de manos del verdugo; no pocos fnéron expoliados de sus bienes al rigor de confiscaciones injustas, y no faltaron quiénes se tuviesen por muy felices en haber redimido sus vidas con prisiones y destierros. El capricho y la voluntariedad eran sus leyes supremas y las únicas á quienes tributaba una obediencia entera. Por lo demás las reales provisiones de la corte de Charcas sólo servian de materia á sus desprecios, y de ocasion á muchos para procurarse con su obediencia una desgracia cierta.

Croydse que la entrada del Señor Victoria al obispado aplacase las furias de esta fiera desatada. A la verdad no parecia vano este pensamiento. Era dotado este prelado de todas aquellas grandes calidades á cuya presencia suele enojarse el atrevimiento, y docilitarse la atrocidad: pero si esto es así respecto de aquellos que en la embriaguez de la prosperidad llegan á ser audaces y desparavados, mas por error que por caracter, difícil era que la virtud y el mérito morigerasen el natural de Lerma. La osada libertad con que atrepelló los respetos del prelado, el desenfreno con que se produjo en su des crédito, y en fin el odio que concibió á todos los que le trataban, acreditaron esta verdad, y llenaron los ánimos de sobresaltos y disgustos.

Para que los disturbios de la provincia viniesen á peor estado volviéron á renovarse las contiend-

das entre Lerma y el dean Salcedo. Con la entrada del prelado habia este recuperado sus alientos e intentaba novedades en Talavera. La rabia de Lerma no exigia mas que un pretexto para sacrificarlo á sus venganzas. Antonio de Mirabal tuvo orden de prenderlo. Hallábase enfermo el dean en el convento de Mercedarios quando se lo intimó su arresto. Fué del todo inútil para evitarlo, el escándalo, la enfermedad, la incompetencia y otras razones que expuso al executor del mandamiento. Era Mirabal un digno ministro de Lerma capaz de qualquiera exceso sin necesidad de ageno influjo. Con la osadía que le era muy genial se arrojó sobre la persona del dean, y le conduxo de los cabellos. No pudiendo el prelado de la casa mirar sin conmovion esta afrentosa escena dió en rostro á Mirabal con su osadía y le amenazó con el castigo. Querer intimidar á este alma de fiero era hablar de melodia con un tigre. El se aplaudió de una ocurrencia que le traia á las manos un nuevo delincuente á quien tratar con desacato. Sin detenerse en contestaciones prometió volver al punto por su persona. Tardó en cumplir su palabra lo que en asombrar al reo. El comendador fué puesto en prision en consorcio de otros eclesiásticos á quienes cupo la suerte de alcanzar estos tiempos calamitosos. Todos fueron remidos despues á la audiencia de Charcas, la que no pudo ver sin indignacion ultrajadas las leyes y los estados mas santos.

Entretenido Lerma en sus venganzas no parecia capaz de empresa útil. Con todo, fuese por divertir sus cuidados, ó por labrarse un mérito que harto necesitaban sus delitos para no ser tan enormes, se resolvió à poner en práctica la fundacion de Salta tantas veces deseada. Concurrían razones de momento que hacian importante este designio, quales erán facilitar el tránsito del reyno y enfrenar el ogullo de los Calchaquies y Humahuacas. Todos los vecinos encomenderos de la provincia fueron emplazados para esta empresa, la que por último tuvo efecto el año de 1582 entre los rios Siancas y Sauces (a) intitulándose la poblacion, ciudad de Lerma. Hallóse presente à las formalidades de estilo en las fundaciones de esta clase el S. Victoria, quien como sufraganeo de Lima habia sido convocado por santo Toribio para la celebracion del tercer concilio Limense. Los bárbaros no dexaron de conoer que este nuevo establecimiento ponía à los españoles en estado de invadir el res-

(a) *Estan divididos los escritores en quanto àl fundador de esta ciudad. Unos se la atribuyen al gobernador D. Gonzalo Abreu y Figueroa, otros à Lerma. No hay ninguna contrariedad en este punto, si se advierte que los primeros hablan con respecto à la poblacion que sin disputa levantò D. Gonzalo aunque en embrión y que destruida por los bárbaros no tuvo efecto, y los segundos con respecto à la de Lerma, que es la que existe à corta distancia de la antigua.*

de sus posesiones, y enriquecerse con sus despojos. Unido á estos males de consecuencia el temor justo de que sin yugo extranjero oprimiese sus cervices les hizo entrar en una confederación guerrera, cuyo designio debia ser prevenir estas calamidades. El denuedo con que en la expugnación de esta plaza presentaron el pecho al fuego de los arcabuces, la constancia en repetir los asaltos, la diligencia por reponer las pérdidas, hicieron desesperar á los españoles de que llegase á calmar su furia envenenada, y aun de poderse sostener por mas tiempo á no recibir refuerzos oportunos. Lerma, quien á los cinco dias de su fundación se habia retirado á Santiago, vino en auxilio de su ciudad: Fueronle necesarios muchos choques sangrientos para escapar con vida y libertar su campo. Los bárbaros habian resistido largo tiempo su destino: al fin ellos se sujetaron, y cesó la guerra por falta de enemigos.

La que siempre quedó abierta, fué la que el gobierno turbulento de Lerma tenia declarada á todo hombre de bien. Gobernaba el obispado en ausencia del señor Viceroy Fray Francisco Vaquez, de la orden de predicadores. En breve se hizo en religión el objeto de sus sacrificios atenciones. No contento con poner en practica todos los medios de civilizar en ministerio, llegó hasta al exceso de promover á un obispo el error. Los que ellos, á quienes no cesaba de abrumar, rechazaban altamente su tiranía. Causado Lerma

ma por todas partes, y en peligro de perder su puesto, del que lo excluían sus delitos, no fue bastante prudente para detener el curso de sus maldades. Preciso era que tuviese el fin de los tiranos, así como tenía todos sus vicios. No pudiendo la audiencia de Charcas extender mas su tolerancia, decretó el arresto de Lerma. Verificólo en 1584 el capitán Francisco de Arévalo Brizeño. El regocijo público que causó la caída de este gobernador, es un rasgo expresivo que acaba de pintarlo. Brizeño lo condujo a Chiquisaca donde se le seguía su proceso; pero habiendo arribado, provisto gobernador de la provincia, Juan Ramírez de Velasco el de 1585 con especial comisión de residentiarlo se le entregó el proceso juntamente con el reo. Eran tan calificados los delitos de Lerma que no daban lugar a la misericordia. En el juicio de residencia salió condenado. Apelo al supremo consejo de indias, en cuya cárcel de corte murió.

Por estos mismos tiempos acaecía en el distrito de Córdoba una insurrección de muchos bárbaros que la llenó de sustos y cuidados. Todos los ojos de los ciudadanos se convirtieron al valeroso Tristán de Texeda que acababa de concluir la jornada de Salta, y fijaron en él sus esperanzas nunca mas bien fundadas. Bravo y esforzado Texeda, sostenía con paciencia las fatigas de la guerra. En medio de una intrepidez que no conocía los peligros poseía una prudencia que lo hacía dueño de los acontecimientos, y muchos años

de victoria le habian adquirido con justicia la primera reputacion. No la desmintieron sus hechos en la ocasion presente: puesto en campaña busco al enemigo en las situaciones mas arriesgadas. A pesar de su obstinacion y su excesivo numero lo rompió en mil encuentros; lo persiguió hasta sus guaridas; y le hizo implorar misericordia. La generosidad con que Texeda lo trató, hizo ver que fixaba su complacencia en unir el gusto de vencer al de perdonar.

CAPITULO XIII.

Entra à gobernar el Tucuman D. Juan Ramirez de Velasco: predica san Francisco Solano en el Tucuman: primer establecimiento de los jesuitas en esta provincia: los Calchaquiles se alborotan y son sujetados: fundanse las ciudades de la Rioja, la de san Salvador de Jujuy y la de la villa de las Juntas: rebélanse los indios de Córdova y son subyugados.

Los tiempos desastrosos y calamitosos son los mas à proposito para descubrir las raices inficionadas de los gobiernos. Los que por algunos años suministran las agitaciones del Tucuman, las ponen de manifesto. Provenian esas agitaciones de haberse hecho esta provincia un teatro de crueldades, avaricia y desorden. Pero todo esto tenia un origen mas alto, y éste no podia ser otro que los vicios entronizados de la corte. Ministros ambiciosos, avaros y opresores, jamas podian inspi-

parideas de justicia, frugalidad y clemencia. ¿Será posible que una corte que comunica á sus vasallos el gusto del pillage, y que los saca de sus ocupaciones pacíficas para que sean los instrumentos de su ambicion, fuese solícita en asentar su gobierno sobre la base de la virtud? Quando fuese cierto que la corte de España se hallase opacada al progreso rápido de dos vicios, siempre serian impotentes sus esfuerzos en concurrencia de sus ejemplos. A su imitacion nunca podia dejarse de creer que se necesitaba de una fortuna escandalosa para que los hombres fuesen dichosos y felices. Pero ya que este mal era por lo comun inevitable, debió la corte, quando ménos, poner á la frente de estos gobiernos hombres que por carácter fuesen humanos y templados. En ninguna parte mas que en América debió de ser la provision de los empleos obra del mérito y la virtud, y en ninguna ménos que en ella se procuró escoger hombres que solo caminasen baxo el ojo del deber. Las mas veces hombres nuevos, desconocidos, sin talento ni moralidad, ocuparon estos puestos.

Por fortuna del Tucuman entró á gobernar en esta provincia en 1686 D. Juan Ramirez de Velasco. Sus maneras populares, su ayre afable, y las gracias que lo acompañaban, presagiaban desde luego un gobierno ménos funesto que hiciese diversion á los males pasados. Comprehendieron otras esperanzas aquella modesta simplicidad con que quiso distinguirse de los demas, aquel justo

aprecio del mérito que nadie reconoce en mayor grado como el mismo que lo tiene; en fin, aquella veneración al sacerdocio, que descubre el carácter de una alma naturalmente religiosa. A pesar de esto el obstáculo de los desórdenes envejecidos de una república donde la corrupción se había comunicado mutuamente entre ciudadanos y magistrados, era tanto poderoso, para que las virtudes del nuevo gobernador pudiesen contrastar los vicios, compañeros de esa avaricia grosera, que habían desnaturalizado las costumbres.

Lo que principalmente se echaba afuera en la provincia, era el arribo de las grandes verdades sencillas de la edificación. Es cierto que los misioneros regulares habían hecho cuanto exigía su ministerio; pero ó mas de acopios, las frecuentes sublevaciones de los indios contra un poder mal afirmado y las turbulencias domésticas de los mismos conquistadores inutilizaron sus esfuerzos. El gobierno de Velasco tuvo la ventura de haberlo edificado con sus ejemplos y su predicación un varón tan singular como san Francisco Solano. A la frente de una tropa de religiosos de su orden que le acompañaron desde el Perú, sembró por todas partes el grano de la palabra evangélica, y la hizo fructificar por sus obras y sus milagros. Un gran número de infieles se rindiéron á sus eficaces persuasiones principalmente en los pueblos de la Magdalena y Sacotevia, donde ejerció con zelo inimitable el penoso oficio de doctrinero. Peto, como observa un escritor estimable, habiéndose

dose visto en la necesidad de dexar estos suelos; su mision vino á ser como una de esas nubes pasajeras que por algun tiempo fertilizan las campañas, dexándolas despues entrar en su primera esterilidad.

Por estos mismos tiempos tuvieron las costumbres otro apoyo mas permanente. La fama de un orden religioso conocido por el título de compañía de Jesus, y cuyo instituto era restablecer entre los infieles el reyno de la verdad, habia hecho que se solicitasen con instancia algunos de sus alumnos. Tres de ellos entraron á estas provincias por la via del Perú á fines de 1586, y fueron recibidos por el prelado y el gobernado con todo aquel respeto y agasajo á que tiene derecho la virtud. Quinientas familias de que por entonces se componia la poblacion de Santiago, y un gran número de infieles esparcidos en todo su distrito, presentaban una mies muy abundante al zelo de estos hombres apóstolicos. Ellos se dedicaron á recogerla con ardor, pero quisieron empezar por los domésticos de la fé, á fin de que su exemplo facilitase á los demas el camino de su provechosa doctrina. Los corazones mas libertinos oyeron levantarse del fondo de su alma la voz de una conciencia á quien los vicios tenían como en mudecida. No fué pequeño triunfo de estos misioneros que los escuchasen con docilidad. El respeto y la veneracion con que eran mirados de los españoles, previno á su favor el juicio de los indios, quienes se apresuraron á oír unas verdades

tan bien sostenidas con el exemplo de los tan útiles
 á la causa común. Al paso que los indios de Santiago se afec-
 taban al yugo español por la benignidad con que
 lo suavizaban sus nuevos doctores, echaba nue-
 vos brotes su aversión en el indomable Calcha-
 qui. Siempre dispuesto á recibir las sugestiones
 del odio, se armó de nuevo bajo la confianza que
 le inspiraba el crédito del cacique Silpitode. Sus
 continuados insultos, traían inquietas y sobresal-
 tadas las poblaciones. Los vecinos de Salta, invien-
 rón á gran gloria poderse defender en el recinto
 de la ciudad sin atreverse á aceptar los desafíos
 con que eran provocados. Para el gobernador
 D. Juan Ramirez de Velasco eran estos procedi-
 mientos, más tilrajás ofensivos que no podía di-
 simular su poderío militar. En efecto él se pro-
 puso domar la activa libertad de estos bravos na-
 cionales, los mas enemigos del yugo español, y mu-
 vo la fortuna de conseguirlo. En el mes de mayo
 de 1589, alacera de su gobierno, dis-
 puso para este efecto una expedición de cien sol-
 dados españoles y trescientos indios amigos. Estas
 eran las ocasiones en que sus predecesores inme-
 diatos cubaban su colicia á expensas del fondo pú-
 blico. El apuro en que lo encontró Velasco, lo
 obligó á echar mano de lo suyo, y á excitar el
 patriotismo de los pudientes á erogaciones volun-
 tarias. Por estos medios logró ponerse en estado
 de dirigir su marcha al valle de Calchaqui. Lle-
 vando en su compañía á uno de dichos misioneros

ros, cuyos consejos veneraba. Una consideracion guerrera debió poner á estos bárbaros fuera del riesgo de caer en sujecion, pero sus odios reciprocos eran opuestos á estos arbitrios de prudencia, y aun les hacian preferir el funesto placer de vengarse á sombra de los españoles al estéril interés de conservar su primitiva libertad. Desprevenidos y sin concierto no encontraron otro recurso que el de acogerse á las mas inaccesibles eminencias, llevando consigo el espanto que es espasmoso á la vista de un guerrero tan atrevido. Con todo, ellos fueron forçados en sus guaridas, y obligados á implorar la clemencia del vencedor. La humanidad con que fueron tratados, dió motivo para que los juzgase el gobernador por instrumentos aptos de sus designios. Siempre inclinado á los medios de una mansedumbre respectiva, hizo á algunos indios mensajeros de sus pidiendo para con otros pueblos á quienes ofrecia la paz. Los vencidos aceptaron con gusto esta comision, pero se reservaron dar en ellas un espectáculo de barbarie. Seguí el gobernador sus marchas con parte de su gente, sirviéndole de guia los demás indios pacificados, quando adelantándose estos una noche, y uniéndose con los de la caballería, tomaron de sorpresa un pueblo dormido en cuyos moradores vengaron ciertos odios mal olvidados, matando sin distincion de edad ni sexo á quantos encontraron. Esta accion execrable llenó de horror á los españoles, y puso al gobernador en necesidad de hacerlos entender que tenia por de

haberse prometido de su sombra tan afrentoso patrocinio. Por criminal que fuese esta zancadilla, produjo la ventaja de introducir en los demás pueblos un terror favorable á los conquistadores. Instruidos de este infortunio aceptaron la paz, y reconocieron vasallage. El seguridad del tratado fué trasladado á Santiago y el cacique Subpitode con otros indios, alóndes enpenaron al gobernador toda la grata hospitalidad que pedía la política y era conforme á su carácter.

No satisfecho el zelo del gobernador con esta venturosa y ágil empresa, ni confiado en los otros, hubs de calma que habian procelido, se dedicó entre otras cosas á levantar una población en el distrito de los Diaguitas. Esperábase que con ella se contendrian las incursiones del Calchaqui, que, aunque humillado, siempre será de temer. En 1595 dió principio á una ciudad que llamó la nueva Rioja por consagrar á su patria esta reverente memoria. A su regreso á Santiago quedaban sujetos tres mil indios en el corto recinto de ocho leguas. Dellos subió el padron, que se conduyó despues, á un número muy considerable supuesto, que se formaron cincuenta y seis repartimientos, tocándole en encomienda al gobernador diez y ocho pueblos, fuera de varias rancherías y anexos, y diez y siete á su hijo D. Juan Ramirez de Velasco á lo ménos es fuera de duda, que lo que el gobernador reduxo los veinte mil indios que se habia prometido. Véanse las pidiadas de los gobernadores mas claramente.

Las sumisiones de los indios que no se hallaban cimentadas por los medios de la persuasión y la caridad, siempre estaban expuestas á repentinas revoluciones. Muchos de esta jurisdicción de Córdoba situados en la sierra grande, se rebelaron por este tiempo. El teniente Tristán de Texeda los sujetó de nuevo con tanta diligencia como presencia de alma y les hizo servir el engrandecimiento de la conquista. Valiéndose de sus brazos penetró por sendas nuevas hasta las Salinas; en suya cometa redujo al vasallage á los indios Escaloniles. De este descubrimiento se aprovechó el gobernador para aumentar los militares de la nueva Rioja á quien adjudicó una parte.

El gobernador Velasco se habia propuesto un plan muy vasto de operaciones; y sus desvelos le arribaban á llevarlo hasta el cabo. En la empresa de fundaciones mas, óyes resultados debían ser (á mas de los comunes) asegurar en lo interior de la provincia una comunicacion fácil y pronta, estrecharla por nudos reciprocos con el Perú, y dar una impulsión favorable al estado languido de la industria. Fueron dichas fundaciones la de san Salvador de Jujuy, y la de la villa de Madrid de las juntas. Ambas tuvieron efecto el año de 1592. La de Jujuy los ycees puesta en práctica se otras tantas demolida por los bárbaros, fué encomendada al noble y prudente D. Francisco de Alvarado, quien la usó de modo que hasta el día de hoy perpetúa su existencia á pesar de la obstinacion con que ha sido combatida.

por todos sus extremos. La otra fué la de la villa de las juntas, así llamada por haberse levantado sobre las márgenes del río Salado en el mismo sitio en que se unen al de las piedras.

Aun humeaba la mecha de la rebelión de Córdoba quando un pequeño sapo la hizo revivir de sus cenizas. Los indios suspendían por algún tiempo la actividad de su odio, pero entonces cobraba en secreto esta pasión, y esperaba qualquier pretexto para manifestarse. Quemando las iglesias, matando quantos Yanaconas pudo la desgracia entre sus manos, é injuriando á muchos que escaparon con vida, dieron principio este año á su facción. A pesar de ser muy crecido el número de los pueblos insurgentes, no Tristán de Texeda les otorgaba libertad de presentarse en medio de ellos con solo veinte y cinco hombres. Conoció este intrépido guerrero el carácter de estas almas abyectas y embutecidas, y no podía ignorar que para hacerse obedecer y respetar bastaba estar acostumbrado á recibir el castigo de su mano. Una vez más fué suficiente para tranquilizarlos, y para hacer que se precipitasen bajo el yugo.

CAPÍTULO XIV.

Frutos que produjo la predicacion de algunos varones apostólicos : el Adelantado Juan Torres de Vera abdicó el mando : gobierno de Hernandarias : su prision entre los indios y su evasion : visita la provincia del Paraguay D. Francisco de Alfaro : crítica sobre lo que dice Azara : divídese la provincia del Paraguay y se establece el gobierno del rio de la Plata.

Se acercan ya los tiempos en que los sucesos de esta historia van á demostrar del modo mas auténtico, que para dominar sobre los hombres son de mas poderio la blandura y la persuasion, que la fuerza y el temor. Setenta años de guerras y desastres, que debieron escarmentar á los indios, no habian hecho mas, que obstinarlos en el deseo de ser libres. Gobernaba aun la provincia del Paraguay el Adelantado Juan Torres de Vera y Aragon, quando vinieron á domesticarse unos héroes pacíficos, amigos de la humanidad, cuyo destino era consolarla. Los nombres de fray Alonso de san Buenaventura y de fray Luis Bolaños, dos religiosos mínimos, jamas se repetirán entre los indios sin hallarse excitado el corazon á la ternura y al respeto. No es abriendo escenas de terror y de sangre que ellos hacen sus conquistas, sino siendo humanos, justos, sufridos y predicando una religion indulgente con los débiles. Un copioso número de gentiles se rindiéron á sus persuasiones, y tributáron homenaje al verdadero

Dios en mas de quarenta templos que levantaron à su culto. Esta copiosa miez tentò la codicia de un teniente de la Villa-Rica quien los reduxo à cautiverio. Los corazones virtuosos y sensibles de aquellos misioneros que habian puesto los altares por garantes de su felicidad no pudieron contener su indignacion. Ellos reclamaron à favor de la libertad de los derechos de la naturaleza, y el favor aunque tenue de las leyes. Su zelo los hizo victimas del furor: un destierro fuè el premio de sus fatigas.

Es la parte mas agradable de esta historia aquella que presenta la sujecion de los bárbaros sin que en ella tuviese influxo el derecho de la espada. Asi no omitiremos decir, que otros ministros del Dios de paz se dedicaron à este importante ministerio. San Francisco Solano hizo resonar su voz por estas partes con todo aquel buen éxito que suele ser el fruto de aquella dulce encantadora gracia que acompaña la santidad. La Asuncion lo será deudora de haber renacido baxo su patrocinio el año de 1589. Muchos millares de bárbaros de las naciones vecinas se habian confederado secretamente para asaltarla en el momento, en que entregados sus vecinos à las religiosas ocupaciones del culto, daban todos sus cuidados à la piedad. Se cuenta que por una cierta inspiracion conoció el santo la empresa proyectada en el instante de su execucion, y que arrebatado de un entusiasmo divino habló à los indios, que eran de distintos idiomas, en lengua guarani con tal vehemencia

ciencia de sentimientos que les hizo enmendar sus intentos. Nueve mil indios renunciaron sus errores al eco de esta voz celestial, y pidieron el Bautismo. El curso de los acontecimientos traza á la pluma lo que hicieron otros misioneros jesuitas, cuya religion tuvo su ingreso por estos tiempos.

Cansado el Adelantado Juan Torres de Vera de un gobierno dilatado en que entre algunos sucesos prósperos experimentó los desórdenes de la suerte, y deseando volver á respirar los aires del patrio suelo, pidió el mando en 1591. La ciudad de la Asuncion puso en su lugar á Hernandarias de Saavedra, según el privilegio que para ello gozaba del Emperador Carlos V. Era este caballero oriundo de la misma Asuncion, quien debe tener á mucha gloria haber servido de consejero á un personaje tan ilustre. El historiador Lozano, que nos sirve de principal guia, nos dice de este gobernador en su historia manuscrita, que desde la edad mas tierna desempeñó el servicio militar con crédito de valeroso; que ennoblecía este valor con esa prudencia consumada que en los combates honra á los guerreros; que se distinguió por su destreza en las artes de la paz y de la guerra: que fué un decidido protector de los indios y en fin que habiendo sido uno de los heroes que ha producido el mundo nuevo, mereció se colocase su retrato en una de las salas de la contratación de Cadix. Nos lamentamos de que el tiempo haya destruido las memorias de que por

dia formarse un retrato mas exacto; con todo, añadiremos algunos hechos que refieren el mismo historiador.

Entre las proezas militares de este grande hombre se cuenta el combate singular á que fue desafiado por un Cacique de mucha fama; y en que la cabeza de este temerario sirvió de advertencia á los suyos para no continuar una guerra que debia serles funesta. Esta clase de escenas sangrientas aquejaban mucho el animo de Hernandarias. La necesidad obraba en ellas, y el desearmiento de los vencidos era único fin del vencedor. Su alma se entregaba á todo lo que era en alivio de los indios.

Hernandarias dexó de mandar el año de 1659. La historia no presenta hecho notable en los gobiernos de sus tres inmediatos sucesores, si no es el naufragio de tres navios ingleses que diéron al traves en las costas de las islas de santa Catalina. Buenos Ayres se habia hecho un puesto de importancia para que dexase de entrar en el vasto plan de adquisicion trazado por la codicia extranjera. La reyna Doña Isabel puso la mira en esta conquista; y puede creerse que le hubiera salido venturosa la de haberla desgraciado aquel inesperado infortunio. Tales eran los pocos preparativos con que se hallaba esta plaza para hacer frente á un enemigo poderoso. D. Fernando de Zarate, que con retencion del gobierno del Paraguay mandaba la provincia, vió en esta expedicion inglesa el amago de otras muchas con que

las naciones extranjeras infestarian nuestros mares y por lo mismo teniendo à su disposicion las tropas cordovesas, que habian ido en auxilio de la plaza, puso mano en la construccion de un fuerte que perfeccionaron sus sucesores.

Hernandarias de Saavedra vuelve à aparecer en el teatro à continuar el curso de su gloriosa carrera. Por muerte del gobernador D. Diego Valdes de Banda entrò de nuevo à gobernar; no es bien averiguado si à nombramiento de la provincia ó del virey de Lima pero si lo es que en 1601 obtuvo de la corte la propiedad de este gobierno. Aun no habia entrado en calma el espiritu alzado de los nuevos descubrimientos. Su mérito se recomendaba por sí mismo el aprecio de los fieles servidores del rey. Esto bastaba para que no fuese descontentado por los cuidados de Hernandarias. Hechos los aprestos necesarios se dirigió hacia el estrecho de Magallanes, y descubrió mas de docientas leguas por aquel rumbo. Los bárbaros que vivian sin inquietud en una dulce indolencia, no pudieron mirar sin susto una invasion tan repentina. Con un valor inesperado se echaron sobre los españoles, y à favor de su multitud ganaron la victoria. Todos los que salvaron la vida quedaron prisioneros, sin excepcion de Hernandarias. Este revés no minoró la gloria, porque no es justo se pasen por delitos las faltas de la fortuna. Su corazon grande no se abatió à este infortunio; antes dió à conocer en él la firmeza y elevacion de su carácter. En tan difi-

El coyuntura tomó el partido de evadirse, y de empeñar otro combate luego que hubiese reclutado nuevas fuerzas. En efecto, sacadas éstas de Buenos-Ayres hizo que el enemigo no disfrutase mucho tiempo de su triunfo. Vencido y derrotado no pudo impedir la libertad de sus prisioneros.

Las bárbaras naciones que abrigaba en sus senos el gran Chaco por lo perteneciente à la provincia del Paraguay, tralan inquieto el ánimo de Hernandarias; no tanto por domellarlas quanto por que se rindieran al imperio de la fè y de la razon. Primero por medio de sus capitanes, y despues por si mismo desempeñò esta empresa, sino en toda su extension, à lo ménos en la parte que pudo ser exéquible. Los fieros Guaycurúes empezaron à gustar la educacion de las leyes y la disciplina de la fè.

La tiranía de los españoles habia hecho que muchos de los indios reducidos del Guayra desertasen de sus encomiendas, entregándose à esta vida holgazana que constituye la clase estéril, y que suele ser en las repùblicas la ruina de las activas y fecundas: en fin que otros muchos resistiesen entrar en sujecion à virtud del escarmiento que les dexaban sus compatriotas.

Dos expediciones dirigidas à la conquista del Paraná y el Uruguay eclipsaron no poco las glorias de Hernandarias. En la primera perdió parte de su ejército; en la segunda un ejército de quinientos hombres y la esperanza de conseguirla.

No creyéndose con fuerzas suficientes para imponer la ley á estos indios, lo representó á la corte, añadiendo que en tal caso convendría sujetarlos por las armas de la fe. El rey Felipe III en real cédula de 1608 aprobó este pensamiento. Despues de no pequeñas dificultades fué acordado que los jesuitas Simon Mazeta y José Cataldino, italianos, tuviesen por suerte tan glorioso destino en la provincia del Guayra. A 8 de diciembre de 1609 emprendieron su viage. Por estos mismos tiempos arribó á la Asuncion Arapizandú, regulo principal de los Paraná, solicitando la paz y doctrineros para su pueblo. Los padres Lorenzana y Francisco de san Martín abrazaron esta empresa que hace tanto honor á la religion y la humanidad. En el siguiente año de 1610 todos estos varones apostólicos diéron principio á esas misiones célebres en que tanto se ha exercitado á un mismo tiempo la crítica, el odio, la envidia y la admiracion.

Las quejas contra el servicio personal de los indios se habian aumentado y preparaban una reforma feliz en toda la provincia. Acaeció esta con la venida del visitador D. Francisco de Alvarado. Este era un ministro hábil, incorruptible, diestro en manejar los espíritus, y que unia al deseo del acierto la firmeza de sus resoluciones. Uhas ordenanzas dictadas por la voz de la equidad, y en las que abolido dicho servicio, que no distaba mucho de una verdadera esclavitud, quedaron restablecidos los indios en parte de sus justos

derechos, fué el fruto de esta visita. La data de estas ordenanzas es de 1612 tiempo en que habiendo acabado el gobierno de Hernandarias desde 1609 se hallaba D. Diego Marin de Negron en posesion del mando.

Todo hombre que piensa, ha creído que en lugar de emplear los españoles europeos la fuerza y la tirania para reducir á los americanos, no debieron valerse de otros medios que de la dulzura y la superioridad de sus luces: entre los mas inhumanos que adoptaron, fué sin disputa el del servicio personal. Por una politica bárbara los conquistadores de estas partes introduxéron la costumbre de repartirse los indios despues de haberlos vencido. Por este repartimiento, que tambien era comprehendido en la clase de encomiendas, correspondia al encomendero sobre el indio un derecho de servidumbre diaria, á diferencia de que se hacia en virtud de una sumision voluntaria, ó de una capitulacion cuyo término se limitaba al de dos meses.

La tirania metódica de estos encomenderos despertó en fin á la corte de España, quien prohibiendo enteramente el servicio personal, reduxo las encomiendas al usufructo del tributo debido á la corona. Con arreglo á estas disposiciones formó sus ordenanzas el visitador Alfaro. No nos admira que los encomenderos se resistiesen de una reforma que ponia limites á su avaricia; al fin una soldadesca desenfrenada no podia respetar otros derechos que los de su interes: lo que al

admira, es, que en el siglo de las luces se encuentre un escritor como el señor Azara, que los acompañe en su duelo. Oigamos como se produce (a). "La corte ordenó à D. Francisco de Alfaro, oidor de la audiencia de Charcas pasar al Perú en calidad de visitador. La primera medida que tomó en 1612, fué ordenar que ninguno en lo sucesivo pudiese ir à casa de indios con el pretexto de reducirlos, y que no se diesen encomiendas del modo que hemos explicado, es decir con servicio personal. No alcanzo sobre que podia fundarse una medida tan politicamente absurda; pero como este oidor favorecia las ideas de los jesuitas, se sospechó por aquel tiempo que ellos dictaron su conducta. Despues de esta época nada hubo que excitase à los particulares españoles para tomarse la fatiga de ir à buscar por entre grandes riesgos indios salvages sólo à fin de gozar de sus trabajos por dos generaciones à título de encomienda. Como no habia por aquel tiempo en el pais ni tropas asalariadas, ni dinero, no tuviéron los gobernadores ningun medio de aumentar las conquistas, ni reducir à los indios, y todas las operaciones subitamente cesaron. Los portugueses, nuestros vecinos, que no se contentaban con dar en encomienda à los particulares los indios que tomaban, sino que tambien les permitian venderlos à perpetuidad como esclavos, bus-

haron salvagés por todas partes hasta en los mas pequeños rincones del pais. Ellos, usurpando tambien la mayor parte del territorio que poseen, aumentaron su poblacion y descubrieron sus minas."

¿Puede darse un rasgo de politica mas absurda? El señor Azara no alcanza en que pudo fundarse el visitador Alfaro para abolir el servicio personal. Pero nosotros no alcanzamos como pudo escaparse a un sabio filósofo que ese servicio es incompatible con la libertad civil, de que nadie tuvo derecho para despojar a los indios y de que eran tan zelosos. El salvaje prefiere esa libertad a las dulzuras de la vida mas culta; las naciones politicas reconocen por primer estatuto el de su libertad, y entre los pueblos reducidos a servidumbre no hay ninguno que no suspire por el momento que la termina. ¿Como pues el señor Azara califica de absurda la politica que se encamina a recuperarla? Es sin duda, porque a juicio de este escritor eran conciliables el servicio personal de los indios y su libertad. En efecto "estas encomiendas establecidas por Irala, nos dice en el lugar citado, pertenecian al primero y segundo poseedor por todo el tiempo de su vida; pero despues de este término ellas debian ser abolidas, debando a los indios en el goze de su plena y entera libertad absolutamente como los españoles, con tal que pagasen sólo un cierto tributo al tesoro público. Irala juzgó a mas de esto que el tiempo señalado a la duracion de las encomiendas era necesario para la instruccion

y civilización de los indios, bajo el régimen y la conducta de los encomenderos que personalmente eran en ello interesados, y bajo la inspección del jefe quien no se descuidaba de informarse del estado en que se encontraban los indios, y del modo como eran tratados. De suerte que á mi juicio era imposible combinar mejor el engrandecimiento de las conquistas, la civilización y la libertad de los indios con la recompensa debida á los particulares que todo lo hacían á sus expensas. Pero ¿quien es aquel que no advierte en este sistema una mera especulación lisonjera que desmintió la práctica? Lo que hay de cierto es, que los indios sujetos al servicio personal, principalmente los reducidos por las armas, se tenían en clase de domésticos, eran tratados como unos verdaderos esclavos, á excepcion de no, poderse enagenar. Mal vestidos y peor comidos se les hacía trabajar sin salario alguno, y la falta mas ligera los hacía dignos de un severo castigo. Todo ocupado el encomendero de su ganancia, lo que menos atendía era la educación de los indios. Por consiguiente esta estupidez grosera á que puede conducir una esclavitud que sofoca todo sentimiento de gloria y de grandeza, era preciso que fuese el distintivo de estos infelices. Ni era mas envidiable la suerte de los Mitayos, es decir, de aquellos indios que con dos meses de servicio satisfacían la obligación del fendo. La costumbre española encontró luego el arbitrio de esclavizarlos por toda su vida. La miseria de estos

indios los obligò desde luego à aceptar las pagas anticipadas con que los tentaban los encomenderos; pero como su misma pobreza no les permitia pagarlas, de deuda en deuda venia à cogerles la muerte. Pero aun era mas triste la suerte de estos deudores insolventes, si llegaban à tener una familia que sustentar. Reducidos à una prision no hallaban otro medio de libertarse, quedando en prendas su mujer y sus hijos: pero prendas que para el encomendero no eran mas que otros tantos infelices esclavos de por vida.

Verdad es que para poner à los indios al abrigo de toda vexacion, el gobernador de la provincia debia escuchar sus quejas, y administrarles justicia, castigando con la privacion de la encomienda à los que ó por su negligencia en la educacion de los indios, ó por sus malos tratamientos abusasen de su poder. ¿Pero que ley es aquella que à la distancia del trono conserva su vigor? Si esto es asi para con todos, debe serlo mucho mas para aquellas en que es interesada la codicia. Entonces ella se vuelve generosa, y halla recursos en si misma para comprar aquellos que pueden reprimirla, y prometerse la impunidad. Esto es puntualmente de lo que la historia sale por garante.

Però sin el servicio personal ¿cómo conseguiríamos el engrandecimiento de la conquista y el aumento de nuevas poblaciones en un estado donde lo mas se ha de practicar à expensas del vasallo? Véase aqui el grande escollo que descubria

el señor Azara en sus meditaciones político-filosóficas. Nosotros creemos que hubiese hecho más honor á su pluma, empleando sus grandes luces y conocimientos en demostrar la injusticia de esa conquista, aun quando hubiera sido posible por otros medios ménos ilícitos que el del servicio personal. Permitido que fuese ventajoso al estado retirar mas los límites de la conquista, restaba averiguar si ese procedimiento llevaba el carácter que imprime la justicia, porque en nuestra opinion nada que no sea justo, puede ser útil. Nos desviaria demasiado si empeñasemos la prueba de su ilicitud por otros títulos que el que provee el servicio personal. Hemos visto ya la oposicion que dice la práctica con la libertad de los indios: esto nos basta para concluir que engrandecer la conquista á sus expensas hubiera sido lo mismo que marcarla con el último sello de la crueldad. ¿Y que diremos si lejos de ser conveniente á la España esas nuevas conquistas no hubieran hecho mas que debilitar las adquiridas? En efecto, no es preciso esforzar mucho el raciocinio para llegar á conocer que ocuparse en nuevos descubrimientos quando los hechos permanecian aun informes era exponerse á quedar sin nada por aspirar á adquirirlo todo. Los recursos que suministraba la corte de España á estos conquistadores eran muy pocos ó ningunos. Para hacer nuevas adquisiciones les era preciso sacrificar á ellas esa misma actividad, industria y trabajo que debían hacer florecientes las ya adquiridas; por consiguiente

siguiente, nadie es tan escaso de luces para no advertir que el empeño de acumular descubrimientos era el mas insensato en principios de política, y al mismo tiempo el mas horrible en los de la moral; principalmente si se hacia á costa de la libertad de los indios. Entónces, hechos los españoles el objeto de su exécracion, no pudiendo exterminarlos tomaban el partido de sacudir el yugo retirándose á los bosques, y romper con ellos toda comunicacion. De manera que el mismo servicio personal á que el señor Azara atribuye la virtud de afirmar, extender y hacer útil la conquista, venia á ser el medio mas eficaz de enflaquecerla y destruirla.

No es sin escándalo que oíms á este escritor quando nos pone por modelo la conducta que observaron los portugueses, nuestros vecinos, en sus conquistas. Todas las historias estan llenas de los actos de tirania y de crueldad, con que los portugueses se hicieron memorables en esta parte del globo. Apenas fueron conquistadas estas vastas regiones, quando se viéron pasar muchos salvages de la libertad mas entera á la esclavitud mas absoluta é inhumana. En tiempos mas baxos fueron exéntos de todo tributo; pero se les sujetó á una estrecha servidumbre en que á pretexto de bien público los tenian empleadós. Si á estos arbitrios reprobados debiéron su prosperidad estas colonias, claro está que no es tan envidiable como la presenta el señor Azara. Volvamos á nuestra historia.

No es de admirar que con la abolición del servidumbre personal hiciese mas progresos la sujeción de los indios. La humanidad los convidaba à gozar unas ventajas que les eran desconocidas. Las puertas del Paraná, algunos años cerradas, que se habían abierto desde 1610, daban ahora mas franca entrada baxo las solemnes promesas de una libertad entera, à que los misioneros añadian su tutela. Habia ya muerto el gobernador Negroen antes de concluir el año de 1615, quando sucediéndole interinamente el general Francisco Gonzalez de Santa Cruz, se adelantò en extremo esa revolucion dichosa que habia costado un siglo de deseos.

Un accidente poco esperado favorece de nuevo la causa de los indios. El inmortal Hernandarias gozaba en ocio tranquilo las delicias de la condicion privada, sin que ningun interes entrase en concurrencia con el que tenia por los bienes de la vida futura. A pesar de esto se vió obligado por tercera vez à tomar en sus manos las riendas del gobierno habiendo sido nombrado por la corte en consideracion de sus mèritos y servicios. Su tierno amor à los indios fortalecía la obligacion de protegerlos. Jamas los derechos de la libertad fueron mas bien respetados. El indio era un ciudadano en quien se dexaba ver bien sostenida la dignidad del hombre. Sus agravios provocaban toda la severidad del gobierno, y la conservacion de sus personas y sus bienes daba à conocer que hacia parte de nuestro deber.

cho público.

Entretanto que se ocupaba Hernandarias en promover el mejor orden en la interior de la provincia, otros cuidados exteriores llamaban su atencion. Las naciones extranjeras ocupadas en el proyecto de atenuar nuestro comercio, lo iban ya enflaqueciendo con sus continuas depredaciones. Un corsario holandés, que hacia su cruceo en la boca del gran río de la Plata, habia ya robado tres naves españolas y se prometió igual despojo de otras muchas. Contra este rapaz enemigo dispuso Hernandarias que saliesen tres embarcaciones de las que se hallaban en el puerto, cuyo mando confió á su sobrino D. Gerónimo Luis de Cabrera. El corsario vió venir estas fuerzas y con tiempo huyó el peligro, dexando avagado el río; y aunque despues intentó repetir estas piraterias no le salió feliz su desginio, porque tuvo siempre en Hernandarias un enemigo prevenido y diligente.

Eran ya demasiado vastos los términos de esta provincia para que pudiesen darle movimiento y actividad las atenciones de un solo gefe. La ereccion de otro nuevo, cuya capital fuese Buenos-Ayres, le exigian los importantes objetos que debian ser de su inspeccion. Mas solícito Hernandarias en extender la base de la felicidad pública, que en mantener la de su poder, lo habia representado á la corte. Excitado del mismo sentimiento reiteró con nuevo esfuerzo esta pretension. El rey advirtió en ella un manantial de bienes

Con este acaecimiento, que abre época en los fastos de estas provincias, acabó el gobierno de Hernandarias, quien descendió gustoso à ejercer sobre si mismo en una vida privada la autoridad que con violencia habia exercido en los demas. Siempre modesto, jamas admitió otro tratamiento que el de su nombre. Verdad es, que habiéndolo hecho tan glorioso, valia mas que esos dictados de que tanto se precian los hombres desde que empezaron à ser suplementos del mérito. Lleno de gloria y de virtudes murió despues en la ciudad de santa Fé.

CAPITULO XV.

Primeros establecimientos de las Misiones jesuíticas ; censura contra Azara : reglamento de estas Misiones : no es la igualdad de fortunas , que en ellas reynaba , digna de la censura que hace Azara : la libertad de estos indios convenia à su estado de infancia : vindicanse los jesuitas del aprovechamiento que se les imputa.

AUNQUE en el capítulo precedente hicimos mención de los primeros pasos que diéron los jesuitas para levantar en las provincias del Guayra y los Paraná esos establecimientos conocidos con el nombre de Misiones , no era justo interrumpir la narracion de los sucesos con el detall del reglamento à que los sujetaron. Pareciéndonos por otra parte que sin su conocimiento dexábamos un gran vacío en esta historia , hemos creído , que debíamos dedicar este capítulo à tan importante objeto. Los dos jesuitas Cataldino y Mazeta , destinados al Guayra , à poco de su arribo fundaron en el mismo año de 1610 la reduccion de Loreto , cuna de las demas , con docientas familias que encontraron bautizadas , y con veinte y tres pequeños pueblos que à persuasion de estos misioneros se les incorporaron. Era ya demasiado crecida esta poblacion para que sus conductores pudiesen mantenerla con buen orden. A solicitud del cacique Aticaya tuvo su origen la de san Ignacio , à la que sucedieron otras dos mas que por

de pronto fueron tenidas en clase de sucursales para la recepcion de los neófitos. Por otra parte los padres Lorenzana y san Martín fundaban en el Paraná la de san Ignacio Guazú.

Observa el célebre autor de los establecimientos de los europeos en las dos indias (a) que instruidos los jesuitas del modo con que los incas gobernaban su imperio y hacian sus conquistas, los tomaron por modelo en la execucion de este gran proyecto. En prueba de este pensamiento forma entre unos y otros un paralelo mas ingenioso que sólido. Nosotros creemos que tuvieron otro mas acabado en las máximas del evangelio, en la conducta de los primeros fieles y en los preceptos de la recta razon, al que si no se conformaron enteramente, à lo ménos se aproximaron. El poco fruto que hasta su tiempo habia recogido la religion, y la poca estabilidad de las anteriores reducciones, provanian precisamente de dos causas igualmente funestas. La tiranía con que habian sido tratados los indios que de buena fé la alzaron, y los malos ejemplos con que los mismos domésticos de la fé contrariaban la predicacion de sus ministros. Para precaucionarse de estos males obtuvieron los jesuitas el permiso de que no fuesen encomendados los indios que introduxesen al seno de la religion y del estado; y se establecieron por ley sólo valerse de la per-

(a) tom. 3. lib. 8.

sacion. Los sentimientos de benevolencia con que habiam sido mirados hasta entónces de los avaros españoles, cediéron su plaza à los de odio y aversion que despues les consibiéron. Oigamos como estos misioneros se pro-luxeron en el Guayra delante de los españoles para justificar sus intenciones: "nosotros no pretenderémos, dixeron, oponernos à los aprovechamientos que por las vias legítimas podreis sacar de los indios; pero vosotros sabeis que la intencion del rey jamas ha sido que los mireis como esclavos, y que la ley de Dios os lo prohíbe. En quanto à aquellos que nos hemos propuesto ganar à Jesu-Cristo, y sobre los que vosotros no teneis ningun derecho, pues que jamas fueron sometidos por la fuerza de las armas, nosotros vamos à trabajar para hacerlos hombres à fin de formar de ellos verdaderos cristianos. Despues de esto procurarémos empenarlos à que por su propio interes y de su propia voluntad se sometan al rey nuestro soberano, lo que esperamos conseguir por medio de la gracia de Dios. Nosotros no creemos que sea permitido atentar contra su libertad; à la que tienen un derecho natural, que ningun titulo alcanza à controvertirlo; pero les harémos comprehender que por el abuso que hacen de ella les viene à ser perjudicial, y les enseñarémos à contenerla en sus justos límites. Nos lisonjamos de hacerles mirar estas grandes ventajas en la dependencia en que viven todos los pueblos civilizados, y en la obediencia que tributan à un principe que no quiere

ser sino su protector, y su padre, procurándoles el conocimiento del verdadero Dios, el mas estimable de todos los tesoros; en fin que llevarán su yugo con alegría y bendecirán el feliz momento en que lleguen à ser sus súbditos."

Por este raciocinio en que se ven grandes verdades al lado de aquellos rodeos que sabe dictar una política astuta pero sabia, es bien claro que los jesuitas dirigian principalmente su zelo à la reducion de los indios salvages, y sin otras armas que la persuasion y la paciencia. Es cierto que los incas tambien se valian de la persuasion à fin de que los bárbaros adoptasen su religion, sus leyes y sus costumbres; pero se presentaron en las fronteras con exércitos armados, y sabian castigar una ofensa por una sujecion no voluntaria. Todo esto era desconocido en el plan de conquista trazado por estos misioneros. Sabiendo el grande imperio que tiene sobre el alma mas rústica una virtud consoladora, se propusieron labrar estos templos místicos sin el hierro y sin un solo golpe de martillo, esperando que con sufrir sus indolencias, ganarles su confianza y atraerlos con los beneficios, verian por último el logro de su empresa.

Quando el célebre autor que hemos citado dà una ojeada sobre estos establecimientos no se detiene en asegurar que "despues de haber dividido por mucho tiempo la opinion pública, obtuvieron por último la aprobacion de los sabios. El juicio, añade, que de ellos debe formarse en ade

largo, parece estar ya, fijado por la filosofía, delante de la cual la ignorancia, las preocupaciones, y los partidos desaparecen como las sombras delante de la luz". Con todo, á pesar de este testimonio, que puede asegurarse nada tiene de sospechoso en nuestros mismos tiempos, es decir, quando avergonzada la negra envidia por el hecho de haberles destruido, se cubre el rostro, aparece un escritor como el señor Azara (a) disputándoles ese concepto. No contento con haber asentado que las reducciones de Loreto y san Ignacio-Mirino son de fundacion jesuitica "pues que ellas fueron establecidas por conquistadores legos", como ni tampoco la de san Ignacio Guasu, añade después, que estas y otras fundaciones, hay alguna razon para creer, debieron su formacion mas bien al temor que los portugueses inspiraban á los indios, que al talento persuasivo de los jesuitas. Véase aquí el último esfuerzo que le restaba al espíritu de calumnia.

Por lo que toca á las dos primeras, recordámonos al señor Azara, las ochenta leguas que recorridon los jesuitas, Cataldino, y Mazeta, para congrega en un solo punto tanto indios dispersos: le recordamos que los que de estos eran bautizados se debia á las fatigas anteriores de los jesuitas Ortega y Fildes: en fin le recordamos que si hubo alguna fundacion de fecha antelada era

(a) tom. 1.º de su viaje cap. 13.

esta mas de título que de realidad, pues careciendo de los indios de doctrineros vivían en la pobreza de sus costumbres primitivas. La reducción de san Ignacio Guasú tiene títulos, sino méritos, igualmente auténticos que las otras para que se reputa de origen jesuitico. Es un error histórico atribuir este establecimiento al insigne varón fray Luis Bolaños; aunque el zelo de este religioso se exerció con gran fruto en la civilización de los Guaraníes, no disfrutaron de sus tareas apostólicas los jesuitas mencionados. Todos cultivaban la misma viña pero por distintos rumbos. Los cateques del Yaguarón fueron los que allanaron el camino para que los padres Lorezana y san Martín tuviesen buena acogida en la provincia enemiga del Paraná. A pesar de esto, documentos muy auténticos aseguran que a los seis meses de su entrada aun desconfiaban muchos indios de sus promesas, y resistían su amistad. El mejor apóstol es la virtud práctica: ésta los convenció que eran verdaderas; y el establecimiento se demoró a mas de treinta leguas de distancia de los de Guayazú y Yuti; que por el mismo tiempo levantaba su co-apóstol fray Luis Bolaños.

Para sostener su conjetura el señor Azara da que los establecimientos jesuiticos fueron mas obra del temor que de la persuasión, lo observa, que los veinte y cinco años tan fecundos en fundaciones de esta clase caen precisamente en el tiempo en que los portugueses perseguían a los indios por todas partes para venderlos como esclavos, y que

sobresaltados, estos indios con el terror, corrían á refugiarse entre los rios Paraná y Uruguay, y como no les era fácil penetrar á estos corsarios carniceros. Una observacion mas crítica, ó mas bien un juicio ménos parcial, hubiera pasado á este escritor, en estado de conocer, que si el temen óra habia en estos indios para buscar el asilo de los jesuitas, debió ser mas bien el que habian concedido á los mismos españoles, que á esos inhumanos portugueses. No queremos decir que la crueldad de estos pudiese entrar en paralelo con la de aquellos. Sabemos que la persecucion de los portugueses era una calamidad mas desapiadada, pero sabemos tambien que la de los españoles era mas universal, mas inmediata, y mas autorizada. Los portugueses hacian la caza de indios para hacerlos esclavos, y esto se tenia por un delito; los otros, para servirse de ellos como si lo fuesen, y esto se miraba por un derecho. Pero observémosse mas: para poderse los indios á cubierto de estas opresiones, al paso que debian reputar por inútil el recurso á los jesuitas, respecto á los portugueses, debian considerarse como muy provechosos con antelación de españoles. Los indios miraban en estos misioneros á sus amigos é hijos humanos, y estrechados á su causa, pero que sin mas armas que las de sus virtudes, no podian servir de escudo, contra los portugueses, á su debil y tímida inocencia. Por el contrario, la oculta debilidad de estos mismos misioneros indefensa de sus peyorados indios, y

sanar las venaciones de los españoles, contra quienes no se necesitaban otras armas que su crédito en los tribunales; y su aceptación en el público. Así sucedió: sus justas reclamaciones por la observancia de los decretos imprescriptibles del honor pusieron término á sus trabajos excesivos; á la violación de sus privilegios y á la acambración violenta de las leyes: concluyamos pues, que si el temor hizo que los indios buscasen la sombra de los misioneros, fué más bien el que se les concebido á los españoles, que el que les sufrían los portugueses. Por último sabe fuera de todos términos de lo verosímil, que para buscar los indios el asilo de los jesuitas fuere de mas eficacia el temor, que el convencimiento acompañado del beneficio. Nadie ignora, que quando precede la inclinacion, la persuasion obra eficazmente: el entendimiento facilmente suscribe lo que aprueba la voluntad. Jamas voluntad alguna fué mas bien obligada que la de estos indios por estos sus doctores. A fuerza de hacerlos gustar las dulzuras de la vida social, y de sacrificarse á sus intereses llegaron á conseguir ese ascendiente á que nos lanza el imperio mas absoluto de la fuerza. Viendo así estos indios el dulce imperio de la beneficencia ¿qué cosa hay mas conseguiente como el que la persuasion hiciese sus efectos? Si hubiésemos de añadir alguna prueba seria que ninguna de estas poblaciones sucedió el rigor despues de haberlo recibido en convencimiento claro de que se hallaba bien unida.

no con las frágiles ataduras del temor, sino con las indisolubles del convencimiento y del amor.

El reglamento que formaron los primeros autores de estos establecimientos, y al que después añadiremos otros, sin duda será el mejor convencimiento de lo dicho.

Pero para conocer su merito demos primero un diseño del carácter de estos indios. Son estos naturales de color pálido, bien formados y de elegante talla: su talento y capacidad no se resisten à qualquiera enseñanza, y aunque carecen de invencion, son muy felices en la imitacion. La pereza parece en ellos conatural, aunque mas puede ser propiedad de costumbre que de temperamento; es decidida su inclinacion à saber, y la novedad hace en sus almas todo su efecto. Ambiciosos del mando, desempeñan los puestos con honor. El que se distingue por la eloquencia merece el primor lugar; la pasion de la avaricia no degrada sus almas: Una palabra injuriosa les labra mas que el castigo y lo solicitan ellos mismos para evitar otros ultrajes. La incontinencia en las mugeres se mira con indiferencia, y aun los maridos son poco sensibles à una infidelidad. El amor conyugal tiene poco influxo para suavizar la dureza del trato, que los maridos dan à sus mugeres. Los padres de familia cuidan muy poco de sus hijos. La serenidad de alma de estos indios en medio de los mayores males tiene pocos exemplos en la redondez del globo, jamas un suspiro debilita su sufrimiento.

En cada reduccion habia dos jesuitas, es a saber, el cura y el vicario, que comunmente era un joven puesto al aprendizaje de la lengua y de aquel género de gobierno. Ambos estaban sujetos al superior de las Misiones, y todos al provincial.

Para el gobierno interior de la reduccion habia un corregidor, un teniente, dos alcaldes y varios regidores, todos indios elegidos por el pueblo a presencia del cura y sujetos a él, así en lo temporal como en lo espiritual. Estas elecciones eran anuales y se confirmaban por el gobernador de la provincia. A más de estos oficiales municipales residia un cacique, que venia a ser como el jefe; pero cuyas principales funciones se dirigian a la guerra.

El gobierno de esta república mas tenia de una teocracia donde la conciencia hace veces de legislador. No habia en ella leyes penales, sino unos meros preceptos, cuyo quebrantamiento se castigaba con ayunos, oraciones, cárcel y algunas veces la flagelacion. Nadie se admirará de estos castigos, si advierte que las costumbres eran bellas y puras. A imitacion de la primitiva iglesia se introduxo el uso de las penitencias públicas. Algunos indios de los mas irreprehensibles eran constituidos por guardianes del orden público. Quando éstos sorprendian algun indio en alguna falta de consecuencia, vestian al culpado con el traje de penitente, el que conducido al templo, donde confesaba humildemente su crimen,

era después azotado en la plaza pública. Ninguno había que pretendiese minorar su delito, ni eludir el castigo; todos los recibían con acciones de gracias, y aun no faltaban quienes sin mas testigo que su conciencia confesaban su culpa y pedían la expiación para calmar esas remordimientos, que eran para ellos el mas duro de los suplicios.

Tampoco habia leyes civiles porque entre los indios era casi imperceptible el derecho de propiedad.

Verdad es, que á cada padre de familia se le adjudicaba una suerte de tierras, cuyo producto le correspondia en propiedad; pero no podia disponer de él á su alvedrio, porque viviendo siempre como el pupilo baxo la férula del tutor, todo lo disponia el doctrinero.

Otra parte de estos terrenos se cultivaba en comun; pero sus productos tenian una destinacion limitada: era esta el sustento de las viudas, huérfanos, enfermos, viejos, caciques y demás empleados y los artesanos.

Lo restante de las tierras y sus frutos, como tambien los productos de la industria, pertenecian á la comunidad. Con este fondo se sostenian las necesidades imprevistas, el culto de las Iglesias, el sustento de los indios y todas las demas necesidades públicas y privadas.

Los primeros tres dias de la semana se empleaban en los trabajos de la comunidad; los restantes en los que exigia el cultivo de sus pro-

pías hereditades. Para suavizar el peso de las tareas se procuraba que ellas tuviesen cierto gusto de festividad: para ello marchaban procesionalmente al campo, llevando una estatua entre las dulces cláusulas de la música.

No se permitía que en esta república hubiese mendigos ni ociosos. Estos eran destinados al cultivo de los campos reservados, que se llamaban la posesion de Dios. A las indias se les daba tarea del hilado, ménos aquellas que se ocupaban en el carpido de los algodones. De esta fatiga estaban exóntas las embarazadas, las que oritaban y otras legitimamente impedidas de salir al campo, pero no de la ocupación del hilado.

En cada reducción habia talleres para las artes; principalmente aquellas que les eran mas útiles y necesarias; es à saber, herreria, plateria, dorado, carpinteria, tejidos, fundicion, y no eran desconocidas otras de grado como la pintura, esculptura y música.

Desde que los niños se hallaban en estado de trabajar eran llevados à estos talleres, donde el genio decidia de su profesion.

Los efectos comerciabiles, así en natura, como manufacturados, entraban en el giro de la negociacion. Los mas considerables de estos artículos eran la yerba del Paraguay, la cera, la miel y los lienzos de algodón. Entre los indios era desconocido el uso de la moneda. Estos artículos salian fuera de la provincia, y se despachaba la mayor parte en Buenos-Ayres. Con su producto

se pagaban los tributos y los diezmos, el sobrante se retornaba en efectos para el consumo de los pueblos, adorno de los templos y galas dispendiosas de que usaban los indios de oficios públicos en sus festividades.

Eran estas repúblicas las únicas del mundo donde reynaba esa perfecta igualdad de condiciones que templaba las pasiones destructoras de los estados y suministra fuerzas á la razón. La habitación, el traje, el alimento, los trabajos, el derecho á los empleos, todo era igual entre estos ciudadanos. El corregidor, los del cabildo y sus mugeres eran los primeros que se presentaban en el lugar de la fatiga. Todos iban descalzos y sin mas distincion que las varas y bastones: los vestidos de gala que el comun tenia destinados para decorarlos sólo servian en las festividades.

Las habitaciones de estos pueblos al principio mas parecian guaridas para defenderse de la intemperie, que para proporcionarse un alojamiento de comodidad. Sin ventanas, no tenia en ellas libre curso la circulación del ayre; sin muebles, todos se sentaban y comian en el suelo; sin camas, dormian en hamacas. Despues fueron mas regulares.

En cada pueblo habia una casa llamada de refugio, donde se mantenian en reclusion las mugeres que no tenian hijos que criar durante la ausencia larga del marido, las viudas, los enfermos habituales, los viejos y estropeados. Allí se les sustentaba y vestia aplicándolos á aquel ginec

ro de trabajo que sufría su capacidad.

Para el mejor mantenimiento del orden público todos debían recogerse por la noche á sus casas á una hora determinada. Una patrulla celadora que se remudaba de tres en tres horas, velaba sobre la observancia de esta ordenanza.

Las calles de los pueblos eran tiradas á cordel: la plaza tomaba el centro, donde hacían frente la iglesia y los arsenales. Al lado de la iglesia estaba el colegio de los misioneros, y sobre la misma línea los almacenes, graneros y talleres.

Las continuas irrupciones de los portugueses pusieron á estos pueblos en la necesidad de proveerse de armas de fuego y ejercitarse en la disciplina militar. En cada reduccion habia dos compañías de milicias, cuyos oficiales tenían sus uniformes bordados de oro y plata, de que sólo hacían uso en la guerra y en tiempo de las exércicios doctrinales cada semana.

Los indios de estas reducciones reconocían al rey de España por su legítimo soberano. De tiempo en tiempo eran visitados por los gobernadores y los comisionados, régios que despachaba la corte.

Iguualmente reconocían la jurisdiccion de los obispos y sus ordinarios. Los obispos, así de Buenos Ayres como del Paraguay, visitaban también estas reducciones, y recibían en ellas todas las primicias de sumision y respeto que exigía su alto ministerio.

Había en estas reducciones escuelas de primarios, donde se enseñaba á los niños á leer, á

cribir y contar. El talento prodigioso de estos indios para la imitación en todo género; menos para la invención; se ha dexado conocer; entre otras muchas cosas, en las excelentes copias de la letra de molde de que corren varias piezas; y que harían mucho honor á la mano mas exacta y segura.

Un gusto natural por la melodía y armonía de la música se dexó sentir desde luego en la infancia de estos naturales. Sus conductores siempre atentos á estudiar sus inclinaciones no podían menos de aprovecharse de este recurso que les ofrecia el genio y que consideraban de los mas oportunos para atraer á los salvages y fixar los conocimientos. En efecto, los jesuitas abrieron en cada reduccion una escuela de música donde se les enseñaban á tocar toda clase de instrumentos que por el modelo de los que se les daban construían ellos mismos. El canto por las notas se cultivaba con igual esmero por los ayres mas escabrosos de la música; y como observa Charlevoix, era tan suelto, elegante y natural, que parecia cantaban por instinto como los páxaros.

En el paralelo que forma el autor de los establecimientos, ya citado, entre los Incas y los jesuitas entra tambien el exquisito esmero de unos y otros para hacer respetar la religion por la pompa y el aparato del culto público. "Las iglesias", nos dice, son comparables á las mas bellas de Europa. Los jesuitas han hecho el culto agradable, sin hacer de él una comedia indecente. Una

música, que habla al corazón, cánticos penetrantes, pinturas que hablan á los ojos, la magestad de las ceremonias, atrae á los indios á las iglesias, donde el placer se confunde con la piedad. Aquí es donde la religion se hace amable."

Los jesuitas realizaron en estas reducciones el proyecto de los cementerios, que mucho tiempo despues discurrió la policia española sin acabarlo de lograr. Eran estos cementerios unas áreas cercadas de una baxa muralla, y bordados de cipreses, limoneros y naranjeros.

De quando en quando se permitian regocijos públicos, que venian á ser unas gimnásticas, donde la salud adquiria fuerzas y aumento la virtud. En estas danzas jamas se permitia esa promiscuacion de sexos siempre ofensiva del pudor.

Omitimos otros muchos capítulos de reglamento en obsequio de la brevedad. Entre los referidos se encuentran los que establecieron esa comunidad de bienes, esa falta de propiedad, en fin, esa dependencia absoluta que á juicio del señor Azara hacen á este gobierno de los jesuitas desmerecedor de los elogios que le han tributado los escritores europeos. "Siendo todos iguales, nos dice, sin ninguna distincion, y sin poder poseer ninguna propiedad particular, ningun motivo de emulacion podia moverlos á exercitar sus talentos, ni su razon; pues que el mas hábil, el mas virtuoso y el mas activo, no era ni mejor comido, ni mejor vestido que los demás y no tenia otras fruiciones."

La igualdad de condiciones y de fortunas siempre ha sido mirada como el segundo bien de una sociedad. No es poca gloria para los autores de este gobierno, que sus censores le formen el proceso por el crimen de haberlo conseguido. Una igualdad absoluta por todos los respetos, que pudiese en la misma linea la virtud y el vicio, los talentos y la incapacidad, el mérito y el demérito, no hay duda que seria contraria a los principios del instituto social. Pero ni es ésta la que ha merecido la aprobacion de los sabios, ni la que introduxéron los jesuitas en su república. Estos insignes legisladores examinaban por sí mismos las disposiciones de cada individuo, y les daban aquella educacion mas análoga al destino en que podian ser mas útiles: los premios para las grandes acciones fué otro de los resortes de que se valian: estos se ganaban en concurrencia de otros competidores, y no podian dexar de excitar la emulacion: aunque la propiedad era limitada, siempre tenian algun exercicio: EL MIO Y TUYO no eran desconocidos pero con la diferencia de producir aquí muchas de sus ventajas, sin ninguno de sus males: en el uso de estos bienes, siempre entraba la discrecion de los conductores, y como los indios se convencian de su acierto baxo esa misma dependencia, les parecia que procedian por eleccion. Por lo que respecta al uso de los de la comunidad, no faltándoles cosa alguna, venian a gozar en cierto modo de una propiedad ilimitada. Pero convengamos en que fuese res,

tringida, y que fuese tambien el origen de algunos males ¿ por ventura no tiene tambien los suyos una propiedad entera? Donde está reina; la avaricia, la prodigalidad y el lujo son sus cortesanos. Millones de artistas viven ocupados en corromper à los hombres, haciéndoles contraer mas necesidades facticias que hacen desdichados à los que las sufren. El oro hace veces de virtud, de nobleza, de instruccion y de todo, y para pasar con estimacion es preciso ser otra cosa que hombre de bien. De aquí quantas miserias, quantas calamidades quantos infortunios sin recursos! Es cierto que los indios de esta república se habian privados de esas comodidades y placeres que son el fruto de un gusto refinado, pero en su lugar disfrutaban de los que siguen à una subsistencia asegurada; à unas tareas sin exceso; à un conocimiento cierto de que los muchos hijos lejos de servir de carga à sus padres eran su consolacion, à una horfandad sin peligros, à una viudedad sin desamparo; à una enfermedad sin desconsuelo y à una vejez sin amargura. Pero convendrémos tambien en que la libertad de estos indios para el uso de sus bienes no era qual convenia à una república en el estado de su perfeccion. Nada hubiera sido mas absurdo como una libertad que era excluida por el carácter y condicion de estos indios. Acostumbrados en su estado de barbarie à gobernarse por solo el apetito actual sin extender sus miras mas allá del momento presente; à no determinarse mas que por

el influxo de una necesidad executiva; y en fin à no hacer uso de la razon por hallarse entregados al imperio de los sentidos, era preciso que corriese algunos siglos de infancia social, para que llegásemos à adquirir esa madurez que exige el pleno ejercicio de la libertad. Este momento no habia llegado aun, y así era preciso que estos indios fuesen gobernados por unas instituciones acomodadas mas bien à las de un padre que gobierna su familia. Extraña el señor Azara que siglo y medio no hubiese bastado para sacarlos de esa infancia; y de aquí concluye "ó que la administracion de los jesuitas era contraria à la civilizacion de los indios, ó que estos pueblos eran esencialmente incapaces de salir de ella." Siendo este escritor no reflexionò que en el sistema legislativo de la América los indios son tratados en clase de menores, y que en tal caso volvia contra si sus propias armas. Nosotros tambien podiamos decirle; van corridos cerca de tres siglos, que no han salido de la minoridad: es necesario pues optar de dos cosas una, ó esta legislacion es contraria à los fines del instituto social, ó los indios son incapaces de alcanzarlo. No disimularemos que si el plan de los jesuitas hubiese sido trazado para mantener à los indios en una perpetua infancia era desde luego defectuoso; y aun mas, que debieron irles dando ya una educacion mas liberal y mas conforme al hombre que llega à conocer toda su dignidad.

Algunos han creído que este sistema de gobier² no tenia por objeto aprovecharse los jesuitas de los trabajos y sudores de estos neófitos. Imputacion injuriosa y mal fundada. Para los que se hallan instruidos en la cuenta y razon de los caudales de estas reducciones siempre será un objeto de admiracion la pureza de este manejo, llevado constantemente hasta el escrúpulo. No hubo exemplar, que un solo cura administrador diese alguna cosa de momento, ó á sus co-administradores, ó á los rectores de los colegios; ó á sus mismos superiores, sino es que fuese por su legitimo valor y precio; ni era cosa nueva verlos tropezar en esas pequeñeces que son frecuentes en unos mercaderes que comienzan.

CAPITULO XVI.

Entra á gobernar la provincia del Tucuman D. Fernando de Zárate: las tropas del Tucuman vienen en auxilio de Buenos-Ayres: los Calchaquies se sublevan en el gobierno de D. Pedro Mercado: hacen las paces: los Diaguitas se sublevan en la Rioja: gobierno de D. Alonso de Ribera, quien vence los Calchaquies: funda una ciudad en el valle de Lúndres: nueva expedición á los Césanes: abolición del servicio personal: entra á gobernar D. Luis de Quiñones Oropio: incendio de la iglesia de Santiago: fundase la Universidad de Córdoba: su método de estudios.

Con los sucesos que quedan referidos, en el capítulo trece de este libro acaba su gobierno del Tucuman Juan Ramirez de Velasco á mediados de 1595. Su inmediato sucesor, que fue D. Fernando de Zárate y quien, como diximos, obtuvo despues á un mismo tiempo el gobierno del Paraguay, se valió de esta doble autoridad para oponerse á las empresas atrevidas del poder británico sobre el puerto de Buenos-Ayres.

Los tesoros del nuevo mundo transportados á España iban cegando por estos tiempos las firentes de su poder verdadero. El dinero es riqueza secundaria, y en tanto tiene valor en quanto representa muchas cosas. De aquí es, que dando por su misma abundancia un valor excesivo á las otras de su industria, los ponian en estado de no poder sostener la concurrencia con las del ex-

trangero. Por consiguiente los artesanos ó abandonaban una profesion que no les era lucrosa, ó buscaban fuera del reyno su acomodo. Debilitada por este medio la industria nacional, lo fué de necesidad el comercio; cuyas operaciones se reducian en mucha parte á un tráfico pasivo de dinero propio con lo que sobraba á los de afuera. Por idolo que fuese esta felicidad, los hombres se dedicaban á buscarla con preferencia á la que resulta de la agricultura. Esta primera base de la opulencia de un estado quedó reducida con el tiempo á un cortó espacio. El último resultado de estos males debió ser la decadencia de la poblacion y así sucedió. Todo lo que perdía la España ganaban las naciones extrangeras. Siendo cierto que el dinero, como dice un gran político, busca necesariamente las verdaderas riquezas es decir, las cosas que se consumen y reproducen para volverse á consumir, pasó éste de las manos de los españoles á las suyas que eran las depositarias. Con él florecieron mas sus artes, creció la emulacion, tomó mayor actividad su comercio, y al fin llegaron á un grado de poder que les era desconocido antes del descubrimiento de la América.

Hemos querido hacer esta observacion sin otro fin que el de manifestar una de las causas de la altivez insultante, con que los extrangeros persiguen una monarquia, acostumbrados antes á respetar. Los ingleses principalmente fueron los que confiados en sus fuerzas maritimas, continuaron en

infectas nuestras costas. No refiriéndose el éxito desgraciado que tuvo su expedición contra Buenos-Ayres en el gobierno de Zárate y de que damos hecha mención en otra parte; pero sí la prontitud con que las tropas tucumanas estuvieron en su auxilio. El inmortal Tristán de Torcila, que como un esclavo voluntario de la república seguía su suerte, cualquiera que ella fuese, los condujo, de orden de Zárate, por entre muchas naciones enemigas que eran dueñas del tránsito. Aunque el naufragio anticipado de los enemigos dejó sin ejercicio su valor, uno de ellos se zeló por la seguridad de la patria. A beneficio del calor y diligencia con que ponía en movimiento los brazos de su gente, tuvo fin la construcción del fuerte que se levantó en aquel puerto.

Los ingleses, siempre burlados con el aspecto ventajoso de su constitución, hicieron posteriormente otro amago, después de haber dado caña a la nave llamada la Española. Este accidente hizo que de nuevo volásemos en socorro de la plaza; los auxiliares tucumanos baxo la conducta del general Alonso de Noya y Aragón. El Tucumán fixa una de sus glorias en haber concurrido casi siempre a la defensa de este puerto. En un punto de vista, estas tropas a la provincia, no disfrutaban tiempo de polgar sus espaldas y entorpecer al descomiso. Las continuas derrotas de los indios sólo hacían en ellos una impresión pasagera. Baxo su mismo rendimiento alientaban una sublevarción de voluntad que sin ellos persuadía su independencia.

dehicia, á lo ménos se les hacia esperar. ¿Pero qué bre que principio pensaba conseguirla? Podian ellos ignorar qué las poblaciones españolas habian tenido por cuna las fatigas y los peligros? Y si en la infancia mas débil prevalecieron de su poder, sucumbirian en la adolescencia? A pesar de toda reflexion ellos parece que entendian que la esperanza mas dejada merecia el sacrificio de sus vidas. Dando muerte los Calchaquies á un religioso franciscano, á quatro españoles y á otras gentes, publicaron su insurreccion. A nada ménos se extendia su odio sanguinario que á destruir las dos ciudades de Salta y san Miguel del Tucumán.

Habia ya concluido su gobierno Fernando de Zárate y desde 1595 se hallaba reemplazado por el caballero D. Pedro de Mercado, Pañolosa. No era este puesto superior á su mérito. Dotado de una alma firme elevada y arrojosa, hizo ver lo que puede el genio y la aplicacion en las coyunturas mas difíciles. Con la posible prontitud puso la gente en campaña baxo el mando de Alonso de Vera y Aragón, Juan de Medina y Gardia del mismo apellido. Eran estos tres capitanes de fama, que no respiraban sino la gloria, y en todas las ocasiones procuraban espalar por mercedes memorables. Al cabo de algunas jornadas encontró el ejército en el Valle. Los indios se adelantaron la accion, pero al fin fueron vencidos después de varios y porfiados combates. El mismo año de 1595 firmaron paz y se

¡Jairón esos terribles Homaguacá que de tantos años atrás cometían grandes hostilidades. No obstante esto un rumor de sublevación obligó al gobernador á segregar de entre ellos á Pilipico y á Felis, dos caciques, á cuya voz todo se decidía entre estos bárbaros, y cuyos perniciosos ejemplos eran obstáculo á la progresion de la fé. El primero murió á poco despues en el seno de la religion: el segundo con otros sus compañeros pasaron en Santiago el resto de su vida.

El rigor de los encomendados frustraba los benéficos efectos de las leyes. Siempre agitados los indios no hacian mas que pasar del vasallage á la rebelion, y de la rebelion al vasallage. Sus inquietudes eran semejantes á las de un enfermo que muda de situacion porque la que tiene no le acomoda. Dando minerie los Diaguitas de la jurisdiccion de la Rioja á sus encomendados y á otros españoles, se sublevaron con manifesto riesgo de esta nueva ciudad. No podia faltar de la escena el gran capitan Tristan de Texeda. Su nombre equivalia á batallones enteros. Habiendo recibido órdenes del gobernador Mercado, pasó á largas jornadas con su gente, y siempre acompañado de esa presencia de espíritu que no desconcertaban los acontecimientos mas peligrosos, obligó á los indígenas á que entrasen de nuevo en sujecion.

Aunque estas turbulencias se interrumpieron desde 1600 en que concluyó su gobierno Peñalosa, y al que por su órden sucedieron D. Erasm

cisno Martínez de Leybá y D. Francisco Barrasá y Cárdenas, volvieron á tomar su curso ordinario en el del célebre Alonso de Ribera. Solo un veyven de fortuna pudo hacer que éste grande hombre viniese al Tucuman. Sus proezas militares en las campañas de Italia y Flandes le habían adquirido un nombre inmortal. Todo lo que la fama alegaba en su favor, contribuyó para que el rey lo destinase al gobierno de Chile, donde los fieros araucanos hacian temblar á los mas fuertes, y amenazaban devorarse esta provincia. Ribera reanimó los ánimos abatidos de los chilenos, y procuró contener los progresos del enemigo; pero le desamparó su cordura, casándose sin real permiso con la hija de la célebre Aguilera. Disgustada la corte por esta transgresion de las leyes, lo privó del empleo y lo destinó al Tucuman, donde entró á fines de 1605, ó principios del siguiente.

Las alteraciones continuas de los indomables Calchaquies llamaron las primeras atenciones del gobernador. A fin de poner una barrera á estos bárbaros, que, como un torrente desbordado, asolaban las campañas, y dar á las ciudades un tiempo de reposo y seguridad, quiso se levantase un establecimiento en su mismo valle, pero no lo pudo conseguir. Logró sí despues castigar sus atrocidades, para lo que habiéndolos vencido, sacó de entre ellos quatro principales caciques que mandó ahorcar en el valle de Yocavil, y dispuso en la jurisdiccion de la capital muchos vie-

jos y viejas; cuyas sugerencias eran nocivas á la tranquilidad de la provincia. Los Calchaquies perdieron por algun tiempo el deseo de medir sus fuerzas con las nuestras y diéron señales de su arrepentimiento en la prontitud, con que los Mitayos salian á la ciudad de Salta á recibir órdenes de sus encomendéros.

Prevenido Ribera á favor de los nuevos establecimientos, que con razon miraba como otros tantos puntos de apoyo de esta combatida autoridad, fundó en el valle de Lóndrés una ciudad á quien llamó san Juan de la Ribera año de 1607. Dos años despues incorporó la de Madrid de las Juntas á la de Esteco, que trasladó á mas ventajoso sitio.

A medida que los españoles procuraban dar consistencia á su poder se empeñaban los bárbaros en destruirlo. Dando muerte los indios pampas á nueve comerciantes que transitaban por el camino de Buenos-Ayres y cubriendo de desastres los campos le declararon la guerra á Córdoba. Ribera se hallaba dedicado á la construccion del nuevo Esteco, y no le era posible desamparar este objeto de importancia. Él dió orden á su teniente para que saliese á campaña con toda prontitud. Éralo este el licenciado Luis de Peso, sugeto en quien las letras se hermanaban con el valor. Puesto á la frente de su tropa en 1609 penetró hasta las tierras del enemigo, castigó sus excesos y lo dejó bien escarmentado.

La confianza que le inspiró este suceso acom-

pasado de una actividad propia de unos tiempos en que eran desconocidas las lentitudes de la pobreza, hizo renacer en su ánimo el deseo de reconstruir esas tierras ensombrecidas de los Césares. Luis del Paso acometió esta empresa, pero no hizo más que recoger trabajos y aumentar desengaños.

En lugar de esta soñada felicidad logró la provincia otras más sólidas y duraderas. Una de ellas fue la fundación del colegio conciliar, llamado comúnmente de Loreto. Con razón se mira la educación de los colegios en general como preferible á la particular. Estas son unas casas en que estrechados los jóvenes á la necesidad de tratarse mutuamente adquieren anticipadamente un discernimiento aunque imperfecto del trato que los aguarda en la sociedad. El choque de sus disputas desentraña los talentos, y los entrena á llevar el peso que formó la naturaleza, inspiráronlos deseos de saber. En fin bajo la dirección de maestros hábiles y virtuosos adquieren la práctica de las virtudes que han de sostener después el vigor de la república y de las leyes. Loreto fue el primer establecimiento literario de esta provincia, y bajo el título de santa Catalina virgen y mártir se erigió en el expresado año de 1609 hallándose la iglesia catedral en la ciudad de Santiago del Estero. Constaba de seis plazas dotadas, cuyas rentas eran anuales, á distinción de las pagadas que eran encasadas. El fondo asignado para la subsistencia de la casa, fue el tres por ciento, que por disposiciones académicas y reales cargan los don-

ficios eclesiásticos de esta diócesis. El crédito de los jesuitas hizo que se les encomendase su direccion por el obispo Don fray Fernando Trejo. La condicion exigida por estos directores de no poderse mezclar en su gobierno los prelados diocesanos, no era la mas à proposito para asegurarles la perpetuidad. En efecto los sucesores del obispo Trejo vieron con desagrado una exención que derogaba sus mas sólidos derechos, y no aviniéndose los jesuitas à la dependencia que reclamaban, cedieron la direccion al clero secular. Aunque sea anticipando las épocas, diremos, que poco despues de la fundacion de este colegio, erigió otro este prelado en la ciudad de Córdova baxo el titulo de san Francisco Xavier. Estuvo tambien al cuidado de los jesuitas. Este Colegio fué de poca nombradía hasta tiempos mas baxos, como diremos en su lugar.

La otra ventaja fué la abolicion del servicio personal de los indios causada por las equitativas ordenanzas del visitador Alfaro. Todo se puso en movimiento para frustrar una reforma que iba à sustraer al débil de las garras del poderoso. El gobernador Ribera fué amenazado con todo lo que el espíritu de venganza podia serle funesto en el juicio de residencia à fin de que se opusiese à unos estatutos eversivos de muchas y pingües fortunas. Ribera poseia una alma firme y tenia bastantes luces para conocer la injusticia de la demandá. Con ánimo varonil y desinteresado dió al visitador Alfaro todos los fomentos que

Ss

dependieron de su mano, y contribuyó á sacar á los indios del insupportable yugo del servicio personal.

Aunque la continuation en el mando de la provincia hubiera sido muy oportuna para sostener el vigor de estas últimas ordenanzas, no se pudo conseguir, porque llegado el tiempo de su gobierno, se halló en la necesidad de dexarlo. Con todo, esta remocion de Ribera, acaecida el año de 1611, no impidió el fruto deseado que promovian las nuevas ordenanzas. El caballero D. Luis de Quiñones Osorio que le sucedió, era capaz de llenar su vacio. Diez años de experiencias adquiridas en la villa de Potosí, donde desempeñó con crédito el delicado empleo de juez oficial real, le habian sido una escuela muy útil para conocer las enfermedades del reyno y aplicar el remedio con inteligencia, zelo y providad. Consistia éste en aliviar á los indios de los trabajos excesivos á que, contra la reclamacion de las leyes, los condenaba el interes obscuro y bajo de los encomenderos. De aqui es, que dexando murmurar Osorio á casi toda la provincia, veló sobre la puntual observancia de los estatutos de Alfaro. No ménos diligente en dar á los indios pastores y guías que los conduxesen por el camino de la verdad, puso al cuidado de los religiosos de san Francisco las parcialidades de Odeyas, Paypayan y Osas. Con tan útiles providencias era preciso que cesasen las alteraciones de los indios. En efecto los cuidados paternales de un zelo dulce y tier-

no las hicieron olvidar sus pasadas vexaciones, y entrar en una sumision voluntaria preparada por el convencimiento. El gobierno de Osorio es uno de los mas pacificos que ha tenido esta provincia.

Acabó su ánimo un inopinado suceso. Un fuego devorador, causado de un descuido, reduxo á cenizas la iglesia catedral de Santiago. Las llamas habian consumido las especies sacramentales y aumentado, por esta circunstancia, el terror del incendio. Veneraba Osorio el sacramento de la Eucaristia con aquel profundo rendimiento que es el fruto de una fé respetuosa. Sobrecogido de este accidente, se empenó en reparar su gloria, levantando un nuevo templo, mas augusto que el primero.

A pasos lentos, pero seguros, iba tomando la provincia un nuevo ser. Por gran dicha suya se fundó en Córdova una universidad, que ha sido el mejor cimiento de su gloria y el centro de las luces esparcidas sobre las provincias convecinas. Debíó su origen al inmortal zelo del obispo, Don Fray Fernando Trejo y Sanabria, quien con un desprendimiento verdaderamente apostólico consagró todos sus bienes á este importante objeto. Aunque esta donacion debia tener su efecto con su muerte, anticipó quarenta mil pesos á favor de los jesuitas, para que se dotasen estos estudios. Con ellos se dió principio á la enseñanza de la juventud, abriendo en 1613 escuelas de latinidad, artes y teologia; pero hasta 1622 no

tuvieron el sello de la autoridad pública. (a) Apesar de las ventajas que prometia este piadoso establecimiento tuvo que sufrir los tiros envenenados de la envidia, à que por lo comun están sujetas las obras grandes. Valió mucho para defenderlo la autoridad de D. Juan Alonso de Vera y Zárate, natural de Chuquisaca, que desde 1619 gobernaba la provincia.

No sin grandes contratiempos llegó este gobernador à su destino. Habiendo caído en manos de los Holandeses que cruzaban las costas del Brasil, fué expoliado de todos sus bienes. En su tiempo una copiosa lluvia que acaeció el 1. de Mayo de 1623, hizo salir de madre una antigua y vecina lagunilla, cuyas aguas inundaron la ciudad, y causaron lamentables estragos. Duró su gobierno hasta 1627.

Acabamos de hacer mencion de la universidad de Córdova, que tuvo su origen por estos tiempos; pero como este establecimiento era el único de donde se difundia la instruccion de estas provincias, exige su importancia dar un bosquejo de los estudios que en el se cultivaban. Este prospecto servirá para darnos à conocer el progreso que hacia en estas partes el espíritu humano en la carrera de las letras.

(a) Los Papas Gregorio XV y Urbano VIII y los reyes Felipe III y IV aprobàron este estudio.

Esta enseñanza pública empezaba por el estudio de la lengua latina, dividido en dos aulas, à las que precedían sus respectivos catèdráticos. Buenos libros doctrinales sin ese cúmulo de pequeñeces que hace gemir la memoria; buen régimen y buenos preceptores, todo concurrió desde su principio à que se lograra un ventajoso aprovechamiento. Los autores de la mas culta latinidad y los mejores poetas se hicieron familiares à los alumnos, quienes se emulaban en imitarlos por sus composiciones prosaicas, y en verso.

Probada la aptitud por un examen publico, se abria à estos estudiantes el estudio de la filosofia por el espacio de tres años, cuya carrera concluian con un solo catèdrático; pero al que se le añadia otro, que empezaba su nuevo curso al principiarse el tercer año del que acababa. El primero de estos años estaba destinado al estudio de las simulas y de la lógica, el segundo al de la fisica, y el tercero el de la metafisica.

Sus ejercicios diarios se reducian à escribir la materia que se trataba, lecciones, explicaciones del maestro, pasos y conferencias en lo que se consumian quatro horas. Tenian tambien otros semanales, que se conocian con el nombre de academia y conclusiones. El año escolar duraba siete meses de rigurosa asistencia, y concluia con un examen de media hora, que era calificado por cinco jueces incorruptibles. Este examen era comprehensivo de todas las partes de la filosofia: el último año del curso y su duración era de una

hora. A este exámen precedía otra función con el nombre de aculló, calificada por el mismo estilo. A los mas aprovechados de los estudiantes se les señalaba un acto público.

Concluidos estos tres años, se pasaba al estudio de la teología, para cuya enseñanza habia cinco cátedras; dos de teología escolástica, una de moral, otra de cánones y la última de escritura. El un catedrático de escolástica, que era el de prima, dictaba todos los dias la primera hora de la mañana; el otro, que era el de vísperas, la primera de la tarde; los otros dos alternaban, con un día de intercalacion, la segunda hora de la mañana. La segunda de la tarde siempre se empleaba en la conferencia. El catedrático de escritura sólo enseñaba los domingos por la mañana.

Los ejercicios y pruebas con corta diferencia eran los mismos que en la filosofía.

El curso teológico duraba cinco años y medio; los tres y medio primeros eran de rigurosa asistencia en las aulas. En los dos restantes cesaba la asistencia diaria y seguian los estudiantes en clase de pasantes, en cuyo tiempo sostenian quatro funciones de aprobacion y reprobacion, que se llamaban partecioas. La carrera se coronaba con una función pública por mañana y tarde, que daba principio por una leccion de hora sobre el punto que dos dias antes le hubiese tocado en suerte. A los dos años y medio de empezada la teología se recibia al grado de maestro en artes,

y á la conclusion los de licenciado y doctor.

Es preciso bnfasar que estos estudios se hallaban corrompidos con todos los vicios de su siglo. La lógica, ó el arte de raciocinar, padecía notables faltas. Obscurecidas las ideas de Aristóteles con los comentarios bárbaros de los Arabes, no se procuraba averiguar el camino verdadero que conduce á la evidencia del raciocinio. La dialéctica era una ciencia de nociones vagas y terminos insignificantes, mas propia para formar sofismas que para discurrir con acierto. La metafísica presentaba fantasmas que pasaban por entes verdaderos. La física llena de formalidades, accidentes, quiddidades, formas y qualidades ocultas, explicaba por estos medios los fenómenos mas misteriosos de la naturaleza.

La teología no gozaba de mejor suerte. Lo mismo que la filosofía experimentaba su corrupcion. Aplicada la filosofía de Aristóteles á la teología formaba una mezcla de profano y espiritual. Se habia abandonado el estudio de los padres por dar lugar á questões frívolas é impertinentes. Razonamientos puramente humanos, sutilezas, sofismas engañosos, esto fué lo que vino á formar el gusto dominantes de estas escuelas.

Allegábase á esto, que habiéndose introducido el espíritu de faccion así en la filosofía como en la teología; vino en su compañía el furor de las disputas. Era cosa lastimosa ver arder estas aulas en disputas inútiles, donde desatendido el provecho, sólo se buscaba la gloria estéril de un triun-

fo vanó. Para esto era preciso inventar sutilezas y distinciones con que eludir las dificultades, y así se hacía.

Esta universidad nació y se crió exclusivamente en las manos de los antiguos regulares de la compañía de Jesus, quienes la establecieron en su colegio, llamado el máximo, de la ciudad de Córdoba. Este cuerpo religioso, acaso el mas zeloso de su gloria, miraba las letras y la educación pública como uno de los mas poderosos medios de adquirirla. Debióse à su diligente esmero que se mirase como uno de los establecimientos literarios mas acreditados en la América del Sur. Los vicios que hemos indicado, lejos de servir de obstáculo à esa celebridad, fueron los que mas la engrandecieron. No hay que extrañarlo; este era el título en que por estos tiempos fundaban su derecho à la fama las mayores universidades de la Europa. Como los caballeros andantes, dice el célebre Condillac, corrian de torneo en torneo peleando por hermosuras que no habian visto, así los escolásticos pasaban de escuela en escuela disputando sobre cosas que no entendian. Tocando despues este establecimiento en diferentes épocas ha experimentado las alteraciones, à que está sujeto todo lo que pasa por la mano del tiempo y de los hombres. Estas las haremos conocer donde lo exija el orden de la historia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS DE ESTE VOLUMEN.

LIBRO PRIMERO

- CAPIT. I.** *Descubre Solís el río de la Plata: su muerte: viaje de Diego Garcia: entrada de Gaboto: levanta este varios fuertes: vence à los Agaces: introduce el nombre de río de la Plata: llega Diego Garcia: continúa Gaboto en el mando.* pág. 1.
- CAP. II.** *Vuelve Gaboto à su fuerte de Santi-Espíritu: destruyen los Charrúas el de san Juan: parte Gaboto à España: suceso trágico de Lucia Miranda: desamparan los españoles à Santi-Espíritu: se establecen en la costa del Brasil: vencen à los portugueses.* pág. 14.
- CAP. III.** *Nómbrase à D. Pedro Mendoza por Adelantado del río de la Plata: partida de la armada: muerte de D. Juan Osorio: fundacion de Buenos-Ayres: batalla de los Querandies.* pág. 24.
- CAP. IV.** *Lastimosa situacion de los españoles en Buenos-Ayres: sitio de los Querandies: partida del Adelantado à la fortaleza de Corpus-Cristi y su vuelta à España: crueldades de Galán: sucesos de la Maldonado.* pág. 33.
- CAP. V.** *El teniente Ayolas llega à la tierra de Guaranjes: victoria que alcanza de ellos: sorprende à los Agaces: continúa su viaje.*

hasta el puerto de la Candelaria : dexa entre los Payaguas à Irala , y sigue por tierra el descubrimiento : fúndase la Asuncion : mata Galan muchos Caracará à traicion : se vengán éstos por el mismo medio. pág. 44.

CAP. VI. *Vuelve el terriente Irala à la Candelaria en busca de Ayolas : los Payaguas le forman una traidon y los vence : refiera un indio éhanté la muerte de Ayolas : llega à Buenos-Ayres el Feodor Alonso Cabrera : Irala es elegido gobernador : da nueva forma à la ciudad de la Asuncion : tiene principio la predicacion del Evángelio : desampárase à Buenos-Ayres : conjúranse los Guayraníes : se descubierte la traicion y son castigados. pág. 54.*

CAP. VII. *Alvar Núñez Cabeza de Vata solicita el adelantazgo del rio de la Plata , el que se le concede : fórmanse algunas ordenanzas para el gobierno de la provincia : se hace à la vela el Adelantado y llega à santa Catalina : su viage por tierra y su recibimiento en la Asuncion : promuévese la conversion de los indios : obstáculos que experimentan : nombra à Martinez de Irala por maestro de campo , y lo destin : à nuevos descubrimientos : vence Riquelme al cacique Tubaté : arrogancia de los Guaycurúes : son vencidos. pág. 64.*

CAP. VIII. *Levántanse los Ayáces : Alvar Nuñez hace las paces con los Guaycurúes : hace que Irala repila los descubrimientos : parte una jornada para el río Paraguay : castiga à los Payaguas : llega hasta los Guazara-por : resisten los españoles continuar adelante , pero los obliga Alvar Nuñez : introduce tierra adentro , y se ve obligado à retro-ceder : el capitán Mendoza entra à un pueblo de indios , donde encuentra una grande serpiente : choque de Alvar Nuñez con los oficiales reales : su vuelta à la Asuncion. pág. 78.*

CAP. IX. *Conjúrnanse los españoles contra el Adelantado : lo prenden : es nombrado Irala gobernador : los del partido leal intentan libertarlo : es remitido à España : despues de un largo juicio fué absuelto. pág. 97.*

CAP. X. *Derivacion del Tucuman : entrada de Diego de Roxas à esta provincia : choque de este general con un cacique de Copayun : su marcha para el distrito de los Diaguitas : batalla con estos indios : muerte de Diego de Roxas : le sucede D. Francisco de Mendoza : llegan los españoles al río de la Plata : Heredia mata à sus competidores , y se apodera del mando : se vuelven los españoles al Perú. pág. 111*

CAP. XI. *Publica Irala jornada para continuar los descubrimientos : rebelanse los indios*

*y los castiga: muerte del capitán Camargo; llega Irala hasta la encomienda de Piran-
sules: manda una diputación al licenciado
Gusca: amotinanse los españoles contra él y
lo deponen: es restituido al mando: muerte
del capitán Mendoza: Abreu le resiste la en-
trada à Irala: vuelven sus diputados, é in-
troducen el primer ganado cabrio: trátase
de los antropófagos.* pág. 123,

CAP. XII. *Hace Irala la expedición conocida por la
mala jornada: fundase la ciudad de San
Juan: la desamparan los españoles: parte
Irala contra los Tupis: fundase la villa de
Ontiveros: Sanabria es elegido Adelantado,
y no viene à la provincia: los Goas in-
troducen el primer ganado vacuno: subléva-
se la villa de Ontiveros.* pág. 142,

CAP. XIII. *Irala es hecho gobernador en propiedad:
viene el primer obispo: forma Irala las or-
denanzas: Chaves parte contra los Tu-
pis: Melgarejo funda à Ciudad Real: muer-
te de Irala: Mendoza entra en su lugar:
disputa de Chaves con Manso.* pág. 155,

LIBRO SEGUNDO

CAP. I. *Juán Núñez de Prado entra à la conquista
del Tucumán: tiene sus diferencias con Fran-
cisco Villagran: funda la ciudad del Barro.*

nuevo encuentro con su rival: queda esta conquista por colonia de Chile: buen gobierno de Prado: su prision por Francisco de Aguirre: sublevacion de los indios: trasladase la ciudad del Barco, y recibe por nombre Santiago del Estero: victoria de Bazan: entra Zurita à gobernar: su deposicion por Castañeda. pag. 172.

CAP. II. Muere el gobernador Gonzalo de Mendoza, y le sucede D. Francisco Ortiz de Bergara: sublevacion de los Guaranies: son derrotados por los españoles: igual sublevacion con igual suceso en el Guaira: vuelve Nuflo de Chavez à la Asuncion: viage al Perú del gobernador Bergara y del obispo Torres: Bergara es depuesto y le sucede Zárate: vuelta de los españoles al Paraguay: muerte trágica de Chavez: alboroto de los españoles en el Guaira: prende Melgarejo à Riquelme. pag. 184.

CAP. III. Disgustase el obispo Torres con el general: Cáceres y lo excomulga: persegue Cáceres cruelmente al prelado: prende al provisor e intenta expatriarlo: su viage hasta la isla de san Gabriel: firmase una conjuracion y es preso: levantase con el mando Martin Suarez de Toledo: Cáceres es remitida à España: acompaña el obispo: muere éste en san Vicente: viages funestos del Adelantado Zárate: su arrivo al yiq. de la Plata. pag. 199.

hasta el puerto de la Candelaria : dexa entre los Payaguas à Irala , y sigue por tierra el descubrimiento : fundase la Asuncion : mata Galan muchos Caracarás à traicion : se vengán estos por el mismo medio. pag. 44.

CAP. VI. *Vuelve el valiente Irala à la Candelaria en busca de Ayolas : los Payaguas le forman una traicion y los vence : refiere un indio éntre la muerte de Ayolas : llega à Buenos-Ayres el Feodor Alonso Cabrera : Irala es elegido gobernador : dase nueva forma à la ciudad de la Asuncion : tiene principio la predicacion del Evangelio : desampárase à Buenos-Ayres : conjúranse los Guaraníes : es descubierta la traicion y son castigados.* pag. 54.

CAP. VII. *Alvar Nuñez Cabeza de Vaca solicita el adelantazgo del rio de la Plata , el que se le concede : formanse algunas ordenanzas para el gobierno de la provincia : se hace à la vela el Adelantado y llega à santa Catalina : su viage por tierra y su recibimiento en la Asuncion : promuévese la conversion de los indios : obstáculos que experimentan : nombra à Martinez de Irala por maestro de campo , y lo destina à nuevos descubrimientos : vence Riquelme al cacique Tabaré : arrogancia de los Guaycurúes : son castigados.* pag. 64.

CAP. VIII. *Levántanse los Agáces : Alvar Nuñez hace las paces con los Guaycurúes : hace que Irala repita los descubrimientos : parte una jornada para el río Paraguay : castiga à los Payaguas : llega hasta los Guaxarapó : resisten los españoles continuar adelante , pero los obliga Alvar Nuñez : introduce tierra adentro , y se ve obligado à retroceder : el capitán Mendoza entra à un pueblo de indios , donde encuentra una grande serpiente : choque de Alvar Nuñez con los oficiales reales : su vuelta à la Asunción. pág. 78.*

CAP. IX. *Conjuranse los españoles contra el Adelantado : lo prenden : es nombrado Irala gobernador : los del partido leal intentan libertarlo : es remitido à España : despues de un largo juicio fué absuelto. pág. 97.*

CAP. X. *Derivación del Tucumán : entrada de Diego de Rojas à esta provincia : choque de este general con un cacique de Copayán : su marcha para el distrito de los Diaguitas : batalla con estos indios : muerte de Diego de Rojas : le sucede D. Francisco de Mendoza : llegan los españoles al río de la Plata : Heredia mata à sus competidores , y se apodera del mando : se vuelven los españoles al Perú. pág. 111*

CAP. XI. *Publica Irala jornada para continuar los descubrimientos : rebélanse los indios*

*y los castiga: muerte del capitán Camargo;
 llega Irala hasta la encomienda de Piran-
 sules: manda una diputación al licenciado
 Garca: amotinanse los españoles contra él y
 lo deponen: es restituido al mando: muerte
 del capitán Mendoza: Abreu le resiste la en-
 trada à Irala: vuelven sus diputados, é in-
 troducen el primer ganado cabrio: trátase
 de los antropófagos.* pág. 122

CAP. XII. *Hace Irala la expedición conocida por la
 mala jornada: fúndase la ciudad de San
 Juan: la desamparan los españoles: parte
 Irala contra los Tupis: fúndase la villa de
 Ontiveros: Sanabria es elegido Adelantado,
 y no viene à la provincia: los Goas in-
 troducen el primer ganado vacuno: subléva-
 se la villa de Ontiveros.* pág. 142

CAP. XIII. *Irala es hecho gobernador en propiedad:
 viene el primer obispo: forma Irala las or-
 denanzas: Chaves parte contra los Tu-
 pis: Melgarejo funda à Ciudad Real: muer-
 te de Irala: Mendoza entra en su lugar:
 disputa de Chaves con Manso.* pág. 155

LIBRO SEGUNDO

CAP. I. *Juán Nuñez de Prado entra à la conquista
 del Tucumán: tiene sus diferencias con Fran-
 cisco Villagran: funda la ciudad del Barro.*

nuevo encuentro con su rival: queda esta conquista por colonia de Chile: buen gobierno de Prado: su prision por Francisco de Aguirre: sublevacion de los indios: trasladase la ciudad del Barco, y recibe por nombre Santiago del Estero: victoria de Bazan: entra Zurita à gobernar: su deposicion por Castañeda. pàg. 172.

CAP. II. Muere el gobernador Gonzalo de Mendoza, y le sucede D. Francisco Ortiz de Bergara: sublevacion de los Guaranies: son derrotados por los españoles: igual sublevacion con igual suceso en el Guaira: vuelve Nuflo de Chavez à la Asuncion: viage al Perú del gobernador Bergara y del obispo Torres: Bergara es depuesto y le sucede Zárate: vuela de los españoles al Paraguay: muerte tragica de Chavez: alboroto de los españoles en el Guaira: prende Melgarejo à Riquelme. pàg. 184.

CAP. III. Disgústase el obispo Torres con el general: Caceres y lo excomulga: persigue Caceres cruelmente al prelado: prende al provisor é intenta expatriarlo: su viage hasta la isla de san Gabriel: firmase una conjuracion y es preso: levántase con el mando Martin Suarez de Toledo: Caceres es remitido à España: atomáase el obispo: muere éste en san Vicente: viages funestos del Adelantado Zárate: su arrivo al yia de la Plata. pàg. 199.

CAP. IV. *Encuentro de Sapican con los españoles ; quienes son vencidos : vence Ganay al cacique Terù : suceso trágico de Lirapeya : vence Ganay à Sapican.* pág. 219.

CAP. V. *El cacique D. Juan de Calchaquí arrasa tres ciudades españolas : trasladase la ciudad de Lónbres al valle de Comanda : mueren casi todos los vecinos y soldados de Cordova en el valle de Calchaquí.* pág. 222.

CAP. VI. *Ataca Castañeda à los Calchaquíes : una falta de Castañeda hace pecar à los españoles : trescientos Calchaquíes se sacrifican por la patria : sesenta jóvenes indias forman un cuerpo y vienen en auxilio de sus padres : vence Zenteno à los de Sillipica : heroicidad de tres indias : son despoblados Lónbres y Cañete : entra Aguirre à gobernar el Tucuman : Aguirre se halla en gran peligro , y le liberta Gaspar de Medina : los Calchaquíes se defienden y hacen estragos : prudente retirada de Medina : suelta de la libertad al gobernador.* pág. 235.

CAP. VII. *Fundase la ciudad de san Miguel del Tucuman : entrada de Aguirre en los Comechingones : prenden los soldados al gobernador Aguirre : desbaratan los conjurados al capitán Medina : fundan los conjurados la ciudad de Esteco : el capitán Medina es robado por los conjurados : el teniente Juan Gregorio Buzan-*

atraviesa el Chaco y llega al Paraná: absuelto por la audiencia de Charcas el gobernador Aguirre, es restituido al mando; es preso por la inquisición de Lima; el gobierno del Tucumán es dado á D. Gerónimo Luis de Cabrera: funda la ciudad de Córdova: llega hasta la torre de Gaboto. pág. 248.

CAP. VIII. Funda el Adelantado Zárate la ciudad de san Salvador: crueldades de los indios: conspiración contra Zárate: entra éste á su dominación: su muerte: gobierna interinamente Mendieta: Juan Torres de Vera le sucede en propiedad: excesos de Mendieta: su muerte: gobierno interino de Juan de Garay: fundación de Villa-Rica. pág. 259.

CAP. IX. Delirios de Oberó; Juan de Garay sale contra él: centamen singular de los indios contra dos españoles: crueldad de Tapuyguastá: congreso de los indios: sorprende Garay á los Tupizynuris; duelo de Citreñó y Urumbid; victoria de Garay contra los secuaces de Oberó: fundación de Santiago de Xerez. pág. 269.

CAP. X. D. Gonzalo de Abreu sucede á D. Gerónimo Luis de Cabrera: prisión de éste y su muerte: origen de esta crueldad: mal suceso de Abreu en Calchaquí: pretende descubrir al lugar de los Césares: levantamiento de los indios en san Miguel del Tucumán. pág. 279.

CAP. XI. Fundase la ciudad de Buenos-Ayres: suce-

so de Allamirano : invaden los bárbaros à Buenos-Ayres y son derrotados : conjuracion en santa Fé : muerte de Juan de Garay : nueva invasion contra Buenos-Ayres : funda-se la ciudad de la Concepcion del Bermejo : prision del obispo del Paraguay : la ciudad de san Juan de las siete corrientes tiene su principio. pàg. 186.

CAP. XII. Entra el licenciado Lerma à gobernar el Tucuman : crueldades de este contra D. Gonzalo su antecesor : disensiones entre Lerma y el Dean Salcedo : entrada del obispo Victoria al Tucuman : funda Lerma la ciudad de Salta : oposicion de los bárbaros : es preso Lerma y conducido à Charcas : entra à la provincia Juan Ramirez de Velasco : los indios se alborotan en Còrdova y los vence Texeda. pàg. 299.

CAP. XIII. Entra à gobernar el Tucuman D. Juan Ramirez de Velasco : predica san Francisco Solano en el Tucuman : primer establecimiento de los jesuitas en esta provincia : los Calchaques se alborotan y son sujetados : fundanse las ciudades de la Rioja , la de san Salvador de Jujui y la villa de las Juntas : rebelanse los indios de Còrdova y son subyugados pàg. 307.

CAP. XIV. Frutos que produjo la predicacion de algunos varones apostólicos : el Adelantado

Juan Torres de Vera abdica el mando : gobierno de Hernandarias : su prision entre los indios y su evasion : visita la provincia del Paraguay D. Francisco de Alfaro : critica sobre lo que dice Azara : divídese la provincia del Paraguay y se establece el gobierno del rio de la Plata. pág. 316

PAP. XV. *Primeros establecimientos de las Misiones jesuíticas : censura contra Azara : reglamento de estas Misiones : no es la igualdad de fortunas , que en ellas reynaba , digna de la censura que hace Azara : la libertad de estos indios convenia à su estado de infancia : vindicanse los jesuitas del aprovechamiento que se les imputa.* pág. 333.

PAP. XVI. *Entra à gobernar la provincia del Tucuman D. Fernando de Zárate : las tropas del Tucuman vienen en auxllio de Buenos-Ayres : los Calchaquies se sublevan en el gobierno de D. Pedro Mercado : hacen las paces : los Diaguitas se sublevan en la Rioja : gobierno de D. Alonso Ribera , quien vence los Calchaquies : funda una ciudad en el valle de Lõndres : nueva expedicion à los Césares : abolicion del servicio personal : entra à gobernar D. Luis de Quiñones Osorio : incendio de la iglesia de Santiago : fúndase la universidad de Córdova : su método de estudios.* pág. 353.